

BIBLIOTECA



ó sea

Coleccion de obras contra la incredulidad y errores de estos últimos tiempos.

Comede volumen istud, et vadens loquere.
EZECH. III. V. I.

TOMO II.

Con órden Real.

MADRID:
Imprenta de D. E. Aguado, *bajada de santa Cruz.*

1826.



DE LA INDIFERENCIA

EN MATERIA

DE RELIGION.

CAPÍTULO VIII.

Observaciones sobre la locura de los indiferentistas por descuido é indolencia.

Esposicion de los únicos principios en que se puede fundar la indiferencia, que se dice nacida de reflexion.

Con placer lo decimos; ascendiendo de edad en edad por la serie de los siglos hasta el principio del género humano, siempre, donde quiera, y en todos los pueblos se encuentra establecida la fé y creencia de un Dios, y de una vida futura. Sobre esta fé, única sancion de todas las obligaciones, y

garantía única del órden y las leyes, descansa y se apoya la sociedad, la cual inevitablemente se conmueve, agita, destruye, se desploma luego que se piensa en trastornarla. Sin embargo, tarde ó temprano llega una época en que el lujo deprava las costumbres, y la filosofía corrompe la razon. Á los Griegos llegó esta época fatal en tiempo de Pericles; á los Romanos, un poco antes del siglo de Augusto. Vióse entonces aparecer una nübe de Sofistas, que esforzándose á hacer servir la ciencia á las pasiones, substituyeron descaradamente los desvaríos de su espíritu estraviado á las tradiciones primordiales. Á fuerza de sutilezas, y vanos discursos, confundieron todas las ideas, obscurecieron todas las nociones, enervaron todas las creencias religiosas, la fé de todo lo que se cree en la religion. El mundo ya no podia mas, cuando la antigua fé, desenvolviéndose de improviso á la voz de Dios en el pueblo encargado especialmente de conservar su depósito, reasumió con magnificencia la posesion del universo. Promúlganse nuevos dogmas; pero derivándose éstos de los primeros, pertenecian cuando menos implícitamente á la fé primitiva. Cúmplense profundos misterios; pero estos misterios anun-

ciados al primer hombre, revelados con mayor claridad á sus descendientes, se esperaban y presentian por todo el género humano. Así en la historia, como en los dogmas de la Religion, todo está enlazado, todo encadenado. Las Naciones comienzan y acaban, pasan y desaparecen con sus costumbres, sus leyes, opiniones, ciencias; solo una doctrina permanece, siempre creida á pesar del interes que las pasiones tienen en no creerla; siempre inmutable en medio de ese rápido y perpétuo movimiento; siempre combatida y siempre justificada; siempre á cubierto y exenta de las variaciones que introduce el tiempo devorador en las instituciones mas sólidas, y en los sistemas mas acreditados; siempre y cada dia mas grandiosa y mas admirable, y cada vez mas admirada á proporcion que mas se la examina; que forma el consuelo del pobre y la mas dulce esperanza de los ricos; la egida y amparo de los pueblos y freno de los Reyes; la regla del poder que modera, y de la obediencia que santifica: la gran Carta (*) de la humanidad,

(*) Hace alusion á la que sirve de base al gobierno de su pais. Tal ha sido el trastorno del mundo, que ha habido que inventar nuevo lenguage. Un periódico de París de

en la que la justicia eterna, no queriendo que ni aun el mismo crímen quede sin esperanza y sin proteccion, ofrece y empeña la misericordia en favor del arrepentimiento: doctrina tan humilde como elevada, tan sencilla como sublime y magnífica; doctrina que subyuga los mas poderosos genios por su sublimidad, y se proporciona por su claridad á los espíritus mas débiles, y de menos talentos; doctrina en fin indestructible, que á todo resiste, de todo triunfa, asi de la violencia como del desprecio, lo mismo de los sofismas que de los cadahalsos, y que fortalecida con su antigüedad, con sus pruebas ineluctables, y con sus beneficios, parece reinar sobre el espíritu humano por derecho de nacimiento, de conquista, de amor.

Esta es pues la Religion que ciertos hombres han elegido por objeto de su indiferencia. Lo que, despues del mas atento y delicado examen, creyeron los Bossuet, Pascal, Fenelon, Descartes, Newton, Leibnitz, Eulero, y fue el objeto contínuo de sus meditaciones; no se juzga digno de ocupar, ni

---

21 de Noviembre último (*Le Globe*, que los constitucionales no recusarán), la llama «la traduccion legal de la Revo» lucion francesa.» Nosotros no calificamos.

aun por un instante, el pensamiento. Despreciando el Cristianismo sin conocerle, se imaginan sobreponerse y elevarse sobre lo mas grande que se ha visto en la tierra así en talentos como en virtudes, en el espacio de diez y ocho siglos; y ridículamente pagados de un desdeñoso descuido por la verdad, cualquiera que ella sea, se llenan de orgullo, guardando la neutralidad de la ignorancia entre la doctrina que formó á un Vicente de Paul, y la que ha producido un Marat (*).

(*) Juan Pablo Marat nació de padres calvinistas en el pais de Neufchatel el 1744: aplicado á la medicina en sus primeros años, ganó en un principio la vida en París haciendo de empírico curandero, vendiendo específicos para todas las dolencias, hasta que pudo lograr entrar de médico de los dependientes de las caballerizas del conde de Artois. Desde los primeros dias de la revolucion se hizo notar por algunos folletos sanguinarios: apoyado de Danton y de Robespierre emprendió la publicacion del *Amigo del Pueblo*, periódico en el que parecia haber tomado á pechos insultar diariamente al Rey, á la Reina, los magistrados, generales, empleados, hasta la asamblea misma. Denunciado muchas veces, y decretada su prision, se substrajo á ella por el favor de los Jacobinos, y desde los subterráneos del Club de los *Cordeliers* continuó con el mismo furor que antes. Fue uno de los principales provocadores del terrible 10 de Agosto; y el que concibió el proyecto de las matanzas de septiembre, donde murieron tantos mártires de la Religion, y fieles servidores del Rey. Miembro de la Convencion dió rien-

Todo se desea saber; pero si hay Dios ó no: si a esta vida transitoria ha de seguir otra eternamente duradera; si se ha de dar rienda suelta a las pasiones, ó deben arreglarse por una ley fija y divina, se ignora con placer: no parece sino que los hombres han llegado á descubrir que todo les interesa menos su suerte eterna. No hay tiempo, dicen, de pensar en esto: ¡ah, no hay tiempo! ¡y lo hay tan de sobra para satisfacer el mas frívolo capricho! Se tiene tiempo para los negocios, para los placeres y diversiones, y

---

da suelta á sus furores: en el monstruoso juicio de Luis XVI se opuso á que se diesen abogados que defendiesen al Rey mártir, y votó su muerte dentro de veinte y cuatro horas, sin prórroga ni apelacion. Obra suya fue la Comision de *Seguridad general*, para deshacerse de todas las personas que se creian sospechosas: presidió el Club de los Jacobinos; y apenas hubo horror en que no tuviese parte activa. Sin embargo, despues de su muerte la Revolucion le decretó honores casi divinos: en todas las plazas de París se le erigieron arcos triunfales y mausoleos, y en la de Carrousel se levantó una pirámide, en cuyo interior se colocó su busto, su escribanía, &c. y se puso una centinela. Hasta tal punto desnaturalizan á los hombres las revoluciones antireligiosas. Cuando la Francia volvió algun tanto en sí, indignada quebró sus estatuas, arrancó del panteon sus restos impuros, y los arrastró por el lodo. Una jóven, Carlota Corday, libró á la humanidad de este monstruo, quitándole la vida de una puñalada estando en el baño.

¡ Qué contraste el de Marat y san Vicente à Paulo! Vi-

no se podrá examinar si hay cielo ó infierno: hay tiempo para instruirse en todas las futilidades de este mundo, donde viven hoy y ya no serán mañana, y no lo tienen para asegurarse si hay otro donde felices ó des-

---

cente à Paulo mezclándose voluntariamente entre los forzados á galera; por libertar á un infeliz que dejaba sus hijos y muger en la miseria; y Marat pidiendo la prision de cien mil parientes de los emigrados para hacer á unos y á otros infelices. Vicente à Paulo juntando los huerfanitos en un templo, para escitar la caridad de las personas virtuosas, erigiendo lás casas de Espósitos, y las Hijas de la Caridad para que cuidasen de estas desgraciadas criaturas; y Marat clamando que se levantasen ochocientas horcas en las Tullerías para ahorcar á los hombres de bien. Vicente à Paulo sumiéndose en los mas hediondos calabozos para llevar á los desventurados los consuelos de la Religion y de la humanidad; y Marat proponiendo como el medio mas fácil y espedito de desocupar las cárceles el quemar á todos los presos en ellas. Vicente à Paulo volando en las alas de su caridad á llevar por sí y por sus discípulos los socorros, el pan y la abundancia á provincias enteras desoladas por el hambre y por la guerra; y Marat pidiendo de una vez doscientas setenta mil cabezas para salvar la patria. Vicente à Paulo escitando los sentimientos y dulzuras de la Religion en el corazon del moribundo Rey Luis XIII; y Marat rugiendo como un tigre sediento de sangre contra todos los que sentian algun remordimiento en el atroz y público asesinato de Luis XVI..... Marat... he ahí el héroe de la revolucion filosófica. Vicente à Paulo, uno de los hijos que da la Religion: ¿qué mas se necesita para detestar la primera, y consagrarse enteramente á la práctica y observancia de la segunda?

venturados han de habitar eternamente: tienen tiempo para regalar un cuerpo que en breve ha de perecer y reducirse á polvo, y no lo tienen para informarse, si encierra un alma inmortal: tienen tiempo para ir aunque sea léjos á convencerse por sus ojos de la existencia de un animal raro, de una planta curiosa, y no lo tienen para convencer su razon de la existencia de Dios. ¡Ceguedad increible! ¡Cómo! esclamaremos con Bossuet: "¡El encanto de los sentidos es tan fuerte, »que fuera de ellos nada podemos preveer!

En efecto, esta falta absoluta de prevision, esta estúpida seguridad con que se precipitan en un porvenir desconocido, el cual no tiene término ni fin, ¿no es evidentemente una señal de un espíritu desconcertado? El mundo entero atestigua la existencia de una ley que no se puede violar impunemente; y sin escuchar este imponente testimonio, y sin desmentirlo tampoco, fiados en un miserable *puede ser*, arrostran y aceptan todas las fatales consecuencias de una oposicion formal á esta ley, y por desidia y negligencia se forman y atraen sobre sí la doble fatalidad del pecado, y la desgracia.

Se ha visto á algunos miserables ajusticiados reir, danzar sobre el cadahalso, pero

la muerte que arrostraban era inevitable, y nada les podia exentar de ella: en la irresistible é indispensable necesidad de morir, se hacian fuertes contra su misma naturaleza, y hallaban una especie de consuelo en hacerse admirar del pueblo espectador, por las muestras de una alegria mas espantosa que las angustias del temor, y las agonías de la desesperacion: pero que un hombre en la duda de si dentro de pocas horas caerá ó no su cabeza bajo la cuchilla del verdugo, y seguro de salvarse con solo querer convencerse de la realidad de aquel peligro inminente permanezca tranquilo en esta duda espantosa, y prefiera á la vida algunos momentos de placer, y aun de tedio, que van á terminar un suplicio pavoroso é infame, es lo que nunca se ha visto, ni se verá jamas. Por mas desprecio que se afecte de una vida fugitiva y llena de dolores, el hombre no se desprende tan facilmente de élla; no hay apatía, no hay insensibilidad tan profunda de la que no despierte el anuncio, la idea sola de una muerte próxima. ¿Qué digo? todo lo que nos toca de cerca, sea en la salud, en los bienes, diversiones, hábitos, opiniones, costumbres, todo nos conmueve, sobresalta, inquieta, nos enagena é inspira una actividad

infatigable; ¿y nada hemos de mirar con indiferencia sino el cielo, el infierno, la eternidad?

Entiendan, al menos los que viven tranquilos en esta indiferencia monstruosa, ó que se glorian de ella, lo que pensaba acerca de su conducta uno de aquellos hombres, que por la superioridad de sus talentos parecen nacidos para ensanchar los límites de la razon humana.

"Es la inmortalidad del alma para nosotros de tanta importancia, y tan intimamente nos toca é interesa, que es necesario haber perdido todo sentimiento para vivir en una fria indiferencia sin cuidar de saber lo que sobre esto hay. Todas nuestras acciones, y aun todos nuestros pensamientos deben tomar rumbos tan diversos, segun que haya ó no otra vida, bienes ó males eternos que esperar ó temer, que no es posible dar un paso con juicio y con acierto si no se arregla antes, puesta la mira en este punto, de cual es nuestro último fin.

»Asi que nuestro mayor interes, y nuestra primera obligacion es instruirnos en el particular, como que de él depende toda nuestra conducta ulterior. Por lo mismo no debemos confundir, y yo encuentro una gran

» diferencia entre los mismos que no estan
» persuadidos de esta verdad; entre los que
» procuran por todos medios instruirse en
» élla, y los que viven tranquilos sin pen-
» sar jamas en este asunto.

» Compadezco ciertamente á los que ha-
» llándose por desgracia en esta duda, gimen
» sinceramente al contemplarse en este mise-
» rable estado, y no perdonan medio para sa-
» lir de él, y mirándolo como el mayor de
» todos los males, emplean en esta averigua-
» cion todos sus cuidados. Mas los que pasan
» sus dias sin querer ni aun pensar en este
» último término de la vida; que solo porque
» no encuentran en sí bastantes luces que les
» persuadan su verdad, reposan tranquilos sin
» buscarlas en otra parte; ni cuidan de exa-
» minar á fondo si esta es una opinion que
» el pueblo adopta ciegamente, ó si, aunque
» obscura en sí, se apoya en fundamentos so-
» lidísimos, estos no merecen nuestra compa-
» sion. Esta *apatía*, descuido é indolencia en
» un negocio en que se trata de su bien ó de
» su mal, y bien y mal eternos, de ser ó no
» ser eternamente, me irrita en vez de enter-
» necèrme: me espanta, y me confunde: es
» una monstruosidad pàra mí. No me hace
» decir esto el zelo piadoso de una devocion

»espiritual; el amor bien entendido de sí »mismos, el interes humano, y la simple »luz de la razon, bastan para escitarnos es»tos sentimientos: no es necesario para esto »ver ni entender mas que lo que entienden »y ven las personas menos ilustradas.

»No es necesario, no, un genio subli»me, ni un alma superior á los demas, pa»ra entender que no hay en este mundo sa»tisfaccion que sea sólida y verdadera; que »todo en él es vanidad; que nuestros gustos »y placeres se disipan como el humo; que son »infinitos nuestros males; y que, en fin, la »muerte, que nos amenaza á cada instante, »dentro de pocos años, y acaso de pocos dias, »nos pondrá en un estado eterno de dicha »ó de infelicidad, ó en el caos de la nada. »Entre nosotros y el cielo, el infierno ó la »nada, no hay mas que la vida, y sabemos »ya cuán fragil es; y no siendo ciertamente »el cielo para los que dudan si su alma es »inmortal, ellos no tienen que esperar mas »que la nada ó el infierno.

»Ni hay cosa mas cierta ni mas terri»ble que esta. Por mas valor que aparen»temos, este es el fin que espera á la vida »mas buena del mundo. En vano apartan su »pensamiento de esta eternidad que les espe-

»ra, como si con no pensar en ella la pu-
»diesen aniquilar. La eternidad subsiste á pe-
»sar suyo; se va acercando sin sentirla, y la
»muerte que la abrirá sus puertas, dentro
»de poco los pondrá infaliblemente en la hor-
»rible necesidad de ser, ó eternamente ani-
»quilados, ó desventurados para siempre, por
»toda una eternidad.

»He ahí una duda de tan espantosa con-
»secuencia, que solo hallarse en ella es un
»grandísimo mal; y por lo mismo el que se
»encuentre en este estado, cuando menos tie-
»ne obligacion indispensable de tratar de sa-
»lir de ella. Asi el que duda y no examina
»es á un tiempo injusto y desdichado; y si
»en medio de esto vive tranquilo y satisfecho,
»y hace profesion de gloriarse vanamente de
»su estado, y en fin, si se rie y goza en él,
»no sé en qué términos poderlo definir, ni
»cómo calificar semejante criatura.

»¿Dónde, en verdad, puede haber bebi-
»do tales sentimientos? ¿qué motivo de gozo
»se encuentra en no esperar sino miserias
»sin remedio? ¿qué objeto de vanidad verse
»rodeado de sombras y tinieblas impenetra-
»bles? ¿qué consuelo no esperar jamas con-
»suelo?

»Esta quietud, este reposo en tal igno-

»rancia es una monstruosidad, cuya estra-
»vagancia y estupidez es necesario hacer sen-
»tir á los que viven así, representándoles vi-
»vamente lo que pasa en su interior, para
»que se avergüencen siquiera, y se confun-
»dan con la vista de su locura. Porque he
»aqui como es preciso discurran estos hom-
»bres cuando eligen el vivir en esa ignoran-
»cia de lo que son, y sin cuidar de averi-
»guarló.

»Yo no sé quien me ha puesto en este
»mundo, ni qué es el mundo, ni qué soy
»tampoco yo: nada absolutamente sé, y es-
»toy en una ignorancia terrible de todas las
»cosas: no sé qué es mi cuerpo, ni mis sen-
»tidos, ni mi alma; y aun esta parte de mí
»mismo que piensa lo que digo, y que ha-
»ce reflexion de todo, y sobre todo, y aun
»sobre sí misma, no me es mas conocida que
»todo lo demas. Veo esos asombrosos espa-
»cios del universo que me rodean, y me ha-
»llo como enclavado en un rincon de esta
»vasta estension, sin saber por que estoy aquí,
»y no en otro lugar, ni por que el poco tiem-
»po que me han dado de vida, me lo han
»señalado en este punto, y no en otro de la
»eternidad que me ha precedido, ó que me
»ha de seguir. No veo por todas partes mas

»que infinidades que me absorben como á »un átomo, y como una sombra que dura »solo un momento, y pasa sin volver mas. »No conozco otra cosa sino que muy pron- »to he de morir; y sin embargo lo que mas »ignoro es esta misma muerte, que no pue- »do evitar.

»Así como no sé de donde vengo, tam- »poco á donde iré; solo sé que al salir de »este mundo caigo para siempre ó en la na- »da, ó en las manos de un Dios vengador, »sin saber cuál de estas dos suertes será la »mia por toda una eternidad.

»Este es mi estado, lleno de miseria, fla- »queza y obscuridad: de donde infiero que »debo pasar todos los dias de la vida sin »pensar en lo que me ha de sobrevenir, y »dar rienda suelta á mis pasiones sin refle- »xion y sin inquietud, haciendo cuanto pue- »da de mi parte para caer en la desgracia »eterna, caso que lo que se dice sea verdad. »Tal vez podria, preguntando ó inquirien- »do, hallar alguna luz que aclarase estas mis »dudas; pero yo no me quiero incomodar, »ni dar un paso para averiguarla; antes bien »burlándome y mirando con desprecio á los »que procuran con afan el inquirirlo, quiero »aventurar este suceso, y sin temor ni pre-

»vision, dejarme llevar hasta la muerte, incierto de lo que despues será eternamente »de mí. Así hablan practicamente estos des»graciados. ¡Qué gloria es para la Religion »tener por enemigos hombres tan irraciona»les! Su oposicion le es tan poco peligrosa, »que al contrario sirve para establecer las »verdades principales que ella nos enseña. »Porque en efecto, la fé cristiana se apoya »principalmente en estas dos verdades, la »corrupcion de la naturaleza, y la redencion »de Jesucristo: y ya que los incrédulos no »sirven para mostrar la verdad de la reden»cion por la santidad de sus costumbres, al »menos la sirven admirablemente para ma»nifestar la corrupcion de la naturaleza con »unos sentimientos tan fuera de razon.

»Nada hay de tanta importancia al hom»bre como su ser; ni nada debe serle tan »temible como la eternidad: y así es fuera »del órden natural que haya hombres indi»ferentes á la pérdida de su ser, y al peli»gro de su eterna perdicion. ¡Cuán otros no »se muestran en todo lo demas! Las cosas mas »pequeñas los agitan, sienten su pérdida y »la procuran precaver; y el mismo hombre »que pasa los dias y las noches abandonado »á la rabia y á la desesperacion por no ha-

»ber logrado, ó perdido algun destino, ó
»sufrido una ofensa imaginaria contra su ho-
»nor, sabe que va á perderlo todo dentro de
»pocos dias en la muerte, y vive sosegado,
»tranquilo, y sin la menor conmocion. Esta
»estraña insensibilidad sobre las cosas mas
»terribles en un corazon, al que tan viva-
»mente afectan las mas pequeñas y ligeras,
»es una monstruosidad, es un encanto in-
»comprensible, un sopor, un letargo supe-
»rior á la misma naturaleza.

»Un hombre encerrado en un calabozo,
»ignorando si se ha dado sentencia contra él,
»teniendo una sola hora para saberlo, y esta
»suficiente si lo averigua, para hacerla revo-
»car, es contra la naturaleza misma la em-
»plee, no en informarse si se ha dado, no
»en procurar su revocacion, sino en juegos
»y diversiones. Pues este es el estado de las
»personas de que hablamos, sin mas dife-
»rencia de que los males de que se ven ame-
»nazados, son mucho mas terribles que la
»simple pérdida de la vida, ó un suplicio
»momentáneo, única cosa que el preso po-
»dria temer. Y sin embargo, ¡ellos corren
»sin recelo al precipicio, cubriéndose antes
»los ojos para no verlo, y se mofan de los
»que les adviertan su peligro!

» Asi es como prueba la verdadera Re-
» ligion no solo el zelo de los que buscan á
» Dios, sino tambien la ceguedad de los que
» no le buscan, y viven en esta horrible ne-
» gligencia. Es necesario que haya habido un
» estraordinario trastorno en la naturaleza del
» hombre para vivir en este estado, y aun
» mucho mas para hacer alarde de él. Por-
» que, aun cuando tuviesen una certeza to-
» tal de que nada debian temer despues de
» la muerte sino el caer en la nada, ¿no se-
» ría esto mas bien un motivo de desespera-
» cion que de vanidad? ¿no es pues una lo-
» cura inconcebible, sin hallarse asegurados,
» gloriarse de vivir en esta duda?

» Sin embargo, es innegable que el hom-
» bre ha llegado á tal estado de depravacion,
» que en esto mismo halla en su corazon una
» como semilla de gozo y de contento. Este
» sosiego brutal entre el temor del infierno
» y de la nada le parece tan agradable y li-
» sonjero, que no solo los que tienen esta
» infeliz duda se glorían de él, sino aun los
» mismos que no la tienen hacen vanidad de
» ella, y creen que es cosa honrosa aparen-
» tar que realmente dudan. Y la esperiencia,
» en efecto, nos hace ver que la mayor par-
» te de los que blasonan de ella, son de es-

» ta última clase; gentes que disimulan sus
» sentimientos, y no son lo que quieren pa-
» recer. Han oido que este es el *gran tono*;
» que el gusto del siglo es hacer de *espíritus*
» *fuertes*, y..... y á esto llaman haber sacu-
» dido el yugo de las preocupaciones, cuan-
» do la mayor parte no lo hace sino por imi-
» tar á otros.

» Mas si aun conservan algunas reliquias
» de sentido comun, es bien fácil hacerles
» ver cuán engañados viven buscando por es-
» te camino el aprecio y la estimacion..... Si
» lo meditasen seriamente, verian..... que no
» hay medio mas eficaz para grangearse el
» menosprecio y aversion de las gentes, y
» hacerles pasar por personas sin juicio y sin
» talento. Y efectivamente, si se les pide ra-
» zon de sus sentimientos, y de los motivos
» en que se fundan para dudar de la Reli-
» gion, dirán tales estravagancias, cosas tan
» fútiles y triviales, que mas bien persuadi-
» rán todo lo contrario. Esto es puntualmen-
» te lo que con mucha oportunidad decia cier-
» ta persona á uno de ellos: "Si continuais
» discurriendo de este modo, sin duda logra-
» reis convertirme." Y tenia razon; porque,
» ¿quién no se horrorizará de convenir en sen-
» timientos con personas tan despreciables?

»En verdad que los que fingen esos sen-»timientos que no tienen, son bien desdi-»chados, violentando su natural, para que »los tengan por estravagantes y ridículos. Si »allá en lo interior de su corazon sienten el »no tener mas luces y conocimientos, no lo »disimulen: esta declaracion no debe serles »ruborosa. El hombre no se debe avergonzar »sino de haber perdido la vergüenza. Nada »manifiesta mas la pequeñez de espíritu y la »cortedad de talentos, que el no conocer cuan-»ta es la desgracia de un hombre que no cree »en Dios..... Dejen pues esas impiedades para »los que son tan mal nacidos, que puedan »ser capaces de ellas; y ya que no tengan »valor de ser Cristianos, sean á lo menos »hombres de bien; y reconozcan en fin que »solo hay dos clases de personas que con ver-»dad se pueden llamar racionales; á saber, »ó los que sirven á Dios con todo su cora-»zon porque le conocen, ó los que de todo »corazon le buscan para conocerle (1)."

(1) *Pensées de Pascal.* * ¡Qué lástima que el autor de tan hermosos pensamientos se dejase estraviar por un partido enemigo obstinado de la Iglesia, y sirviese con sus talentos á los hermitaños de Port-Royal, al fementido Jansenismo!

La mayor parte de los indiferentes únicamente lo son porque se figuran acreditar superioridad de talentos, despreciando el modo comun de sentir de los demas. Se avergonzarian de tener cosa alguna comun con el pueblo, aun la esperanza, y esto es lo que les aparta de examinar los fundamentos de su fé. ¡Pero qué vanidad tan miserable y tan ridícula la que se alimenta de la ignorancia! Los enemigos de la Religion y sus apologistas estan de acuerdo en su importancia, y no hay un solo incrédulo dogmático que se la atreva á contestar. Ahora bien: ¿el insensato que no da á todas las reflexiones mas contestacion que un necio, *¿eso qué importa?* en qué será superior al Cristiano, cuya fé, determinada por pruebas positivas, se apoya en un conjunto de hechos y consideraciones que, cuando no otra cosa, exigen al menos aplicacion, investigacion y reflexion?

De cualquiera manera, el indiferentista, igualmente incapaz de negar y afirmar cosa alguna, se adormece friamente entre estas dudas: *es posible que la Religion sea falsa; posible es* tambien *que sea verdadera*: y despues de haber abortado estas dos proposiciones contrarias, su orgullosa razoñ en vez de deducir las consecuencias, se pára y reposa

dulcemente en la contemplacion de su sublimidad y fortaleza.

Sin entrar en discusion, se podria ante todas cosas observar que estas dos proposiciones generales no tienen, ni con mucho, un mismo grado de verosimilitud. Porque no hay una persona que deje de conocer que si la Religion Cristiana fuese falsa, su existencia prolongada por el espacio de diez y ocho siglos, la victoria que ha alcanzado contra las opiniones y costumbres, leyes, pasiones y hábitos de tantos pueblos diferentes y rivales; el dominio que ha egercido siempre sobre los genios mas elevados y sublimes, y sobre las personas de mas profunda reflexion; sería el fenómeno moral mas estraordinario, y el mas inesplicable de todos cuantos se ha oido hablar en el mundo. Error maravilloso en efecto, el que es no menos seductor para el hombre serio y reflexivo, que para las almas sensibles é imaginaciones brillantes y ardorosas; que se enseñorea del hombre, de los hombres todos, combatiendo y contradiciendo sin cesar sus inclinaciones; que favorece, fomenta y hace progresar los adelantamientos de la verdad en todos los ramos de los conocimientos humanos; error de donde nacen innumerables virtudes, hasta entonces

desconocidas; error, en fin, que sucediendo á las tan ponderadas y no menos estériles especulaciones de la filosofía gentílica, y propagándose súbitamente por todo el mundo conocido, en el siglo mas ilustrado, rectifica todas las ideas recibidas, depura todos los principios, perfecciona los métodos del raciocinio, crea, por no decir mas, las ciencias físicas y metafísicas, hace olvidar todas las preocupaciones enemigas de la humanidad, santifica las costumbres, suaviza las leyes, une los pueblos entre sí con vínculos sagrados, substituye el amor al odio, protege á un tiempo al desvalido y al poderoso, al rico y al pobre, al fuerte y al debil, al señor y al vasallo, templa la dominacion, consolida la obediencia, y por un efecto propio y necesario produce la perfeccion del órden social.

Sin embargo, permitamos por un instante que se tenga por igualmente dudosa la falsedad y la verdad de la Religion Cristiana. Para demostrar hasta la evidencia la locura de el indiferentista, no hay necesidad mas que de sus propias máximas; y desenvolver esa misma proposicion en que confia: á saber, *posible es que la Religion sea verdadera*; pues en ella se incluyen todas las siguientes, y acaso muchas mas.

Si es posible que la Religion sea verdadera, posible es, debe decir, la existencia de un Dios remunerador, que premie á los buenos y castigue á los malos.

Posible es que mi alma sea inmortal, y no perezca con el cuerpo.

Posible es que este Supremo Ser, este Dios, haya revelado á los hombres verdades que ellos no pueden aqui perfectamente comprender, y les haya impuesto obligaciones, de que no entiendan dar claramente la razon.

Posible es que yo esté obligado rigorosamente á creer estas verdades, y á cumplir y llenar estas obligaciones.

Posible es que si creo y obro así, goce un dia de una felicidad eterna é infinita en premio de mi obediencia y de mi fé.

Posible es, en fin, que si me niego á obrar y creer así, sea un dia eternamente castigado con penas y suplicios espantosos.

En vista de esto no temo afirmar, que el permanecer en esta duda formidable, saborearse en ella con placer, repeler de sí la esperanza de una felicidad sin fin; y si la Religion es verdadera, como se confiesa que lo puede ser, entregarse alegremente, y con toda reflexion, á padecer unos tormentos, cuya idea sola hace estremecer; es un

delirio inesplicable, una demencia, un furor que no sé como llamar. Porque aun suponiendo que nuestros presentes intereses se hallen en contradiccion con los futuros que han de sobrevenir, en la necesidad de sacrificar unos ú otros, no se deberia, prudentemente obrando, vacilar en la eleccion. Pues de una parte hay una duracion que no ha de tener fin, es la eternidad, y de la otra un momento transitorio, que apenas se puede percibir, una sombra, menos aún, el *sueño de una sombra*, segun el dicho de un antiguo (*). Aun cuando pues esta vida transitoria no fuese para el hombre religioso sino un continuo padecer, y para el indiferentista un placer sin interrupcion, aquel tormento y pena transitoria, y este placer que se nos huye sin sentir, no balancearian un instante á los ojos de la recta razon la poderosa consideracion de la eternidad. El que por no privarse de un deleite momentáneo arrostra un perpetuo padecer, y se espone voluntariamente á ser eternamente desgraciado, merece serlo ciertamente, y no tiene derecho sino al desprecio que inspira toda pasion ciega y brutal.

(*) Píndaro.

Cuando se consideran desde cierto punto de vista los objetos en que ordinariamente emplea su actividad el espíritu humano, asombra la estrechez del círculo en que voluntariamente se encierra, y que una nonada baste para entretener su curiosidad, y burlar el deseo infinito de saber que le devora. No se halla cosa que dé mas á conocer la miseria del hombre que esa pasmosa facilidad de contentarse con algunas distracciones frívolas é insubstanciales, teniendo una capacidad inmensa para la verdad. Naturalmente la ama: un instinto irresistible le obliga á buscarla incesantemente: ella es su objeto, su reposo, su felicidad; y sin embargo, apenas hay cosa en que mas se deslumbre y con que no la supla y substituya. No hablo, al decir esto, del pobre absorbido y consumido en los trabajos corporales, ni del rico que vegeta en el vacío de los placeres; sino de los mismos á quienes el cielo ha dado, junto con sentimientos elevados, una condicion independiente. Y bien, ¿qué os parece que ocupa habitualmente su pensamiento? ¿Dios? ¿las leyes inmutables que él ha establecido? ¡Ah! No, no lo creais: pasarán la vida en combinar números, en valuar el peso de las palabras, en estudiar las propiedades de los

cuerpos; esto basta, no se necesita mas para contentar, para satisfacer esos genios sublimes. ¿Qué hablais de Dios á ese sábio que llena el mundo con la fama de su nombre? ¿Cómo quereis que os escuche? ¿no veis que en este momento su espíritu está todo ocupado en la descomposicion de una sal que hasta ahora ha resistido al análisis? Esperad que haga conocer al mundo el descubrimiento de un nuevo gas, de un ácido nuevo; entonces puede ser que le podais hablar de ese Ser Infinito que con un *fiat*, como jugando, ha criado el universo y todo lo que hay en él. Aquel otro compone una historia, un poema, una tragedia, un romance, una novela, de que se imagina depende su reputacion, su fama, su gloria: no le interrumpais, es necesario se dé prisa á acabarla, porque la muerte se acerca, y ¡qué dolor tan inconsolable si llegase antes que la hubiese dado la última mano, y levantado este monumento á su celebridad! Es verdad que él no conoce su propia naturaleza, el lugar que ocupa en el órden de los seres, su destino futuro, lo que puede esperar, ó debe temer; es verdad que no sabe si hay Dios, una verdadera Religion, cielo ni infierno; eso ¿qué importa? ya ha tiempo que sobre todas estas cosas tomó su

determinacion; y no se inquieta, ni piensa en ello mas: yo *no lo entiendo*, dice, *no es evidente y claro para mí*, y con esto obra, como si fuese claro y evidente que todo ello no era mas que sueños y desvaríos.

Si se pudiera evitar el infierno, no pensando en él, seguramente se hallaria algun motivo á esta indolencia portentosa; mas por desgracia todo es al contrario: no pensar en el infierno, es el camino mas seguro para llegar á él. Apartar su espíritu del conocimiento de la verdad, ser á ella indiferente, ese es el pecado que Dios castiga allí, y ciertamente con justicia; porque si no queremos engañarnos, comprenderemos facilmente que esta mentida indiferencia no es en realidad mas que un odio y aborrecimiento de la verdad.

Apelo sin temor á la esperiencia general, y á la conciencia misma del indiferente: ¿no es verdad que siente una estrema repugnancia á todo lo que tiene visos de Religion, y le recuerda sus promesas y amenazas? ¿no es verdad que interiormente desearia que ella fuese falsa? ¿no es verdad que ha huido siempre la ocasion de instruirse en estos puntos por un secreto temor de verse convencido, ó al menos turbado, con las innumerables pruebas en que se apoya su cer-

teza? ¿no es verdad que se contrista, y aun irrita, cuando en alguna de esas disputas, que no siempre es fácil evitar, se presenta á favor del Cristianismo alguna prueba, á la que nada plausible se puede responder? ¿no es verdad, por el contrario, que se regocija interiormente, cuando se hacen objeciones contra él, y esto tanto mas vivamente cuanto ellas aparecen mas sutiles y embarazosas? ¿Pues qué es todo esto sino odio á la verdad, y por consiguiente aborrecimiento al mismo Dios, que es la verdad suprema? ¿Y deberemos admirarnos de que arroje de sí el Señor á los que le odian y aborrecen? ¿qué otra suerte podian ni debian prometerse estos desventurados?

No hay que buscar en otra parte que en el orgullo, y en la corrupcion del corazon humano, la causa de una disposicion tan deplorable. El hombre aborrece la sujecion, y cabalmente la Religion refrena todas sus inclinaciones. Cansado de un yugo tan pesado, trata de romperle ó sacudirle. Para esto se rodea de distracciones, se hace sordo á su impresion, se embriaga de placeres y sofismas con el objeto de sofocar con menos remordimientos una verdad que tanto le importuna; á la manera que un asesino, no envejecido aún

en el crímen, se embriaga antes de cometer un homicidio. Su indiferencia hácia los dogmas nace de su aversion á las obligaciones: si no temiese á éstas, admitiria gustosamente aquéllos: mas sabiendo que no se puede separar la regla de la fé de la regla de las costumbres, busca la independencia de las acciones en la independencia de los pensamientos, la libertad de obrar en la libertad de pensar. Quiere dudar, y duda: quiere á todo trance no creer, y su razon trabaja sin descansar en aniquilarse á sí misma. Verdadero suicidio moral, mil veces mas digno de castigo que el que solo acaba con el cuerpo.

Que el bruto, privado de reflexion, viva y muera sin inquietarse de lo por venir, nada tiene de estraño: esta indolencia es condicion suya natural y necesaria. Pero que el hombre, dotado de potencias incomparablemente mas nobles, capaz de elevarse hasta la idea de Dios, y estender sus deseos y esperanzas á lo infinito, y abrazarlo con su pensamiento, se precipite desde esta altura hasta la baja condicion de las bestias; y como ellas no tenga mas Dios que sus pasiones, y satisfacer sus apetitos, y disgustado de la herencia inmortal que le señala el Criador, les envidie hasta su nada, y la aniquilacion

en que á la muerte han de sumirse, es cosa que confunde, que asombra: y no hay palabras para espresar el horror que inspira tan monstruosa degradacion.

Es pues sin contradicion la ceguedad de la indiferencia el estado de mas envilecimiento en que puede caer una criatura racional. El único caso en que un hombre de razon podria permanecer indiferente sobre la Religion, sería aquel en que no tuviésemos interés alguno de saber si es falsa ó verdadera, ó medio alguno para asegurarnos de ello. En efecto, como observa profundamente Mr. de Bonald: "Es necesario que los »indiferentistas supongan que no hay en la »Religion, tomada generalmente, y en todas »sus diferencias, nada de cierto ni de falso; »ó que si lo hay en ella, como en todas las »otras cosas, el hombre no tiene medio al»guno de distinguirlo; ó en fin, que la Re»ligion, sea falsa, sea verdadera, es igual»mente indiferente para el hombre.

»La suposicion, continúa el mismo es»critor, de que todas las religiones son in»diferentes, es insostenible en toda buena »filosofía. No hay filosofia sin un primer »principio, causa de todos los efectos físicos »y morales, así como no hay, ni puede ha-

» ber aritmética sin una primera *unidad*, ma-
» dre, digámoslo así, de todos los números;
» ó geometría sin un primer *punto* genera-
» dor de las líneas, superficies y sólidos. ¿Ni
» cómo es posible suponer que nada hay de
» verdadero ni falso en religiones opuestas
» entre sí; que al fin, sean como quieran,
» son en todas partes la relacion verdadera ó
» falsa de Dios al hombre, y del hombre á
» sus semejantes; la razon del poder, la regla
» de los deberes, la sancion de las leyes, la
» base de la sociedad? ¿cuando hay verdad y
» falsedad, verdadero y falso en todo cuanto
» los hombres alcanzan con su razon y sus
» pasiones; verdadero y falso hasta en los
» *dramas*, en la *ópera*, y hasta en los obje-
» tos mas frívolos de nuestros conocimientos,
» y de nuestros placeres? Pues si hay verdad
» y falsedad, órden y desórden en las diver-
» sas religiones consideradas en general; ¿có-
» mo es posible, en buena filosofía, suponer
» que el Ser Supremo, que es la inteligencia
» y verdad por esencia, haya negado á los
» hombres, seres tambien inteligentes y racio-
» nales, capaces de conocimiento y de elec-
» cion, de amar y aborrecer, los medios de
» distinguir lo verdadero y lo falso en las re-
» laciones que deben tener y tienen con él?

»¿de qué les serviria entonces, ni para qué »les habria dado ese ardor insaciable de saber, y les habria permitido descubrir las »relaciones que tienen hasta con las cosas »insensibles? Y si el hombre puede distinguir lo bueno y lo malo, el bien y el mal, »lo que hay ó no de bueno en las diversas »religiones, ¿cómo le hemos de suponer in»diferente al error y á la verdad, cuando no »debe serlo á cosa alguna, y que la indife»rencia es en él el carácter mas conocido y »seguro de estupidez (1)?"

Estas breves observaciones del filósofo mas profundo que ha aparecido y se ha conocido en Europa desde Malebranche, hacen ver claramente lo absurdo de los únicos principios en que se podria fundar la indiferencia de Religiones. Sometiendo de nuevo estos principios á un examen circunstanciado y rigoroso, esperamos no dejar escusa alguna racional ni á la credulidad que los adopta, ni á la mala fé de los que fingen adoptarlos. Para esto no se necesita talentos; el arte es necesario alguna vez para vestir al error con los colores de la verdad; pero para

(1) *Sur la tolérance, Spectateur français au XIV siecle* tom. IV, pág. 72, 73.

restituir á esta su esplendor, no se necesita mas que descorrer el velo con que se la ha pretendido cubrir.

Á fin de que el lector siga facilmente la discusion, conviene que de antemano se forme de ella una idea clara y distinta, conozca el fin á donde se dirige, y la senda y camino que le ha de llevar á él. Pues he aquí en pocas palabras lo que vamos á establecer, y el método y órden con que nos proponemos realizarlo.

Se ha querido decir que la Religion, verdadera ó falsa, es indiferente para el hombre; y nosotros haremos ver que, supuesta la existencia de una Religion verdadera, esta es para el hombre, tanto considerado en particular, como en union y sociedad con sus semejantes, y con respecto al mismo Dios, de la mayor importancia, de una importancia infinita: de donde se sigue que tiene un interes tambien infinito en cerciorarse si hay en efecto esta Religion verdadera, y por consiguiente que es una locura infinita querer permanecer indiferente. Para aclarar nuestros principios, aplicándolos á una Religion conocida, supondremos ademas que el Cristianismo es esta Religion verdadera, cuya importancia se trata de manifestar.

Se dice que todas las religiones en sí son indiferentes; y nosotros probaremos que ninguna lo es en sí misma; que en toda Religion hay bien ó mal, verdad ó error; que necesariamente existe una Religion verdadera, es decir, una Religion de una verdad ó de una bondad absoluta; y que esta no lo es sino una sola; de donde se deduce la obligacion de abrazarla, si es posible el llegar á reconocerla.

Se dice que, aun cuando haya una Religion verdadera, el hombre no tiene medio alguno para distinguirla de las falsas; y nosotros probaremos que en todo tiempo han tenido los hombres un medio fácil y seguro de reconocer cuál es la verdadera Religion; de donde resulta que la indiferencia es no solo un estado irracional, y destituido de todo fundamento, sino tambien criminal.

Dejamos á cada uno que juzgue por sí mismo de la fuerza de las pruebas que vamos á presentar; pues no queremos contestar á nadie este derecho. Pero diremos si, que el que reusare examinar los fundamentos de la indiferencia, no se debe contar entre los indiferentistas dogmáticos. Por el hecho solo, él mismo se constituye en el número de aquellos insensatos, que queriendo á todo trance confundir

los terrores de la conciencia con la repugnancia de la razon, temen mirar de frente á la verdad, y se forman contra élla una funesta muralla de tinieblas, defensa débil contra los remordimientos.

CAPÍTULO IX.

Importancia de la Religion con respecto al hombre en general.

La felicidad es el fin natural del hombre; no hay uno que no desee de un modo invencible ser feliz; pero frecuentemente la razon incierta y las pasiones ciegas le estravian y llevan lejos del término á que aspira con tanto ardor. El bruto sometido á leyes invariables, toca seguramente á su destino: ni error, ni afeccion alguna desordenada le separa del fin que le señaló la naturaleza; y la muerte, de que ni tiene prevision, y cuyos terrores desconoce, llegando para él en el momento en que sus órganos debilitados ya solo podrian hacerle esperimentar sensaciones dolorosas y desagradables, es para él un beneficio.

No sucede así con el hombre: inteligente y libre, si ha de gozar de la felicidad, es necesario que la busque, y se aplique á distinguirla de la que no es mas que su sombra, ó imágen; que su voluntad la escoja libremente; y nunca en verdad se aparta mas de élla, que cuando, como el animal, obedece unicamente á sus apetitos. Las nobles facultades que degrada, vengando entonces sus derechos ultrajados, le hacen sentir bien presto, por la amargura que derraman en sus placeres, que hay para él otra ley que la de los sentidos.

La felicidad de las criaturas está y se encuentra en su perfeccion; y así cuanto mas se aproximan á ésta, tanto mas se acercan á aquella. Hasta tanto que la consiguen, se las ve agitadas é inquietas, porque todo ser que no ha llegado á la perfeccion que le es propia, ó que no es todo lo que puede y debe ser, se halla en un estado de tránsito, y busca el lugar de su reposo, á la manera que un viagero, estraviado en paises desconocidos, busca con ansia solícita su patria. Y es digno de notarse que todos los hombres, dominados sin advertirlo por el sentimiento de esta verdad, unen constantemente á la idea de la felicidad la del descanso y quietud, que

en sí mismo no es mas que esa paz profunda, é inalterable, de que necesariamente goza un ser que ha llegado á su perfeccion, y que tan sabiamente llama S. Agustin la *tranquilidad del órden*; y así cuando la Escritura quiere pintarnos la mansion horrorosa del sumo mal, nos la presenta como una region desolada, una tierra de obscuridad y de miseria, *de tinieblas y de muerte, de la cual está desterrado todo órden, y habita un horror y espanto sempiterno* (1).

Siendo pues la perfeccion de los seres relativa á su naturaleza, se sigue que ninguna criatura, y con particularidad el hombre, podria ser feliz sino por una perfecta conformidad á las leyes, que resultan de su naturaleza. En una palabra, que no hay dicha, ni felicidad sino en el órden; y que el órden es la fuente del bien, como el desórden del mal, tanto en el mundo moral como en el mundo físico, lo mismo para los pueblos que para los individuos; y que cuando ellos desconocen esta verdad eterna, el castigo sigue de cerca, proporcionado siempre a la gravedad del desórden; y si este ha

---

(1) *Terram miseriæ et tenebrarum, ubi umbra mortis, et nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat.* Job. X, 22.

llegado á ser estremo, si un pueblo ó particular se hace, digámoslo así, culpable de un crímen ó delito capital, violando las leyes fundamentales de su ser, la naturaleza inexorable le castiga de muerte.

Mas para conformarse á las leyes del órden, es necesario conocerlas. Luego no hay felicidad para el hombre sin que se conozca á sí mismo, y sin que conozca á los otros seres y criaturas con quienes tiene relaciones necesarias, es decir, á sus semejantes; porque solo entre seres semejantes es en quienes se halla sociedad y relaciones necesarias. Y en efecto, el hombre puede conocer á Dios, y á sí mismo, y por consiguiente conocer las relaciones necesarias que le unen á Dios y á los otros hombres, y que se derivan de la naturaleza del hombre y de la de Dios. En otro caso sería un ser contradictorio, porque teniendo un fin, que es la perfeccion ó felicidad, no tendria medio alguno para conseguirle y alcanzarla.

Esto muestra claramente cuán absurda es la doctrina del fatalismo; porque si las acciones humanas fuesen efecto de una necesidad invencible, todas ellas se ordenarian necesariamente á la perfeccion del hombre, y por consiguiente, él sería siempre tan fe-

liz cuanto puede serlo. Solo un ser libre puede obrar contra las leyes de su propia naturaleza; y así ni la desgracia, ni el desórden pueden esplicarse sino por la libertad.

La naturaleza, que es inmutable, como que no es mas que el órden inmutablemente determinado por Dios, impone y prescribe al hombre leyes inmutables como ella; leyes necesarias, porque son la espresion de relaciones necesarias; leyes fuera de las cuales no se encuentra paz ni felicidad, porque fuera de ellas no hay mas que desórden. Nadie les puede señalar su orígen, ni menos nombrar su inventor. Se reconocen facilmente por su antigüedad y universalidad, por no sé qué carácter de sencillez, de fuerza y de grandeza que las distingue esencialmente, y las conserva indestructibles en medio de las revoluciones de las costumbres, y de las vicisitudes de las opiniones.

Sin embargo, el hombre seducido por una falsa ciencia, ó arrastrado de las pasiones, frecuentemente se esfuerza á substituir á esta legislacion natural una legislacion facticia, que es como intentar mudar su naturaleza, y la de los seres sus semejantes. De este modo, ya sea que tratando de establecerse arbitrariamente en sociedad con Dios,

combine dogmas, é invente Religiones; ó que queriendo establecerse á su antojo en sociedad con los demas hombres, combine formas de Gobierno, é invente constituciones; su vana sabiduría viene toda á parar en substituir opiniones á creencias, pasiones á obligaciones y deberes, y á colocar, tanto en el Estado como en las familias é individuos, la agitacion del desórden, y el frenesí de la disolucion en vez de la tranquilidad del órden: siendo de notar que los mayores males que han afligido al género humano en todas épocas, han nacido de las constituciones arbitrarias, y de las religiones inventadas á placer.

La Religion, la moral y la sociedad, son hechos generales como la gravedad y pesantez: leyes generales é independientes de nuestras ideas, como lo pueden ser las del equilibrio. En el punto en que se las mire como puras abstracciones, cuéntese todo perdido. Entonces una filosofía delirante lo querrá todo inventar, en política, en moral, en Religion; poco mas ó menos como si un fisiologista, que no viese en la vida y sus fenómenos mas que un sistema voluntario, pretendiese inventar un nuevo modo de existir: locura á que efectivamente llegaron los Es-

tóicos, cuando en la imposibilidad de substraerse á todas las penas y aflicciones del ánimo y del cuerpo, pusieron la felicidad en la insensibilidad á todos los dolores así morales como físicos: insensibilidad incompatible con el modo de existir que es esencial al hombre.

Ni es menos fragil la base en que se apoyan los demas sistemas y teorías sobre la felicidad y sumo bien, que en tanto número inventaron los sabios de la antigüedad (1): vacías de esperanza, no consideran al hombre sino en el breve espacio de esta vida, sin mirar al destino eterno que le ha de suceder: triste y vana filosofía, que se viene á estrellar contra el escollo de la muerte.

Conocer, amar, obrar, he aquí el hombre, y lo que entre los demas animales le distingue. De la armonía de estas facultades, y su perfecto desarrollo, resulta la felicidad del individuo, porque es en un todo conforme al órden, ó á la naturaleza de los seres, que sus facultades se desenvuelvan y desplieguen; y todo ser privado de una de ellas, ó en quien se encuentre ociosa por falta de objeto correspondiente á que se pueda apli-

(1) Varron cuenta doscientos ochenta y ocho.

car, está en un estado contrario á su naturaleza, y por consiguiente doloroso.

El objeto propio del entendimiento ó de la facultad de conocer, es la verdad; luego la ignorancia, que es un estado de imperfeccion, y el error, que lo es de desórden mental, son contrarios á la naturaleza del ser inteligente, é incompatibles con la felicidad.

Así como lo verdadero es el objeto del entendimiento, así lo bueno lo es de la voluntad, como que lo es del amor; y como nada puede ser amado, sin que antes sea conocido, y el amor no es otra cosa en realidad que el goce y fruicion íntima de la verdad conocida, el amor depende de la inteligencia.

La inteligencia (*) pues es el principio del amor; y el amor, principio de accion, tira

---

(*). Si por *inteligencia* entendemos el alma, no hay duda que ella es el principio del *amor*, como lo es del *conocimiento*, *accion*, &c. aunque obra por medio de sus potencias; de la manera que en el sentido de la vista el alma es la que vé, aunque se vale para ello de los ojos. Mas si por *inteligencia* se quiere significar el conocimiento ó accion de conocer, este podrá decirse principio remoto del amor, en cuanto *nihil est volitum quin præcognitum*: si la potencia misma, en igual forma, por cuanto el entendimiento impera á la voluntad para que elija y ame, aun

á realizar esteriormente su objeto, es decir, el bien ó la verdad: y así está escrito de la verdad suprema revestida de nuestra humanidad por efecto de un amor infinito, *que pasaba* siempre *haciendo bien : pertransit benefaciendo.*

El hombre, eficaz, activo por sus sentidos, y por ellos inclinado tambien á las cosas materiales, dividido de este modo entre dos amores y dos voluntades, que le impelen violentamente á contrarias direcciones, no podrá gozar de paz, sin que haya antes establecido el órden entre sus facultades, y sujetado los sentidos á la ley de la razon, ó de la verdad; órden que, en sus relaciones con las acciones de los seres libres, no es mas que la justicia inmutable del Hacedor: luego no hay felicidad sin virtud, ni virtud sin amor predominante de los bienes in-

---

cuando esta es la que inmediatamente ama y elige. Del mismo modo la *voluntad* ó el *amor*, que es accion suya, se dice justamente principio de accion ó de obrar, por cuanto ella es la que impele á las potencias esteriores á la egecucion. Nos ha parecido conveniente dar esta esplicacion por las diversas acepciones que pueden darse á esta voz *inteligencia*, no queriendo limitarla á una sola por no hacerlo con el sentido del autor, y parecernos que las dichas espresiones deben acomodarse unas veces á la misma alma, y otras á sus potencias.

telectuales, ó de la justicia y la verdad.

Quitad esta armonía y dependencia entre nuestras facultades, y en el instante vereis nacer del mismo desórden la pena, el dolor, que no cesarán sino cuando se acabe aquél. El hombre en el estado de ignorancia vive, y obra á ciegas; ni sabe lo que debe amar, ni lo que es lícito y se puede permitir; ni lo que debe huir, y el órden le manda evitar; y si la ignorancia es total, como en el idiotismo absoluto, se acaba todo amor, toda accion se destruye, y el individuo muere (*), á menos que una inteligen-

(*) Dos sentidos admiten estas frases, espresiones ó locucion: uno en el órden *intelectual* ó *racional*; otro en el órden *físico*, como contrapuesto al *intelectual*: no podemos persuadirnos que Mr. de L. M. hable del *órden físico*, á pesar que las espresiones suenan despues *muerte física*, *aun del cuerpo*; porque en este caso los que nacen estúpidos que nada entienden; los escépticos que de todo dudan; los ateos que nada creen, y los hombres entregados á la sensualidad y á todos los vicios, deberian morirse al principio de su carrera, y es indudable que cuanto mas estúpidos, viven mas y mas sanos, como que viven y obran sin aprension; y aun en el *órden moral* los impíos prosperan, segun la espresion de un Profeta, y sabemos que en esta vida se han prolongado hasta la ancianidad. Por lo mismo creemos que las indicadas espresiones deberán entenderse en el primer sentido, ó en el *órden intelectual*. No puede dudarse que la ignorancia es una especie de enfermedad intelectual, y que el error es una verdadera llaga del entendimiento, como

cia estraña le conserve. El error, viciando al amor, desarregla las acciones, y pone al hombre en relaciones falsas, y por consiguiente dolorosas con sus semejantes. Si permaneciendo la verdad en el entendimiento, la voluntad se estravía, se enciende entre la razon

---

los crímenes lo son de la voluntad; pero jamas la ignorancia ni el error podrán disminuir, ni mucho menos estinguir, ó hacer que el *ser* de la inteligencia se destruya, ni aun es posible esta total estincion, ni menos la destruccion de su *ser intelectual*, y por consiguiente ni el *físico* ó el *cuerpo*. El *ser* de la inteligencia en todo sistema filosófico, ó es el alma, que en cuanto aprende, juzga y discurre se llama *entendimiento*, ó si quieren *inteligencia*, y en cuanto desea y ama se llama *voluntad*; ó bien la alma tiene sus potencias ó facultades para entender y conocer, y á esta llamamos *entendimiento*, y para querer y amar el bien, y llamamos *voluntad*: en cualquiera de estos sistemas, asi la facultad ó el *ser intelectual*, y el *ser volitivo*, es un ser espiritual, incapaz por lo mismo ni de diminucion, ni menos de estincion ó destruccion, como prueba santo Tomás; y es tan evidente, que la substancia espiritual no tiene en sí mismo principio alguno de destruccion, ni causa alguna estrínseca que pueda obrar en ella esta muerte, sino el mismo Criador, el cual conserva, no destruye ni aniquila los seres que ha criado, que no podemos persuadirnos sea este el sentido de La Mennais, ni que se le pueda haber ocurrido una idea tan estravagante, y que repugna al mismo sentido comun. Resta pues únicamente que esta diminucion ó estincion del ser inteligente, se entienda en cuanto á la *inclinacion* del entendimiento y de la voluntad á sus respectivos objetos: esta *inclinacion* puede disminuirse, debilitarse, como en efecto se ha disminuido y debilitado por el pecado original, cuyas dos llagas principales son la ignoran-

y las pasiones una guerra terrible que desconcierta, y contrista el alma, y es lo que forma los remordimientos con sus terrores y angustias insufribles. Cuando los sentidos, ú órganos destinados á servir (1), se llegan á apoderar del mando y del poder, el desór-

---

cia y la malicia, herencia de todos los hombres, y se debilita asimismo por la multiplicacion de pecados; pero jamas puede estinguirse ni destruirse su *ser*, porque es la misma substancia espiritual; y asi dice santo Tomas que ni en los demonios ni en los condenados se destruye esta inclinacion, antes bien de ella misma dimanan los remordimientos de conciencia que los atormentan. Debemos pues decir, que cuando La Mennais afirma que el error causa diminucion del *ser* en la inteligencia, habla del egercicio ó de la accion propia del entendimiento, y lo mismo se ha de decir de la voluntad; porque si el entendimiento llegase á una privacion total de la verdad ó del amor, se acabaria toda accion del entendimiento y voluntad, como que realmente carecian de objeto, y á esto sin duda llama La Mennais *estincion*, *destruccion*, *muerte*; porque asi como cuando vemos á un hombre sin accion ni movimiento decimos que está muerto, asi el entendimiento y la voluntad sin accion pueden llamarse muertos intelectualmente, porque no darian en este caso señal alguna de vida; y aun en esta posibilidad de esta hipótesis, podria ser tal el trastorno de los sentidos que aun el cuerpo mismo muriese como dice La Mennais. Nos hemos estendido en su esplicacion para que nuestros lectores no hallen el menor tropiezo en una obra tan interesante.

(1) Es bien conocida la hermosa definicion que da del hombre Mr. de Bonald, á saber: *El hombre es una inteligencia servida por órganos corporales.*

den llega hasta lo sumo; todo perece, la inteligencia, el amor, el cuerpo mismo (*). *Cuando estábamos sometidos á la ley de la carne*, dice enérgicamente ese libro divino en que se encuentra toda verdad, *obrando en nuestros miembros las pasiones desarregladas, daban frutos de muerte* (1).

Es pues la primera condicion de la felicidad, que las diversas facultades del hombre esten convenientemente ordenadas entre sí, y que cada una goce de su objeto propio y peculiar. Alcanzar su perfecto desarrollo, y gozar cada una del objeto que le corresponde en toda la estension de que es capaz, es indudablemente la segunda. Ahora bien, los deseos, no las obras, son el índice seguro de esta capacidad; y en efecto, el hombre que siente en sí un deseo infinito de saber y de amar, porque puede y debe conocer la verdad infinita, y amar el sumo bien,

---

(*) Entiéndase en cuanto los placeres sensuales embotan el entendimiento y embrutecen, y aun abandonándose ó entregándose desmedidamente á ellos, gastan el cuerpo, acaban la salud, y quitan la vida prematuramente. Véase la cita anterior.

(1) *Cum enim essemus in carne, passiones peccatorum..... operabantur in membris nostris, ut fructicarent morti.* Ep. ad Rom. VII, 5.

no se ve atormentado de un deseo infinito de obrar, porque su accion, como ser físico, es natural y necesariamente limitada. El sabio que desea conocer las leyes del movimiento de los astros, y trabaja y vela por descubrirlas, no piensa en someterlas á su voluntad; porque sabe que su poder de obrar es limitado, y su inteligencia no conoce límites.

Sentados estos principios, consideremos á la Filosofía y á la Religion relativamente á la felicidad: y para comenzar por la primera, dígasenos de buena fé: ¿qué verdades son las que ella nos revela, y presenta á nuestra consideracion? ¿qué bienes son los que nos ofrece, los deberes y obligaciones que nos prescribe? ¿Qué nos enseña del lugar que ocupamos en el órden de los seres? ¿qué de nuestro orígen, de nuestra naturaleza, y nuestro último fin? ¡Ay! Mas débil é impotente aún que presuntuosa, burla ó degrada todas nuestras facultades y potencias. Nuestro entendimiento reclama, y le pide la verdad infinita, que es la única proporcionada á sus deseos, y ella no le presenta mas que dudas, conjeturas vanas, absurdos palpables. Todas las creencias huyen á su vista; y cayendo ella como un sifon, ó un furioso torbellino sobre el entendimiento humano, trastorna todos los principios, arranca de raiz

todas las ideas, acaba, destrúye todas las esperanzas. Los sistemas son tantos en número como los filósofos, y tan vagos y fugaces como los sueños de la noche. Representémonos un hombre á quien el deseo de la verdad, natural á todos los seres racionales, le escita á buscarla, y que con este objeto, auxiliado de una razon recta, emprende el examen de los sistemas filosóficos. ¡Qué obscuridades! ¡cuántas incertidumbres! ¡qué de contradiciones! ¡qué mar inmenso se le presenta, cuyas riberas nadie hasta ahora ha podido divisar! O tú, á quien engaña la esperanza de descubrir en él algun dia el dichoso puerto á que aspiras, cree á la esperiencia de los viageros desengañados, y escucha la voz de Rousseau. "Yo he consultado, te dice, á los filósofos, he ojeado sus libros, he examinado sus diversas opiniones; á todos los hallo soberbios, orgullosos, decisivos, aun en su pretendido escepticismo; gentes que nada ignoran, todo lo saben, nada prueban, y se burlan unos de otros; y este punto, que es comun á todos, me parece el único en que todos tienen razon. Triunfantes y exaltados cuando atacan, son cobardes y sin vigor cuando se defienden. Si quereis examinar sus razones, no las tienen sino para

»destruir; si contais los votos, cada uno está reducido al suyo; en nada se avienen »sino en disputarlo todo (1).”

Pero el hombre, en los pocos momentos de vida que se le conceden, no está destinado para disputar: lo está sí para conocer, y obrar, y por consiguiente para creer; y ¡ay de aquel á quien la duda le abre las puertas del sepulcro!

“Yo pienso, añade Rousseau, que la »cortedad del espíritu humano es la primera »causa de esta prodigiosa diversidad de sen»timientos, y el orgullo la segunda. No te»nemos las medidas de esta máquina inmen»sa; ni podemos calcular sus relaciones, ni »conocemos sus primeras leyes, ni su causa »final; ignoramos lo que somos nosotros mis»mos; no conocemos ni cuál es nuestra na»turaleza, ni nuestro principio activo; ape»nas sabemos si el hombre es un sér sim»ple ó compuesto: por todas partes nos ro»dean misterios impenetrables y superiores »al orden sensible: creemos tener inteligen»cia, y no tenemos mas que imaginacion. »Cada uno se abre al traves de este mundo »imaginario un camino que juzga ser el úni-

(1) *Emile*, t. 3, p. 27.

»co verdadero; mas nadie puede saber si el
»suyo es el que lleva al término (1)."

¡Estraña condicion por cierto la del hombre; siempre aspirando con un ardor inesplicable al goce y posesion de la verdad, y sin poder estar jamas seguro si en lugar de élla abraza la mentira y el error! Incapaz naturalmente de alcanzar la certidumbre, la duda es un suplicio para él. Sin embargo, como observa Pascal, "es necesario que cada
»uno tome su partido, y se decida y determine, é indispensablemente se coloque ó en
»las filas del *dogmatismo*, ó bien del *pirronismo*: porque el que pensare quedarse neu-
»tral, sería pirronista en sumo grado: esta
»neutralidad es la esencia del pirronismo; el
»que no está contra ellos, está manifiestamente á su favor. ¿Qué hará pues el hom-
»bre en este estado? ¿dudará de todo? ¿du-
»dará si está despierto, si le punzan, ó le
»queman, cuando esperimenta esta sensa-
»cion? ¿dudará si duda? ¿dudará aún si exis-
»te ó no? Es imposible llegar hasta aquí, y
»no temo asegurar que no ha habido jamas
»un pirronista que pueda decirse efectiva y
»perfectamente tal. La naturaleza sostiene á la

(1) *Emile*, t. 3, p. 28.

»razon débil, y la impide llegue á estraviar-»se hasta este estremo. ¿Dirá por el contra-»rio que posee con certeza la verdad, cuan-»do, á pocas instancias que se le hagan, no »puede mostrar título ni dar razon alguna »de ella, y está precisado á abandonarla?

»¿Quién desembrollará este caos tan pro-»fundo? La naturaleza confunde á los pirró-»nicos, y la razon á los dogmatistas. ¿Qué »será pues de tí, ó hombre; en qué, ó dón-»de irás á parar inquiriendo tu verdadera »condicion por tu misma razon natural? Ni »puedes evitar una de estas sectas, ni sub-»sistir tampoco en ninguna de ellas (1)."

Criado el hombre para obedecer á las leyes del órden, para vivir en sociedad con Dios, autor y vínculo de todos los seres (*), para poseer la verdad infinita por la inteligencia, y gozar de ella por el amor; si por desgracia la pierde, no viendo ya entonces cosa mas grande ni mas perfecta que á sí mismo, comienza á amarse sin medida en su inte-

(1) *Pensées de Pascal*, chap. 21, edit. de París, in 12.

(*) Quitad á Dios del mundo, y todos ellos se desquician y desordenan: parecen entonces un monton de materiales para una obra, sin órden y sin conexion: poned á Dios, y todo está ordenado. ¡Cuán otros aparecen colocados por el Sábio Arquitecto en su lugar!

rior, á enamorarse ciegamente de lo mas íntimo que hay en sí, de su pensamiento y sensaciones; y, consiguiente en el desórden, despues de haberse elegido á sí mismo por objeto de un amor infinito, se constituye centro de todas las cosas, se hace un Dios: y la vana filosofía no viene á ser otra cosa que la idolatría del hombre, idolatría la mas funesta de todas, porque exaltando el egoismo hasta lo infinito, rompe todos los vínculos sociales.

Ciertamente, si hay un espectáculo triste y lastimoso, digno de compasion, es el de una criatura débil, ignorante, oprimida por la calamidad, que habiendo perdido de vista su verdadero fin, remueve con furiosa obstinacion este fondo inmenso de miseria, para buscar en él su bien y su tranquilidad. Verásela á esta desventurada criatura recorriendo el árido desierto de la vida, saltar de gozo y de contento al hallazgo de los mas viles placeres, á la manera que los salvages mas embrutecidos dan gritos de alegría, cuando errantes y hambrientos por medio de los bosques, descubren cerca de sí algunas frutas silvestres, ó los restos asquerosos de alguna presa abandonada de las fieras.

Todas las teorías filosóficas sobre la *felicidad* se reducen á los sistemas de Epicu-

ro y de Zenon, diversamente combinados y modificados; y por la razon poco antes indicada, en las acciones y deseos del hombre separado de Dios, todo, en último resultado, se refiere y ordena al orgullo ó al placer. Se ama con un amor infinito en lo que hay mas íntimo y mas grande en sí, á saber, sù pensamiento é inteligencia. Pero este amor, lejos de hacerle feliz, le atormenta y le fatiga, porque siendo evidentemente desproporcionado á su objeto, y pidiendo sin cesar un nuevo alimento, que rara vez llega á obtener, y que jamas le sacia y satisface, le obliga á confesar su estrema indigencia, y á pesar de sus repugnancias le detiene y fija en el sentimiento penoso de su imperfeccion. El deseo de gloria, los empleos y destinos, los honores, la pasion del estudio, el amor de las riquezas, cuando no tienen á los placeres físicos por fin ulterior; los enagenamientos y delicadezas suspicaces de la sensibilidad, las mismas virtudes puramente morales no son, si me es lícito hablar así, mas que tentativas del orgullo, para alejar de sí este sentimiento doloroso. Se esfuerza á suplir la perfeccion absoluta por una superioridad únicamente relativa. Engañado de esta vana esperanza, el hombre trabaja para elevarse sobre

sus semejantes en poder, en reputacion, ciencia y riquezas, y no hay ventaja, por mezquina que sea, aun en lo corporal, donde la vanidad no vaya á buscar deleites y placeres.

Mas aun cuando llegase á poseer todas estas ventajas juntas, todo esto nunca sería mas que posesion del hombre imperfecto y miserable, y el corazon no tardaria en pedirle nuevos bienes. *Yo he sido todo*, decia el Emperador Severo, que desde la última clase del ejército, de simple soldado habia llegado á ser Emperador, y ocupar el trono de los Césares; *yo he sido todo, y por la esperiencia he visto que este todo de nada sirve* (1). He aquí el resultado de treinta años de trabajo, y de una ambicion afortunada. Recorred los otros campos de la gloria; preguntad á los filósofos y favorecidos de las musas, desde Homero y Plinio el viejo, hasta Voltaire y Diderot, y donde quiera no oireis mas que quejas amargas, llantos y gritos de dolor. Semejantes á los Dioses del paganismo, á quienes la polilla y los gusanos roian en sus mismos altares, el tedio, la zozobra,

---

(1) *Omnia fui, et nihil expedit.*

el disgusto y aversion despedazan en secreto esas almas sobervias, cuya felicidad envidia un vulgo necio.

Lo mismo podemos decir de las otras condiciones y estados, porque el orgullo alcanza á todos. Plebeyos, grandes, sabios, ignorantes, todos se fatigan y anhelan por ser admirados, y elevarse en el concepto de los otros, y en su propia imaginacion. Casi todas las vanas ocupaciones de los hombres no tienen otro fin: solo por esto,. únicamente por engrandecer la idea que tienen formada de sí mismos, uno devasta, abrasa, asola toda la tierra, y otro pasa la vida en estudiar sus producciones; aquel se encierra en su gabinete para escribir un libro, y estè se va á hacer matar á mil leguas de aquí, por obtener un pedazo de cinta, que ensalzándole en su propia estimacion, le distraerá, á su parecer, de la memoria importuna de su miseria, y de su nada. No tienen otro móvil nuestras opiniones, y diversiones las mas frívolas: buscamos ansiosamente en ellas un sentimiento de superioridad, cualquiera que él sea, que nos oculte nuestra imperfeccion real; y nuestro orgullo es á un tiempo tan desordenado é indigente, que cualquiera cosa le sirve de pábulo y alimento; la suer-

te de una carta, la vuelta favorable de un dado, y, lo que sin horrorizarse no se puede imaginar, hasta la separacion misma de Dios, y la pérdida de toda esperanza.

He aquí en lo que venimos á parar cuando empeñados en buscar en nosotros mismos la felicidad y nuestro bien, nos lisongeamos de encontrarla en la triste contemplacion de nuestra escelencia propia. Y como donde no hay regla ó verdad, todo es esceso y desórden, esta especie de culto intelectual y de adoracion, que el hombre se tributa, le conduce á un desprecio escesivo de sí mismo. Fatigado de un trabajo sin fruto, y sin utilidad, se abate y envilece tanto, cuanto antes se habia querido elevar. Desprecia, desdeña su inteligencia, su razon, y la degrada hasta preferirle el instinto de los brutos. Le da en rostro, y reconviene de haberle engañado con promesas lisongeras, y buscando en adelante un bien estar, una felicidad independiente de su alma, ama en si sus mas ciegas sensaciones, segun la profunda observacion del Apóstol: "Teniendo obscure» cido con espesas tinieblas el entendimiento; » separados de la vida de Dios por la ignoran» cia que produce en ellos la ceguedad de su » corazon, se abandonan ya desesperados á la

»disolucion y á todas las obras de impure-»za (1).

Pero siendo mucho mayor aquí la desproporcion entre el amor y su objeto, entre las facultades y los deseos, el hombre nunca es mas miserable que cuando se abandona, y deja dominar de los sentidos. Todo el ser moral padece entonces, y á la momentánea embriaguez del deleite ó del placer, sucede repentinamente la turbacion, el remordimiento devorador, largas y dolorosas angustias.

Lo hemos dicho, los placeres físicos, cuando el hombre, apeteciéndolos por sí mismos, hace consistir en ellos su felicidad, destruyen la inteligencia, el amor, el cuerpo mismo, porque pidiendo á los órganos un bien infinito, ó una accion infinita, el hombre trastorna las leyes fundamentales de su ser, y rompe, quiebra el frágil instrumento que le fue dado para muy distinto fin.

Los filósofos materialistas, que no ven en el hombre mas que los sentidos, muestran una aversion, y un ódio insuperable á la

(1) *Tenebris obscuratum habentes intellectum, alienati à vita Dei, per ignorantiam quæ est in illis, propter cæcitatem cordis ipsorum, qui desperantes, semetipsos tradiderunt impudicitiæ, in operationem immunditiæ omnis.* Ad Ephes, 4. 18, 19.

castidad; y esto solo basta para probar cuán perniciosa y falsa es su doctrina, aun considerada solo con respecto á la vida presente. Porque la castidad, antes de ser un deber ú obligacion moral, es una ley de conservacion que la naturaleza impone á todos los vivientes; y si ella es tambien una obligacion para el ser moral, en parte es, porque es una ley para el ser físico. Así es que los animales, si se esceptúan algunos cortos momentos destinados á la reproduccion, son castos por instinto, sin lo cual, mucho tiempo ha las especies hubieran perecido, se habrian acabado. Lejos de que la union de los dos sexos tengan por fin el deleite ó el placer, este deseado y buscado como fin, contraría directamente las miras de la naturaleza en esta union, y se encamina aun á alejar al un sexo del otro, introduciendo costumbres infames, harto comúnes entre los antiguos, y justificadas y aconsejadas por los filósofos de hoy. "¡Ó, y qué criatura tan »vil y despreciable es el hombre, si no cono»ce que hay en él alguna cosa celestial que »lo eleva de estas cosas materiales y sensi»bles (1)!"

Por poco que haya conservado, no digo

(1) Montaigne.

de conciencia, de gusto á la virtud, ni de respeto de sí mismo, sino únicamente de prevision y de razon, nunca jamas se ha oido que hombre alguno haya llegado á engañarse hasta el estremo de poner la felicidad en una pasion brutal, que tarde ó temprano conduce al último esceso de miseria, envilecimiento y degradacion. Aprenda, aprenda la fogosa juventud, contemplando las funestas consecuencias del desarreglo de los sentidos, á reprimir sus funestos apetitos, que facilmente enfrena una voluntad decidida, y que eficazmente lo desea.

El primer efecto, y efecto inevitable de los hábitos y costumbres voluptuosas, es embotar las pasiones del alma, y escluir de ella todo otro pensamiento que no sea el de los hediondos y viles placeres de que se halla esclavizada. Distraido y disipado el espíritu por deseos que se reproducen sin cesar, y rodeado de fantasmas impuros, pierde su vigor y su fecundidad; se altera todo y descaece; la memoria se pierde, el carácter se enerva y debilita, y se endurece el corazon. Ya no se sabe lo que es amar, ni tener compasion, ni derramar deliciosas lágrimas de ternura ó enternecimiento. El semblante mismo se reviste de una espresion ceñuda y desagrada-

ble. Las facciones muertas y apagadas anuncian que el manantial, la fuente de los dulces sentimientos, de las emociones puras, de las alegrias inocentes se ha secado y estinguido. Se diria que la vida se habia refugiado toda entera, y concentrado en los órganos de los sentidos. Pero estos mismos órganos, gastándose prontamente, se ven acometidos de tropel por los achaques, dolencias, enfermedades y dolores.

He visto, y ¡ay! no se borrará este espectáculo jamas de mi memoria; he visto algunas de estas desgraciadas víctimas de una pasion devoradora, en la flor de la edad ofrecer ya la asquerosa imagen de una completa decrepitud. La frente calva, las mejillas pálidas y hundidas, el mirar lleno de una tristeza estúpida, el cuerpo trémulo y como encorbado bajo el peso del vicio, cadavéricos, sin accion, sin pensamientos, sin amor, víctimas horribles ya de la disolucion; á su aspecto parecíame oir los pasos de los sepultureros que venian á toda prisa á llevarse aquel cadáver.

¡Hasta tal estremo, sin embargo, puede la filosofía degradar al hombre! ¡oh y qué bien justifica por los efectos, lo que no ha tenido rubor de sostener de palabra como un

principio incontestable, *que entre el hombre y el bruto no hay mas diferencia real que la del vestido* (1)! Pero esto era colocarle aun á demasiada altura, y para ser consiguiente, es necesario hacerle inferior á las bestias, porque al fin éstas, mas felices en esta parte que el hombre, no estan como él atormentadas de deseos inútiles, y obedecen á leyes inmutables que las conservan y conducen á la perfeccion que les corresponde. ¡Oh hombre! que hablas con tanto orgullo de tu dignidad y grandeza, desciende, baja de ese trono que te formaste en tu imaginacion y en tu pensamiento; la filosofía te lo manda: ven á colocarte detras de los brutos animales, mas ilustrados y nobles que tú; y sacia tus deseos disgustados ya y fastidiados de Dios, con los deleites vergonzosos é inmundos, que ellos te abandonan sin pesar y sin sentimiento.

Los dos sistemas absolutos de felicidad, fundados el uno en el orgullo, y el otro sobre los deleites, se combinan y modifican al infinito, segun el carácter, temperamento, preocupaciones y situacion de cada individuo; y se puede observar, como una nue-

(1) *Essai sur les regnes de Claude et de Neron*, tom. 2, pág. 140.

va prueba de la influencia necesaria de las doctrinas sobre las acciones, que los filósofos no varian menos en sus reglas prácticas de conducta que en sus principios especulativos, y que hay constantemente una relacion exacta entre estos principios y estas reglas. Y como el principio mas general de la filosofía es que no hay ningun principio enteramente cierto, ni ninguna verdad absolutamente incontestable, su regla de conducta principal y mas general es tambien, que no hay regla alguna ciertamente verdadera, ó absolutamente obligatoria. De manera, que siendo todo arbitrario, y la verdad misma no siendo tampoco ya el objeto eternamente subsistente de la inteligencia, sino una operacion, una produccion abstracta del entendimiento, una propiedad, digámoslo así, individual, las voluntades individuales suceden, y se substituyen á las leyes inmutables del órden; y el hombre, independiente de todo, aislado, separado de sus semejantes, alejado de su Hacedor, rey de la nada que él ha creado al rededor de sí, queda dueño y señor absoluto de creer, amar, y obrar á su arbitrio y segun sus caprichos.

Pero por mas que haga, no podrá mudar la naturaleza de las cosas, ni hallar la

paz en el seno del desórden. El único deber, dicen, la única obligacion es hacerse feliz; cuando al contrario, la verdadera, unica y sólida felicidad es sujetarse, y ceñirse á la práctica rigurosa de los deberes y obligaciones. Júntense en uno todos los deleites y placeres, diversifíquense cuanto quieran, multiplíquense sin fin, no se tardará mucho en sentir su insuficiencia y vacío. Estos frutos de la tierra, incapaces de satisfacer el hambre del corazon, aunque alhagüeños en lo esterior, ocultan todos una secreta y punzante amargura. Los deleites, y las afecciones mismas se gastan y consumen, con dolor y prontitud; y son bien conocidas las quejas lamentables que arrancaba al gran Bossuet la inconstancia de nuestras amistades pasageras, *que se van y pasan con los años, y los intereses.* Lo mismo sucede á ese ardor, y esa ansia que nos arrastra hácia las ciencias, igualmente que á los dulces sueños, é ilusiones encantadoras con que nos saboreamos en la juventud. Todo pasa, y no deja en pos de sí mas que el disgusto, la anxiedad, y ese *tedio inexorable que forma el fondo de la vida humana* (1). Así es que todo lo que

---

(1) Bossuet.

no hemos aún esperimentado, lo que nos es desconocido, viene á ser para nosotros una especie de infinito que el alma abraza ansiosamente, como un objeto proporcionado á la estension de sus deseos. Pero cuando ella á pocos momentos advierte y conoce su error; cuando descubre la limitacion, y siente el vacío, y la nada de aquel objeto que la embelesaba y seducia; entonces el encanto cesa, y cae en una tristeza profunda; repeliendo, y alejando de sí hasta la esperanza, se alimenta con un gozo sombrío y melancólico de sus propias angustias, y busca en una estupidez, á que siguen largos sufrimientos, una fria imágen de descanso. Recurso vano; la enfermedad va en aumento, y en llegando á su último término, conduce á los desgraciados que estan tocados de ella, á un crímen execrable, el único irremisible, porque es el único de que no se da ya arrepentimiento. Arrojados lejos de la fuente de la verdad y del amor, se libran de una existencia que se les ha hecho intolerable; y el alma, privada de todo bien, pretende sepultarse bajo las ruinas del cuerpo, al modo que un Rey destronado se sepulta bajo las de su palacio.

Y no nos imaginemos que graduando y mezclando artificiosamente los placeres, cor-

riendo perpetuamente de unos en otros, se pueda prevenir el tedio, y satisfacer plenamente los deseos. No: porque ademas de que á ninguno es posible evitar los innumerables males anexos á esta vida presente, las enfermedades, los pesares, desazones, achaques y dolencias de la edad, la pérdida de los amigos y de los parientes, las injusticias, é ingratitudes; ademas de que las ventajas de la condicion, talento, del cuerpo y de la fortuna no dependen en manera alguna de nuestra voluntad, hay tambien entre los bienes de aquí bajo, y las necesidades de nuestro corazon, una desproporcion que no hay medio alguno en el mundo que pueda hacerla desaparecer. Pero sobre todo, aun cuando estos bienes fuesen tan reales y verdaderos como son vanos y quiméricos, no por eso, serian tampoco mas á propósito, en suposicion de que todo se acabe para nosotros en la muerte, para procurar la felicidad á que aspiramos. Siendo como somos criaturas finitas, y por el hecho mismo esencialmente limitadas, incapaces de abrazar á un tiempo todas las verdades que querríamos conocer, y todas las perfecciones que desearíamos amar, solo por una série infinita de actos sucesivos podemos llegar á tocar el término á que nos dirigi-

mos, y alcanzar el fin para que fuimos criados: de donde se sigue que siendo necesaria una duracion sin término ó eterna, para el cumplimiento de nuestros deseos, ó el desarrollo perfecto de nuestras facultades, la Filosofía que no anuncia al hombre mas que la nada, es tan contraria á su naturaleza como conforme la Religion que le promete la inmortalidad. Y ciertamente, si hubo jamas una doctrina bárbara y desconsoladora, eslo sin duda la que dice á los hombres, condenados por la mayor parte á duros y contínuos trabajos, á la indigencia, privaciones, abatimientos y dolores de toda especie: *Padeced y morid;* esa es vuestra herencia, no espereis otra jamas.

Rousseau, á pesar de sus estravíos, tuvo á lo menos horror de esta triste y desoladora filosofía. "Tiemblo, escribia á un discípulo de Diderot, y me estremezco al veros contristar, y afligir á la Religion en vuestros escritos. Desconfiad, querido Deleyre, de vuestro genio satírico. Sobre todo, aprended á respetar la Religion; la humanidad misma os impone este respeto. Los grandes, los ricos, los dichosos del siglo se regocijarian en estremo de que no hubiese Dios; pero la esperanza de otra vida con-

»suela en esta al pueblo y al miserable des-
»dichado. ¡Qué crueldad, el quererles qui-
»tar tambien esta esperanza (1)!"

Por lo demas, ya hemos visto á qué se reduce, y qué es en sustancia esa pretendida é imaginada felicidad de los grandes, ricos, y afortunados del mundo. Vista de léjos, se asemejan á aquellos maravillosos y encantadores palacios que parecen descubrirse en el horizonte de los mares que bañan las riberas de Nápoles: acercaos, ¿y qué hallais? vapores condensados, y nubes preñadas de tempestades y borrascas.

---

(1) *Œuvres de Rousseau*, edit. de París, 1788, tom. 31 pág. 202. * Alejandro *Deleyre*, criado en sus primeros años con buenos maestros, mostró por algun tiempo una piedad egemplar; pero por desgracia habiendo trabado en París amistad con Montesquieu, D'Alembert, Diderot, Rousseau y Duclos, se impregnó en los principios filosóficos. Compuso varios artículos para la Enciclopedia, entre otros el de *Fanatismo*, con un tono, y tal *fanatismo filosófico*, que motivó esta carta de Rousseau. Pero Deleyre no se aprovechó de unos consejos que por otra parte Rousseau no apoyaba con su egemplo. Su impiedad era tal, que los Sacerdotes de su parroquia se negaron á celebrar su matrimonio. Publicó entre otras obras el *Genio de Montesquieu*, y el *Espíritu de Saint-Evremont*; y por el favor del duque de Nivernais obtuvo la plaza de secretario de los Carabineros: despues fue agregado á la embajada de Viena, y nombrado bibliotecario para la educacion del duque de Parma, cuyo ayo principal era Condillac. ¡En qué manos se ponian los destinos

Y no olvidemos que el mérito y valor de los bienes no depende únicamente de su naturaleza, sino tambien de su duracion. Contenta y se goza poco de lo que al momento nos falta, ó puede faltarnos á cada instante; de ahí esas anticipadas y largas previsiones por las cuales el hombre prolonga en su imaginacion su existencia en un porvenir indefinido. La Filosofía misma, asombrada de ese deseo que tienen los hombres de perpetuar su ser, y desesperada de poder contrarrestarle y vencerle, se ha creido obligada por condescendencia sin duda á una

---

de los Príncipes! Vuelto á París, con una pension de dos mil libras, ayudó á Raynal en la eleccion de materiales para su *Historia del Comercio de las Dos Indias*. Empapado en todas las ideas liberales sobre la *Soberanía del Pueblo*, abrazó con furor la causa de la revolucion. Diputado á la *Convencion*, votó la *muerte* del Rey Luis, sin apelacion; y pronunció con esta ocasion un Discurso lleno de invectivas contra los Reyes y Sacerdotes; que siempre los enemigos del Altar lo han sido del Trono. En 1795 tuvo la direccion de las Escuelas *normales*, en seguida fue miembro del Consejo de los *Quinientos*; y al fin en la ereccion del *Instituto*, constituido individuo en la clase de las ciencias políticas y morales. Murió el 1797. ¡Qué influjo el de las buenas ó malas compañías! Deleyre, súbdito fiel, bueno, piadoso con los buenos, por juntarse con los filósofos se convirtió en un impío y un regicida: teman los padres descuidados por sus hijos, y velen sobre ellos.

debilidad tan general, á prometernos la inmortalidad (1) en la tierra, pero dejando á los siglos futuros la ejecucion de sus promesas consoladoras.

Mientras llega, la ley general se ejecuta. El tiempo, á quien nada detiene, trae velozmente á cada uno su hora postrera, y llegándose al Ateo le anuncia que es preciso morir. ¿Qué le sucede, qué pasa en él en este momento? ¡Ah! Quiero suponer, lo que

---

(1) Véase la obra de Condorcet, intitulada: *Esquise d'un Tableau historique des progrès de l'Esprit humain*, en donde este autor espone el celebrado sistema de la *perfectibilidad* del hombre hasta lo infinito, y anunciando á las generaciones futuras, para cuando no haya Reyes ni Sacerdotes, unas luces, unas virtudes, *una felicidad de que no es posible formarse idea*, promete al hombre la prolongacion *indefinida* de su existencia en la tierra. En medio de estas estravagancias, y de estas locuras, ¡qué consuelo es para la Religion ver á una filosofía atea obligada á confesar que la felicidad del hombre está en su perfeccion, y que él es llamado á una perfeccion *infinita*, la cual no puede lograr sino con una sucesion *indefinida* de tiempo! Este solo principio, bien entendido, debe hacer abrazar la Religion á todo incrédulo que raciocine. * El marques de Condorcet se hizo notar en un principio por sus progresos en las matemáticas, y despues mas por sus furores contra la Religion: admirador exaltado de Voltaire, viajó de propósito á Ferney para visitar ó venerar á aquel filósofo, y participó tanto de su veneno filosófico, que sus mismos amigos le llamaban el Carnero rabioso, *le mouton enragee*. Declarado republicano desde la guerra de la América, lo fue

es casi imposible, que haya sofocado los remordimientos, y que ni duda alguna turbe ni alarme su incredulidad: ¿está por eso libre de terror, de angustias y congojas? Preguntad á los que han visto al Ateo en el lecho de la muerte; no tocado de una de esas enfermedades que privan del uso de los sentidos y de las facultades del alma, sino con todo su conocimiento, y gozando enteramente de sus facultades morales, y sabiendo que va muy

---

desde el momento en que estalló la revolucion: escribió sobre las *Juntas provinciales*; y cuando el viage desgraciado del Rey Luis XVI á Varenes, pidió en la asamblea su *suspension*, y redactó el *Manifiesto á los Franceses* para motivar esta medida: adherido al partido de la *Gironda* votó por la pena mayor contra el Rey, como no fuese la de muerte; y formó parte de la odiosa comision de *Salud pública*, y de la de *Constitucion*. Al fin proscripto por Brissot, y huyendo de unas en otras partes, se quitó la vida con un veneno que llevaba siempre prevenido. Lo que asombra es, que esta obra aqui citada, en que tanto declama contra los Sacerdotes y los Reyes, la escribiese en este tiempo en que se veia perseguido de los enemigos de unos y otros. Tan cierto es que cuando el hombre se abandona á los principios filosóficos, todo, hasta su interes, cede al deseo del triunfo de su opinion. Fomentado Condorcet en sus primeros años por el Obispo de Lisieux, convirtió sus tiros contra la Iglesia y Sacerdocio; y malogrando sus talentos, que le pudieran haber hecho célebre en las ciencias, se ha hecho odioso á la posteridad. Notable cosa es que todos los filósofos impíos hayan sido revolucionarios.

pronto á espirar. La imagen viva de lo que pierde, ocupa todo el espíritu del moribundo. Inclinaciones, amistades, hábitos, costumbres, mil lazos que le unian á la vida se rompen de una vez; rompimiento horroroso, que separando repentinamente al alma de todo lo que amaba en este mundo, la deja sola, herida, y lastimada en un vacío infinito. Aquel abismo sin fondo á donde va á descender, aquella soledad oscura, aquel silencio eterno, aquel sueño frio, aquella noche perdurable que jamas tendrá aurora, aquella privacion de todo bien, junto con el deseo invencible de ser feliz, todas estas ideas, y otra infinidad de ellas no menos desoladoras, pesan sobre aquella alma miserable, la trastornan, la despedazan, y dan principio á su espantoso suplicio. ¿Mas qué diré de su miserable situacion, si la considero con algunos aunque débiles restos de duda sobre los principios que se habia formado? ¿Cómo pintar sus ansiedades, sus remordimientos, su arrepentimiento tardío casi sofocado por la desesperacion, y aquel mirar consternado que no encuentra por todas partes mas que inconsolables recuerdos de lo pasado, y un porvenir sin esperanza? No es entonces la nada la que teme; al contrario la desea, la llama de todo su corazon;

pero en vano; la Eternidad sola le responde. Corramos un velo sobre lo que resta de esta escena espantosa, y dejemos al infierno sus secretos.

Sin embargo es preciso decirlo para gloria de la fé; hay pocas incredulidades que no vacilen y se estremezcan al aspecto de la muerte. De cualquiera manera que se haya vivido, al menos se desea morir en los brazos de la Religion, y en el seno de sus esperanzas: la razon fluctuante hasta entonces, se fija al acercarse la eternidad, cuya luz formidable disipando todas las ilusiones, aumenta de tal modo el brillo de la verdad, que solo una larga y funesta costumbre de no creer, junta con un orgullo sin medida, puede entonces hacerla desconocer; efecto á veces de una espantosa permision de Dios, que es principio ya de sus venganzas (1).

---

(1) Se puede formar una lista bien larga de los incrédulos que en la hora de la muerte han rendido sus homenages y respeto á la Religion. No citaremos mas que algunos de los mas célebres, y cuyo nombre es mas conocido. Boulanger, Tous-Saint (*Véase sobre éste la pág.* 182 *del tom.* I.), Boulainvilliers, el marques de Argens, Montesquieu, Maupertuis, Buffon, Dumarsais, Fontenelle, Damilaville, Thomas, Bouguer, de Langle, Tressau, Mercier, Palissot, Soulavie, Larcher. Diderot queria tambien confesarse; pero le quitaron todos los medios de conseguirlo. De

El mismo Bayle, á pesar de ser un escéptico, hace esta observacion: "Casi todos los que »viven en la irreligion, dice, no hacen mas »que dudar; no llegan jamas á la certidum»bre. Por eso al verse luego en peligro, en »el lecho de una enfermedad, donde la irre»ligion ya de nada les sirve, toman el par»tido mas seguro, que promete una felici»dad eterna, en caso que sea verdadero, y »que no espone á ningun riesgo, dado que »fuere falso (1)." La vanidad cede entonces á otro interes mayor. "Si ellos son locos con »estremo, decia Montaigne, no son igual»mente fuertes y arriesgados: no dejarán de »juntar y levantar sus manos al cielo, si les »dais una estocada en el pecho; y cuando la »enfermedad ha calmado ya el hervor licen-

---

D'Alembert, decia Condorcet: *Si no ha sido por mi, canta la palinodia.* Las mismas precauciones, á lo que aparece, se tomaron contra la *debilidad* de Voltaire, el cual, segun la relacion de Tronchin (médico protestante que le asistió), murió entre convulsiones rabiosas, y lanzando el grito fatal de: *Muero abandonado de Dios y de los hombres.* Juan Jacobo Rousseau, segun todas las apariencias, se quitó la vida á sí mismo. Habia escrito en favor del suicidio, despues en contra de él, y terminó autorizándole con su egemplo (*En las Memorias para la historia del siglo XVIII, año de* 1778, t. 3, pág. 185, *Traduc. española*, se da por mas que probable que fue de un pistoletazo).

(1) *Dictionaire critique*, art. *Bion.*

»cioso de su humor voluble é inconstante, »no dejarán de volver en sí, y dejarse diri»gir discretamente por la creencia y los ejem»plos públicos. Hay mucha diferencia de un »dogma meditado seriamente, y esas impre»siones superficiales, originadas de la diso»lucion de un espíritu desconcertado, que »temeraria é inciertamente ruedan por la fan»tasía. Hombres miserables y descabellados, »gentes sin seso, que se empeñan en ser peo»res de lo que pueden ser."

No obstante, es por desgracia cierto, que á fuerza de pertinacia y de trabajo se puede llegar á corromper de tal manera la razon, que se haga casi imposible su vuelta á la Religion en la hora de la muerte. La duda, voluntaria en los principios, se arraiga luego en el alma, crece, se afirma, y no se puede arrancar sino con grandes esfuerzos. El prodigio mayor de la omnipotencia de Dios, es una conversion repentina; pues no se necesita para ello menos que la suspension de las leyes de la naturaleza y de la moral. No creer cuando se desearia creer, y cuando se conoce su ventaja y la necesidad, es el castigo de no haber creido por una resistencia culpable de la voluntad, en aquel mismo tiempo en que nos arrastraba con to-

do su peso hácia la verdad manifiesta. Negándose el entendimiento pervertido á toda conviccion, la única doctrina que queda es un escepticismo absoluto (1).

"He aquí lo que puede el hombre por »sí mismo con respecto á la verdad y á la »felicidad. Ni el *Dogmatismo* puede vencer la »imposibilidad en que nos hallamos de pro»bar lo verdadero, ni el *Pirronismo* puede »triunfar de la idea de la verdad que posee»mos. Deseamos la verdad, y no encontra-

---

(1) El egemplo que voy á citar es tan convincente que me escusa de dar otra prueba. Estando el célebre médico Barthez próximo á la muerte (acaeció ésta en 1806), una persona de la mas alta recomendacion, que tenia con él algunas relaciones, fue á visitarle con la esperanza de hacerle aceptar los consuelos de la Religion, que su situacion debia hacerle tan apetecibles. Hallólo, como se lo habia pensado, triste, sombrío, inquieto. Por mas que procuraba disimular, su turbacion y angustias se manifestaban á cada instante. Este amigo, conmovido de su situacion, y viéndole padecer, le habló de la Religion, único recurso capaz de consolarle. Pero habia ya mucho tiempo que la duda é indiferencia se habia enseñoreado de su alma para que diese lugar á ninguna creencia. = ¡Creer! dijo: esto es propiedad esclusiva de los tontos: ya nadie cree cosa alguna sino los necios. = Nada? ¿pues no hay materia y cuerpos? = Yo ni sé lo que es eso, ni lo que con ello se quiere decir. = ¿Pero interiormente la conciencia...? = Eso es efecto de las preocupaciones: si me hubiesen inspirado otras en mi niñez, ella creeria bueno todo lo que cree malo, y no me

»mos en nosotros mismos mas que incerti-
»dumbre. Ansiamos, anhelamos por la feli-
»cidad, y no hallamos mas que miseria. No
»podemos dejar de desear la verdad y la fe-
»licidad, y somos incapaces de una y otra.....
»La voluntad no da un paso, por pequeño
»que sea, que no se dirija hácia este objeto;
»este es el móvil de todas las acciones de los
»hombres, aun de los mismos suicidas: y sin
»embargo, despues de tantos dias, de tan lar-
»ga série de años, no ha habido uno que sin

---

causaria ahora turbacion alguna. = Pues ¡qué! ¿nada hay cierto para vos? ¿pues no es mejor, por egemplo, no asesinar á su padre que asesinarle? = Monsieur, replicó el enfermo, si se ha de hablar ingenuamente, yo en verdad no sé sobre qué principio podemos, en buena filosofía, apoyarnos para decidirlo: nada sé. = ¿Pero las matemáticas no tienen alguna certeza á vuestros ojos? = En las matemáticas veo una serie de consecuencias perfectamente conexas; pero por lo que respecta á su base, no sé cual es. = ¿Estais seguro que no teneis nada que temer? = Nada sé. = De alli á pocos dias Barthez ya no existia (* Barthez fue médico de consultas de Buonaparte, y antes lo habia sido del Rey: amigo de la mayor parte de los filósofos impíos, y uno de los colaboradores del Diario de los sábios, publicó varias obras de medicina, en las que trabajó por estender ese bajo materialismo que abate al hombre á la triste condicion de las bestias. Sirva de cautela para los profesores de esta facultad que lean sus obras. De nada sirven los conocimientos, si nos han de hacer eternamente desdichados).

»la fé, sin la Religion, haya llegado á este »punto, á donde todos continuamente se di»rigen. Todos se quejan de su suerte; Re»yes, Príncipes, súbditos, vasallos, nobles, »plebeyos, jóvenes, ancianos, fuertes y débi»les, sábios, ignorantes, sanos, enfermos, de »todo pais, tiempo, edad, sexo, condicion.

»Una esperiencia tan larga, tan conti»nua, y tan uniforme, deberia convencer»nos de la imposibilidad en que nos encon»tramos de llegar por nuestros propios es»fuerzos á la felicidad. Pero la esperiencia »no nos instruye.... Caido el hombre de su »estado natural, no hay cosa á que no sea y »haya sido capaz de dejarse llevar. Luego »que perdió el verdadero bien, todo indis»tintamente puede parecerle tal, aun su mis»ma destruccion, por mas contraria que sea »á un tiempo á la naturaleza y á la razon.... »Estraviado visiblemente, siente en sí los »restos de un estado feliz, de que ha caido, »y que no puede recobrar. Rodeado, y en »medio de unas tinieblas impenetrables, le »busca por todas partes con inquietud, pero »inutilmente y sin suceso. (1)."

En efecto, es absolutamente indispensa-

(1) *Pensées de Pascal*, chap. 21.

ble que el hombre busque su felicidad, y que la busque ó en Dios, ó en sí mismo, y en los objetos que le rodean. Si dócil á las instrucciones de la Religion, considera á Dios como su verdadero bien, la virtud, que es el amor al órden, ó la preferencia que respecto de sí mismo da á los otros por Dios, se identifica para él con el amor de la felicidad, ó del bien estar.

Mas si busca su felicidad en sí, obligado á colocarla ó en el alma ó en el cuerpo, viene á ser infaliblemente esclavo del orgullo ó de la sensualidad y del placer; porque el orgullo no es mas que el sentimiento de una alma que se complace y se paga de sí misma, y se ama como á su último fin. Así es que el efecto inevitable de toda filosofía irreligiosa es un refinado egoismo: por consiguiente, toda filosofía impía es esencialmente destructiva del órden y de la virtud; y asi como la irreligion conduce á todos los vicios, asi el hábito y costumbre de pecar conduce á la irreligion; porque es muy natural que el hombre se procure persuadir que la felicidad está donde él la busca, y que, cuando el desórden se ha enseñoreado de los efectos é inclinaciones, la voluntad introduzca tambien el desórden en los pensamientos

para terminar la guerra dolorosa entre los apetitos y la razon. Asímismo, cualquiera que despues de haber creido, deja de creer, cede sin duda á un interes de orgullo ó de deleite; y en este particular apelo sin temor á la conciencia de todos los incrédulos (1).

"¡O hijo mio! esclama el autor del Emi-

---

(1) Este carácter duplicado de orgullo y de voluptuosidad, se manifiesta singularmente en las palabras, obras, instrucciones, doctrinas, conducta, y hasta en el tono altanero, arrogante, seco, decisivo, desdeñoso y amargo de los filósofos de todos los siglos, llamados con tanta razon por san Gerónimo *animales de gloria.* Un filósofo *manso y humilde de corazon*, y un filósofo casto, serian en efecto el fenómeno moral mas inesplicable; pero no hay que temer, no nos veremos en el embarazo de esplicarlo: donde acaba el orgullo comienza la fé. Siendo de tanto peso para los filósofos la autoridad de Rousseau, apoyaremos estas observaciones con sus mismas confesiones y egemplo. «Aun » cuando, dice, los filósofos se hallasen en estado de des» cubrir la verdad, ¿cuál se tomaria interes por ella? To» dos y cada uno sabe bien que su sistema no está mejor » fundado que el de los demas; pero lo sostiene, porque es » suyo. No hay siquiera uno de ellos, ni uno solo, que aun» que llegue á conocer lo verdadero y lo falso, no prefiera » la mentira inventada por él, á la verdad descubierta por » otro. ¿Dónde está el filósofo que por un vislumbre de ce» lebridad de gloria no engañaria voluntariamente al géne» ro humano? ¿Cuál de ellos se propone en el secreto de su » corazon otro objeto que el de distinguirse? Con tal que » él sea ensalzado sobre el vulgo, ó eclipse la gloria de sus » concurrentes ó rivales, lo demas ¿qué le importa? El pun» to esencial está en pensar de distinta manera que los de-

»lio, despues de haber establecido los dogmas »consoladores de la existencia de Dios, y de »una vida futura; ojalá que puedas algun »dia sentir de cuánto consuelo es, despues de »haber descubierto á fondo la vanidad de las »opiniones humanas, y gustado la amargu- »ra de las pasiones, hallar al fin tan cerca

---

»mas. Entre los que creen es ateo, y entre ateos creyente. »(*Emile*, t. 3, p. 30.)» = Séneca no se detiene en colocar sobre Dios á su pretendido sábio. Horacio no pedia á la Divinidad mas que salud y riquezas; por lo demas él sabria adquirirse la perfeccion moral: *Det vitam, det opes, æquum mihimet animum ipse parabo*; y en efecto, dió la prueba en sus poesías licenciosas. Las costumbres de los filósofos griegos, sin esceptuar los mas graves, son bien conocidas; y si se duda de su orgullo, léase á Luciano, que con tanta gracia se burla de ellos, y que siendo él mismo tambien filósofo, se rie segun la máxima favorita de D'Alembert, de todo, y lleva la inmoralidad hasta el último grado de cinismo. No nos quedan mas que algunos restos de los monumentos de la antigüedad; pero esto poco es mas que suficiente para justificar la observacion de Montaigne, de que «en todas las clases y escuelas de la filosofía antigua, un »mismo obrero publicaba en ellas reglas de templanza, y »juntamente escritos amorosos y de disolucion (*Essai*, li- »bro 3, ch. 9.)» = Pero pasemos, por abreviar, á los filósofos modernos. El escéptico *Bayle* abunda, hierve en obscenidades groseras. *Helvecio* no menos licencioso, hace aún mas, forma como *Mandeville*, la apología directa del vicio. A uno y otro superó *La-Mettrie*, quien parece no halla contento sino en el lodazal de las máximas mas disolutas. *Voltaire* llegó hasta el incomprensible orgullo de tener

»de sí la senda de la sabiduría, el premio »de los trabajos de esta vida, y la fuente de »aquella felicidad, que ya no la esperabas! »Todos los deberes y obligaciones de la ley »natural, casi borrados de mi corazon por »la injusticia de los hombres, se trazan de »nuevo en mi alma á solo el nombre de la

---

envidia del mismo Dios. *Creeis acaso*, decia él, y no puedo sin dolor repetir sus palabras sacrílegas, *creeis que Jesucristo tuvo mas talento que yo?* Este mismo hombre, ademas de una multitud de cuentos y folletos obscenos, escribió un poema infame que Condorcet justifica, alaba y celebra ardientemente, declamando contra *la afectacion de la austeridad en las costumbres, y contra el aprecio escesivo que se hace de la pureza y de la castidad* (Vie de Voltaire.). = El autor de la *Histoire des Etablisemens des Européens dans les deux Indes* (Raynal), se queja tambien amargamente de la *importancia que se ha querido dar á la disolucion; delito*, añade, *tan digno de perdon en sí mismo, tan indiferente por su naturaleza, y tan poco libre por sus alhagüeños atractivos* (Lib. 19.). = *Diderot niega sin rodeos la distincion de lo bueno y de lo malo, del vicio y de la virtud.* «Me parece, dice, » que si hasta hoy no se hubiese hablado sobre las costum- » bres, todavia estaríamos sin saber lo que es vicio, ni lo » que es virtud (*Essai sur les régnes de Claude et de Neron*, » t. 2, pág. 84.)» = «No reconvenir ni censurar cosa alguna » á los demas, *ni arrepentirse de nada*, hé aqui, escribia á » un amigo suyo, los primeros pasos hácia la sabiduría (*Let- » tre á M. L.*** Correspondance de Grimm. et de Diderot*, » t. 2, pág. 62.)» No es posible dejar mas á sus anchuras los vicios. El patriarca de los filósofos impíos, y modernos ateistas, á quien solo el nombre de Dios enfurecia, juntan-

»justicia eterna, que me los impone y me »las ve cumplir. Ya no veo en mí mas que »la obra é instrumento del Ser supremo, que »quiere el bien y le obra, y hará tambien »el mio por el concurso y conformidad de »mi voluntad á la suya, y por el buen uso »de mi libertad: me conformo con el ór-

---

do la práctica á la especulativa, consagraba una parte de sus ocios á dar á sus contemporáneos, y á las generaciones venideras, lecciones infames de lujuria por medio de romances y novelas obscenas que componia al intento. = De *Rousseau* todo el mundo sabe que estaba realmente embriagado, y loco de soberbia. En su opinion se le debian levantar estatuas (*Lettre á Mr. de Beaumont*). Y en el libro mismo en que descubre con un cinismo impudente las numerosísimas torpezas de una vida sumamente infame y vergonzosa, citando á todos los hombres ante el tribunal del Soberano Juez, los desafia á que se presente uno que tenga valor para decir: *Yo fui mejor que el* (*Confes.* lib. 1). Esta espresion puesta al frente de un libro, en el cual parece que la Providencia habia obligado á Rousseau á consignar y publicar por sí mismo, y firmar por su propia mano su descrédito y deshonra, es hasta donde puede llegar el orgullo. = Despues de haber citado á los maestros, sería supérfluo hablar de los discípulos, y ostentar una lista triste y vergonzosa de nombres odiosos ó despreciados, desde el autor horrorosamente inmoral de la *Guerra de los Dioses*, hasta ese ridículo astronomo que *poseia*, segun decia él mismo, *todas las virtudes*. Y por otra parte, ¿de qué serviria desenterrar del sepulcro del olvido esos nombres infectos y podridos, ni quién tendria valor tampoco para revolver este fango cenagoso?

»den que establece, seguro de gozar algun »dia de este órden, y encontrar en él mi felicidad: ¿y qué felicidad mas dulce y placentera, que verse ordenado y comprendido en un sistema donde todo está bien, todo »es justo y arreglado? Si me veo espuesto al »dolor, lo sufro con paciencia, considerando »que es pasagero y momentáneo, y que proviene de un cuerpo estraño, que no es mio. »Si hago una buena accion á solas y sin testigos, sé que Dios la vé, y en la otra vida premiará la conducta que he observado »en esta. Si padezco una injusticia, me digo »á mí mismo: el Ser justo, que todo lo rige »y gobierna, sabrá bien indemnizarme; y de »este modo las necesidades del cuerpo, las »miserias de la vida me hacen mas soportable la idea de la muerte. Serán otros tantos »lazos menos que romper, cuando sea necesario dejarlo todo (1)." "Lo que le importa »al hombre es llenar sus deberes, cumplir »con sus obligaciones en la tierra, y cuanto »mas se olvida de sí mismo, trabaja mas para sí. El interes particular, hijo mio, nos »engaña; solo la esperanza del justo es la que »no engaña jamas (2)."

(1) *Emile*, t. 3, p. 119.
(2) *Emile*, t. 3, pág. 203.

Se ve pues que la misma filosofía, en los momentos que tiene de buena fé, nos enseña y advierte que no hay felicidad en el mundo fuera de la Religion, porque fuera de ella no hay certeza ni esperanza. "Cuan-»do quiero instruirme, dice Maupertuis (1), »sobre la naturaleza de Dios, sobre la mia, »sobre el origen del mundo, y sobre su fin, »mi razon se confunde. Si en esta noche pro-»funda encuentro el único sistema que pue-»de satisfacer el deseo que tengo de ser fe-»liz, ¿no deberé en el hecho mismo, y por »esto solo reconocerlo por verdadero? ¿No »deberé creer que el que me conduce á la »felicidad, es el que no puede ni sabria »engañarme?" Pero el hombre depravado por el orgullo, es tan estrañamente enemigo de sí mismo, que aborrece la única doctrina que da valor y estimacion á su existencia; miraria como un triunfo establecer sobre las ruinas de esta doctrina celestial y divina, errores igualmente absurdos y desoladores, y se gozaria, y tendria no sé qué alegría desesperada en asegurarse, si pudiese, á costa de su misma razon, una miseria sin remedio y sin fin. He aquí la razon porque ha

(1) *Essai de philosophie moral.*

sido necesario que el Cristianismo humillase, abatiese, aniquilase el orgullo humano, para reconciliar al hombre con la felicidad. "Si al-»guno, dice el Apóstol san Pablo, no abraza »las sanas palabras de nuestro señor Jesucris-»to, y aquella doctrina que es conforme á pie-»dad, es un sobervio, nada sabe; flaquea y se »consume sobre cuestiones y contiendas de pa-»labras, de donde nacen y se originan envi-»dias, rencillas, blasfemias, sospechas malas, »pensamientos perversos, altercaciones contí-»nuas de opiniones entre hombres de enten-»dimiento corrompido, y que estan privados »de la verdad (1)" porque estan privados de Dios.

En efecto, toda verdad dimana de Dios, que es por esencia la verdad infinita; y donde Dios no está, como dice Tertuliano, no hay verdad alguna (2). Dios no está en el entendimiento del Ateo; y el Ateo, si es consi-

---

(1) *Si quis... non acquiescit sanis sermonibus Domini nostri Jesuchristi, et ei quæ secundum pietatem est doctrinæ, superbus est, nihil sciens, sed languens circa quæstiones et pugnas verborum, ex quibus oriuntur invidiæ, contentiones, blasphemiæ, suspiciones malæ, conflictationes hominum mente corruptorum, et qui veritate privati sunt.* Epist. I. ad Timoth. c. 6, 3 y sig.

(2) *Ubi Deus non est, nec veritas ulla est.* De præscript. adv. hæretic. cap. 43.

guiente, repele de sí todas las verdades, aun las físicas, y cae en un pirronismo universal. Dios no está tampoco sino muy imperfectamente en el entendimiento del Deista; y el Deista, indeciso, no posee mas que verdades imperfectas, obscuras, que varian á merced de las opiniones, é incesantemente arrebatadas por el torrente de la duda.

Sin embargo, no hay felicidad sino en la posesion de la verdad infinita, ó del bien infinito; porque el bien y la verdad son una misma cosa: luego no hay felicidad sino en la posesion de Dios; "y la vida eterna, dice la Es» critura, es conoceros á Vos, que sois el úni» co Dios verdadero, y á Jesucristo á quien » enviásteis (1)."

Dios es el Supremo y Soberano bien del hombre: luego el Ateismo, que negando á Dios, separa al hombre de la verdad infinita, y de toda verdad, es la privacion absoluta de todo bien, ó el sumo mal.

El Deismo, que admite á Dios sin conocerle, porque niega ó no cree en Jesucristo, ó el Mediador, por quien únicamente pode-

---

(1) *Hæc est autem vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum.* Joan. capitulos 17, 3.

mos conocer á Dios; el Deismo, que desconociendo las relaciones necesarias que unen al hombre con Dios y con los demas hombres, establece otras arbitrarias, ó no establece ninguna: el Deismo, que no presenta al entendimiento sino probabilidades sin certidumbre; el Deismo, como que no es mas que una pura opinion, deja al hombre dueño absoluto de sus pensamientos, amor y acciones, independiente de toda ley de justicia y de verdad: estado contrario á la naturaleza, estado de desórden, y el mas miserable despues del Ateismo, á que conduce.

Luego si la felicidad no es una ilusion; si nuestros deseos no nos engañan; si al nacer no recibimos facultades ó potencias sin objeto; si nuestra existencia tiene un fin, como le tienen todos los demas seres, no podemos evidentemente llegar á obtener este fin sino por la Religion, única que se atreve á asegurar que nos hará conocer ciertamente nuestra naturaleza, nuestro orígen, y nuestros destinos, y única que nos promete la posesion de la suprema verdad, y del Soberano bien. Y ciertamente, aun antes de esponerse á examinarlos, es de gran consuelo saber, que despues de haber recorrido inútilmente todos los sistemas filosóficos, nos queda aún esperanza.

En la Religion todo es infinito, porque todo está lleno de Dios. Hay pues entre élla y nuestras potencias una armonía perfecta; y he ahí la razon porque en todos tiempos, y bajo todos los climas, el hombre, llevado naturalmente hácia ella, ha conocido la necesidad de ser ilustrado por sus dogmas, consolado y vivificado con sus esperanzas, dirigido por sus mandamientos; y cuanto mas pura, mas santa, y por decirlo así, mas rigurosamente justa y verdadera es la Religion, tanto mas poder tiene sobre el hombre, ó conformidad con su naturaleza; y no se debe buscar en otra parte la causa de la inclinacion que muestran todos los pueblos al Cristianismo luego que se les anuncia. El hombre no cesa de ser sensible á esta divina armonía, sino cuando el orgullo ó los sentidos, estraviándole y sacándole de sí, corrompen y depravan su naturaleza, como de propia esperiencia lo observa san Agustin. "Reflexionando conmigo mismo, dice, sobre el órden y hermosura soberana, en vano ¡ó verdad dulcísima! probaba yo á elevarme hasta vos, para regocijarme en vuestra melodía interior y encantadora. Rodeado de fantasmas materiales, la voz del error me arrastraba fuera de mí mismo, y el peso del orgullo iba sumer-

» giéndome en un abismo insondable (1)."

El hombre quiere gozar de la verdad, y gozarla sin término ni medida, pues nunca se sacia de amar y conocer. Sin embargo; nuestro espíritu, abandonado á sí mismo, se fatiga, deslumbra y se pierde en sus propios pensamientos. Nada abraza en toda su estension, nada aprende con bastante firmeza para estar seguro que la duda no se lo vendrá á arrebatar. ¿Quién desatará esta contradiccion? ¿quién restituirá al hombre el reposo, restableciendo el equilibrio entre sus potencias y deseos? La filosofía hace sus ensayos; ¿pero cómo? ¿en qué conformidad? Unas veces diciéndole que su razon puede abrazarlo todo por sí sola; otras persuadiéndole que por sí nada puede alcanzar, y prohibiéndole su uso; es decir, haciendo de él ó un Dios, ó una bestia; negando su naturaleza, sin poderla con todo aniquilar.

No es así, no, como procede la Religion: para resolver tan gran problema da principio abriendo á nuestra vista la eternidad, á la cual el tiempo sirve como de pórtico, y nos muestra en sus profundidades insondables como una série infinita de grados,

(1) *Confess.* lib. 4, cap. 4, n. 4.

por los cuales, elevándose sin cesar nuestra alma, debe tambien, auxiliada de una duracion sin término, acercarse tambien sin cesar á la fuente inagotable de la felicidad eterna (1). Y desde luego presenta y entrega á nuestra alma esta verdad infinita que es su vida y alimento, y desde ahora se la hace poseer toda entera por medio de la fé, del amor, ó la esperanza; porque la esperanza, modificacion de un sentimiento natural é indestructible, aunque de un modo pasagero y relativo á la vida presente, no es otra cosa que un amor que cree.

He aquí la razon del dogma, que forma de la fé, de la esperanza y caridad otras tantas virtudes, pero virtudes madres, virtudes *divinas* ó infinitas. La ley que manda *creer* la verdad infinita, único medio de poseerla aquí perfectamente; la que dicta esperar y amar el bien infinito, único medio de gozarlo plenamente en la tierra, es la ley esencial del órden, y por consiguiente la ley de la felicidad. Todas las demas leyes se derivan de ésta, como la accion se deriva del

(1) *Nos verò omnes, revelata facie gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur, à claritate in claritatem, tanquam à Domini Spiritu.* Ep. 2. ad Corinth. c. 3; 18.

amor, y sin esta ley fundamental, todas las demas son nulas, quiméricas, contradictorias; la moral es solo un nombre vano, y no hay crímen tampoco ni virtud (*).

¡Maravillosa economía la de la Religion! Mientras que la filosofía, comenzando por la ignorancia, quiere que la razon incierta y limitada del hombre edifique, sin otro auxilio ni socorro, sobre tan ruinoso fundamento el edificio de la verdad y la felicidad, el Cristianismo investido de una autoridad divina, cuya realidad acredita aun á los mismos sentidos con títulos incontestables, habla á los hombres con la confianza que inspira una perfecta certidumbre, y desde el primer momento en que el espíritu se abre para recibir sus impresiones, deposita en su seno la verdad toda entera, para que á un mismo tiempo sea su luz, su bien, su regla;

(*) No se piense aqui que Mr. de La Mennais exige la fé divina para que las obras sean buenas moralmente, y diese asi en la proposicion abortada por el Jansenismo de que «todas las obras de los infieles son pecados.» No: para Mr. de L. M. (*Pensées divers.*) «el Jansenismo, con sus »dogmas absurdos y desoladores, y su Dios duro, y siempre »armado para castigar crímenes inevitables, es el infier»no de la razon.» Hablando de virtudes *divinas*, debe entenderse en el órden sobrenatural, ó merecedoras de vida eterna. Adviértase que va contraponiendo la Religion á la filosofía.

y aunque todos no la comprendan igualmente, todos igualmente la poseen, y pueden amarla del mismo modo. La fé borra todas esas diferencias intelectuales, bien sean originarias, ó provengan de la educacion, de la condicion ó de otras circunstancias accidentales: y comunicando una fuerza infinita á la razon, aun á la de los niños, porque la une en sociedad con la razon infinita que es Dios, decide irrevocablemente sobre todas las grandes cuestiones que han hecho perder el tino á los filósofos, y la eleva á una inmensa altura, desde donde, en la calma feliz de una inalterable conviccion, descubre á la sabiduría humana agitándose con inquietud en medio de incertidumbres desoladoras, y de una duda eterna. De este modo, aspirando todos á una misma felicidad, á todos se ofrece esta misma felicidad; y lo que es bien digno de notar, esta felicidad, que es su último fin, es tambien su primera obligacion, porque el amor es el primer precepto, y de él nacen todos los demas (1).

---

(1) Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, de toda tu alma, y toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento, y el segundo es semejante á él: amarás á tu prógimo como á tí mismo. En estos dos mandamientos está pendiente toda la Ley y los Profetas. *Math*. 22, 37, 39.

Desde este punto el hombre ya nada tiene que inquirir; conoce el lugar que ocupa en el órden de los seres; conoce á Dios, se conoce á sí mismo, y sin trabajo ni esfuerzo halla en la contemplacion de la verdad inmutable la paz de la inteligencia y del amor, del entendimiento y voluntad. Enterado de sus obligaciones y destino, nada ignora de cuanto le es necesario ó verdaderamente útil saber, y vive tranquilo sobre todo lo demas. De aquí esa quietud y paz profunda, ese bien inesplicable, independiente de las sensaciones, que nada es capaz de turbar, porque tiene su orígen en lo mas íntimò del alma, abandonada, entregada sin reserva enteramente en las manos del Supremo Ser, esencialmente bueno y todopoderoso, que se manifiesta y une por medios inefables á los corazones dóciles á sus impresiones. Ilustrado de una nueva luz, y apreciando todas las cosas por lo que son, el hombre deja de ser el juguete de las pasiones. La regla invariable del órden determina y modera sus afecciones y deseos, y en las vicisitudes inseparables de esta vida transitoria, no ve mas que unas ligeras pruebas, que hallarán por término y galardon una felicidad eterna, que nunca tendrá fin. Casi in-

sensible á los viles intereses de la tierra, una abundancia inagotable de sentimientos puros y afectuosos le une estrechamente con sus semejantes, y le hace tomar parte en sus males y compadecerse de ellos, y lo inclina y mueve á aliviarlos por todos los medios y sacrificios de una caridad tierna é infatigable; y así es como sacrificándose por sus hermanos, se sacrifica tambien por sí mismo: ¡tan íntima es la union que establece el Cristianismo entre los hombres, y tan poderoso el sagrado encanto de la misericordia! Si las obligaciones que impone la Religion parecen á algunos duras y rigorosas, ¡ah! es porque no conocen la uncion que las dulcifica; es porque no han gustado sus consuelos, ni el atractivo amable, y gozos deliciosos de la virtud.

Nos hablan de placeres: ¿dónde los hay que puedan compararse con aquellos á que acompaña la inocencia? ¿Se reputa y se tiene por nada el estar siempre contento de sí mismo, y contento y satisfecho con los demas? ¿Es cosa de poca monta verse libre de arrepentimientos, y del gusano roedor de la conciencia, ó hallar en aquellos un asilo seguro contra este? ¡Ah! las lágrimas de la penitencia tienen en sí mas dulzura que tuvieron las faltas que las hacen correr. En el co-

razon del verdadero cristiano se celebra una fiesta contínua: mas gozo recibe él en aquello mismo que se niega, que el incrédulo en todo cuanto se permite. Dichoso en la prosperidad, lo es aún mas en los trabajos, porque estos le ofrecen un medio de acrecentar la felicidad que espera; y así atravesando las llanuras de la vida, abanza con paso tranquilo hácia la elevada montaña en cuya cima está la *ciudad permanente*, celestial morada de la paz, de las delicias eternas y de todos los bienes...

El anuncio solo, la fruicion anticipada que se tiene de esta paz, llena el alma de un deleite inagotable. El que no la conoce, no ha esperimentado aun lo que es dulzura y suavidad; cuando mas podrá saber lo que son placeres, pero dicha y felicidad, no. Lo diré, sí, y lo afirmo con toda seguridad; un cristiano humilde, orando en la sencillez de su corazon al pie de un altar solitario, esperimenta un sentimiento de dulzura mil veces mas delicioso que el deleite deslumbrador de las pasiones. El filósofo mismo, no bien olvida el orgullo de sus sistemas para entregarse docilmente al atractivo de la fé, cuando al punto recibe la recompensa prometida á los que creyeren. Juan Jacobo Rousseau y el autor de los *Estu-*

dios de la Naturaleza (*), yendo un dia de paseo vinieron á parar al monte Valeriano, y tocando á la capilla de los hermitaños se entran en ella por curiosidad. Rezaban ellos entonces las letanías de la Providencia. Los dos filósofos heridos, y tocados de la calma de aquel lugar, y penetrados de una religiosa emocion, se postran de rodillas, y mezclan sus oraciones con las de los asistentes. Terminadas las oraciones, se levanta Rousseau, y todo enternecido dice á su compañero: "Ahora veo por espe» riencia lo que dice el Evangelio; que *cuando » muchos de vosotros se reunieren en mi nom» bre, yo estaré en medio de ellos.* Hay aquí un » sentimiento de paz y de felicidad que penetra » el alma (1)." Fundados pues en una esperiencia que no se desmiente jamas, no temo repetir con Montesquieu: "¡Cosa admirable! La » Religion cristiana, que parece no tiene mas » objeto que la felicidad de la otra vida, ha» ce tambien nuestra felicidad en esta (2)." Así se verifican diariamente á nuestra vista las palabras del soberano Maestro: "El que lo » hubiere dejado todo por mí, recibirá aquí

(*) Bernardino de Saint-Pierre.

(1) Veanse les *Etudes de la Nature*, de Bernardino de Saint Pierre.

(2) *Esprit des Loix*, l. 24, ch. 3.

» bajo cien veces doblado de lo que dejó, y des-
» pues la vida eterna (1)."

Las doctrinas filosóficas marchitan y secan la vida, y privando al hombre de todo, menos del sentimiento de su miseria, le conducen al sepulcro cercado de la inquietud y de mil pesares. ¿Y á cuántos incrédulos no vemos, pasada la primera ilusion, envidiar la dicha de los creyentes? Fatigados por sus deseos, consumidos de tédio, atormentados de su vana ciencia, ¡ay! dicen, ¡si yo pudiera creer! Conocen que la fé los reanimaria y volveria á vivificar su alma afeminada. La vista de un cristiano los asombra y los confunde. Su tranquilidad habitual, su serenidad inalterable, un no sé qué de pureza y de dulzura, que escapándose del corazon se estiende y pinta en las facciones, y da á su semblante una espresion celestial y divina, los pasma, los enagena, y los arranca muchas veces suspiros involuntarios. Y con todo ¿qué es lo que ven? Solo algunos signos esteriores, débiles indicios de los sentimientos ocultos en el fondo de su corazon. ¡Ah! ¡qué sería si pudiesen penetrar hasta su interior, y entrar en el santuario de la conciencia, donde la virtud re-

(1) *Math.* XIX, 29. *Marc.* X, 30.

cibe ya el premio anticipado por el delicioso consuelo que ella inspira! Si pudiesen sentir siquiera una vez aquella paz llena y perfecta del entendimiento saciado con la verdad infinita, cuya posesion le da la fé; aquella esperanza divina, en la cual vienen á estinguirse todos los deseos de la tierra, y que se arroja y lanza sin obstáculo ni fin en las profundidades de la eternidad; aquel amor deleitable en que el alma incesantemente se embriaga; aquel gozo íntimo, inesplicable, procedente de Dios, el cual conversa y habla, si me es lícito decirlo así, familiarmente con su criatura, como un amigo con otro amigo, uniéndose y entregándose todo á élla, para que le posea y halle en él su bien, su gozo, su alimento incomprensible: ¡ah! ¡de qué admiracion no se verian repentinamente arrebatados! Y entre el pesar de verse privados de bienes tan inefables, ¿con qué ardor, y con qué gozo no se desembarazarian de las fajas y envolturas de una razon imbécil, para llegar por medio de la fé, segun la espresion de los libros Santos, á *la medida del hombre perfecto*, ó *al perfecto conocimiento de Dios, en su hijo Jesucristo* (1)?

(1) *Epist. ad Ephes.* IV, 13.

En fin, la muerte, tan terrible para el incrédulo, pone el colmo á los deseos del cristiano. Éste, como san Pablo, la desea *para estar con Jesucristo* (1), y empezar á vivir, y *verse libre del peso de los órganos de este cuerpo* (2), de los lazos materiales que le retienen aún sobre la tierra, donde los deleites puros que goza, no son mas que una ligera sombra de la felicidad que se promete. ¿Se ha visto jamas en aquella hora á un cristiano dar esos egemplos que hemos visto en tantos incrédulos, de abjurar su doctrina, y arrepentirse de haber creido? ¡Ah! en este momento es cuando él especialmente conoce todo su valor y precio, y la verdad consoladora brilla á sus ojos con todos sus resplandores. La muerte es el último rayo de luz que viene á herirle; pero luz tan viva que hace casi imperceptible el tránsito de la fé, á la vision clara de su objeto. La esperanza moviendo dulcemente su antorcha junto al lecho del moribundo, le señala con el dedo el cielo abierto, á donde la caridad le lla-

---

(1) *Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo.* Epist. ad Philip. cap. 1, 23.

(2) *Infelix ego homo, quis me liberabit à corpore mortis hujus?* Ad Rom. cap. 7, 24.

ma. La cruz que tiene entre sus manos débiles, y que de tiempo en tiempo aplica á sus labios, y aprieta sobre su corazon, despertando de tropel en su espíritu felices recuerdos de misericordia, le fortifica, le enternece, le anima. Pasados unos instantes, de allí á poco, todo se habrá consumado; la muerte será vencida, y el profundo misterio de su libertad y de su rescate se verá cumplido. Una pequeña congoja, último desfallecimiento de la naturaleza, anuncia que este instante es llegado: la Religion entonces haciendo el último esfuerzo de ternura, levanta la voz, y dice: "Parte, alma cristiana; sal de » este mundo, en el nombre de Dios Todo- » poderoso que te crió; en el nombre de Je- » sucristo, hijo de Dios vivo, que por tí pa- » deció muerte de cruz; en el nombre del » Espíritu Santo, que te infundió sus gra- » cias y sus dones. Al separarte del cuerpo en- » cuentres abierto el camino para la monta- » ña de Sion, y acceso libre á la ciudad del » Dios vivo, á la Jerusalen celestial, á la in- » numerable sociedad de los ángeles y de los » primeros hijos y primogénitos de la Igle- » sia, cuyos nombres estan escritos en el cie- » lo. Levántese Dios, y disípese el poder de » las tinieblas; huyan todos los espíritus ma-

»lignos, y no se atrevan á tocar á una ove-
»ja rescatada con la sangre de Jesucristo.
»Líbrete de la muerte eterna Jesucristo, que
»murió y fue crucificado por tí; reconozca
»este buen Pastor á su oveja, y colóquela en
»el rebaño de sus escogidos. Veas eterna-
»mente á tu Redentor cara á cara, y siem-
»pre presente ante la divina esencia, desnu-
»da de todo velo, la contemples y la goces sin
»fin en un eterno éxtasis de felicidad (1)."

En medio de estas bendiciones, el alma elevada hácia Dios, rompe las trabas que la detenian en el mundo (2), y va á recibir el premio de su fidelidad y de su amor. Aquí el hombre debe callar; su palabra espira con su pensamiento. "No, el ojo no vió, ni el »oido oyó, ni el entendimiento puede com»prender lo que Dios tiene reservado á los »que le aman (3)." No es esto un mar que tiene su flujo y reflujo, es el inmenso Occéano, que rebosa á un tiempo por todas sus márgenes y riberas. "Tú, ¡oh Dios mio! es»clama un profeta, eres fuente inagotable de

---

(1) *Commendat. animæ.*

(2) El sábio y piadoso P. Suarez, estando á punto de espirar, decia: *Nunca habia creido que fuese tan dulce el morir.* Habia alli mucha virtud.

(3) *Epist.* I. *ad Corinth.* c. 2, 9.

»luz y de vida (1), y yo me saciaré en »élla cuando vea vuestra gloria (2)."

Concluyamos. Es innegable que la filosofía, léjos de hacernos felices, es incompatible con la felicidad, porque en lugar de la verdad infinita que desea nuestro entendimiento, élla no le presenta mas que errores, incertidumbres y dudas; en lugar del bien infinito á que nuestro corazon aspira, no le ofrece mas que placeres fugitivos y mentirosos, incapaces de satisfacerle; y en fin, porque exentando al hombre y dándole por libre de toda obligacion, le constituye en un estado de desórden, y por consiguiente lo tiene fijo en un estado de tormento.

No es menos cierto que la Religion hace la felicidad del hombre en la tierra, y si sus promesas no son engañosas, que le conducirá á una felicidad todavía mayor, que no se acabará jamas.

Tienen pues todos los hombres un interes inmenso en saber si la Religion es verdadera; deben desear ardientemente que lo sea; y así, permanecer en este punto indiferentes, es probar lo que la Religion por otra

---

(1) *Apud te est fons vitæ, et in lumine tuo videbimus lumen.* Ps. XXV, 10.

(2) *Satiabor cum apparuerit gloria tua.* Ps. XVI, 15.

parte tambien nos enseña, á saber; que no hay locura tan incomprensible, ni esceso tan criminal y tan monstruoso, de que no sea capaz el hombre despues de su caida.

O vosotros, que estraviados por doctrinas funestas, buscais todavía la felicidad en las ilusiones del orgullo, ó en los placeres y deleites de los sentidos, permitid que os dirija las palabras de uno de los mayores genios que ha producido el Cristianismo. "Donde está Dios, ahí está la verdad: es»tá en el fondo de vuestro corazon, pero »vuestro corazon se ha alejado de él. Vol»ved, volved, entrad de nuevo en vosotros »mismos, y allí hallareis, no lo dudeis, no, »al mismo que os ha formado. ¿A donde »correis por tantos lugares ásperos y desier»tos? ¿á qué ese pasar y repasar, ir y venir in»cesantemente por esas sendas incultas y es»cabrosas? El descanso, la quietud, el repo»so no está donde le buscais. Buscais la vida »feliz; no está allí: ¿cómo podria hallarse una »vida feliz, donde ni aun vida se halla? (1)."

El que habla así, vivió engañado como vosotros: como vosotros recorrió por largos años, con increible fatiga, los sombríos labe-

(1) *August. Confes.* lib. 4, cap. 12, n. 1 y 2.

rintos de una filosofía engañosa, y comió el pan amargo del error con el sudor de su rostro. Pero causado ya de errar tristemente léjos de la verdad, y léjos de Dios, volvió en sí, y gustó la paz. Imitad su ejemplo, y cogereis el mismo fruto. Despues de haber conocido los bienes de la tierra, y los del cielo, era cuando su corazon se desahogaba en estas tiernas espresiones: "¿Quién desenvolverá los »dobleces de una vana y falaz sabiduría? »¿quién escudriñará el fondo de sus entrañas »tenebrosas, donde se ocultan tantos secre»tos vergonzosos? Yo no quiero ni aun pasar »por ellos mi vista. Solo á vosotras, á vosotras »solo me dirijo, ó justicia, é inocencia, á »quienes rodea una luz pura y brillante, y »que saciais enteramente nuestros deseos in»saciables. En vosotras se halla un reposo, »una quietud profunda, una vida llena de »una calma inmensa. El que entra en vos»otras, entra en la plenitud de la alegría, y »apaga su sed, y se refrigera deliciosamen»te en la fuente misma del sumo bien. ¡Ay »de mí! En los dias de mi juventud, cor»riendo de deleite en deleite, me alejaba rá»pidamente de vos; ó verdad inmutable! y »errando á la ventura, luego á luego, vine á »ser para mí mismo una region de indigencia

» y de dolor (1). ¿Y qué otra suerte debia pro»meterme? Nos hicísteis, Dios mio, para vos; » y nuestro corazon estará inquieto eterna»mente, hasta que descanse en vos (2)."

CAPÍTULO X.

Importancia de la Religion con respecto á la Sociedad.

Seguramente nadie esperará que nos detengamos en probar la necesidad política de la Religion. Una verdad de hecho, tan antigua como el mundo, ¿dejará de ser incontestable, porque despues de seis mil años de un consentimiento universal, se les haya antojado á algunos insensatos oponer sus paradojas á la esperiencia de los siglos, y sus aserciones al testimonio del género humano? "Mas fácil sería, decia el sabio Plutarco, edi» ficar una ciudad en el aire, que formar un » Estado que no creyese en Dios (3)." Mas

(1) *August. Confes.* lib. 2, cap. 10.

(2) *Ibid.* l. 1, c. 1, n. 1.

(3) *Contra Colot. Plut. oper.* pág. 1125. * Él como gentil dice los *Dioses*, nosotros como cristianos hemos traducido *Dios*: creemos que nada se perderá por esto.

sin poner en duda ni un solo instante la necesidad de una creencia religiosa, se pueden bien inquirir las razones de esta necesidad; y esto es lo que vamos á hacer en este capítulo, donde habremos de mostrar que la filosofía, destructiva de la felicidad del hombre, y del hombre mismo, lo es igualmente de la felicidad de los pueblos, y de los pueblos mismos; y que la Religion, única que conserva al hombre y le conduce á la felicidad, poniéndole en un estado conforme á su naturaleza, es tambien la única que conserva los pueblos y los conduce á la felicidad, estableciéndolos en un estado conforme á la naturaleza de la sociedad.

Una de las locuras mas peligrosas de nuestro siglo es la de persuadirse que se constituye un Estado, ó se forma una sociedad de la noche á la mañana, como si fuese una manufactura. Las sociedades no se hacen; la naturaleza y el tiempo las forman de concierto; y he aquí porque es tan difícil que renazcan, cuando el hombre las ha destruido; pues la misma accion que las destruye, se opone á la accion reparadora del tiempo y de la naturaleza. Se quiere crearlo todo instantáneamente, crearlo todo con la imaginacion, y en cierto modo fundir la sociedad

de un golpe, en un modelo ideal, como se funde una estátua de bronce. Se substituyen en todo las combinaciones arbitrarias del ingenio á las relaciones necesarias, y á las leyes simples y fecundas, que se establecen por sí mismas cuando no se les pone obstáculo, como las condiciones indispensables de su existencia. Cuando llevados de teorías quiméricas se consiente en trastornar, de nada se duda, porque nada se sabe; en seguida se cree saberlo todo, porque se ha trabajado y sufrido mucho, y porque despues de haber disecado vivos á los pueblos para buscar en sus entrañas los misterios de la organizacion social, la ciencia debe ser completa, y la sociedad estar perfectamente conocida. Con esta confianza, en nada se repara, ni hay cosa que embarace: se *constituye* un Estado, y se vuelve de nuevo á *constituir*; se escribe en un pedazo de papel: que somos una monarquía, ó una república, esperando llegar á ser en realidad alguna cosa, sea pueblo, sea nacion. Saber qué tiempo podrá subsistir en este estado una reunion de criaturas humanas, es un problema que está por decidir. Mas hay una ley inmutable contra la cual nada puede prevalecer. Toda sociedad que, habiendo salido de las

sendas de la naturaleza, se obstina en no volver á ellas, no se renueva sino por la disolucion, y no recobra su vigor sino perdiéndolo todo, y muchas veces hasta el nombre de nacion. Es indispensable que ella pase, lo mismo que el hombre, por las sombras del sepulcro, para volver á la vida segunda vez.

En esto no cabe escepcion; y es cosa triste pensar que lo que hoy se llaman *luces*, es decir, el menosprecio del buen sentido, y una curiosidad desmedida de saber plenamente lo que solo se debe creer firmemente, y un deseo altanero de juzgar lo que se debe respetar, infaliblemente producen este resultado. Como la Religion y la política abrazan los mayores intereses de los hombres, éstos hacen entrar á la parte primero sus pasiones, y luego con mayor riesgo su razon; porque las pasiones moviéndose siempre por lo presente, y deteniéndose allí, nunca producen por sí solas las grandes revoluciones: pero la razon, pasando repentinamente de lo que es, a lo que se imagina que debe ser, y no encontrando en las ideas el obstaculo que las pasiones encuentran en las cosas, arruina por su base el órden existente, y disgustandose de todo, ó no contentandose con nada, todo lo

destruye. "El arte de desquiciar los Estados, »decia escelentemente Pascal, es trastornar, »y mudar las costumbres establecidas, son»deando, y queriéndolas penetrar y profun»dizar hasta en su orígen..... no hay medio »mas seguro de perderlo todo (1)." Nada hay que resista al raciocinio, y mucho menos la sociedad. Así cuando todo un pueblo se entromete á disputar sobre la mejor forma de gobierno, se puede con seguridad pronosticar que no conservará por mucho tiempo el suyo, suponiendo que aun lo tenga.

Ahora bien, pues que es constante que hay sociedades mas ó menos afortunadas ó felices, sociedades pacíficas y otras agitadas é inquietas, unas estables y otras siempre movibles, sin duda hay una causa de esta diferencia. Tratemos de descubrirla, y sentemos para ello algunos principios sencillos, algunas de aquellas máximas sólidas arraigadas en los siglos, y que el sentido comun ha deducido inmediatamente de la observacion de los hechos, de los cuales vienen á ser una espresion abreviada.

Toda sociedad aspira á la perfeccion, porque aspira y desea ser feliz; y la felicidad, así

(1) *Pensées de Pascal*, ch. 25, n. 6.

para las sociedades como para el hombre particular, no es mas que la *tranquilidad del órden*, en el cual está la perfeccion. Donde quiera que hay desórden, hay incomodidad, inquietud, y por consiguiente esfuerzos para llegar á un estado mas perfecto. La sociedad, cuando se halla en esta situacion penosa de padecer y sufrir, procura colocarse en sus relaciones naturales, y se echa de ver que lo ha conseguido por la calma y tranquilidad interior que disfruta, y por la profunda paz de que goza. Así la Escritura, que nos propone las verdades mas sublimes bajo de imágenes familiares, para que puedan percibirlas los mas pequeños y sencillos, cuando anuncia al pueblo Judáico una felicidad que llenaria enteramente sus deseos, dice, que "cada uno se sentaria debajo de su parra y »de su higuera, y nadie turbaria su repo»so (1)."

El reposo ó tranquilidad, resultado del órden, es, y forma la felicidad de los pueblos ó naciones; y una sociedad donde reinase un órden perfecto, gozaria de un completo reposo, y de una tranquilidad perfecta; y esta

---

(1) *Et sedebit vir subtùs vitem suam, et subtùs ficum suum, et non erit qui exterreat.* Mich. cap. 4, 4.

es acaso la razon oculta de esa indolencia aparente que los pueblos *imperfectamente* constituidos censuran y echan en cara á ciertas naciones mas adelantadas que ellos en la verdadera civilizacion (*). Pero tarde ó temprano llega un tiempo, en que provo-

---

(*) Aun cuando no fuera mas que por esta espresion, era Mr. de La Mennais acreedor á la estimacion de los españoles: he aqui un frances que ha conocido exactamente y hecho justicia á nuestro carácter: elevado sobre la pasion baja de la envidia, que arrastra á tantos otros nacionales suyos, y tantos espurios nacionales nuestros, cuando tratan de nuestras cosas, da el verdadero nombre á lo que ellos neciamente, no pasando de la corteza de las cosas, califican de *pereza* y *apatia*: cuando ha llegado el caso, esta Nacion *apática* y *perezosa* ha sabido dar lecciones de actividad y virtud al mundo. En la elevacion de su alma el español mira con indiferencia ó con desprecio esos objetos frívolos, en que otros pueblos se entretienen y enagenan, y aun en sus diversiones muestra la fortaleza de su temple. La guerra sola de la *independencia* ocupará con honor nuestro muchas páginas de la Historia, y dirá lo que para su verdadera libertad debe la Europa á la España. «En los reveses y calamidades, cuando se trata de morir voluntariamente por su Rey y por su patria, dice Mr. de La Mennais (*Melanges*, pág. 206.), es donde se aprende á distinguir un pueblo deista ó indiferente de una nacion católica. Una batalla bastó para conquistar la Prusia, y despues de treinta victorias la España se conservaba como en un principio. Se derrotaba un egército, al instante renacia otro..... Pero si hubiese reinado en aquella noble nacion la filosofía, estaria gimiendo bajo una dominacion estrangera.» Véase en el tom. 1 la pág. 98.

cada y puesta á prueba la energía de estas naciones *perezosas*, con sus nobles y generosos esfuerzos, sorprende y enseña á esos mismos que las insultan á discernir el noble reposo, que es fruto del verdadero valor, de la degradante languidez y decaimiento, fruto de la apatía.

La unidad es la esencia del órden, porque el fin y el objeto del órden es unir; y la sociedad misma en su nocion ó acepcion mas general no es otra cosa que la reunion de seres semejantes. Donde no hay unidad, hay separacion ó division, oposicion, choques, desórden y desgracias.

Para que haya unidad social, es necesario que cada parte esté ordenada con relacion ó respecto al todo; cada individuo, con respecto á su familia; cada familia con la sociedad particular de que es parte; cada sociedad particular con la gran sociedad del género humano; y el mismo género humano con respecto á la sociedad general de los seres inteligentes, cuyo supremo monarca es Dios.

En no remontándose hasta este principio, la idea misma del órden es contradictoria. Porque no hay órden social sin gerarquía social, sin superior y súbditos, sin derecho de

mandar y obligacion de obedecer. Ahora bien, entre seres iguales, naturalmente no hay deberes ni derechos, ni súbditos ni superior, ni puede por consiguiente haber órden: y jamas se constituirá una sociedad con hombres solamente (1); es indispensable que el hombre esté primero en sociedad con Dios, para que pueda entrar en sociedad con sus semejantes.

Aun mas: no hay órden social sin el sacrificio de los intereses particulares al interes comun y general; mas no hay razon para este sacrificio, quiero decir, es absurdo el pedirlo, y no menos imposible el obtenerlo, cuando es un hombre el que lo pide á otro hombre; porque él nada puede ofrecer en compensacion, y porque este sacrificio, que no es otra cosa que la virtud, sería evidentemente la locura mas inconcebible, si no hubiese una sociedad mas escelente y mas duradera, donde recibirá su recompensa.

Y supuesto que ni aun se puede imaginar sociedad sin una autoridad ó gefe que gobierne, y súbditos que sean gobernados, éstos y aquél, súbditos y superior son correlati-

---

(*) Es decir, sin Dios; ó una República de ateos.

vos y seres necesarios, y entre ellos existen relaciones mútuas y necesarias. La espresion de estas relaciones ó respetos mútuos, es lo que se llama constitucion.

Si la constitucion espresa las verdaderas y naturales relaciones de los súbditos y de la autoridad, es perfecta; y bajo su imperio goza la sociedad del mas alto grado de fuerza y de poder, de quietud y de felicidad. Estará al contrario en una contínua agitacion y llena de desdichas, si la constitucion se forma sobre relaciones arbitrarias, ó que no se deriven de la naturaleza de los seres sociales; porque establecer relaciones arbitrarias, es constituir el desórden y sembrar calamidades.

Nunca jamas ha existido un Estado sin constitucion, pues que en todo Estado existe de absoluta necesidad un poder y súbditos ó personas sociales ligadas por relaciones verdaderas ó falsas. Y así cuando un pueblo habla de *darse una constitucion*, principia suponiendo un absurdo, que es que no la tiene. Si no la tuviera, no sería pueblo, sería nada. Y así, *darse una constitucion*, es *mudar de constitucion*: no es llenar un vacío, es crear uno, que no se llenará tan pronto; es desquiciar el Estado por su base, es *obrar*

una completa revolucion, por el gusto de rehacer la sociedad á su arbitrio y á la ventura. Así esta manía por lo comun no se apodera de las naciones sino en su decadencia ó declinacion.

Hay entre las diversas sociedades relaciones necesarias, cuyo conjunto forma lo que se llama *Derecho de gentes*; y las sociedades estan mas ó menos tranquilas, son mas ó menos felices, segun que este derecho es mas ó menos conforme al órden inmutable, ó á la naturaleza de los seres de que se componen las sociedades.

Finalmente, hay relaciones necesarias, públicas y privadas, entre los miembros de una misma sociedad. Las leyes son la espresion de las relaciones públicas, ó la regla de las acciones públicas; y las leyes son mas ó menos buenas, mas ó menos perfectas, segun que espresan relaciones mas ó menos perfectas, es decir, mas ó menos naturales, mas ó menos verdaderas.

Las acciones privadas, ó las costumbres, deben tambien, y aun mas necesariamente, si es posible, estar arregladas por leyes, que penetrando hasta el corazon del hombre, establezcan el órden en los pensamientos y afectos; porque los afectos y los pensamientos

son el principio y móvil de todas las acciones humanas.

Constitucion, leyes, costumbres, he aquí toda la sociedad.

Una simple agregacion ó reunion de hombres viene á ser sociedad, constituyéndose, es decir, por el establecimiento de la autoridad ó poder, que es el fundamento necesario de todo órden; y aun en el universo físico no hay órden sino porque está gobernado por un poder inteligente.

Las leyes del derecho de gentes unen esta sociedad naciente con las otras sociedades, ó con la grande sociedad del género humano, y la ordenan con respecto al todo de que forma parte.

Las leyes civiles y criminales, arreglando las acciones públicas, fijan las relaciones públicas de los miembros de la sociedad entre sí, y establecen el órden público.

Las costumbres, ó las leyes morales, acaban lo que las otras leyes han comenzado, y ponen en órden las acciones mas secretas é independientes de la justicia humana, arreglándolo todo en el hombre, hasta sus pensamientos y deseos.

El Estado está bien ordenado, y la sociedad es feliz cuando la constitucion, leyes

y costumbres, concurriendo acordemente y con perfecta armonía al mismo fin, son la espresion exacta de las relaciones naturales ó necesarias de los seres sociales.

Á estas relaciones verdaderas ó necesarias llamamos verdades sociales. Cuanto mas participen de verdad la constitucion, leyes y costumbres de un pueblo, tanto mayor será la felicidad de que este pueblo goce; y la felicidad ó bien social no es mas que la verdad realizada por la constitucion, las costumbres y las leyes. Así que, los pueblos, igualmente que los individuos, no son felices sino por el conocimiento y amor de la verdad, que es el órden, ó el bien por escelencia, y por la práctica de las obligaciones que forman una parte de esta verdad.

Examinemos ahora el influjo de la filosofía sobre la sociedad bajo los tres respectos de constitucion, de leyes y costumbres; y para llegar á un resultado independiente de toda teoría, de la que se pudiera disputar, limitémonos á consideraciones aplicables á todas las formas de gobierno.

Donde quiera que hay hombres, la naturaleza forma sociedades, y el estado de sociedad no es menos natural al hombre que su existencia; pues que no se conserva, ni se

perpetúa sino en el estado de sociedad. Esto consta y se prueba por los hechos, y si puedo decirlo así, se prueba tambien físicamente, por la suma y larga necesidad que tiene un niño de socorros estraños, antes de ser capaz de proveer á su propia conservacion.

La sociedad, cuyo gérmen es la familia, nace y se desarrolla del mismo modo que el hombre, y muchas veces á pesar del hombre mismo, cuya accion imprudente, contrariando á la naturaleza bajo el orgulloso pretesto de perfeccionarla ó reformarla, retarda ó detiene los progresos de la sociedad que iba formándose, y altera su constitucion, así como los errores de una falsa ciencia, ó las pasiones alteran la de los individuos.

Sin embargo, así como á pesar de los desórdenes parciales, el hombre subsiste ínterin respeta las leyes fundamentales de su ser; así tambien la sociedad subsiste, á pesar de los desórdenes, algunas veces gravísimos, mientras que la ley fundamental de toda sociedad permanece intacta.

Esta ley es la ley de la autoridad, ley sagrada y divina, y que el hombre está tan lejos de haberla inventado, que ni aun la puede comprender, si no se la esplica la Religion.

Esto es lo que se ve claramente, cuando el hombre, despues de haber escluido á Dios, y colocádose en su lugar, se empeña en construir la sociedad por sola su razon, con esa razon, que de suyo no sabe mas que dudar y destruir.

La filosofía parte de este principio: que "cada hombre es dueño absoluto ó soberano »de sí mismo, que nada debe á nadie, ni »nadie le debe á él tampoco cosa alguna." En esta suposicion, es indispensable que dé por base á la autoridad ó la fuerza, ó un pacto libre.

Rousseau prueba muy bien que de la fuerza no puede resultar derecho ni obligacion alguna, y que así ella se diferencia esencialmente de la autoridad (1). La fuerza es el poder de compeler por violencia; la autoridad es el derecho de mandar. Del derecho de mandar resulta la obligacion de obedecer; del poder de violentar ó compeler por violencia resulta la necesidad de ceder. Hay pues una distancia infinita entre estas dos nociones. Para confundirlas, es necesario trastornar hasta el lenguage, y decir, que el viento que arranca de raiz una encina, usa de un de-

(1) *Contrat. social*, lib. I.

recho, y que la encina al caer, cumple una obligacion.

La fuerza, que es potencia física, mantiene el órden en el mundo físico, porque obra siempre por ciertas leyes inmutables y sabiamente ordenadas por una inteligencia infinita. La fuerza introduce el desórden en el mundo moral, porque en manos de agentes libres é imperfectos, no sirve las mas veces sino para realizar voluntades imperfectas ó desarregladas. Ademas, poner por base del órden social la fuerza, es suponer que el hombre es un ser puramente material, es deprimirle, es hacerle inferior á los animales, que conocen otra ley que la fuerza, pues resisten á ésta obedeciendo al instinto. Y sin embargo se verá que en último analisis la filosofía no ha podido descubrir otro fundamento de la sociedad, ni dar otra nocion del poder ó autoridad.

Nos habla con una asombrosa confianza de un *pacto primitivo*, por el cual, todos y cada uno por su propio interes, ó utilidad particular, depositan bajo ciertas condiciones su soberanía, ó el ejercicio de su soberanía, en las manos de uno solo ó de muchos; y si se les ha de creer, este *pacto* es la base verdadera del órden social. ¡Ah! si hubo ja-

mas una doctrina absurda, funesta y degradante, esta es.

Y en primer lugar, jamas se ha visto que sociedad alguna comenzase por un pacto semejante, y es bien sencilla la razon: el pacto supone á lo menos un principio de sociedad, ó la reunion de un cierto número de hombres con un lenguage comun, una habitacion comun y relaciones habituales; cosas imposibles todas si no existia entre ellas algun órden, y por consiguiente leyes, y una autoridad encargada de su ejecucion. Por otra parte, ¿en dónde estos hombres que se reunen de una plumada para deliberar sobre intereses comunes, tomarian las nociones de gobierno, si no habian tenido ninguno hasta allí? En este caso no solo establecerian la sociedad, la inventarian. ¡Idea estraña! hacer salir el órden social de una deliberacion, no de salvages, porque los salvages estan unidos por vínculos sociales, sino de hombres reunidos por casualidad en los bosques, donde ocupados necesariamente en solas las necesidades físicas, á duras penas se alimentarian de algunas bellotas, que escaparon de la voracidad de los animales (*).

(*) Véanse sobre este Pacto ridículo é ideal las gracio-

Si se dice que este pacto, esplícito ó no esplícito, existe de derecho, se supone lo mismo de que se disputa, y se dice ademas un absurdo: porque la esencia de todo pacto es la voluntad espresa de los contratantes; de otra suerte, ¿quién arreglaria las condiciones?

Ademas, todo pacto incluye esencialmente la idea de una sancion que lo haga obligatorio. ¿Y dónde se hallará esta sancion, fundamento necesario de la obligacion moral, y sin la cual no hay ni puede darse verdadero contrato? La concurrencia de voluntades, que tanto se quiere hacer valer, de nada sirve: porque no siendo la voluntad del hombre obligatoria para sí, ¿cómo lo sería obligatoria para los otros? El que cede pues su soberanía, ó el ejercicio de ella, en realidad nada cede; pues por confesion misma de Rousseau, puede volver á tomar cuando quiera lo que ha cedido. El que recibe la soberanía no recibe mas que una facultad temporal, una potencia física de gobernar, que se le puede quitar á cada instante; ni está obligado con condicion alguna, pues ni puede obligarle la

---

sísimas y no menos eruditas y sólidas Cartas del *Filósofo Rancio*. Carta IV, V, VI y VII.

voluntad de los otros, ni la suya propia. No veo pues resultar del imaginario pacto social ni deber, ni derecho alguno, y por consiguiente ni autoridad alguna verdadera. No veo mas que una mutacion, ó dislocacion de la fuerza, que en último recurso queda único árbitro de la sociedad. Si el pueblo tiene mas fuerza, quitará y depondrá al Soberano cuando le acomode; y todos los partidarios de la soberanía del pueblo le conceden este derecho, que en verdad no podian negarle segun sus principios. Por el contrario, si la fuerza está de parte del Soberano, éste agravará las cadenas del pueblo segun sus caprichos ó sus temores, como se acorta la cadena de una fiera por miedo de no ser devorado de ella.

En lugar pues de la tranquilidad del órden, el supuesto pacto social no establece mas que un choque ó competencia de voluntades arbitrarias; y destruyendo la nocion de derechos y de deberes, ó el principio de obediencia, pone en un estado de guerra á la autoridad y los súbditos. Cuando la fuerza del Soberano prevalece, entra el despotismo; si la del pueblo, la anarquía; y es indispensable que tarde ó temprano una de las dos prevalezca. Cualquiera lucha que tiene por objeto el poder, es demasiado vio-

lenta para que pueda durar mucho tiempo; y mientras dura, el Estado es víctima de todos los males que pueden oprimir á un pueblo. Esto es lo que hace preferible con muchas ventajas el despotismo á la anarquía; porque la anarquía es el choque de todos los poderes ó autoridades particulares, sobre todos los cuales cada uno quiere prevalecer; y hasta tanto que uno lo consigue, el desórden es general, llega á su colmo, y la única ley es la destruccion. En este combate terrible de cada uno contra todos, todos pereceriam si no fuesen vencidos.

La Soberanía, de que el hombre podria gozar antes del establecimiento de la sociedad, no siendo relativa sino á sí mismo, no consiste mas que en no depender sino de su voluntad; y como la voluntad no puede naturalmente enagenarse, tampoco la Soberanía. Tan imposible es querer por la voluntad de otro, como pensar por su entendimiento, ver por sus ojos, oir por sus oidos y obrar por sus órganos. Luego miradas las cosas bajo este aspecto, y en la mentida hipótesis, el hombre despues del pacto social se queda lo mismo que estaba antes, es decir, soberano de sí mismo, é independiente de cualquiera otra voluntad que la suya: ceder el poder,

no es ceder su voluntad, ó dejar de ser lo que es, porque esto es imposible, sino únicamente poner su fuerza á la disposicion de otro. En el supuesto pacto, el depositario del poder no es mas que el depositario de la fuerza; y como todas las voluntades conservan su independencia originaria, en lugar del derecho de ordenar que se ejerce sobre las voluntades mismas, no tiene mas que el poder de obligar por la fuerza, poder que el pueblo, si es mas fuerte, cuando quiera puede quitar.

Bajo el imperio, pues, del *contrato social*, no hay en la sociedad otros derechos, ni mas obligaciones que la voluntad del mas fuerte. Ni se atribuye al pueblo la soberanía ó poder soberano, sino porque tiene la mayor fuerza física; y esta fuerza es tambien el único derecho, en términos que *el pueblo*, dice Jurieu, *no necesita de razon para validar sus actos*, ó, como se esplica Rousseau, la *voluntad general* (es decir, la voluntad del pueblo) *siempre es recta* (1). De este modo, las ideas de autoridad, poder, derecho, órden y justicia vienen á confundirse y perderse en la idea de la fuerza, ley general y única razon de la sociedad.

---

(1) *Contrat. social*, lib. 2, ch. 3.

Observad ademas, que todo cuanto se dice del pueblo, debe decirse igualmente de cada parte de él, ó de cada individuo, porque la voluntad y la fuerza general no son mas que la coleccion de todas las voluntades y fuerzas particulares ó individuales; y sería una contradicion que la voluntad y la fuerza del pueblo fuesen la única regla y medida de sus derechos, si los derechos de cada individuo no tuviesen igualmente á su voluntad por única regla, y á su fuerza por única medida.

En efecto, los partidarios del sistema que examinamos, parten de este principio para establecer su pacto social. Exigen la adhesion formal de todas las voluntades particulares; adhesion que, no obligando por otra parte sino mientras le agrada á la voluntad, la deja por consiguiente en su independencia primitiva, y no constituye órden alguno que no esté en su mano trastornar cuando y como guste, solo porque le acomode.

Mas no determinándose la voluntad sino por algun motivo ó razon, ha sido preciso hallar uno que inclinase las voluntades de todos sin escepcion á adherirse al pacto social; y como la idea misma de deber ú obligacion es incompatible con el sistema, no queda

mas que el amor de sí mismo, ó el interes particular; y en efecto, sobre esta base se esfuerza la filosofía á fundar la sociedad. Rousseau, que adopta esta doctrina, es tanto mas inconsiguiente, cuanto que él sienta por otra parte máximas contrarias. "Si, como dice, »es tan poco lo que los intereses particu-»lares tienen de comun, que nunca jamas »equilibrará ó balanceará á lo que tienen de »opuesto (1);" es claro que la sociedad no ha podido, ni pudo jamas establecerse, ni podrá conservarse por el concurso unánime de las voluntades particulares, ó por la concordia de los intereses particulares; y el sistema que exige esta concordia ó convenio imposible, es contrario á la naturaleza del hombre; pues que éste, por confesion de Rousseau, "es sociable por su naturaleza, ó á lo »menos hecho y formado para serlo (2)."

Obsérvese ademas, que asi como escluyendo á Dios de la razon del hombre, se destruye toda verdad, toda ley moral, todo deber y obligacion, y toda virtud, para dejar solo el amor esclusivo de sí mismo, ó el interes personal; del mismo modo, escluyen-

---

(1) *Emile*, tom. 3, pág. 199, *note*.
(2) *Ibid.* pág. 112.

do á Dios de la sociedad, se destruye toda verdad social, todo poder y autoridad, toda virtud, para establecer en su lugar el interes particular, que viene á ser el único principio de órden en la sociedad, igualmente que en los individuos.

Cuando estas opiniones funestas llegan á estenderse y generalizarse en un pueblo: cuando se ha llegado á persuadir á los hombres que á nadie son deudores de cosa alguna sino á sí mismos; que el interes personal es la única regla de la voluntad, y que se puede legítimamente todo lo que se puede hacer impunemente; en una palabra, cuando no hay mas autoridad que la fuerza, otro órden social que la fuerza, ni otra moral que la fuerza, cada uno hace prueba de la suya, y trabaja por acrecentarla, sometiendo y subyugando la de los otros, y la independencia produce una tendencia universal á la dominacion. La sociedad se transforma en un vasto anfiteatro, ó circo donde todos los intereses se atacan unos á otros, se combaten con furor, ya en masa, ya cuerpo á cuerpo, segun la conveniencia de las pasiones. En medio de este desórden, si el Estado subsiste aún algun tiempo, es porque cierto número de intereses particulares se ligan con el interes par-

ticular del poder ó autoridad, y oprimen á todos los demas; verdad que no se ocultó á Rousseau, y de que manifestó estaba bien penetrado cuando examinando las instituciones de los pueblos antiguos se preguntaba: *¿Pero como? ¿la libertad no se mantiene ni conserva sino con el apoyo, y por medio de la esclavitud?* y con una sola palabra se daba esta respuesta terrible: *Puede ser* (1).

Lo que él llama *libertad*, no es mas que la falta del poder general de la sociedad; ó en otros términos, el reinado mas ó menos libre de todos los poderes particulares. Es claro que en este caso, cada poder particular debe tener sus súbditos á quienes gobierne por sus voluntades particulares, es decir, esclavos; porque la esclavitud esencialmente consiste en la sujecion á la voluntad del hombre; y todo el que obedece al hombre solo, es esclavo, aunque este hombre fuese él mismo. Otro tanto sucede en las naciones, y la *teoría de la soberanía del pueblo* no es mas que la *teoría de la esclavitud.* Esto es lo que, bajo otro respeto, hacia necesaria la esclavitud en los gobiernos antiguos, y esencialmente en las repúblicas:

(1) *Contrat. social*, lib. 3, ch. 15.

porque servia para aquietar el orgullo de los ciudadanos, y mantenerlos en la dependencia, alucinándolos sobre su verdadera condicion: eran esclavos, y se imaginaban libres, porque veian bajo de sí otros esclavos mas miserables (*).

No hay calamidad que no se origine de una doctrina que constituye á los seres sociales en tales relaciones, que no es posible imaginarlas mas arbitrarias, y que abandona la sociedad á merced y discrecion del mas fuerte, al modo de aquellos animales flacos que se echan á morir á los bosques cuando no se puede sacar servicio de ellos. No estando la autoridad ligada por ninguna ley obligatoria, libre de todo deber y obligacion, porque esta, desnuda de todo derecho, no tiene ni conoce mas regla que su voluntad ó su interes, y todo interes limitado á las cosas de la tierra, no siendo mas que un interes de orgullo ó de voluptuosidad, el pueblo, instrumento vil de la ambicion ó de los placeres de su dueño, se verá reducido á la alternativa, ó de alimentar con su sudor el lujo de un Príncipe

(*) De propia esperiencia lo hemos visto en los últimos trastornos: los agentes del poder revolucionario no eran mas que unos esclavos que tenian otros esclavos bajo de sí.

afeminado, ó de engrasar con su sangre la gloria de un monstruo (*).

Pero los pueblos tienen tambien su voluntad, su interes y orgullo, aun mas terrible que el de ningun tirano: de ahi un odio secreto contra el poder que los humilla y oprime, odio que se estiende desde la primera autoridad á todos sus agentes, instituciones, leyes y distinciones sociales; y si se les deja un momento conocer su fuerza, abusarán de ella hasta destruirlo todo, y se precipitarán en la anarquía creyendo correr á la libertad.

De este modo el principio desastroso de que todo poder ó *soberanía* viene *del pueblo*, conduce infaliblemente á los *pueblos* ó á no tener gobierno alguno, ó á tenerlo tiránico y opresivo. La misma doctrina que destrona á Dios, destrona á los Reyes, destrona al hombre mismo, abatiéndole y deprimién-

(*) Uno y otro esperimentó bien la Francia en su revolucion, en esa leccion tan imponente para todos los gobiernos y todos los pueblos: sirviendo primero á la voluptuosidad de un Felipe de Orleans, y despues á la ambicion de un Buonaparte. Entre nosotros cada uno hará sus aplicaciones, segun lo que de público sabe de las costumbres de nuestros austeros Catones. Pueden servir de reseña las orgias de las Carnestolendas en los años que dominaron.

dole mas que á las bestias; y tan luego como la razon se encarga de gobernar ella sola al mundo, el interes individual, manantial eterno de odios y discordias, viene á ser el único vínculo social. Así como la autoridad entonces no es mas que la fuerza, tampoco la obediencia es mas que la debilidad, porque el interes del orgullo nunca ha sido el obedecer. El deseo innato de dominar, comprimido por la violencia tiene su reaccion, é impele incesantemente á los súbditos á la rebelion. Cuando el poder está errante y sin basa fija en la sociedad, las turbulencias se suceden unas á otras, y el fin de una revolucion es principio de la siguiente.

La mas desenfrenada democrácia, que no es otra cosa que la esclusion de todo órden y de toda ley, ó el gobierno de las pasiones, en vez de satisfacerlas, las irrita; y el pueblo siempre codiciando, y siempre destruyendo, atormentado de vagos deseos, y de temores desasosegados, se afana y fatiga en abrir su sepulcro, y busca con ansia el estremo del desórden con la esperanza de encontrar en él un verdadero descanso. La sombra sola de la autoridad le horroriza; toda desigualdad, cualquiera distincion, escita su desconfianza y hiere su orgullo. Honrando con su

odio á todo lo que se eleva sobre él, á toda clase de superioridad sin escepcion alguna, castiga inexorablemente los servicios que se tuvo la generosidad de hacerle, castiga las riquezas, los talentos, el genio, la gloria, la virtud misma; y Arístides es desterrado de la ciudad que salvó, porque los Atenienses se cansaban de oirle llamar *el Justo* (*).

¿Cómo es que hay quien se atreva á celebrar una doctrina tantas veces esperimentada, y de la cual nunca han salido mas que calamidades y delitos? Volved los ojos á esa Grecia tan culta, tan sabia, si es que la filosofía, como quieren suponer, es sabiduría, y vedla tal, cual nos la pintan sus propios historiadores. En toda ella no se hablaba de otra cosa que de independencia, y sus campos y ciudades hervian en esclavos (*); se

---

(*) Cuando por la ley que decian del *Ostracismo*, los atenienses trataron de desterrar á Arístides, llegóse á este mismo un paisano que no sabia leer, y le rogó encarecidamente le escribiese en su conchita (que era el método que tenian de dar su voto de destierro) el nombre de *Arístides*: *¿te ha hecho ese hombre á tí algun daño*, le dijo Arístides? *no*, respondió el paisano; *pero estoy ya cansado de oirle llamar continuamente el Justo*. Esta es comunmente la justicia de las democracias.

(*) Habia en Atenas veinte y un mil ciudadanos, y cuatrocientos mil esclavos, de modo que correspondian á vein-

encadenaban naciones enteras á la estátua de la libertad. Pero no era bastante vender los hombres y cambiarlos por viles animales; los mas virtuosos de los Griegos los degollaban para habituar á la juventud á derramar la sangre, y los envilecian para dar lecciones de moral á la infancia.

¿Y estos bárbaros, propietarios de rebaños de criaturas racionales, lograron al menos lo que con tanto ardor buscaban? Ellos se decian, y se creian libres, y en la inconstancia perpétua de sus instituciones arbitra-

---

te por ciudadano (*Athené*, lib. 6, c. 20.). En Sparta formaban casi otra nacion los *Ilotas*, que este era el nombre que les daban. El tratamiento era horroroso. Durante la guerra del Peloponeso, segun refiere Tucídides, temiendo que se rebelasen ofrecieron la libertad á todos los que se mostrasen valientes contra el enemigo, con el objeto de descubrir los mas esforzados para deshacerse de ellos; y habiendo por este medio separado dos mil, los llevaron de templo en templo para dar gracias á los dioses por la libertad alcanzada, y luego les quitaron la vida. Aun mas: era costumbre entre ellos poner de noche de tiempo en tiempo en parages ocultos por donde debian pasar los ilotas á los jóvenes para que degollasen cierto número, cuidando antes de que los infelices no llevasen armas para defenderse, que es como quien dice, llevarlos á la carnicería. Otras veces para que sus hijos no se aficionasen al vino los embriagaban, y en esta disposicion los trataban indignamente. Estos eran aquellos célebres lacedemonios, cuyas virtudes no acaban de ponderarnos Mably, y tantos filósofos de nuestros dias.

rias, no hacian mas que mudar de yugo, pasar de una tiranía á otra, y sufrirla bajo todos sus aspectos, unas veces sujetos á la de uno solo, y otras ¡y cuánto mas duramente! esclavizados por una multitud envidiosa, caprichosa é insolente.

La historia tan instructiva de esta nacion célebre, casi no es mas que la historia del crímen y de la desgracia. Un odio furioso sublevaba á unos Estados contra otros Estados, y á las guerras esteriores se unian las intestinas. Sediciones, conspiraciones, asesinatos, proscripciones, he aquí el único objeto, y uniforme materia de los escritos de sus historiadores. No se citará una sola ciudad que no estuviese dividida en muchas facciones y bandos, tanto mas encarnizados é implacables, cuanto que en una poblacion poco numerosa los odios públicos se convertian en rencores personales. Triunfando cada partido sucesivamente, el mas débil tenia que sufrir la pena y venganza no solo de la derrota presente, sino de sus triunfos anteriores; y el destierro, acompañado siempre de la confiscacion de bienes, era la condicion mas suave que podian esperar los vencidos. De ahí esas bárbaras crueldades que nos asombran, y aquellos usos atroces

que los legisladores combatieron con otros usos infames. En fin, se llegó á tal esceso de indigencia moral, que ya no se hallaba que oponer al crímen mas que el vicio.

Entretanto la razon se consumia en combinar formas de gobierno, y complicar los resortes de la máquina política, esperando que el órden naceria de un equilibrio justo de las fuerzas. En estos cálculos, mas vanos todavía que ingeniosos, todo se tenia presente menos las pasiones, y con mil trabajos se buscaba en la multiplicidad de contrapesos, ó en la division del poder, una doble garantía contra la anarquía y el despotismo; pero este poder dividido, ó estos diversos poderes, atacándose prontamente, desolaban el Estado por sus discordias interminables. Todo el fruto de tantas precauciones se reducia á prolongar una lucha funesta, y á comprar á mayor precio una opresion mas dura. De modo que se sufria la tiranía, y se sufrian ademas sus venganzas.

En un principio Roma fue gobernada por Reyes, y esta fue la causa de su duracion. Bajo su autoridad pacífica tuvieron tiempo de arraigarse la Religion, las costumbres y las leyes. Casi no se puede dudar que fuese feliz, porque la historia no ha conserva-

do de esta época mas que una memoria obscura y muy incierta. Bruto, dice Tácito, instituyó el consulado y la libertad (1); es decir, que puso el poder mas á la mano del pueblo, y desde entonces la autoridad fue siempre decayendo (2). Los grandes se esforzaban inútilmente á retenerla; su resistencia no tuvo otro efecto que hacer mas ruidosas las victorias que alcanzaba sobre ellos la plebe, la cual á nada menos aspiraba que á realizar el sistema de una igualdad absoluta, que equivale á decir, un sistema de absoluta y total destruccion; porque, en efecto, despues de haber destruido la sociedad, destruyendo las distinciones sociales, las pasiones envidiosas de las distinciones naturales que solo la muerte puede quitar, destruirian al hombre mismo, y acabarian por establecer sobre un suelo desierto, en el silencio de los sepulcros, la lúgubre igualdad de la nada. Afortunadamente para Roma, las circunstancias impidieron este mal; y las naciones vecinas atacándola, la salvaron. Obligáronla á pensar an-

(1) *Urbem Romam à principio reges habuere. Libertatem et Consulatum L. Brutus instituit.* Annal. lib. I, n. I.

(2) «Ínterin quedaron algunos privilegios á los patri»cios, los plebeyos no descansaron hasta que se los quita»ron.» *Esprit des loix*, lib. II, c. 16.

te todas cosas en su existencia, y á apoderarse de su propio territorio, al que en seguida enviaron colonias. Esto trajo dos grandes utilidades; la de reducir el número de la gente ínfima, y la de ofrecer un objeto esterior á la ambicion. Si desde un principio el orgullo de los Romanos no se hubiera dirigido hácia las conquistas, este pueblo en breve tiempo se habria esterminado á sí mismo. La guerra suspendia las disensiones intestinas, y como la pasion de mandar buscaba y hallaba siempre fuera nuevas satisfacciones, Roma subsistió ínterin el mundo le ofreció naciones que conquistar. Vencido ya el universo, cada Romano pretendió reinar sobre él, y el imperio fue trastornado hasta sus fundamentos por conmociones horrorosas. Se habia sostenido contra todos los pueblos, pero no pudo defenderse de sí mismo, de su constitucion, y de la doctrina que la servia de base; y entonces fue cuando, para eterna instruccion de la sociedad, se descubrieron enteramente los espantosos secretos de la soberanía del hombre. No sé qué furia rencorosa saliendo impetuosamente de los profundos senos del corazon humano, y arrastrando tras sí todos los crímenes, se arrojó sobre esta nacion, condenada por el cielo á castigarse á

sí misma. Sus ejércitos, al modo de aquellos facinerosos á quienes se les lleva á ajusticiar en el lugar mismo en que cometieron el delito, conducidos por la mano de Dios, iban á sufrir su juicio allá en las mismas regiones que habian devastado; y no hubo un rincon en el imperio, donde la Providencia no obligase á estos fieros adoradores de la libertad á dejar montones de huesos, que fuesen otros tantos monumentos de la sabiduría y de la felicidad del *Pueblo Soberano*, del Pueblo Rey (*).

Pero no era solo en el campo de batalla, y en el furor de los combates donde los ciudadanos caian bajo la espada de los conciu-

(*) Esta misma leccion tan imponente la ha repetido la Providencia en nuestros dias, y la Europa toda, los arenales de la Siria y Egipto, y los climas abrasadores de las Islas del Nuevo Mundo, presentarán al viagero espantado los restos de los feroces republicanos, que á las órdenes de un déspota fueron á sufrir el castigo de sus delitos contra la humanidad y sus leyes, contra Dios, y contra sus ungidos. Aquellas bandadas de buitres que en la huida de Rusia venian siguiendo los desechos de un egército, que se dijo *grande*, para acabarlo de sepultar en sus entrañas; aquellos batallones enteros yertos, helados en los bosques, de pie, como espectros, dirán elocuentemente á la posteridad el bien que trajo su soberanía: el suelo español, engrasado con millares de cadáveres, debe hacer abrir los ojos á sus hijos para no dejarse arrastrar de vanas teorías.

dadanos. Cada dia listas sangrientas de proscripcion, fijadas en las puertas del Senado, ó en las paredes de los templos, anunciaban á millares de Romanos que el vencedor les mandaba morir (*). Vióse en esta época horrorosa á los gefes de las facciones cederse mútuamente la vida, la cabeza de un amigo, de un pariente, de un hermano, y es-

---

(*) Horroriza solo el recordar las proscripciones de Syla y Mario, y las de los *triumviros* Octavio, Antonio y Lépido. Mario hizo correr á rios la sangre; la órden dada á sus satélites á su entrada en Roma despues de su destierro, era matar *á todos los que llegando á saludarle él no les contestase*: los mas ilustres senadores perecieron en esta ocasion, saqueándoles ademas las casas, y confiscando sus bienes. = Syla, su competidor, llevó aun mas lejos su fria atrocidad: hizo asesinar de una vez en el anfiteatro de seis á siete mil prisioneros de guerra, á quienes habia prometido la vida, y como el Senado reunido entonces en el templo de Belona, contiguo al circo, é ignorando un proyecto tan atroz, se conmoviese al oir los ayes dolorosos de tantos moribundos; *nada es, padres conscriptos*, dijo friamente Syla, *son unos cuantos rebeldes, á quienes se castiga de mi órden.* Todos los dias se fijaban los nombres de los que se habian de asesinar: no se veia donde quiera sino una carnicería: se premiaba al esclavo que presentaba la cabeza de su amo; al hijo que traia la de su padre: aqui fue donde se ensayó Catilina, quien despues de haber quitado la vida á su hermano, se encargó del suplicio de M. Mario Graciano, Pretor, haciéndole arrancar los ojos, cortar las manos, y romper los huesos de las piernas, antes de cortarle la cabeza; en premio de lo cual se le dió la comandancia de los sol-

pecular sobre las proscripciones. Uniéndose la sed del oro con la de mandar, se vendian los asesinatos, se traficaba con la muerte. El imperio en fin, rendido y *fatigado de tantas discordias* (1), vino á descansar en el seno del despotismo militar, y algunos monstruos devoraron tranquilamente ese pueblo que habia devorado al mundo.

---

dados, que hacian la mayor parte de estas egecuciones. = Si cabe aun fue mayor, por mas reflexionada, la matanza y proscripcion de los *triumviros*: disputaron largo tiempo entre sí sobre los que se habian de proscribir, y concluyeron cediéndose uno á otro la cabeza de sus mutuos amigos y parientes. La cabeza de Ciceron, á quien Octavio debia tanto, fue dada en cambio de la del tio de Antonio y de la del hermano de Lépido, y este tratado de sangre se cimentó con la palabra de matrimonio entre Octavio y Claudia, hija de la muger de Antonio. Mas de trescientos senadores y dos mil caballeros fueron asesinados: los hijos llegaron á entregar á sus mismos padres por aprovecharse de sus bienes, &c. Esta es la dulzura y suavidad de los gobiernos democráticos. = La Francia en los dias de su delirio nos dió los mismos egemplos, aunque aqui se mezclaba las mas veces el odio de la Religion. Un tal *Philip*, presentándose en un dia en la sala con dos cabezas, *estas son*, dijo, *de mi padre y de mi madre que acabo de cortar, porque no querian oir la misa de un Sacerdote juramentado* (*intruso*). No se pierdan estas lecciones para nosotros, y veamos el fruto del árbol del *bien* y del *mal*, á que nos incitan que comamos los disimulados demagogos.

(1) *Cuncta discordiis civilibus fessa, nomine principis* (Augustus) *sub imperium accepit.* Taciti annal. lib. I.

Establécense nuevos principios con una nueva Religion, que salva la sociedad, haciéndola conocer las verdaderas relaciones del hombre con su autor, y de los hombres entre sí. Las voces tutelares de *derecho* y de *deber* adquieren un sentido; la autoridad sucede á la fuerza, y el reino de Dios, que es el órden por escelencia, sucede al reino del hombre ó al desórden absoluto. Bajo el influjo de esta Religion sublime, el género humano caminaba á grandes pasos hácia la felicidad, abanzando al término de su perfeccion, cuando repentinamente aparecen de nuevo en la sociedad las doctrinas del paganismo sobre el *poder*. El ensangrentado espectro de la *Soberanía del Pueblo*, invocado por la *Reforma*, sale del sepulcro donde le habia desterrado el Cristianismo. Al momento el espíritu de independencia subleva las pasiones contra la autoridad: guerras atroces desolan toda la Europa, y la discordia con su implacable encono penetra hasta el seno de las familias. Lutero y sus discípulos justifican la rebelion, la autorizan, la promueven y escitan con sus escritos y sermones sediciosos. Un no sé qué violento fermenta en lo interior de los corazones, y el fanatismo de la libertad *religiosa* produce el fanatismo

de la libertad *política*. La Alemania, la Francia, los Paises-Bajos, Inglaterra y Escocia, sirviendo de presa á los furores de una multitud embriagada en doctrinas anti-sociales, se cubren de ruinas y nadan en su sangre. Los pueblos reclaman por primera vez despues de quince siglos, lo que ellos llaman sus *derechos*, es decir, el *poder*, objeto eterno de los deseos desenfrenados del orgullo; citan con altanería á los Príncipes á su tribunal, los miran únicamente como sus mandatarios, y se esfuerzan á fundar la democracia sobre las ruinas del órden actual. Vacilan los tronos, y llegan á hundirse algunos. El genio de Wicleff agita segunda vez la Inglaterra, destinada por la Providencia para servir de egemplo á las demas naciones. La Religion se retira, y abandona este pueblo á las opiniones que le han seducido: héle ahí ya Soberano de sí mismo. En el momento desaparece el órden juntamente con la paz, y todas las plagas reunidas inundan esta tierra proscripta. Constitucion, leyes, justicia, humanidad, todo desaparece; no quedan mas que la fuerza y las pasiones. La hacha de los *niveladores* paseándose de un estremo del reino al otro, allana todas las preeminencias sociales, y has-

ta la dignidad real pereció sobre el cadahalso con el mas desgraciado de la familia de los Stuardos (*).

En todos tiempos unos mismos errores tuvieron siempre unos mismos efectos, y pronto veremos una nueva prueba bien memorable. Desde el punto que se le dice al hombre: tu razon es la fuente de la verdad, y tu voluntad la del poder; ya no hay mas verdad que lo que lisongea las pasiones, ni mas poder que la fuerza, la cual dirigida por el interes particular ó por las pasiones, introduce el desórden y la muerte hasta en los últimos elementos de la sociedad; y sus miembros, con derechos iguales é intereses contrarios, se destruirian hasta no quedar uno, si, como dotados de fuerzas desiguales, el mas fuerte no sojuzgase é hiciese servir al mas dé-

---

(*) *Cárlos I*, Rey de Inglaterra, Escocia é Irlanda, que fue degollado en un cadahalso el 9 de febrero de 1649 por sus súbditos rebeldes, acalorados por el pérfido Cromwel con las ideas de la *Soberania del Pueblo*. El mismo escándalo dió despues la Francia, llevada de las mismas doctrinas. Eran su consecuencia necesaria: el filósofo *Diderot* habia espresado su deseo «de ahorcar al último de los Reyes con »las tripas de los últimos Sacerdotes» y *Barrere* erigió luego en máxima «que el árbol de la libertad no podia crecer »si no se regaba con sangre de Reyes:» y sus bárbaros satélites lo egecutaron.

bil á sus caprichos, que vienen á ser la única ley, el único derecho, única justicia. Tal es el resultado necesario del absurdo contrato social soñado por la filosofía, y que en realidad no es otra cosa que una sacrílega declaracion de guerra contra la sociedad y contra Dios. La razon y la esperiencia, los hechos y el discurso estan acordes en demostrarlo, y cualquiera que sabe ver y reflexionar, reconocerá, que abolida la nocion de la autoridad, y de todos los principios conservadores del órden, de la paz, de la felicidad, y de la libertad de los pueblos, las doctrinas de independencia, carta sangrienta de la discordia y de la opresion, jamas han producido, ni podido producir, sean las que se quieran las formas de gobierno, desde el despotismo mas absoluto hasta la mas ilimitada democracia, otra cosa que tiranos y esclavos, revoluciones y maldades.

Ni es esto todo. Cuando las relaciones sociales que unen á los hombres en una misma sociedad, han sido destruidas ó alteradas, las que unen á los pueblos entre sí en la gran sociedad del género humano, se destruyen y alteran igualmente. No se conoce ya otro derecho-de-gentes que el interes particular de cada nacion, ni mas derecho de guerra que

la fuerza. El odio á los otros, fruto del amor esclusivo de sí mismo, anima á los pueblos del mismo modo que á los individuos, y los hace duros, envidiosos, destructores. Esta pasion bárbara, modificacion odiosa del orgullo, forma especialmente el carácter de las naciones, en las que el principio ateo de la soberanía del hombre está públicamente consagrado por instituciones populares. Y esto es tan cierto, que el mismo Rousseau mira al Cristianismo como poco á propósito para formar ciudadanos, á causa del espíritu de dulzura y mansedumbre de corazon que inspira, y desprendimiento de las cosas terrenas (1); es decir, porque substituye el amor universal de todos los hombres á ese patriotismo feroz, tan fatal á la humanidad, á esa pasion violenta, desapiadada y cruel que, léjos de producir un amor recíproco entre los ciudadanos, inspira únicamente el odio á todo el que no es ciudadano. Rousseau en esto va consiguiente. Vió con toda claridad que no se podria fundar un gobierno sobre el interes particular, sin que el odio fuese su principal resorte; y por otra parte tenia el egemplo de

(1) *Contrat, social*, lib. 4, ch. 8.

las repúblicas de la antigüedad. Lo único que, si nos fuese menos conocido el orgullo filosófico nos podria sorprender, es, como Rousseau, advertido por los fatales resultados y consecuencias, no se estremeció á su vista, y horrorizado no retrocedió y abominó de tal principio; porque ciertamente, cuando uno se llega á representar los funestos y horrorosos efectos de los odios nacionales entre los antiguos, el alma consternada busca por todas partes un refugio contra estos recuerdos espantosos: y poseida de asombro, se pregunta á sí misma ¿cómo el hombre ha podido ser suficiente para sentir tantos males, y para inventar el solo bosquejo de tantos crímenes?

Enemigos natos unos pueblos de otros, nunca en paz, cuando mas gozaban unas cortas treguas, cuya observancia no tenia otro garante que el interes particular de guardarlas, ó la impotencia de romperlas. No habia entre ellos vínculo alguno de justicia, y la fuerza no reconocia mas regla que un horrible derecho de esterminio. He ahí la verdadera causa de aquellos esfuerzos inauditos, y de aquellas resistencias prodigiosas que nos asombran. Se peleaba por los bienes, por la libertad, por la vida; porque todo pertene-

cia al vencedor (1). ¿Mas se quiere ver cómo la filosofía protegia entonces á la humanidad? "Los Griegos, dice Platon, no des»truirán á los Griegos, no los reducirán á »esclavitud, no talarán sus campos, no da»rán al saqueo y al fuego sus casas; pero to»do esto lo harán con los bárbaros (2)."

La política de los Romanos, tan injusta como desapiadada, fue aun mas funesta al mundo que sus armas. ¿Quién no sabe la sentencia del austero Caton (3), á cuyos ojos toda accion útil á los intereses del Estado era lícita? Con la misma razon, ó acaso con mas justo título que se decia la *fé púnica*, se hubiera podido decir la *fé Romana*: tan hábil era Roma en eludir sus juramentos, ó tan osada en violarlos (*). La ruina de Cartago es una buena prueba, así como el saqueo

(1) Una ciudad sin poder ó fuerzas corria aun mayores riesgos. La conquista le hacia perder no solo el poder egecutivo y legislativo como hoy, sino tambien todo cuanto se conoce bajo el título de propiedad entre los hombres: libertad civil, bienes, mugeres, hijos, templos, hasta las sepulturas mismas. *Esprit des Loix*, lib. 9, ch. 1.

(2) *De Republ.* lib. 5.

(3) Caton jamas daba su voto en el senado sobre ningun negocio, que no añadiese: *Delenda est Carthago.*

(*) Díganlo sino Viriato, Numancia, y Sertorio entre los españoles.

de las ciudades del Epiro por Paulo Emilio, es un monumento de la *mansedumbre* y *equidad* del Senado, cuyas órdenes egecutaba este cónsul (*). Y nótese que estos dos rasgos son de los tiempos mas florecientes de la República, y que su historia ofrece otros semejantes, si no mas horrorosos, en casi todas sus páginas. La *humanidad* era un sentimiento tan estraño para este pueblo, que en su idioma ni aun se encuentra la palabra que lo espresa (1).

Sola la Religion, suavizando los corazones, ó aterrando las conciencias, ponia algun límite á los furores y devastaciones de la guerra, y defendia contra las pasiones y

---

(*) El cónsul Paulo Emilio, por sobrenombre Macedónico, habiendo vencido á Perseo, Rey de Macedonia, demolió setenta ciudades del Epiro, se llevó ciento cincuenta mil esclavos, y asoló en tales términos el pais, que sus soldados no tuvieron necesidad de acamparse en tiendas como acostumbraban, sino que se alojaron en las casas que quedaron desiertas; y esta devastacion se premió por el senado con los honores del triunfo, y la facultad de usar, durante los juegos del circo, el vestido triunfal. = Cartago en la tercera y última guerra púnica fue tomada por Scipion, y solo quedaron vivas cinco mil personas de una ciudad, que por tanto tiempo habia disputado á Roma el imperio del mundo. *P. Laso*, *nota* 9.

(1) *Humanitas*, en los autores antiguos, no significa mas que *polıtica, cortesanía, dulzura, afabilidad, amenidad.*

las doctrinas del orgullo y del ódio, una débil tradicion de misericordia. Y cuando ya no quedaba esperanza alguna al vencido, la Religion misma le abria sus templos, y el asesinato se suspendia alguna vez al pie de los altares.

En los tiempos modernos se encontrarian tambien, sin fatigarse mucho, no pocos egemplos que confirmasen estas observaciones. Hay en Europa un pais donde las opiniones religiosas han consagrado el principio de la soberanía del pueblo. Desde entonces el gobierno medio popular de esta nacion, mas célebre por su orgullo y altanería que por la pureza de sus costumbres, parece no haber conocido otra regla de conducta, ni mas justicia política que el interés. Sirviéndose de la fuerza y de la astucia lo mismo que los Romanos, ha estendido su pesada dominacion sobre regiones lejanas, que oprime con una sagacidad desapiadada, y con una estudiada barbarie: reina como ellos, y por las mismas máximas, y acabará como ellos.

Iguales ó análogos principios, esparciéndose por la Europa, y penetrando con una filosofía anti-religiosa en la mayor parte de los gabinetes, han hecho retrogradar visi-

blemente el derecho de las naciones, que ha vuelto á ser, poco mas ó menos, lo que era entre los paganos, á saber, el interes armado de la fuerza. Perdida la santidad de la fé pública, los tratados faltos de sancion se han transformado en simples convenciones humanas, muy semejantes por su naturaleza y efectos, al soñado pacto social. Substituyendo á la doctrina de los derechos el sistema de la conveniencia, se han roto y quitado los límites que separaban las herencias de los pueblos, como las de los particulares. Así como en el órden moral unos sofistas envidiosos se cubrian con el velo de la naturaleza y de sus leyes, para justificar la violacion de las propiedades particulares; del mismo modo en el órden político, otros sofistas autorizándose con las mismas máximas, han usurpado las propiedades públicas, las provincias, los reinos, bajo el pretesto de que así lo exigia la naturaleza. Desde entonces cada Estado, temiendo ser de la noche á la mañana invadido, y usurpado en nombre y por órden de la naturaleza, segun pareciese á la desmedida codicia de sus intérpretes, la seguridad, madre de la paz, huyó de una tierra abandonada á los caprichos funestos de los hombres. Las naciones para con-

servarse no han contado mas que con la fuerza, y no bastando los ejércitos mas numerosos para conseguir este fin, los pueblos enteros, obligados á descender á la arena, han combatido por su vida con el encarnizamiento que inspira un interés tan urgente y ejecutivo. La sociedad, bajo el influjo de las doctrinas filosóficas, ha retrogradado hasta el estado salvage, y esos horrorosos duelos de nacion á nacion han espantado y estremecido al universo, que desde el establecimiento del Cristianismo no habia visto cosa semejante. Nunca jamas se llevó á tal estremo el arte de oprimir, ni jamas tampoco se supo aprovechar tan bien todo el fruto de la victoria. Una avaricia ingeniosa abrazando en sus tiznados cálculos á las generaciones futuras, ha sabido hacer cómplices de sus exacciones al tiempo, al suelo, la industria, y hasta las necesidades mismas de los vencidos.

En el entretanto, á la estabilidad del órden, á la antigua y santa union que formaba de los pueblos de la Europa un solo cuerpo político, y casi una sola familia, arraigada, como una encina robusta y magestuosa en esta tierra antigua de la civilizacion, ha sucedido repentinamente una movilidad espantosa, un espíritu turbulento de discor-

dia; y sin que se haya mudado mas que la Religion, y las costumbres, esta misma Europa ha venido á ser como una grande sucesion que unos herederos codiciosos y mas poderosos que las leyes, se disputan con las armas en la mano, la devastan, despedazan y empapan en sangre sus miserables restos. Una insaciable avaricia se ha apoderado de los Gobiernos, y el interés particular disponiendo de los imperios, en cierto modo los ha despojado de su existencia moral, de la dignidad tutelar que tomaban de la noble idea de la sociedad, para hacer de ellos..... ¿lo diré? un objeto de negociacion, una especulacion mercantil, una moneda corriente para el uso de los poseedores de la fuerza; y á fin de dar á ese rápido comercio de Estados unas seguridades independientes de la buena fé de las altas partes contratantes, la fuerza ha intervenido tambien para suplir á la justicia, y en el siglo diez y nueve, en el siglo *de las luces* y *de las ideas liberales*, se ha establecido contra las naciones el decreto de arresto, ó mandamiento de prision y confiscacion. Cuando se ha llegado ya á este término, no creo se deban celebrar tanto los progresos del órden social, ni los de la felicidad, ni los de la libertad.

Incedo per ignes. Se conoce bien que yo apenas puedo tirar una pincelada en un cuadro que cada uno acabará fácilmente por sí mismo. Por otra parte mi objeto en esta obra no es tanto presentar un tratado ó un conjunto completo de reflexiones, cuanto el dar ocasion á reflexionar. Lo que un escritor, sea el que quiera, dice ó escribe, no suele ser acomodado á toda clase de personas, sino á cierto número de talentos; pero si logra de sus lectores un grado de atencion que los obligue á formar sobre la materia que trata pensamientos propios suyos, habrá adelantado mucho mas que si él por sí los hubiese espresado. Parece que la verdad nos hiere y toca mas de cerca, y nos pertenece mas, cuando nosotros mismos la descubrimos; y nos inspira menos desconfianza y mas adhesion.

No pudiendo pues la filosofía establecer otra constitucion ni otro derecho de gentes que la fuerza, no establece tampoco otra legislacion, que la fuerza: porque no queriendo subir hasta el Supremo Legislador, y deteniéndose en el hombre, no puede hallar la razon de los deberes y obligaciones en voluntades iguales é independientes.

Las leyes son la espresion de las relaciones que unen entre sí á los miembros de

una misma sociedad. Cuanto mas naturales ó perfectas sean las relaciones que espresan, tanto mas perfectas serán las leyes, y mas propias para conducir á los seres sociales á su fin, que es la felicidad, ó la *tranquilidad del órden.* Al contrario, si las leyes espresan relaciones arbitrarias ó falsas, serán ún manantial perpetuo de desórden y desgracia, y se encaminarán á destruir al hombre, en lugar de conservarle.

Estando las leyes destinadas á arreglar las acciones, son por su esencia obligatorias; de otra suerte no serian una regla, sino cuando mas un consejo, á menos que no se las suponga apoyadas por la fuerza; y aun en este caso no prescribirian obligaciones; impondrian sí necesidad.

La nocion pues de la ley está intimamente unida y enlazada con la nocion de la autoridad, y así toda doctrina que destruye la nocion de esta, destruye por consiguiente la nocion de la ley.

De este modo los filósofos, que escluyendo á Dios de la sociedad, hacen dimanar el poder y la autoridad de un *Pacto* dependiente de las voluntades libres de los hombres; ó en otros términos, que atribuyen á los hombres la facultad de crear la autori-

dad y poder, se atribuyen igualmente la de crear la ley: y la ley, segun ellos, no es mas que la voluntad del hombre, ó segun la definicion de Rousseau, *la espresion de la voluntad general*, es decir, de todas las voluntades particulares de los miembros del cuerpo social; y *siendo* (en su sentir) *la voluntad general siempre recta*, las leyes serán siempre justas: el pueblo crea la justicia como crea la ley; y aun para esto no es necesario que sus voluntades sean racionales ó fundadas, porque no consistiendo la esencia de la ley en la razon, sino en la voluntad, *no tiene necesidad de razon para validar sus actos*; por consiguiente puede legitimamente todo lo que quiere, aunque sea despedazarse y aniquilarse; "porque si le agrada, »dice Rousseau, hacerse mal á sí mismo, »¿quién tiene derecho para impedírselo? (1)."

Al leer estas máximas tan fecundas en calamidades y delitos, se cree leer el código mismo del desórden, y la teoría de la muerte. Si el caos y el infierno tienen una legislacion, sin duda alguna, debe estar fundada sobre esta base.

El interes particular, único móvil de las

---

(1) *Contrat. social*, lib. 2, ch. 12.

voluntades particulares, cuya coleccion forma la voluntad general, es en este sistema la única razon de la ley. Ahora bien, como por confesion de Rousseau, "lo que tienen »de comun los intereses particulares nunca »equivaldrá á lo que no lo es, y tienen de »opuesto entre sí;" si es necesario que las leyes sean efectivamente *la espresion de la voluntad general*, ó de todas las voluntades particulares sin escepcion, los pueblos vivirán eternamente sin leyes. Y no pudiendo subsistir los pueblos sin ellas, y sin alguna autoridad ó poder, la ley viene á ser de hecho la espresion de la voluntad del poder, ó de la voluntad del mas fuerte. No teniendo otro fundamento que la fuerza, tampoco tiene mas garantía: no se obedece, se cede. Es un interes particular que sofoca y oprime momentaneamente á todos los otros. De aquí un manantial nuevo y perenne de ódio; porque el hombre aborrece naturalmente todo lo que se opone á su bien estar, ú ofende su interes personal.

De este modo desaparecen todas las verdades sociales con la verdad suprema de que dimanan. Realizadas por las leyes y forma de gobierno, producen el órden, la paz, la felicidad, uniendo y estrechando con víncu-

los de amor las diversas partes del cuerpo social. Mas cuando las substituye el error, todo padece, se desconcierta y divide todo, y la sociedad cae á pedazos. Un rencor mútuo arma incesantemente á los súbditos contra la autoridad, á los pueblos contra los pueblos, á los ciudadanos contra los ciudadanos: y la anarquía reina y obra en todos los miembros del Estado, aun cuando la fuerza conserva en lo esterior una apariencia de órden.

El principio conservador que advertimos en las leyes y creencia, ó religion de los antiguos, no era invencion suya; porque cuanto mas nos remontamos hácia la antigüedad, tanto mas puras, y firmemente establecidas se encuentran las creencias. Ellas claramente provenian de la tradicion primitiva, herencia comun del género humano. Mas alteradas poco á poco por las pasiones, y la razon, se ve decaer su influencia con el progreso de los tiempos, y doctrinas contrarias producir contrarios efectos. Así el espíritu del Gobierno, tanto en Roma, como en la Grecia, poniendo incesantemente en movimiento al interes personal, tiraba á obscurecer los principios de la justicia, y favorecido de una filosofía corruptora, acabó por

borrarlos enteramente de los corazones. Las costumbres entre los antiguos, esceptuadas las épocas de una estremada disolucion, eran mucho mejores, y, sin comparacion, valian generalmente mas que las leyes, porque la Religion, que en parte habia conservado las verdades esenciales, formó en un principio las costumbres sin obstáculo, mientras que las leyes, que vinieron despues, se acomodaron á la naturaleza del Gobierno, y como él, no espresaron casi siempre mas que relaciones falsas: y esta diferencia esplica las contradiciones singulares que se observan en las mismas costumbres: lo que habia en ellas de bueno, puro, generoso, era propio del hombre ilustrado por la Religion primitiva; lo vicioso, violento, atroz, venia del ciudadano pervertido por las instituciones políticas, y las doctrinas que estas hicieron nacer. Sería inesplicable la duracion de esos Estados populares, cuyos anales parecen tan gloriosos, si no hubiesen tenido fuera de su Gobierno un principio de conservacion; y Montesquieu lo conoció bien cuando dijo: "Que »Roma era una nave en tempestad sostenida »por dos áncoras, la Religion y las costum»bres (1)."

(1) *Esprit des Loix*, lib. 8, ch. 13.

La legislacion de los pueblos paganos, especialmente en las repúblicas, oprimia al débil: y la razon es, porque las leyes, espresion en ellos de la voluntad del mas fuerte, no tenian, ni podian tener otro objeto que proteger sus intereses. La esclavitud, oprimiendo la debilidad de la condicion ó clase, protegia la sobervia, y el orgullo del hombre libre; la poligamia y el divorcio, oprimiendo la debilidad del sexo, protegian la voluptuosidad y los caprichos inconstantes de los maridos; las horribles leyes sobre deudores, oprimiendo el hambre y la indigencia, ó tal vez la flaqueza ó debilidad de la naturaleza misma, protegian la avaricia de los ricos; el derecho de vida y muerte concedido á los padres sobre sus hijos, oprimiendo la debilidad de la niñez, protegia la codicia bárbara y todas las pasiones del padre, ó del que era mas fuerte en las familias. Y cuando toda la fuerza vino á concentrarse en una sola mano, y el imperio no conoció mas que un dueño y Señor, tampoco hubo mas que una sola ley, que fue su voluntad, la cual disponia de trescientos millones de hombres, de sus bienes, de su libertad, y de su vida, á medida de sus deseos é intereses.

No parece sino que en el momento en

que los antiguos trataban de legislacion práctica, toda idea de justicia y de pudor los abandonaba. ¿Quién no ha oido hablar de las leyes de los Tebanos y Cretenses, y de las instituciones de Esparta? El *divino* Platon ¿no queria establecer en su república la comunidad de mugeres, y fundar la sociedad sobre la abolicion de la familia? He aquí el mayor esfuerzo de la razon humana en política, en el siglo de oro de la Grecia. Aristóteles pone el latrocinio en el número de las diferentes especies de caza (1). Y va consiguiente. Cuando se constituye al hombre en guerra contra el hombre, debe permitirse á cada uno hacer el daño que pueda á su enemigo, porque se conserva destruyéndole. Y de tal manera era este el espíritu de los antiguos Estados populares, que Solon cuenta entre las otras profesiones ú oficios el de ladron (2): y solamente observa que no se ha de robar á los conciudadanos, ni á los aliados de la república. No acabaríamos si hubiésemos de recordar todas las leyes y máximas semejantes. Pero lo que no debemos pasar en silencio,

---

(1) *De l'Homme*, t. 1, sect. 4, note 27, pág. 605. Quæst. sur l'Encyclop. *Guerre*.

(2) *Ibid.*

es que, aun las mas infames, han encontrado un crecido número de apologistas entre los filósofos modernos (*); y que algunos han llevado el cinismo de los principios á mayores escesos que los mismos paganos llevaron el cinismo de las costumbres. Basta el buen sentido para ver que una ley inmoral debe producir malos efectos: un ingenio agudo, travieso, vivo, sutil, puede figurarse que los tiene buenos, y dar aparentes razones; pero el genio, ó un juicio sólido, que abraza todas las relaciones de su objeto, piensa como el buen sentido, esto es, que de una ley mala no pueden nacer costumbres buenas. Montesquieu, cuyo ingenio no cedia á nadie en vivacidad (*), apenas ha encontrado en pueblo alguno leyes que no haya justificado. Segun él, siempre hay en el clima, costumbres ó constitucion, algunas cir-

---

(*) Véase la nota de la pág. 83 y sig.

(*) El baron de Montesquieu (Cárlos de Secondat), nació cerca de Burdeos el 1689. Empleado, desde muy tierna edad, en el parlamento de aquella ciudad, se dió á conocer en él por su elocuencia; pero lo fue mucho mas por sus escritos, por desgracia demasiado célebres. Aun estaba en el parlamento cuando publicó las *Cartas Persianas*, llenas de invectivas contra la Religion y las cosas santas, y tales que él mismo se vió obligado á hacer una segunda edicion con varias correcciones para poder entrar en la

cunstancias, que debieron determinar al prudente legislador á corromper la legislacion. Su libro, hecho en un todo para el siglo en que apareció, no ha producido en política

---

academia francesa. Viajó por la Alemania, Hungría, Italia, Suiza, Holanda, y por dos años permaneció en Inglaterra. De vuelta á su patria publicó las *Causas de la grandeza y decadencia de los romanos*, para cuya obra no falta quien diga se aprovechó del escrito de Walter-Moyle, aunque sin citarle. Pero su obra principal es el *Espíritu de las Leyes*, en la cual entre algunas buenas reflexiones, y bastante conocimiento de los gobiernos, se encuentran paradoxas en lugar de verdades, ideas atrevidas, relaciones inexactas, sistemas singulares, epígramas en lugar de reflexiones, y lo que es peor que todo, principios de deismo y de irreligion. El abuso actual de la filosofía puede decirse que principia en esta obra desgraciadamente célebre. Impugnada desde un principio por Debonnaire, por Crevier y otros, sintió y temió tanto Montesquieu de la impugnacion del asentista general Dupin, que fue á quejarse á la marquesa de Pompadour cuando no se habian repartido mas que cinco ó seis egemplares á algunos amigos, y ella le obligó á recogerlos, é hizo quemar toda la impresion; que tal es siempre la tolerancia de los que mas la predican. Sin embargo, al fin de su vida Montesquieu dió las pruebas mas decisivas de su arrepentimiento, y no solo hizo una abjuracion de todos los errores vertidos en sus obras, sino que tomó todas las disposiciones necesarias para reparar los escándalos, por medio del P. Routh, Jesuita, que le confesó. Preguntado por éste, si habia vivido algun tiempo en un estado de incredulidad, respondió que interiormente no; é instado por el motivo de haber aventurado tales ideas que hacian sospechar tanto de su fé, añadió sencillamente: *que el gusto á la novedad, el deseo de singularizarse, y de pasar por un*

ninguna utilidad verdadera, y ha contribuido singularmente á debilitar la moral pública.

Toda verdadera legislacion emana de Dios,

---

genio superior á las preocupaciones y máximas comunes, y la ansia de agradar y obtener los aplausos de las personas que daban el tono á la estimacion pública, que no la concedian mas seguramente que cuando se les autorizaba á sacudir el yugo de toda dependencia &c. era lo que le habia hecho obrar asi. Recibió los santos Sacramentos con mucha devocion, repitiendo, juntas las manos, las oraciones de la Iglésia. Aconteció su muerte el 10 de febrero de 1755, á los sesenta y seis años. = Su retractacion nos trae á la memoria la de otro célebre magistrado español de nuestros dias (D. G. M. de Jovellanos), quien en su última enfermedad espresó casi en los mismos términos su sentimiento de haber abanzado en sus escritos algunas espresiones é ideas poco conformes. No ponemos en una misma categoría á Jovellanos con Montesquieu; pero es muy decoroso á un cristiano disipar hasta las sombras que pudiera haber sobre sus opiniones religiosas. Este testimonio le honra mucho para que le omitiéremos: él quiso que se hiciese público, y siguiendo su voluntad, no podíamos hacer mejor servicio á su memoria. El Señor parece quiso premiarle en el momento; pues siendo los tiempos que eran, durante la guerra de la independencia, y fuera de su casa, entendida la noticia de sus sentimientos, se juntaron y asistieron á su entierro ciento nueve Eclesiásticos entre seculares y regulares. Hoy vive en Madrid de Prelado, y Predicador de S. M., el Religioso Capuchino que le asistió en el Puerto de Vega en las Asturias: pues no murió en una conmocion popular, como dicen las Biografías francesas, sino de enfermedad en su cama, y con todos los auxilios de la Religion.

principio eterno del órden, autoridad y poder general de los seres inteligentes. En saliendo de aquí, no se ven mas que voluntades arbitrarias, y el imperio degradante de la fuerza; hombres que avasallan insolentemente á otros hombres; esclavos y tiranos. El código variable de los intereses substituye al de la justicia, tan inmutable como la naturaleza de los seres que debe regir, y que conserva manteniéndolos en sus verdaderas relaciones. En efecto, considérense las leyes tomadas y bebidas, si se puede decir así, en esta fuente divina; y se verá que, inflexibles y severas como la verdad, y no obstante eso rebosando no sé qué espíritu de dulzura que consuela y tranquiliza á la humanidad, inspiran á un tiempo confianza y respeto, temor y amor. El hombre, sin duda, puede violarlas, pero es violando su razon, su conciencia, su naturaleza toda, y renunciando á la paz y á la felicidad. Siempre estables en medio de la movilidad de las cosas humanas, se afirman con los siglos, sobreviven á las opiniones y sistemas, y reinan sin envejecer jamas sobre las generaciones, que se suceden unas á otras, y pasan enriquecidas con sus beneficios. Por el contrario, si el interés particular viene á ser el principio de las leyes,

al punto vuelven éstas á entrar en la clase de aquellos caprichos inconstantes y desordenados que el tiempo arrebata con desprecio entre sus olas. Duras ó afeminadas, estravagantes y mudables, algunas veces disolutas, siempre crueles y desapiadadas como las pasiones, no subsisten sino seduciendo y engañando al ódio con bajas condescendencias, ó consternando la indocilidad con el terror. Pero ya sea que lisongeen, ya que aterren, siempre oprimen; y las leyes formadas para adular al pueblo, constantemente son las mas opresivas. Todo el que en Roma aspiraba al favor del populacho romano, proponia la *ley agraria*, ó la abolicion de las propiedades; y en cierta nacion que se cree libre, no ha mucho que el que queria agradar al pueblo, solicitaba leyes de espoliacion y de sangre contra los católicos. El hombre es siempre el mismo en todos los paises, y en todos los tiempos.

Las legislaciones puramente humanas tienen aún otro inconveniente terrible, y es, que las leyes protectoras del órden son las que la multitud sufre con mas impaciencia, porque se dirigen á sostener lo que su interés pretende derribar. Tolerará leyes inmorales, porque consagran el desórden, del que se aprovecha mas ó menos; pero como sus

pasiones no esperan sacar ventaja alguna de las buenas leyes, porque su objeto es reprimirlas, no encontrará necesariamente en éllas mas que un obstáculo á sus deseos, y un atentado contra sus derechos. Y como ninguna ley, emanada del hombre solo, es obligatoria para otro hombre, será necesario poner á la equidad bajo la proteccion de la fuerza, y arrancar del temor lo que en vano se pediria á la conciencia. Cuanto mas profundo sea el temor, la sumision será mas grande; la seguridad pública no tendrá otro fiador que el verdugo, y se proclamará la justicia en nombre de la muerte, por no haber querido proclamarla en nombre de Dios.

Hemos manifestado que la filosofía destruye la autoridad, el derecho de gentes y las leyes ó reglas de las acciones públicas; réstanos probar que destruye tambien la moral, ó regla de las acciones privadas.

Lo que hemos dicho sobre esta materia al refutar los diversos sistemas de indiferencia, nos dispensa de una larga discusion: bastará por lo tanto observar que la filosofía, no pudiendo hallar fuera de Dios la razon de las obligaciones y deberes, se ha visto precisada a fundar la moral, lo mismo que la sociedad, sobre el interés personal limi-

tado á la vida presente; doctrina, en dictámen y juicio de Bayle y de Rousseau, subversiva de toda virtud.

"Si no fuera por la esperanza de los bie»nes futuros, dice Bayle (1), se podrian po»ner la virtud y la inocencia en el número »de aquellas cosas, sobre las que pronunció »Salomon aquella sentencia decisiva: *vanidad »de vanidades, y todo es vanidad.* Confiar »en su inocencia sería apoyarse sobre una »caña cascada, que atraviesa y hiere la ma»no del que se quiere servir de ella." La virtud pues, en esta buena filosofía, no es mas que para los tontos: es el resultado de la ignorancia, ó de la pobreza y debilidad de espíritu. y no debe ya sorprendernos el ver los progresos del vicio y del crímen seguir los progresos de *las luces* con tanta regularidad.

Rousseau percibió claramente estas consecuencias del ateismo. "Por mas que se ha»ya querido establecer la virtud por sola la »razon; ¿qué base sólida, pregunto, se la »puede dar? La virtud, dicen, es el amor

(1) *Dict. crit.* art. *Brutus.* * De Bayle diremos en otra parte: de sus amores con la muger de Jurieu, véase la página 277 del tom. I.

»al órden: bien; ¿pero este amor al órden, »puede, ni debe sobrepujar en mí al amor »y deseo de mi bien estar? Denme una razon »clara y suficiente para preferirlo. Digan lo »que quieran: su pretendido principio, en rea- »lidad de verdad no es mas que un juego de »palabras; porque yo tambien diré, y digo, »que el vicio es el amor al órden, tomado »este en un sentido diferente. Donde quiera »que hay sentimiento é inteligencia, hay ór- »den moral. La diferencia está en que el bue- »no se ordena todo al bien general, ó al todo; »y el malo todo lo ordena y dirige á sí. Este »se constituye centro de todas las cosas, y el »otro mide su radio, y se mantiene en la cir- »cunferencia. De este modo está ordenado con »respecto al centro comun, que es Dios, y con »respecto á todos los círculos concéntricos, que »son las criaturas. Si no hay Dios, solo el mal- »vado es el que raciocina, el bueno es un in- »sensato (1)."

Ciertamente, la filosofía deberia hablar con menos arrogancia de la razon, cuando vemos que *por sola la razon* no puede establecer mas que el crímen; deberia tambien no ponderar tanto sus beneficios, cuando señala á la virtud

(1) *Emile*, t. 3, p. 118.

por herencia de los *insensatos.* Todo su poder consiste en el raciocinio, y en el momento que *raciocina*, el hombre que la escucha se hace *un malvado*, y entonces, y solamente entonces, es cuando comienza á ser verdadero discípulo suyo; y á cualquiera que se conserva y permanece *bueno*, le aleja de sí, y escluye como indigno de recibir sus lecciones, ó como incapaz de comprenderlas. Ahora bien, filósofos, id, reunid los hombres, dictadles leyes, escribid constituciones, códigos: buscad *insensatos* que consientan en arreglarse ó *ponerse en órden*, por vuestro interes, *relativamente al todo*, despues que les habeis enseñado que la sabiduría consiste en *ordenar el todo á sí mismos.* Filósofos, que ensalzais con tanto orgullo, en vuestras frases pomposas la razon del hombre, es preciso que conteis estrañamente con su imbecilidad. ¡Qué lenguage el vuestro para persuadir! "O hombre: »ninguno tiene derecho para mandarte: re»conoce pues por consiguiente un señor. No »hay mas regla para tí que tu voluntad; por »consiguiente, obedece á las leyes que se le »oponen y la contrarían. Tu única obligacion »y deber es hacerte feliz en la tierra; el saber »cómo, importa nada; en consecuencia, re»nuncia á todos tus intereses, ahoga la voz

»de tus deseos, y aun la de tus necesidades; »sé justo á tus espensas; sométete sin mur»murar á las mas duras privaciones, á la »indigencia, al trabajo, al dolor, al hambre. »Nada debes esperar despues de esta vida: en »consecuencia, obra como si esperases otra, »respeta religiosamente el órden establecido »contra ti, hazte voluntariamente nuestra »víctima, y te pagaremos el servicio con un »profundo desprecio." Filósofos, dad gracias al inventor de la horca; él solo ha encontrado el fundamento y la sancion de vuestra moral.

Mas como se podria sospechar por alguno que Rousseau ha exagerado, quiero presentar las consecuencias que él mismo atribuye al ateismo, deducidas metódicamente de este error monstruoso por el hombre mas frio, y el razonador mas hábil que hasta hoy ha combatido la creencia unánime del género humano. Este es Espinosa (*): oigámosle.

(*) Espinosa, hijo de un judío portugués, mercader de profesion, nació en Amsterdam el 1632. Estudió la lengua latina con un médico, y se dedicó todo á la filosofía. Cuanto mas adelantaba esos conocimientos, se escitaban en él dudas sobre el judaismo; y como sus rabinos no acertasen á satisfacerle, se separó enteramente de su comunion, y abrazó el calvinismo frecuentando las iglesias de los ar-

"Yo no entiendo por derecho natural »otra cosa que aquellas leyes por las cuales »concebimos que cada *Ser* está determinado »á existir y obrar de una cierta y determi»nada manera: los peces, por egemplo, estan »determinados por la naturaleza á nadar, y

---

minianos, mudando su nombre primitivo de *Baruch* en el de *Benito*. Aunque esteriormente sumiso á su secta, tomó de ella mas que otra cosa la libertad de pensar, y su orgullo le precipitó en un abismo aun mas profundo. Retirándose de Amsterdam se ocupó de tiempo en tiempo en hacer telescopios, y dió á luz su *Tratado teológico*, donde sembró los principios de ateismo, que abiertamente se enseña en sus *Obras póstumas*. Sostiene atrevidamente que Dios no es un Ser inteligente, ni infinitamente perfecto, ni otra cosa sino esa virtud de la naturaleza que está esparcida en todas las criaturas: atribuye todo cuanto existe á la necesidad, y no reconoce mas substancia que una &c. Su aire tétrico, su color amarillento, y no sé qué rasgos siniestros, anunciaban en su fisonomía como un carácter de reprobacion. Dicen de él que sus costumbres eran buenas; pero prescindiendo de que todas esas aserciones son vagas, y de que un epicureo consiguiente, segun sus principios, de nada se debe privar, atendido su orgullo desmedido, ¿qué se concluiria de ello que no se pudiera decir con mas razon de los ángeles degradados y convertidos en demonios? la soberbia conduce á los mismos precipicios que los vicios de la carne. Y sirva de respuesta para cuantos nos hablan de las costumbres rígidas de otros sectarios, que por desgracia con esta capa se disimulan y seducen á los inocentes. Espinosa murió á los cuarenta y cinco años. Las estravagancias de sus errores han sido reproducidas en el *Systeme de la nature*.

»los mas grandes á comerse á los pequeños;
»por eso el agua pertenece á los peces, y
»los grandes se comen los pequeños por de-
»recho natural. Síguese de aquí que cada
»*Ser*, ó criatura, tiene un derecho soberano
»á todo lo que puede. Y en esto no admi-
»timos diferencia alguna entre el hombre y
»los demas seres, ni entre los hombres do-
»tados de razon, y los que les falta. Así
»es, que mientras los hombres viven bajo
»el imperio de sola la naturaleza, el que no
»conoce todavia la razon, ó no ha adquirido
»el hábito de la virtud, vive únicamente se-
»gun las reglas de sus apetitos con igual dere-
»cho que el que arregla su vida por las leyes
»de la razon: es decir, que así como el sá-
»bio tiene un supremo y soberano derecho
»á todo lo que su razon le dicta, ó á vivir
»segun las leyes de su razon; el ignorante
»ó el hombre apasionado, lo tiene á todo
»aquello á que sus apetitos y pasiones le in-
»clinan y arrastran; es decir, un derecho
»soberano de vivir segun las leyes de sus
»apetitos. El derecho natural, pues, no está
»determinado en cada hombre por la recta
»razon, sino por sus deseos y poder. Cada
»uno, considerado bajo solo el imperio de
»la naturaleza, tiene un derecho soberano

»de desear lo que, ilustrado por la sana ra»zon, ó arrastrado por las pasiones, juzga »que le es útil; y puede lícitamente apode»rarse de ello, sea á fuerza abierta, sea por »dolo ó astucia, ó por cualquier otro medio; »y por consiguiente tener por enemigo á cual»quiera que trate de impedirle el satisfacer »sus deseos. De donde se sigue, que el de»recho de la naturaleza, bajo el cual todos »los hombres nacen y viven comunmente, »nada prohibe sino lo que no se desea, ó »no se puede, y que permite las contien»das, altercaciones, los ódios, la ira, el frau»de, y absolutamente todo lo que escita nues»tros apetitos. Así que el derecho natural no »está determinado en ninguno sino por su »fuerza; y ninguno puede estar cierto de la »fe de otro, mientras no tenga mas fiador »y garante que su promesa, porque cada »uno por el derecho natural, puede obrar »dolosamente, y los pactos no obligan sino »por la esperanza de mayor bien, ó temor »de mayor mal. (1)"

Constituyendo la sociedad por sola la razon, sin la intervencion de Dios, el hombre se ve reducido á no reconocer otra autori-

(1) *Tract. theolog. polit.* cap. 16. *De jure uniuscujusque naturali et civili*, pág. 85.

dad, ni otro derecho, ni mas ley, que la fuerza, dirigida por el interés particular ó por las pasiones; y cuando se trata de formar las costumbres por sola la razon, sin la intervencion de Dios, es tambien indispensable no reconocer mas ley, ni mas derecho que la fuerza dirigida por el interés particular ó por *los apetitos*: es decir, que en uno y otro caso, se atribuye al hombre la soberanía absoluta de sí mismo; y es de admirar que Rousseau no haya visto que su doctrina del *contrato* ó *pacto social* no es mas que *el ateismo* puro *aplicado al órden social*; y que ha adoptado en política los principios cuyas consecuencias desecha con horror en la moral. Sin duda proviene esto de que queriendo establecer una teoría rigorosa de la sociedad, se ha visto obligado á seguir hasta donde sus máximas lo arrastraban, y por consiguiente hasta el Ateismo, el cual no es mas que un Deismo rigoroso.

¿Mas qué sociedad podrá conservarse, cuando los derechos de los hombres no tengan mas regla que los deseos de cada uno, ni otros límites que su fuerza, á la cual se añada por suplemento el dolo, el fraude, la astucia? ó mas bien: ¿cómo concebir bajo la nocion de sociedad, una reunion de seres

humanos, enemigos naturales unos de otros, é incesantemente ocupados en hacerse daño mútuamente? En esta anarquía horrible de voluntades contrarias y de intereses opuestos, de fuerzas é intereses desiguales, el amor de sí mismo se confunde con el aborrecimiento de los otros, y el hombre sujeto únicamente á la ley de los apetitos, independiente de toda autoridad y libre de toda obligacion, lo mismo que el *pueblo soberano*, no tiene tampoco necesidad, como éste tampoco la tiene, de razones para legitimar sus actos; basta que quiera y pueda: con estas dos condiciones todo le es permitido. El campo, casa y muger de mi vecino, su vida misma me pertenece por derecho natural, si la deseo y soy mas fuerte que él. La naturaleza nada prohibe al hombre sino lo que le es físicamente imposible alcanzar: su derecho no tiene mas límites que el de su fuerza ó el de su apetitos. Tiene hambre y desea comer carne humana: si tiene fuerzas bastantes contra su semejante, puede comer su carne, y beber su sangre con tan poco escrupulo como se comeria un pedazo de pan, ó beberia un vaso de agua de la fuente (1).

(1) Esto pareceria una exageracion si la filosofía no hu-

Y no hay que esperar en este conflicto de las pasiones, un vislumbre siquiera de la posibilidad consoladora de la paz, ni aun de tregua, porque ningun pacto es obligatorio; cada promesa puede envolvér un lazo pérfido, y nadie está ligado sino por su propio interés. Por consiguiente, á Dios estado, familia, union, seguridad. El hombre temblará de terror al encontrar á otro hombre, que será mas terrible á sus ojos que el caiman del Gánges y el tigre de Zara. Y si alguna vez el instinto une casualmente á dos individuos de diferente sexo, satisfecho que sea su apetito brutal, se mirarán uno á otro con horror, y el mas débil se apresurará á huir por temor de ser por el otro devorado.

Si la filosofía pues llegase á establecer

---

biese sacado por sí misma esta horrible consecuencia de sus principios. En una obra publicada el 1791 Brissot (autor del *Patriota*, periódico frances, tan célebre en los fastos de las atrocidades revolucionarias) estableció claramente el derecho de la *antropophagia* (esto es, de comer carne humana); ¿y quién no ha oido hablar de los *bebedores de sangre* durante aquellos dias de muerte? Se atribuyen tambien al mismo autor la *Teoría del robo*, y la *Apología del robo*. ¡Qué grande filósofo era este Brissot!... Lo cierto es que sus obras precedieron á las grandes espoliaciones que se hicieron de todas las propiedades, así de corporaciones como de los particulares.

enteramente su reino sobre las ruinas de toda Religion, destruiria la sociedad, acabaria con el género humano, y realizaria el aniquilamiento ó la nada, que forma la esencia de sus doctrinas. Pero limitándonos aquí á lo que la esperiencia nos enseña de su influencia sobre las costumbres, contemplemos los siglos filosóficos. ¡Qué olvido tan profundo en ellos de todas las obligaciones! ¡Qué insolente menosprecio de la virtud! Declarados el orgullo y el deleite, por único móvil de las acciones humanas, abortan y dan á luz una concupiscencia desenfrenada, triste pero infalible síntoma de la estincion del sentido moral. Cuando la sed del oro llega á apoderarse de un pueblo, se puede firmemente asegurar que se precipita en la barbarie. Aun las ciencias no sirven entonces sino para conducirle mas prontamente; porque ellas por sí mismas nada conservan, y estando determinada su tendencia al bien ó al mal por las doctrinas reinantes, apresuran con su propio movimiento el curso de las costumbres que las arrastran, hasta que vienen á sepultarse junto con las instituciones, con las leyes y con la sociedad entera en el propio abismo. En el entretanto, todo lo que forma y hace la felicidad de los hombres reunidos, á saber, la concordia y

la paz, la union doméstica, la dulce confianza, la amistad fiel, la tierna compasion, la seguridad mútua, todo desaparece. Ya no se siente, se calcula. Las combinaciones bajas del sórdido interés reemplazan, y substituyen á los movimientos generosos del corazon: un frio egoismo ahoga hasta los sentimientos de la naturaleza; porque el egoista, ó el que solo se ama á sí mismo, no espere ser amado de nadie. Grandes y pequeños, ricos y pobres, anhelando todos igualmente por gozar, devoran con furor una existencia de un momento. El matrimonio, sin estabilidad, sin inocencia ni fidelidad, no es mas que una sociedad rápida y pasagera del deleite, que un capricho lo forma, y un capricho lo disuelve. El adulterio y el divorcio, que no es mas que un adulterio legal, destruyen la familia por sus fundamentos. Lo que queda es una carga tan pesada, que pocos hombres tienen valor de soportarla. En vano, para aligerarla, se permite á la avaricia del padre calcular lo que le tendrá de coste la vida del hijo abandonado á su discrecion; la paternidad con este horrible derecho, es aun demasiado onerosa, y el vicio casi solo se encarga de poblar el estado.

"En Atenas, dice Montesquieu, el pue-

»blo escluyó del número de ciudadanos á los »bastardos, para que les tocase mayor por»cion del trigo que les habia enviado el Rey »de Egipto" (1). Este rasgo solo puede dar una idea del número de bastardos, y por consiguiente de las costumbres de esa ciudad que tanto se admira.

Los Griegos, con sus instituciones filosóficas, habian comenzado por quitar el pudor á la virtud; y siempre filosofando, llegaron á perder el rubor y vergüenza del vicio mismo. La filosofía les enseñó desórdenes, que en la mayor efervescencia de sus apetitos, la naturaleza ni aun hizo sospechar á los animales.

Cuando las doctrinas materialistas, que reducen la moral al interés particular, se introducen en un pueblo, su primer efecto por lo comun es turbar el órden político, y dividir los ciudadanos, exaltando desmedidamente el deseo de la dominacion. Todos quieren mandar, y nadie obedecer: se disputan unos á otros rabiosamente el poder, el mando, la autoridad; y el Estado despedazado sucumbirá á las facciones, si las almas degradándose poco á poco, y preparadas en fin

(1) *Esprit des Loix*, l. 23, c. 6.

para soportarlo todo, no se precipitasen por sí mismas y arrojasen voluntariamente á los pies del despotismo; porque, observémoslo, los elementos de la esclavitud se preparan en la anarquía, y cuanto mas completa es ésta, mas profunda es la esclavitud que se la sigue.

Es muy notable este duplicado efecto de la depravacion de costumbres producida por la impiedad, el cual consiste en irritar de tal modo el orgullo de los hombres, que se les haga odioso el Gobierno mas suave, y en estinguir de tal manera en ellos el noble sentimiento de su dignidad, que nada se les haga intolerable, ni les choque, ni asombre en la tiranía mas feroz. El que no se tiene en mas, ni piensa que es mas que una bestia, no se indigna de ser tratado como ella, y se consuela de todo con tal que se le deje la vida y los deleites de los brutos. *Panem et circenses*, era el grito de los romanos en tiempo de los Césares: un poco de pan empapado en sangre, he aquí todo lo que pedia á sus amos aquel pueblo tan orgulloso y civilizado, que habia conquistado el mundo.

En el principio de las sociedades, los pueblos pelean por la vida, y de ahí es que las guerras son entonces casi siempre atroces;

pero la humanidad recobra su imperio en el tiempo de la paz. Por el contrario, en las naciones corrompidas, la paz es mas cruel que la guerra misma. La codicia y el orgullo producen como un espíritu general de barbarie fria y meditada, la cual rompe y se manifiesta segun las circunstancias, unas veces en las costumbres del pueblo, otras en la política de los Gobiernos.

Los conocimientos, dice Montesquieu, hacen á los hombres mansos y suaves: no es así. Véanse á los romanos en tiempo de Augusto. Sin hablar ahora de la esposicion de los niños y de los espectáculos sangrientos del circo, no podemos formar hoy una idea cabal de cual era la desgraciada suerte de los esclavos en aquel pueblo, heredero universal de los conocimientos y de los vicios de todo el género humano. Estos infelices, á quienes se les escaseaban hasta los alimentos mas groseros, pasada la hora del trabajo yacian aherrojados en los campos en unas especies de subterráneos infectos, donde apenas penetraba el aire. Espuestos á los caprichos de un amo avaro, y de unos celadores ó sobrestantes desapiadados, se les oprimia con toda especie de trabajos, mas soportables sin embargo que los caprichos crueles de sus tiranos;

y en llegando á viejos, ó cayendo enfermos, se les enviaba á morir de hambre á una isla del Tíber. Algunos romanos los hacian arrojar vivos en los viveros de peces para engordar con ellos á las murenas (*). La muerte misma hacia parte de todas las diversiones de aquel pueblo. Para dar mas aire de verdad á las representaciones trágicas, degollaban, si así lo exigia el drama, á uno sobre la escena; se veia á Hércules quemado vivo, y á Orfeo despedazado por osos que hacian el papel de bacantes. En fin, ¿qué sé yo? el hombre habia llegado á ser tan vil y despreciable á los ojos del hombre, que se le mataba para alegrar los festines ó para entretener el tiempo, sin que se hiciese alto, ni formase el menor escrúpulo sobre ello. Y lo que no se imaginó jamas hasta aquel siglo, tan brillante de literatura y filosofía, se llegaron á sacrificar al Tédio víctimas humanas.

Pero aún añadiremos otra cosa acaso mas increible. Ephorion de Chalcide refiere (1): que entre los Romanos se proponia algunas

---

(*) Vedio Polion lo hizo asi con un infeliz esclavo suyo, porque habia quebrado un vaso, sin que le pudiese valer Augusto César, que comia convidado á la mesa.

(1) *Apud Athen*, l. 6.

veces cinco *minas* ó monedas de premio ó recompensa al que se aviniese á dejarse cortar la cabeza, por manera que la suma ofrecida se habia de entregar á los herederos; y varias veces, añade el mismo autor, muchos concurrentes se disputaban á este precio la muerte. Júzguese en vista de esto cuál sería la miseria de las familias, cuando un miembro de ellas se sacrificaba asi para librar á los otros de los horrores de la hambre, y de la atrocidad de un pueblo, en el cual la indigencia estaba reducida á mendigar la preferencia en estas execrables transacciones. Se encontraban hombres que compraban el deleite monstruoso de sufrir un homicidio; y no se hallaba quien fuese sensible á las dulces ternuras de la piedad y compasion.

¿Y qué diremos de los escesos, invenciones y refinamientos espantosos de disolucion, convertidos en costumbres públicas en aquellos siglos abominables? El pensamiento mismo se niega á recordarlos ni aun vagamente. Hay ciertos vicios tan enormes, que debemos tratarlos y considerarlos como á aquellos grandes criminales, á quienes la ley, horrorizada de tamaños delitos, mandaba conducir al suplicio, cubierta la cara con un velo fúnebre.

Parecen inesplicables tanta corrupcion y barbarie, y sin embargo es demasiado cierto que el corazon humano abriga su gérmen, cuyo desarrollo sola la Religion es la que puede impedirle. Sembrad en este terreno infecto las doctrinas de la nada, y bien pronto cogereis la muerte, y todos los delitos. Sí, lo diré, aunque supiese que por ello habia de atraer sobre mí los gritos y anatemas de los numerosos prosélitos de esa sabiduría del dia; y lo diré sin emblemas ni rodeos, porque ya es tiempo de no ocultar nada; la Filosofía irreligiosa, cuyo principio es el orgullo, necesariamente hace á los hombres crueles (*a*). El que quiere ser superior á los otros,

(*a*) En todos tiempos, dice un hombre sensato, ha habido una alianza mútua y completa entre los filósofos y revolucionarios. Los filósofos que escriben, son revolucionarios especulativos: los revolucionarios que degüellan, son filósofos activos; y como decia un miembro de la Convencion francesa, cuando se trató de poner al autor del *Contrato social* en el panteon entre Marat y Voltaire: *Lo que J. J. Rousseau queria, nosotros lo ejecutamos*. Efectivamente, hecho el cotejo, se puede con toda verdad decir que es imposible citar una atrocidad, una locura, una necedad de las practicadas durante la revolucion, que no se encuentre aconsejada en un libro filosófico, principiando desde la mutacion de los nombres de las calles, propuesta por Voltaire, hasta esas horribles egecuciones y matanzas, de que dejamos á Raynal y Diderot se disputen la prioridad. Véase la nota de la pág. 183 del tom. I.

y saborearse en esta superioridad, se complace y recrea en someterlos á sus caprichos; y cuanto mas bárbaros y desordenados son estos, tanto mas grande le parece la dependencia ó inferioridad de las personas que esclaviza y domina. De aquí esos monstruos de atrocidad y de disolucion desenfrenada (*): de

---

(*) Los cabellos se erizan solo al recordar los nombres de Robespierre, Marat, Carrier, Lebon, Fouquier Tainville, Saint-Just, &c. Carrier, habiendo oido decir que estaba muy poblada la Francia para ser república, fue de dictámen que se *suprimiese* la tercera parte de sus habitantes. Enviado de comision á Nantes el octubre de 1793 anunció su llegada con la proclama de «que harian antes un cementerio de la Francia, que dejar de regenerarla»: propuso hacer perecer á todos los presos sin ser juzgados, y para verificarlo inventó el medio tan pronto como atroz de aquellos barcos que sumergiéndose en el Loira anegaban á cien personas de una vez: para prueba hizo desde luego entrar á noventa y cuatro Sacerdotes en una barca con pretesto de trasladarlos á parage mas seguro, y levantando las válvulas los sumergió en un momento; lo mismo hizo á pocos dias con otros cincuenta y ocho Eclesiásticos, y despues de éstos con otros muchos seglares, llamando á estas espediciones ¡el bárbaro! *baños y deportaciones verticales*. Pareciéndole luego este medio muy lento, los hacia atar de dos en dos, y los arrojaba al rio Loira, teniendo la bárbara complacencia de atar juntos á un hombre con una muger para anegarlos, á lo que irrisoriamente llamaba *matrimonio republicano*; y esta egecucion duró por mas de un mes todas las noches. Otra vez, habiendo á causa de su disolucion contraido una enfermedad vergonzosa, hizo venir á sí cien mugeres públicas, y las anegó é hizo ahogar todas. No

aquí los bárbaros juegos del circo, y las submersiones de Nantes: y como la accion de dar la muerte es el acto mayor de superioridad que el hombre puede físicamente egercer sobre otro hombre, el orgullo, ó el

---

perdonó sexo, edad ni condicion, ni al anciano mas venerable, ni al niño de doce años; computándose de quince á veinte mil los muertos de este modo. = *Fouquier Tainville* en menos de un año hizo morir treinta mil personas, sin mas proceso que juzgarlos *revolucionariamente*, es decir, sin fórmula alguna, mas que llenar con cualquiera nombre los huecos de las listas de proscripcion que tenia impresas, lo que muchas veces hacia entre los brindis almorzando en un café cerca de la Consergería; no siendo una sola en la que equivocándose los satélites en traer unas personas por otras, respondia: «no importa, lo mismo tiene hoy que » mañana.» = El apóstata oratoriano y cura juramentado *Lebon* todos los dias despues de comer se ponia en un balcon para asistir al suplicio de sus víctimas; hacia alarde de su disolucion y de su crueldad: varias veces hizo pasar á algunas infelices, despues de haberlas violentado, desde sus brazos al cadahalso: otra hizo suspender la egecucion de uno al tiempo mismo de descargar el golpe, para que le leyesen las noticias ventajosas que acababa de recibir del egército, y que tuviese ese desconsuelo mas. = *Guffroy*, su amigo, pidió *guillotina permanente*, hasta que no quedasen mas que cinco millones de habitantes: estos dos eran del mismo pueblo que Robespierre, y el último abogado como él, y periodista. Sobre *Marat* véase la nota de la pág. 7. *Saint-Just... Collot...* ¿qué sé yo? La pluma se cae de las manos al recuerdo solo de tanta atrocidad; solo queremos recordar que todos ellos estaban impregnados de las máximas filosóficas, ó escitados por los filósofos.

amor de sí mismo produce el amor ó deseo del homicidio, y el hombre destruye á otro hombre, impulsado del mismo sentimiento, y con la misma complacencia que manifiestan los niños cuando hacen pedazos sus juguetes ó entretenimientos.

Y si las doctrinas filosóficas, y las costumbres formadas por ellas, llegan á dominar en un Estado, ó aunque sea solamente en una parte considerable de sus miembros, entonces el pueblo todo, como si fuese una sola persona, es arrebatada lejos del órden por los sistemas del orgullo y de la avaricia. Entonces el único objeto de todos los deseos, y el delirio de todos los espíritus es independencia en lo interior, y dominacion sobre los estraños. No se conoce mas grandeza ni mas prosperidad que la gloria que acompaña á las conquistas, y las riquezas que son su fruto. El frenesí de la guerra y la sed ardiente del oro agitan y consumen los pueblos. La ciencia de gobernarlos, que es toda moral, se pierde, y en su lugar entra el arte material de administrarlos, á espensas de lo que constituye la estabilidad, vigor y felicidad real y verdadera de los imperios. Toda la política se reduce á la Hacienda y rentas, transformadas en una vil negociacion de billetes y cédulas

de banco, y sobre todo, de fondos públicos, al comercio, las manufacturas y los ejércitos; porque el dinero es toda la felicidad de los Estados, y el cañon toda su fuerza. Las naciones, ansiando y afanando por gozar, cierran los ojos á lo pasado y á lo porvenir, y atormentadas al parecer por el presentimiento de su fin, no ven sino lo presente, y se apresuran á devorarlo. Bajo pretesto de acelerar la circulacion de las riquezas, es decir, para dar mas energía y movimiento á los deseos, temores y esperanzas, á todas las pasiones y á todos los vicios, se favorece todo lo posible el lujo; se llega hasta tender lazos á la codicia; se multiplican los teatros, las mugeres públicas, las ruinosas loterías y casas de juego: bancos horrorosos de crímenes, donde la inocencia misma arrastrada por una debilidad imprudente, va bajo la proteccion de la autoridad pública á abrir una cuenta fatal, que con demasiada frecuencia se cierra sobre el cadahalso, ó con el suicidio (*). La moral y la conciencia caen en tal menospre-

(*) En efecto, donde ha habido mas espíritu filosófico son mas los suicidios; por eso son tantos en Inglaterra, que hasta el célebre Young (inglés) no se detiene en darla el epiteto de *Nacion suicida*: en Francia con el espíritu filosófico se introdujo tambien esta peste. El 1780 en sola la

cio, que se teme, y como que se avergüenzan de pronunciar su nombre; y si se presentan algunas de esas grandes y sencillas cuestiones, que la justicia inmutable ha decidido, digámoslo así, desde la eternidad, no espereis que su voz se haga oir, ni sea escuchada: sus máximas serán tratadas de escrúpulos, tal vez de escándalo, y entre el despojador opulento y su víctima contumaz á no comparecer en juicio, la sabiduría del siglo no verá mas que intereses que asegurar, y quejas que reprimir. Así, mientras que la verdadera política, que establece y conserva, es una profunda y soberana equidad, ó en otros términos, la ciencia del órden aplicada al gobierno de las naciones, la política filosófica, mezquina y ratera, como los intereses materiales en que se fija, y únicamente considera, no conoce mas virtud que la astucia, ni mas delitos que las pérdidas, porque toda se reduce á una especulacion de gloria ó de dinero.

Las ciencias, vano alimento del orgullo, podrán por un momento dar algun brillo que

generalidad de París hubo mil cuatrocientos tres suicidios de personas de uno y otro sexo, el 1818 fueron trescientos treinta, y el 19 trescientos setenta y seis. Estos son los grandes bienes que causa la filosofía.

deslumbre; pero su resplandor durará bien poco. ¿No las hemos visto en toda la tierra seguir constantemente los progresos de la civilizacion, nacer, desarrollarse, estancarse y apagarse con ella? Mustia y pálida imágen de las verdades fecundas que vivifican la sociedad, brillarán por un instante como vagos meteoros en el horizonte del mundo moral desolado, para desaparecer muy pronto y para siempre.

El cultivo de las ciencias, ademas de cierta estabilidad en el órden político, exige un vigor, una fortaleza de alma, y una constancia de aplicacion, que son incompatibles con la movilidad de las instituciones, y las costumbres afeminadas de un pueblo materialista. La concupiscencia acaba y gasta las pasiones, porque los apetitos no son pasiones; y por consiguiente acaban con la literatura, ciencias y artes, y no dejan actividad mas que para lo que dice relacion á las necesidades y placeres de los sentidos. Y esa es la razon oculta de la preferente estimacion, que la filosofía concede á las ciencias físicas sobre las ciencias morales. Esta preferencia se echará de ver hasta en la educacion; y si en el pueblo que suponemos la hubiese pública, infaliblemente estará dirigida segun las máximas que le

dirigen á él mismo, y por el espíritu que le anima; es decir, por un espíritu de orgullo, que da la mayor importancia á una instruccion fútil, propia para fomentar la vanidad, sin reprimir las inclinaciones ni apetitos del corazon; por un espíritu de voluptuosidad, de donde resultará una indulgencia homicida por el desarreglo de las costumbres; ó, aun cuando se procuren reprimir por consideraciones puramente físicas, resultará una corrupcion lenta, mil veces mas desastrosa en sus consecuencias que la ignorancia. Esta, por mas que se pondere, ni es tan temible, ni tan digna de lástima; porque en verdad, para la mayor parte de los hombres destinados á pasar esta vida triste y transitoria en el trabajo contínuo, el único conocimiento indispensable es el de Dios, y el de las obligaciones que nos impone. El que esto sabe, sabe lo bastante para ser feliz, y para hacer felices á los otros. Lo poco mas que el hombre puede aprender, por lo comun no sirve sino para corromperle, y casi siempre para atormentarle; *et qui addit scientiam, addit et laborem.*

Á proporcion que la verdad desaparece de la constitucion, de las leyes y costumbres, el Estado se debilita, su vida se estingue, y

llega por fin un momento en que es preciso de toda necesidad, ó que todo perezca, ó todo se renueve. Los pueblos no subsisten, ni se reaniman sino por la Religion. Alejándose de Dios se acercan á la nada, dominio propio de todos los seres finitos, y su única soberanía. Esta es la razon porque Maquiavelo, á quien verosímilmente no se le tendrá por un fanático, ni espíritu débil, condena sin detenerse á la execracion universal á los que conmoviendo y destruyendo la Religion, trastornan la sociedad: y no duda llamarlos "hombres infames y detestables, » destructores de los reinos y de las repúbli- » cas, enemigos de las virtudes, de las letras » y de todas las artes que honran al género hu- » mano, y contribuyen á su prosperidad (1)."

Mas de un siglo ha que Leibnitz veia con espanto multiplicarse por toda Europa esta raza de hombres, que siempre se dejan ver en el mundo, cuando el cielo quiere ejercer el rigor de su justicia sobre los pueblos; y este profundo observador anunció desde en-

(*) *Sono infami e detestabili gli uomini destruttori delle Religioni, dissipatori de' regni et delle republiche, inimici delle virtù, delle lettere e d'ogni altra arte che arrechi utilità honore e alla humana generatione.* Mach. lib. I. *de' Discorsi.*

tónces los desastres, de que á nosotros estaba reservado ser testigos y víctimas. Sus palabras, tan asombrosas cuando se consideran con relacion al tiempo en que escribió, merecen aún mas atencion acaso hoy dia, despues que los sucesos ¡ay! tan completamente las han verificado.

"Los discípulos de Epicuro y de Espinosa, creyéndose libres del temor importuno de una Providencia vigilante y del temor de una vida futura, dan rienda suelta á sus pasiones brutales, y convierten su talento á seducir y corromper á los demas; y si son ambiciosos y de un carácter un poco duro, serán capaces, por diversion y entretenimiento, de poner fuego á las cuatro partes del mundo. He conocido á algunos de este temple, que por fortuna han muerto.

» Veo que opiniones muy semejantes, insinuándose poco á poco en el espíritu de los hombres del gran mundo, que dirigen á los demas, y de quienes dependen los negocios, é introduciéndose en los libros de moda, disponen y preparan todas las cosas para la revolucion general de que la Europa se ve amenazada. = Se ridiculiza á los que tienen á su cargo el cuidado del público, y cuando algun hombre bien inten-

»cionado habla como presagiando el triste »porvenir de la posteridad, friamente se le »responde: *entonces como entonces, ahora »como ahora.* Pero acaso podrá suceder que »estas personas lleguen ellas mismas á espe»rimentar los males que creen reservados á »otras. Si no nos corregimos de esta enfer»medad epidémica de espíritu, cuyos efec»tos empiezan ya á ser visibles, si continúa »creciendo y progresando, la Providencia cor»regirá á los hombres por la revolucion mis»ma que ha de nacer de ella (1)."

Nació en efecto, llegó y se verificó esta revolucion: ¿quién hay en el mundo entero que lo ignore? Los golpes dados en Europa á la sociedad y á la Religion, resuenan todavia en este instante en las riberas de la América, y hasta en lo interior de sus bosques ensangrentados. Sí, ha venido el castigo sobre los hombres; ni aun el orgullo filosófico puede negarlo: han sido castigados como nunca jamas lo fueron; ¿pero se han corregido? ¡Ay! Donde quiera que vuelvo los ojos veo al rededor de mí la rebelion escrita en las frentes señaladas por el rayo de las divinas venganzas. Si aplico el oido, oigo blasfemias

(1) *Nouveaux Essais sur l'entendement humain.*

altaneras y risas mofadoras. Dios es todavia un objeto de escándalo para los que habian jurado aniquilarle, y guardáos de pensar que han perdido la esperanza, ni abandonado el designio de destronarle. Si queda todavia, si subsiste aún un resto de fé, si la tierra es aún esclava de la esperanza, solo es, dicen, porque se ha atacado mal al cielo. Llenos de esta idea, reunen á nuestra vista delante de nuestros ojos, y vuelven á anudar los hilos rotos y dispersos de su vasta conjuracion. Provocando ruidosamente y llamando del polvo del sepulcro á los primeros gefes de la guerra sacrílega que han resuelto prolongar, se lisongean de que sus espectros trastornarán segunda vez el mundo. ¡Mas qué! ¡no hemos visto aún bastantes desgracias, y bastantes maldades! Y por insaciables que puedan ser de calamidades y delitos, ¿no deberian estar ya hartos y fastidiados? Contemplad esa Europa, poco ha tan floreciente y ahora tan profundamente miserable, que para pintar sus dolores no se hallan otras espresiones que las del Profeta: *su cabeza toda es una llaga, y su corazon un gran desfallecimiento* (1). Feliz aún, y felicísima, si este desfallecimiento

(1) *Isai.* c. I, v. 5, *segun el hebreo.*

no degenera en un entorpecimiento incurable, que la conduzca insensiblemente, despues de algunas nuevas crísis, al último sueño.

Mas sea cual fuere el resultado de esta revolucion memorable, procuremos sacar de ella algunas de las instrucciones que encierra. Nos cuestan demasiado caras para que al menos no tratemos de sacar algun fruto.

Treinta años ha existia una nacion gobernada por una estirpe antigua de Reyes; segun una constitucion ó forma de gobierno el mas perfecto que se conoció jamás, y por unas leyes, que con mas justa razon que las de los antiguos Romanos, se pudieran creer bajadas del cielo: tan sábias eran, tan puras, tan benéficas, tan favorables á la humanidad. Esta nacion célebre por su franqueza, agrado, benignidad y sus luces; por su amor á sus Reyes y á la Religion, á quien debia catorce siglos de gloria y felicidad, florecia en paz en medio de la Europa, cuya envidia escitaba, y cuyo ornamento era, por la belleza de su legislacion, por la noble cultura de sus costumbres, y por los admirables y famosos modelos de todo género, con que las letras, las ciencias y las artes la habian como á porfia y de concierto enri-

quecido. Feliz en lo interior y respetada esteriormente, su fama estendida en todas partes se atraia los homenages de las regiones más lejanas, y el Universo admiraba en ella á la Reina de la civilizacion.

Tal era el pueblo que Dios escogió para dar al género humano una grande y terrible leccion. De repente, á la voz de algunos sofistas, opiniones nuevas, nuevos deseos se apoderan de este pueblo estraviado. Se disgusta y fastidia de su Religion, y de las doctrinas tutelares que le habian elevado á tanta grandeza. Tentado por el fruto del *árbol de la ciencia*, quiere salir de su condicion, y *ser semejante á Dios*, á quien sola y únicamente pertenece y de quien dimana toda soberanía. Súbitamente este atentado recibe su castigo, como el del primer hombre; por un irrevocable decreto de muerte, que el culpable mismo está encargado de ejecutar.

La muerte de una sociedad no es otra cosa que la estincion de toda verdad social: á su consecuencia se ve que todas las verdades sociales abandonan de una vez á esta nacion proscripta, y la dejan entregada á sí misma, á sus propias fuerzas, sin protector y sin regla, como aquellos pueblos perdidos

sin esperanza de remedio, de quienes los antiguos decian: *los Dioses han huido.*

De la verdad nace el amor, que produce y conserva; y esta nacion poco ha tan amante, ahora ya sin verdad, se ve al punto apoderada de un horroroso espíritu de ódio que la anima é impele á su propia destruccion.

La razon humana cansada de toda autoridad, y hasta del mismo Dios, emprende constituir sin él la sociedad, y hasta la misma Religion; porque la filosofía no solo se abrogaba y atribuia la dignidad real, el trono y cetro, ó el derecho de imponer leyes políticas á los pueblos, sino tambien el sacerdocio, ó la funcion de arreglar su creencia y su culto. "*Vos sois el sacerdote de la »razon*" escribia D'Alembert (1) al viejo de Ferney. Esta frase no debe mirarse como una espresion sin consecuencia: la idea que ella enuncia es una deduccion rigorosa del principio de donde partia, ó en que estribaba la filosofía: y desde el punto en que lo sometia todo, hasta el mismo Dios, á la razon del hombre, era preciso que este viniese á adorar su razon; es decir, llegase á adorarse

(1) *Lettre de D'Alembert à Voltaire*, del 13 de diciembre de 1764.

á sí mismo, ó á declarar por un acto solemne que no conocia nada superior á sí; porque el culto público no es mas que la declaracion de la creencia pública; y cuando un pueblo no cree nada, su culto es una declaracion pública de ateismo, ó de incredulidad.

Pero consideremos los progresos, y por decirlo así, la filiacion lógica de los acontecimientos. Se proclamó la *Soberanía* del hombre, y sus *Derechos* comprendidos todos en esta sola palabra, vinieron á ser el único dogma político y religioso: entonces necesariamente no se vió en la antigua Religion del Estado, en su símbolo, y en su culto, mas que un atentado sacrílego contra la razon del hombre. Dios es tratado como usurpador; y todo el que se declara por él, tomando partido en la guerra que existe entre Dios y el hombre, y en la cual de nada menos se trata que del imperio, se hace á un tiempo reo de lesa-magestad divina, negando la independencia absoluta ó la divinidad de la razon, y de lesa-magestad humana, atacando la soberanía del hombre. Debe pues como impío, y como rebelde, sufrir la pena capital (1). Todo cuanto pertenecia á la Re-

(1) Digo *como impío*, porque quien niega á Dios, es cas-

ligion proscripta, sus ministros, sus bienes, instituciones, usos, y hasta los nombres mismos que habia consagrado; en una palabra, todo cuanto tiene relacion, y recuerda, ó trae á la memoria al Dios enemigo, debe perecer; todo, todo, hasta sus templos y hasta sus imágenes: así como á la vuelta del legítimo Monarca se rompen las estátuas del tirano. Así es que en el furor de esta guerra asombrosa del hombre contra Dios, se trató de destruir hasta los libros mismos donde se esponian, y defendian los derechos

---

tigado de muerte, ó separado eternamente de la sociedad de Dios, que es la vida, porque es la verdad: *Ego sum veritas et vita* (Joan. 19, 6.). Este terrible castigo es una consecuencia ó relacion necesaria con el delito, ó una ley inmutable de la justicia; y asi porque esta ley revelada al hombre es eminentemente conforme á su razon, resulta que luego que él se pone en lugar de Dios, separa para siempre de su sociedad, ó castiga de muerte, á cualquiera que reusa ó se niega á reconocerle por Dios: esto se vió en los antiguos imperios de Oriente, y en Roma en tiempo de los Emperadores, como en nuestros dias en Francia bajo el reino del ateismo. Dios, como que es Eterno, no castiga (con la última pena se entiende) á sus súbditos rebeldes sino cuando han entrado en la sociedad eterna, y hasta entonces da lugar y espera á que se arrepientan; mientras que el hombre, ser de un dia, ni aun espera hasta la tarde, que acaso no verá, y se da prisa á dar la muerte, no sea que á él le llegue antes, y la reciba primero.

del Soberano Sér (*). Y esto no era mas que una consecuencia justa de las máximas dominantes, y solo la imposibilidad de una destruccion total fue la que impidió al fanatismo filosófico dar á la Europa el mismo espectáculo que en otro tiempo habia dado en Egipto el fanatismo musulman (**).

(*) Es decir, en defensa de la Religion. Esta fue siempre la práctica de la impiedad. Asi lo hacian los gentiles en las persecuciones, los iconoclastas en el siglo VII, Lutero en el XVI con los de los teólogos, que hizo quemar públicamente; y nuestros impíos revolucionarios, como hijos de un mismo padre, y animados de un mismo furor diabólico, con todo lo que podia decir relacion á Dios. La Francia vió en esta clase horrores que hacen estremecer. Chaumette, uno de los inventores de las *fiestas de la razon*, hizo quemar todos los libros piadosos, y aun los cuadros que representaban objetos de Religion: en su furor diabólico dejó su nombre de bautismo por el de Anaxágoras, por tener por patrono, decia, un Santo que hubiese sido ahorcado por su republicanismo. Hasta donde hubieran llegado en este camino nuestros demagogos, es bien de presumir: por de pronto, en el plan de instruccion pública ya se habian suprimido los cursos de *teología natural* y de *metafísica*; es decir, de la parte filosófica que trata de Dios, el alma y espíritus, &c.: buenos discípulos de Rousseau querian sin duda que no se hablase á los jóvenes de Dios, hasta que lo discurriesen ellos mismos. Se aumentaban las cátedras de *Zoología*, ó tratado de renacuajos é insectos, como cosa de mucho interes; pero saber si tenemos alma, si hay Dios, no merecia su atencion. Quien piensa aun y habla de sus buenas intenciones, ó es ciego, ó no quiere ver, ó es un necio privado de razon, ó es su partidario.

(**) El Califa Omar hizo quemar la famosa biblioteca de

El mundo habia visto muchas veces el escándalo de la apotheosis individual del hombre, y tal fue el orígen de la idolatría entre todas las naciones paganas. Pero el hombre al hacerse Dios, dejaba de ser hombre. Transformado por la opinion en otro sér mas perfecto, mudaba de naturaleza; y aun entonces mismo la tradicion conservaba la creencia de un Dios supremo, elevado eminentemente sobre todas estas divinidades subalternas. Pero el escándalo de la filosofía ha sido mucho mayor: ella, escluyendo todo ser superior, diviniza, no al hombre individual, sino lo que es mucho mas, al hombre en abstracto, ó á la humanidad concebida bajo su nocion propia. De este modo el hombre se adora como hombre, y hallando en su orgullo, y en su concupiscencia desmedida el carácter de lo infinito, los escoje naturalmente por objeto directo de su culto. Adora su orgullo bajo el nombre de Razon, y le adora bajo el emblema del deleite, porque la voluptuosidad, ó la independencia desenfrenada de los apetitos, no es mas, si se me permite esta espresion, que el orgullo de los sentidos,

---

Alejandría en Egipto; y Maribon Montaut, su digno émulo, en la Francia revolucionaria, propuso incendiar todas las bibliotecas.

asi como el orgullo es el deleite de la inteligencia ó del entendimiento. Y como no hay ningun vicio, ni deleite alguno que no nazca necesariamente de estas dos pasiones madres, cuando el hombre no reconoce otra autoridad, ni mas ley, ni mas Dios que su razon; para representarla dignamente, es necesario buscar todos los vicios y todos los crímenes personificados en el mismo ser vivo, y este simulacro horroroso se encuentra en las pocilgas de la prostitucion (*). Y en efecto, ¿qué imágen mas perfecta del error absoluto que destruye toda verdad, que el desórden profundo que destruye toda virtud, acaba con el hombre, las familias, y con la misma sociedad? ¡Leccion para siempre memorable! La razon humana, cuyos beneficios, anunciados de antemano con tanto fausto, debian transformar la tierra en una mansion de paz y de felicidad; esta razon poderosa reina en fin, se proclama su divinidad, y sus altares son ruinas, sus himnos canticos de proscripcion, sus sacerdotes los verdugos, su culto la muerte, y la nada la esperanza de sus adoradores.

(*) Véase este espantoso suceso, y monstruosas *fiestas de la razon*, en el t. I, p. 188, *nota*.

Hay en las doctrinas una virtud oculta, una fuerza secreta, ó perniciosa ó benéfica, que no se percibe sino por los efectos; y esta sola verdad deberia ser suficiente para probar que el hombre no fue criado para elegirse sus creencias ó su religion, sino para recibirla de aquel que ni puede engañarse, ni querer tampoco engañarnos; porque si el juicio ó dictámen de la razon sola decidiese, el hombre casi siempre engañado ó seducido de falsas apariencias, ó por los sofismas de su espíritu, pereceria mil veces víctima de sus vanos discursos, antes de llegar á descubrir las verdades convenientes á su naturaleza, y necesarias á su conservacion, porque ellas le asombran y confunden, aun cuando las conoce con certidumbre, y las cree con entera fé. ¡Objeto grande de meditacion para quien sabe reflexionar! el instrumento de un suplicio ignominioso, la Cruz levantada en medio de los pueblos, detiene la efusion de sangre, é inspira al hombre una dulzura celestial. Se echa abajo la Cruz, preséntase en su lugar á la adoracion pública un símbolo de la voluptuosidad, y en el momento la sangre corre á rios, un furor nunca visto se apodera de los corazones, y los primeros sacrificios ofrecidos al ídolo obsceno

son hecatombes (*) de víctimas humanas.

Hay verdades y errores que son á un tiempo religiosos y políticos, porque la Religion y la sociedad tienen un mismo principio, que es Dios, y un mismo término, que es el hombre. Así un error fundamental en Religion, lo es tambien en política, y recíprocamente. Si existiese pues un error destructivo del poder ó autoridad en la sociedad religiosa, este error, el mas general ó vago que se quiera imaginar, deberá igualmente ser destructivo del poder y autoridad en la sociedad política (**); y en efecto, así nos lo demuestra prácticamente la historia de la revolucion francesa. El hombre, en virtud de su soberanía, se subleva y levanta contra Dios, se declara *libre* é *igual* á él; en virtud del mismo derecho,

---

(*) Asi llamaban á los sacrificios en que se degollaban cien víctimas.

(**) He ahí la razon porque los jansenistas y sus secuaces son y tienen que ser siempre revolucionarios: como yerran en su fin, que es deprimir y quitar la autoridad del Papa igualándolo con los Obispos, y deprimir la de los Obispos igualándolos con los Curas y simples Presbíteros, figurándose en su delirio que este es el mejor gobierno, de necesidad hacen la aplicacion á los gobiernos civiles, entablando en ellos las mismas máximas. La Francia é Italia en sus revoluciones nos han dado de ello elocuentes testimonios, y entre nosotros véase si todos los que estaban tildados de jansenistas no han sido constitucionales.

el vasallo se levanta contra su Rey, y se declara *libre é igual* á él. Á nombre de la *Libertad* se echan abajo la constitucion, las leyes, todas las instituciones políticas y religiosas; en nombre de la *igualdad*, se anula, se borra toda gerarquía, y toda distincion religiosa y política. Clero, Nobleza, Magistratura, Legislacion, Religion, todo se desploma de una vez, y hubo un momento en que todo el órden social se halló concentrado en un solo hombre. En tanto que este *hombre-poder* (*), mediador entre Dios y el hombre en la sociedad política, como el *Hombre-Dios* lo es mediador entre Dios y el hombre en la sociedad religiosa; mientras tanto, repito, existia este hombre, no estaba todo desesperado, y el órden, retirado, por decirlo así, en él, podia salir un dia, y volver á aparecer en lo esterior por un solo acto de su poderosa voluntad. Se conoció esto, y su muerte, resuelta desde aquel instante, fue como la última ruina que debia consumar y eternizar todas las otras. Desde el deicidio de los judíos no se habia cometido jamas crímen mas enorme; porque el asesinato mismo de la inocencia no

(*) Asi lo personifica el autor, y no hallamos voz con que poder espresar la idea de un rasgo solo.

puede compararsele. Cuando Luis (XVI) subió sobre el cadahalso, no fue solamente un mortal virtuoso el que sucumbió, y cayó bajo la rabia de algunos malvados; fue el poder, la autoridad misma, imágen viva de la Divinidad de quien dimana; fue el principio del órden y de la existencia política; fue la sociedad entera quien pereció.

Y ciertamente no se pudo dudar de ello, cuando se vió colocar el derecho de rebelion en el número de las leyes fundamentales del Estado, y consagrar la *insurreccion* como el *mas santo de los deberes*, como la *obligacion mas santa*. Nunca jamas en el transcurso de las edades precedentes, se vió á ningun pueblo llegar á este portentoso esceso de delirio, de protestar en el principio de su constitucion contra toda especie de gobierno: este absurdo incomprensible estaba reservado al siglo de la razon. Entonces, sobre las ruinas del Altar y del Trono, sobre los huesos del Sacerdote y del Monarca, comenzó el reino de la fuerza, del ódio y del *terror*, cumpliéndose espantosamente aquella antigua profecía: "Un pueblo entero se arrojará con vio»lencia, hombre contra hombre, y cada uno »contra su vecino; tumultuosamente se levan»tará el jóven contra el viejo, y el plebeyo

» contra el noble..... por cuanto la lengua de » ellos y sus designios son contra el Señor (1)." Sería necesario para pintar esta escena espantosa de desórdenes y maldades, de disolucion y carnicería, esta orgia de doctrinas, este choque confuso de todos los intereses y de todas las pasiones, esa mezcla de proscripciones y fiestas impuras, esos gritos de blasfemia y esos cantares siniestros (*patrióticos*), (*) aquel ruido sordo y contínuo del martillo que demuele, (**) y de la hacha que hiere las víctimas, y aquellos terribles y desentonados clamores, y

---

(1) *Et irruet populus, vir ad virum, et unusquisque ad proximum suum: tumultuabitur puer contra senem, et ignobilis contra nobilem... quia lingua eorum et adinventiones eorum contra Dominum.* Isai. cap. 3, vers. 5, 8.

(*) El *ça ira*, que equivale á *trágala*, y el *vive le son* de la *Carmagnole*, que tan bien supo imitar el *lairon*, &c. para que se vea cuales aun en esto eran los modelos.

(**) Mil y doscientas libras gastó la filósofa y económica Francia solo en picar los bajos relieves del famoso templo de santa Genoveva, y arrancar las estatuas de los Santos del antiguo y nuevo Testamento que le adornaban, y hacian de él uno de los mejores templos del mundo; ¿y para qué? para convertirlo en un *panteon nacional*, substituyendo en lugar de santa Genoveva á un Mirabeau, que murió podrido de gálico, y recibir á un Marat, un Rousseau, &c. y á todos los furiosos hijos de la filosofía; mereciendo con toda razon el título, no de panteon, sino de *muladar nacional* que le dieron los buenos.

aquella algazara feroz (*), anuncio lúgubre de una vasta mortandad, tantas ciudades viudas de habitantes, aquellos rios cubiertos de cadáveres, tantos templos y pueblos reducidos á cenizas, tantos asesinatos, en fin, y voluptuosidad juntos, tantos placeres obscenos y vergonzosos con tantas lágrimas y sangre; sería necesario pedir al infierno sus coloridos y su lengua, como algunos monstruos le usurparon sus furores (**).

"Si el mundo, habia dicho Voltaire, hu»biese de ser gobernado por ateos, sería lo »mismo que estar bajo el imperio inmedia»to de los demonios, de aquellos seres infer»nales que se nos pintan encarnizados con-

---

(*) De *Constitution ó muerte, mueran los birretes, l'aristocrats á la lanterne*, &c. Véase la Historia de la revolucion francesa por *Grimaud*, y se hallarán tales fórmulas y otras semejantes.

(**) Véanse las notas de las pág. 89 y 90, y por aquellos leves rasgos se podrá venir en conocimiento de las atrocidades cometidas. La Vendee, Marsella y Leon arrasadas, para que el viagero, segun la espresion de su verdugo Collot, viniese á contemplar sobre sus ruinas, y en lugar de sus hermosos edificios recrease su vista con algunos toscos monumentos, levantados á la gloria de los amigos de la libertad, nos recuerdan á nosotros las Provincias, Cataluña, y aquel negro paredon, único resto de donde estuvo Castelfollit.

»tra sus víctimas (1).” Gobernaron los ateos la Francia, y en el espacio de algunos meses amontonaron en ella mas ruinas que un ejército de tártaros habria podido dejar en toda Europa, á los diez años de su invasion. Nunca jamas, desde el principio del mundo, fue dado al hombre tal poder de destruccion. En las revoluciones ordinarias el poder se disloca, pero desciende, cae poco. No así cuando triunfó el ateismo. Como si hubiese sido necesario que bajo el imperio esclusivo del hombre, todo tomase un carácter particular de envilecimiento, la fuerza huyendo de las nobles y altas partes del cuerpo social, se precipitó entre las manos de sus miembros mas viles; y su orgullo á quien todo ofendia, nada escaseó, nada perdonó. No perdonaron al nacimiento, porque ellos habian salido del polvo de la tierra; no á las riquezas, porque hacia largo tiempo que las codiciaban y envidiaban; no á los talentos, porque la naturaleza se los habia negado todos: no á la ciencia, porque se veian profundamente ignorantes (*); no á la virtud, por-

---

(1) *Homel. sur l'atheisme.*

(*) «No estoy seguro, decia La Harpe, que nuestros »filósofos sepan muchas cosas que los otros hombres no

que estaban cubiertos de crímenes: en fin, ni al crímen mismo, siempre que éste les anunció alguna especie de superioridad. Emprender colocar todas las cosas á su mismo nivel, era empeñarse en aniquilarlas todas. Así desde aquel momento, *gobernar*, vino á ser lo mismo que proscribir, confiscar y proscribir de nuevo. La muerte se redujo á sistema hasta en las pequeñas poblaciones; y acabando con decretos lo que se habia comenzado con puñales, se sacrificaron al esterminio clases enteras de ciudadanos (*). Con la concesion del divorcio se estremeció y conmovió el fundamento de las familias; se atacó hasta el principio mismo de la poblacion, concediendo recompensas públicas á la disolucion (1).

» saben; pero me atrevo á asegurar que en sus libros á ca-
» da paso tienen aire de ignorar lo que todo el mundo sabe.»

(*) Los primeros los Sacerdotes y Clero, como que la guerra era contra Dios; despues los nobles, como que se trataba de desguarnecer el trono para derribarle á su salvo.

(1) La sabiduría de los legisladores de 1793 juzgó á las mugeres públicas, ó como ellos las llamaban, á las *doncellas-madres* (*les filles-meres*), tan útiles al Estado, que se propuso asignarlas pensiones sobre el erario. Sin duda consideraban en ellas á las *Sacerdotisas de la razon*, y para conservar la divinidad era preciso dotar su culto. * Cárlos Villete, casado con una sobrina de Voltaire, y mas bien

En el entretanto el aborrecimiento al órden, considerándose demasiado estrecho en este vasto teatro de destruccion, rompe sus barreras, y va á amenazar á todos los Soberanos de Europa sobre sus mismos tronos. El ateismo tuvo sus apóstoles, y la anarquía sus *Seides* (*). Convertida la guerra en bár-

---

ciego adorador de éste que discípulo, fue el que en la Convencion reclamó la proteccion de la ley á favor de las dichas jóvenes que se prostituyesen, pidiendo premios para ellas. Y ¿qué otro discípulo podia salir de tal maestro? En efecto, la ley autorizó para vivir con el fruto de la corrupcion de las costumbres públicas, como de cualquiera otro oficio, á toda muger perdida que queria traficar con su honor; y bastaba para que se la absolviese la confesion que hacia ante el juez de esta profesion detestable: «Id, dijo á »una de ellas benignamente uno de aquellos Catones, usad »de vuestra libertad; pero no turbeis el órden» como si poner en pública subasta por una parte, y estimular por otra una disolucion, que es el azote de todas las virtudes, y el incentivo de todos los delitos, no fuese el último ultrage que pudiera hacerse al órden social. P. Laso, en la nota 20. t. 2. = No se olvidó tampoco esto á nuestros legisladores; pues ya se hizo la mocion en las Córtes, de que se restableciesen las *mancebías públicas*. Buonaparte despues llegó á imponer contribucion sobre esta vergonzosa industria, un tanto al año de cada una de ellas. ¡Qué modo de fomentar las costumbres públicas! propio solo de la filosofía del siglo XIX.

(*) En el furor de las horrorosas convulsiones con que la impiedad filosófica agitaba la Francia, *Juan Bry* pretendió que se formase un batallon de mil doscientos asesinos con el nombre de Tiranicidas, destinados á quitar la vida

baros ataques de salvages, se decretó no dar cuartel á los prisioneros. El honor del soldado se estremece á tal determinacion, y se niega á cumplir esta órden bárbara. Pero fuera de los campos de batalla, ni aun la niñez pudo desarmar la rabia, ni enternecer á los verdugos. Mi alma se fatiga al recordar tantos y tan inespiables horrores. La Francia cubierta de ruinas, presentaba la imágen de un inmenso cementerio, cuando..... ¡cosa admirable! he aquí que en medio de estas ruinas las cabezas mismas del desórden, sobrecogidas de un terror repentino, retroceden asombradas como si el espectro de la nada se les hubiese aparecido. Sintiendo que una fuerza irresistible los arrastra á ellos mismos al sepulcro, su orgullo cae por tierra de improviso: vencidos por el terror, proclaman

---

á todos los Monarcas de Europa, ó Gefes de los diferentes Estados; y parece que aun no se ha olvidado esta bárbara proposicion. Los periódicos de París de 24 de Octubre de este año próximo pasado de 1826 hablan de los puñales fabricados en Arau el 1823 con las inscripciones: unos de *ad mortem Alexandri*: otros, *ad mortem Francisci*, *Ludovici decimi-octavi*, *Ferdinandi septimi*, &c.: otros con las de, *pereant Reges*, *pereant nobiles*, *pereant Sacerdotes*. La conjuracion estallada en Rusia á la subida al trono del Emperador Nicolas lo acredita bien, y los procesos de ella. (*L' Etoile*, 24 de octubre de 1826).

precipitadamente la existencia del Sér Supremo, y la inmortalidad del alma; y puestos de pie sobre el cadáver palpitante de la sociedad, llaman á grandes gritos á aquel Dios que solo puede reanimarla.

Basta: ¿Qué se podria añadir á este egemplo eternamente memorable? El raciocinio, la autoridad, la esperiencia estan de acuerdo para demostrar que la Divinidad es el primer objeto, el primer interés de las naciones, y la razon de su existencia, y que toda filosofía irreligiosa conduce apresuradamente á destruir el órden social, la felicidad de los pueblos y á los pueblos mismos. Probarémos ahora que sola la Religion los conserva. y guia y conduce á la felicidad, estableciéndolos en un estado conforme á la naturaleza de la sociedad.

CAPÍTULO XI.

Sigue la misma materia.

Ante todas cosas oigamos como pensaba la sábia antigüedad. "La ignorancia del » verdadero Dios es para los Estados la cala- » midad mayor que puede sobrevenirles; quien

» trastorna la Religion, echa por tierra el fun-
» damento de toda sociedad humana (1)."
"Es una verdad innegable, que si Dios no
» ha presidido al establecimiento de una ciu-
» dad, y ésta solo ha tenido un principio hu-
» mano, no puede librarse de los mas gran-
» des males. Es preciso pues tratar por todos
» los medios imaginables de imitar el régi-
» men primitivo; y poniendo nuestra confian-
» za en lo que hay de inmortal en el hom-
» bre, debemos fundar las casas, igualmente
» que los Estados, consagrando como leyes las
» voluntades de la Suprema Inteligencia. Si
» un Estado está fundado sobre el vicio y go-
» bernado por gentes que huellan y miran con
» desprecio la justicia, no le queda medio
» alguno de salvacion (2)." = "Las ciudades
» y las naciones mas adictas y dadas al culto
» divino, han sido siempre las mas durables
» y mas sábias; así como los siglos mas reli-
» giosos han sido siempre los mas distingui-
dos en ingenios sublimes (3)."

---

(1) *Plat. de leg.* lib. 10.

(2) *Ibid.* t. 8, edit. hisp. pág. 180, 181.

(3) *Xenophon, Memor. Socrat.* 1, 4, 16. * El siglo XVI es entre nosotros una patente prueba de hecho. ¿Cuándo mas sábios, mas literatos, mas célebres artistas, mas es-

Estas máximas de una razon elevada pertenecen con especialidad á la escuela de Sócrates, la menos corrompida entre las filosóficas de la antigüedad; porque en ella se habian conservado mejor, y en mas número, la tradiciones primitivas.

Los mismos filósofos que en nuestros dias se han formado una funesta gloria en combatir la Religion, por la mayor parte no han podido menos de reconocer su necesidad, aunque con riesgo de ser tenidos, y con bastante justicia, por malos ciudadanos, y hombres perversos, al ver sus esfuerzos para destruir una institucion eminentemente útil, y aun indispensable por su propia confesion. "Buscad, dice Hume, un pueblo sin Reli»gion: y si le hallais, estad seguros que no »se diferenciará en mucho de las fieras (1)."

---

forzados guerreros, mas santos? Pues no habia libertad de imprenta. No es esta la que fomenta y da impulso á las ciencias, sino la aplicacion y la proteccion debida, y la sana sobriedad en no desear saber mas de lo que conviene.

(1) *Hist. nat. de la Rel.* pág. 133. *Cuando Hume lo confiesa, se puede creer con toda seguridad; pues en efecto es uno de los escritores incrédulos mas peligrosos: rara vez ataca directamente: afecta calma é imparcialidad; pero su metafísica sutil tira á minar la Religion: entre otros delirios sobre el alma, suicidio, &c. hace consistir la virtud en la aprobacion general; y él, ademas de la de los fi-

Ya hemos citado tambien el dicho de Rousseau, de que "jamas se ha fundado Estado alguno que no tuviese por base la Religion (1)." La misma razon de este hombre y su corazon le arrastraban al Cristianismo que solo su orgullo repelia, y llevado de él se irritaba contra la Religion por los mismos motivos que le inspiraban aquel profundo ódio á la sociedad civil, que se nota en sus escritos. Mas luego que sus pasiones calman, vuelve la verdad á cobrar su imperio sobre su espíritu. Así es que en el *Emilio* se dilata con complacencia en manifestar los grandes y felices efectos de la Religion en la sociedad. El pasage es tan interesante y á propósito, que aunque largo no temo copiarlo todo entero, tanto mas, cuanto que mi designio es apoyarme cuanto me sea posible en las concesiones de los adversarios.

"Uno de los sofismas mas familiares al partido filosófico, dice, es oponer un imaginario ó supuesto pueblo de buenos filósofos á un pueblo de malos cristianos; co-

---

lósofos, se conoce buscaba la de las personas del otro sexo, pues en su *vida*, escrita por él mismo, se gloria de los favores de las damas. Estos favores parecen siempre ser la virtud favorita de los filósofos. Murió Hume el 1776.

(1) *Contrat. social*, l. 4, c. 8.

mo si fuese mas facil formar un pueblo de verdaderos filósofos, que de verdaderos Cristianos. No sé si entre los individuos, ó hablando de particulares, será mas facil hallar uno que otro; pero sé muy bien, y es constante, que en tratándose de pueblos, es necesario suponer que abusarian de la filosofía sin Religion, como los nuestros abusan de la Religion sin filosofía; y esto me parece hace variar mucho el estado de la cuestion (1)."

"Bayle, continúa, ha probado muy bien que el fanatismo es mas pernicioso que el ateismo, y esto es indisputable (2); pero lo que no ha tenido cuidado de decir, sin que por eso deje de ser verdadero, es que el fanatismo, aunque sanguinario y cruel, es sin embargo una pasion grande y fuerte,

---

(1) Hay ademas esta diferencia esencial, que la filosofía tiene una tendencia directa al desórden, y conduce á él por su propio peso ó efecto á cualquiera que raciocina y es consiguiente: cuando al contrario la Religion tiene tendencia directa á la virtud; de manera que no se puede ser á un mismo tiempo vicioso y fiel sin contradiccion, y de aqui nace que el vicio inclina y lleve á los hombres á la incredulidad.

(2) El ateismo se encargó por sí, no mucho ha, en Francia de refutar las pretendidas *pruebas* de Bayle, aunque *incontestables* á juicio de Rousseau; y en mi concepto habrá pocos hoy que se vean tentados á desear al mismo precio una nueva refutacion.

que eleva el corazon del hombre, le hace menospreciar la muerte y le da una actividad prodigiosa, que solo necesita dirigirse mejor para producir las mas sublimes virtudes: en lugar de que la irreligion, y en general el espíritu razonador y filosófico, apega al hombre á la vida, afemina y envilece las almas, concentra todas las pasiones en la bajeza del interés particular, en la abyeccion de *sí* mismo, y mina de este modo sordamente los verdaderos cimientos de toda sociedad; porque lo que los intereses particulares tienen de comun es tan poco, que nunca balanceará á lo que tienen de opuesto."

"Si el ateismo no hace derramar la sangre de los hombres (1), es menos por amor á la paz, que por indiferencia al bien; pues vaya todo como quiera le importa poco al

---

(1) La ha hecho derramar á mares: *esto si que es incontestable.* * Véase la nota de la pág. 155 del t. 1. = En el *Conservador*, periódico que se publicaba en París el 1818, t. 1, pág. 370, se forma por menor el cálculo individual de las víctimas de su revolucion, y el resultado de las diversas partidas es el de *ocho millones cuatrocientas setenta y seis mil trescientas cincuenta y nueve personas.* Esto en la Francia sola. Véase ahora si la filosofía no ha hecho mas estragos en treinta años que lo que ella infamemente llama fanatismo cristiano en diez y ocho siglos. P. Laso. *El Citador ante el tribunal de la Razon*, t. 3, pág. 501 y sig.

pretendido sabio, con tal que él viva descansado en su gabinete. Sus principios no hacen matar los hombres, pero estorban que nazcan, corrompiendo las costumbres que los multiplican; haciéndolos perder el amor á su especie, y reduciendo todos sus afectos á un egoismo secreto, tan funesto á la poblacion como á la virtud. La indiferencia filosófica se asemeja á la tranquilidad de un Estado bajo el despotismo: es la tranquilidad de la muerte, es mas destructiva que la guerra misma."

"Así el fanatismo, aunque mas funesto en sus efectos inmediatos que lo que hoy se llama espíritu filosófico, lo es mucho menos que él en sus consecuencias. Por otra parte, es muy facil ostentar pomposas máximas en los libros; la cuestion es si son propias de la doctrina, y se deducen necesariamente de ella; y esto es lo que hasta ahora no se ha visto con claridad. Resta saber tambien si la filosofía dejada á su libertad, y colocada sobre el trono, dominaria bien sobre la vanidad, interes, ambicion y demas pasiones bajas del hombre, y si pondria por obra esa humanidad tan suave y apacible que tanto nos pondera en sus escritos (1)."

(1) Lo que *quedaba por saber* en tiempo de Rousseau, es

"La filosofía en fuerza de sus principios, no puede hacer bien alguno que no lo haga todavia mejor la Religion; y la Religion hace muchos que no podria hacer la filosofía."

"En la práctica es cosa diferente; pero todavia es necesario examinarlo. Ningun hombre sigue en un todo su Religion, en caso de tenerla; esto es cierto (1): la mayor parte casi no la tienen, y aquellos que la tienen no la siguen, no la practican del todo, ó en toda su estension: esto es igualmente cierto (2); pero al fin hay algunos que tienen una, y la siguen al menos en parte, y es indudable que por motivo de Religion dejan frecuentemente de obrar mal, y por los mismos respetos religiosos practican virtudes y acciones laudables, que sin estos motivos no practicarian..... Todos cuantos delitos se cometan así por los eclesiásticos, como por los seglares, no prueban que la Religion es inú-

---

bien sabido ahora; y en puntos de esperiencia nada nos falta para nuestra instruccion.

(1) En cierto sentido, sí; porque es cierto que ningun hombre es absolutamente perfecto, mas fuera de esta restriccion me parece que Fenelon y Vicente de Paulo seguian muy bien su Religion.

(2) El autor dirá un poco mas abajo lo contrario.

til; sino que hay muy pocos que tengan Religion."

"Nuestros Gobiernos modernos incontestablemente deben al Cristianismo la solidez de su autoridad, y que sus revoluciones sean menos frecuentes: los ha hecho ademas menos sanguinarios, como se prueba por los hechos, comparándolos con los gobiernos antiguos. La Religion mejor conocida, detestando el fanatismo, ha dulcificado las costumbres cristianas. Esta mutacion no es obra de las letras; porque donde éstas han brillado no ha sido mas respetada la humanidad; y las crueldades de los atenienses y egipcios, las de los emperadores romanos y chinos lo testifican..... ¡Pero cuántas obras de misericordia no ha producido el Evangelio! ¿Cuántas restituciones y reparaciones no ha obligado á hacer la confesion entre los católicos? Entre nosotros, ¿cuántas reconciliaciones y limosnas no vemos al acercarse el tiempo de la comunion? El jubileo de los hebreos, ¿cuánto no disminuia la avaricia de los usurpadores? ¿Cuántas miserias no prevenia y evitaba? La fraternidad legal estrechaba y unia toda la nacion, y no se veia en toda ella un méndigo, como ni se ve hoy entre los turcos, en donde las fundaciones piadosas son inume-

rables. La hospitalidad en ellos, por principio de religion, se estiende hasta los enemigos de su culto."

"Los mahometanos, segun Chardin, dicen, que despues del juicio que seguirá á la resurreccion universal, todos los cuerpos pasarán un puente llamado *Poul-Serrho*, que está echado sobre el fuego eterno; puente que se puede llamar, dicen ellos, el tercero y último juicio, y verdadero juicio final, porque allí es donde se hará la separacion de los buenos y los malos."

"Los persas, continúa Chardin, estan muy infatuados con este puente, y cuando uno padece alguna injuria, de que por ningun medio ni camino puede esperar satisfaccion, su último consuelo es decir: ¡*Ah*! *Vive Dios, que me la pagarás doblado en el último dia: no pasarás el Poul-Serrho, sin que antes me hayas dado satisfaccion: yo me asiré entonces de tu ropa, y me abrazaré de tus piernas.* He visto á muchas personas distinguidas y de todas profesiones, que temiendo que al pasar este puente formidable, se gritase contra ellos *¡justicia!* pedian perdon á los que tenian de ellos algun motivo de queja; y á mí mismo me sucedió así un sin fin de veces. Algunas personas de calidad

que con sus importunidades me habian obligado á dar pasos, y hacer cosas que yo por mí no hubiera hecho, al cabo de algun tiempo, y cuando suponian que ya se me habria pasado el disgusto, venian á mí, y con todo rendimiento me decian: *halal bechon antchirra*; es decir, *yo te suplico que me hagas lícito ó justo este negocio.* Algunos llegaron hasta hacerme regalos, y varios obsequios, á fin de que los perdonase, declarando que lo hacia de todo corazon y de buena voluntad, y la causa no era otra que esta creencia en que estan, de que no pasarán el puente del infierno sin haber antes satisfecho hasta el último cuadrante á los que han vejado ú oprimido (1)."

¿Y qué? ¿se me podrá persuadir que la idea de este puente que repara tantas iniquidades, no las evita y previene? No. Quítese á los persas esta idea, persuadiéndoles que no hay tal puente, ni tal *Poul-Serrho*, ni cosa que se le parezca, en donde los oprimidos despues de la muerte se verán vengados de los que los oprimieron é injuriaron; ¿no es claro que esto daria rienda suelta á los opresores, y los libraria del cuidado de

(1) *Voyages de Chardin*, t. 7, pág. 50.

dar satisfaccion á aquellos infelices? Luego esta persuasion que se les quisiese inspirar, sería nociva: y si nociva, claro es que no era verdadera."

"Filósofo, tus leyes morales son escelentes; pero múestrame, te ruego, su sancion. Cesa, cesa por un momento de hablar fuera del caso y desatinar, y dime claramente qué es lo que pones en lugar del *Poul-Serrho* (1)."

Por poco aprecio, pues, que se haga de la paz y seguridad pública, de la moderacion y estabilidad del gobierno, de las buenas costumbres y de la virtud, no se puede dudar de la importancia de la Religion. Pero quiero hacer sentir y conocer aún mas vivamente esta importancia, de la que solo podria formarse una idea muy baja y muy imperfecta, si, contentándonos con mirar la Religion por el lado de sus beneficios en cierto modo menos principales, no la considerásemos por otro, subiendo hasta la causa primera de tantos felices efectos, es decir, como el único y necesario fundamento de todo órden social.

El órden, segun su nocion mas estensa, es el conjunto de las relaciones que se derivan

(1) *Emile*, t. 3, p. 198, 202.

de la naturaleza de los seres; y estas relaciones son verdades, pues que existen independientemente de los pensamientos del espíritu que las considera. Toda verdad viene de Dios, porque él *es el que es*; es decir, el ser por escelencia, sin restriccion ni límites, inmenso é infinito, ó la verdad infinita; y cuando determinó criar ó dar ser á las cosas, la creacion toda entera no fue mas que una manifestacion magnífica de una parte de las verdades que incluye ó encierra el Ser divino. Estando estas verdades unidas y enlazadas entre sí por relaciones necesarias en la idea ó pensamiento de Dios, su voluntad, al realizarlas *ad extra*, ó al criarlas, por el mismo hecho ha realizado estas relaciones inmutables que constituyen el órden. Establecido este por la voluntad de la inteligencia Suprema, ó la omnipotencia y poder soberano del Criador, el mismo poder lo conserva, continuando en criar á cada instante los seres, ó en manifestar algunas de las verdades eternamente existentes en Dios, y sus relaciones igualmente eternas; y así reinaria un órden perfecto en el universo, si la voluntad no inteligente de los seres libres no le turbase frecuentemente por un ciego abuso de una fuerza ciega, que empleada en realizar el

error, ó *lo que no es*, se dirige por lo mismo, y camina á destruir *lo que es*, ó á manifestar la nada.

El poder pues, ó la voluntad de la Inteligencia Suprema, es el medio general del órden, así como la fuerza dirigida por voluntades libres no inteligentes (1) es el medio general del desórden; y la sociedad hu-

---

(1) Levantada una pared fuera de su nivel cae, porque hay falta de verdad, digámoslo asi, en las leyes ó reglas de su construccion, ó falta de inteligencia en el arquitecto. Otro tanto sucede con la sociedad. El hombre trastornaria el universo si pudiese someterle á su accion, porque solo conoce imperfectamente las leyes que mantienen el órden en el mundo físico; y cuando ignora ó no quiere conocer las leyes que conservan el órden en el mundo moral, cuando no se conoce ó se conoce mal á sí mismo, su fuerza tira á destruir, porque tira á colocar los seres bajo falsas relaciones, ó que son contrarias á su naturaleza. Quiere lo que la *inteligencia* no puede querer, es decir, cosas imposibles, absurdas y contradictorias. Desear la felicidad, ó el bien estar, es un sentimiento natural á todos los hombres; pero no todos ven igualmente en qué consiste su bien estar ó felicidad. El que la busca en el desórden, no tiene luces. Si tuviese un talento mas ilustrado, comprenderia que fuera del órden no puede haber felicidad, pues que ni aun hay vida. El desórden, pues, es producido por *voluntades libres no inteligentes*. El Ser soberanamente inteligente, es esencialmente bueno, feliz, perfecto; y la perfeccion de las criaturas libres, asi como su felicidad, consiste en conformar sus voluntades con la de aquel Supremo Ser.

mana, que se compone de seres libres sujetos al error, está dividida entre estos dos poderes, uno que pretende destruir, y otro que procura conservar.

La filosofía, por un desconcierto y trastorno de ideas, hasta ahora nunca visto, se afana y esfuerza por fundar la sociedad sobre el principio mismo del desórden. Negándose á reconocer otra inteligencia que la razon del hombre, no puede constituir otro poder que la fuerza: y el género humano sometido á esta potencia destructora, pereceria, si la Religion no acudiese pronto á su socorro.

"La Religion, dice escelentemente Mr. »de Bonald, introduce el órden en la socie- »dad, porque sola ella da la razon del po- »der y autoridad, y de las obligaciones (1)."

En efecto, ¿qué es el poder en la sociedad sino el derecho de mandar, el cual trae consigo, é importa la obligacion de obedecer? Mas el que manda es superior al que obedece, y tan superior que no se puede imaginar superioridad mayor; porque ella no envuelve en sí solamente una simple diferencia de naturaleza. El ángel, por egemplo,

(1) *Le Divorce considéré au XIX siecle.* Disc. prel. p. 42.

por su naturaleza es de un órden superior al hombre; sin embargo el hombre rigorosamente hablando nada debe al ángel. Tome un ángel una forma sensible, y descienda sobre la tierra: ¿en dónde está aquí la razon de obedecerle? De una parte no veo derecho alguno, ni obligacion alguna por la otra. Todo sér criado está en una independencia natural de cualquiera otro sér criado; y si el mas escelso de los espíritus angélicos viniese de su propio movimiento, y sin mas título que su voluntad, á dictar leyes al hombre, y someterle ó sujetarle á su dominacion, yo no veria en él mas que un tirano, y esclavos en sus súbditos. ¿Qué será pues cuando el hombre mismo se arroga este imperio sobre el hombre, igual á él en derechos, y acaso y muchas veces superior en talentos, en conocimientos y virtudes? ¿Hay, ni puede darse una pretension mas inicua, mas insolente, ni una esclavitud mas ignominiosa? ciertamente no temo decir con Rousseau: "que es necesario » una estraordinaria alteracion de sentimien» tos y de ideas para poderse resolver á tomar á » un semejante suyo por dueño y señor (1)."

(1) *Contrat. social*, lib. 4, chap. 8.

Y sin embargo, el mismo Rousseau, para constituir filosóficamente la sociedad, se ve precisado á imponer al hombre el yugo del hombre, y someterle al imperio de la fuerza ciega y brutal. No nos admiremos pues, que á consecuencia de sus principios, la sociedad civil le haya parecido contraria á la naturaleza (1). Confundiendo, como confundia, la independencia con la libertad, la falta de todo poder y de toda obligacion, es decir, de todo órden, debia ser á sus ojos el estado mas perfecto, ó el estado natural del hombre. Mas teniendo el órden, y el poder ó autoridad que lo mantiene y conserva, una relacion necesaria con la inteligencia, Juan Jacobo llegó hasta el estremo de sostener *que el hombre que piensa es un animal depravado*, consecuencia rigorosamente justa y exacta del error sobre que se apoya su sistema. De este modo, el orgullo proclama la Soberanía del hombre, y desde este momento es necesario que el hombre sea el esclavo vil de la fuerza en la sociedad, ó esclavo todavia mas vil de sus apetitos, y a-

(1) «Todo lo que no es natural tiene sus inconvenientes, y la sociedad civil mas que ninguna otra cosa.» *Contrat. social*, l. 3, c. 15.

penas igual á las bestias en lo interior de los bosques, su comun morada. A la verdad, es estraño que se hallen almas tan bajas que se complazcan en la abyeccion, y cieno de las doctrinas filosóficas, ó espíritus tan débiles que se dejen seducir de ellas. Pero conviene, decia Pascal, que haya muchas de estas gentes en el mundo, para hacer ver que el hombre es capaz y muy capaz de las opiniones mas estravagantes, y de los sentimientos mas desnaturalizados.

¡Qué grandeza no brilla en los pensamientos de la Religion, comparados con estas máximas tan degradantes! ¡Cuán sencilla y profunda es su doctrina! ¡Qué luz no derrama y esparce sobre la sociedad! ¡Cómo ensalza y eleva al hombre, sin lisongear su orgullo! Jamas le dice: *tú no tienes otro dueño y señor que á tí mismo,* porque desde entonces el hombre sería esclavo de cualquiera que se dignase dominarle; antes bien le dice y le repite: "el único sér que tiene so»bre tí un poder legítimo y natural, es el »Sér infinito que te ha criado, te conserva y »dispone soberanamente de tus destinos. Su »voluntad es tu única ley; y así tu felici»dad, como tu libertad, consiste en cono»cerla y someterte á ella. Ser libre, es ca-

»minar sin obstáculo á su fin; el tuyo es
»la perfeccion; obedece pues, y serás libre.
»Te conservarás en tus verdaderas relacio-
»nes, que designan el lugar que te com-
»pete; tu razon no dependerá sino de la In-
»teligencia suprema; ni tu voluntad mas que
»de las leyes inmutables, á que el mismo
»Todopoderoso está sometido."

Por mas que se hable con énfasis de independencia, y de soberanía, esta orgullosa ficcion de soberanía humana no es mas que el velo con que se cubre una esclavitud irremediable. Luego que la filosofía quiere establecer la simple apariencia del órden, es necesario inmediatamente que el hombre obedezca; ¿y á quién? á su semejante: es preciso que ceda y se humille á la voluntad de un igual suyo: cuando por el contrario, el hombre es tan grande que Dios solo tiene derecho de mandarle: ¡vasallo noble, que solo depende del Eterno! Comprenda pues el hombre lo que es; y si dominado por las pasiones, se siente aún muy débil para elevarse hasta una plena obediencia á las leyes emanadas del poder supremo que gobierna á todos los seres criados, conozca al menos que esta obediencia, el mas precioso y el mas glorioso de sus derechos, es la unica que cons-

tituye su verdadera libertad, y que aspire por el momento de adquirirla.

Un escritor célebre, que conocia tan mal al Cristianismo como á la sociedad, se ha atrevido á decir, que *los verdaderos cristianos han sido hechos para ser esclavos* (1). Es verdad que él mismo creia que los antiguos griegos y romanos eran libres, y no nos debe estrañar esta paradoja. No vió que la libertad, independiente de la forma de los gobiernos, es únicamente relativa á la naturaleza del poder. Mas pues que queria hablar del Cristianismo, ¿porque no consultó á lo menos al Evangelio, *ley perfecta de libertad* (2), como lo llama un Apóstol? Habria leido en él estas palabras que confunden y llenan de admiracion á cuantos saben penetrar su profundidad: *la verdad os libertará* (3): *Cristo nos hizo libres* (4): *donde está el espíritu de Dios, allí hay libertad* (5). En efecto, cuando Jesucristo se dejó ver en

(1) *Contrat. social*, l. 4, c. 8.

(2) *Ep. Jacob.* 1, 25.

(3) *Cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos.* Joan. 8, 32.

(4) *Christus nos liberavit.* Ep. ad Galat. 4, 31.

(5) *Ubi autem spiritus Domini, ibi libertas.* Ep. 2 ad Corinth. 3, 17.

el mundo, el hombre, como lo hemos hecho ver ya, era en todas partes esclavo del hombre. Para verse libre de esta dura esclavitud, era necesario que entendiese esta profunda verdad, que, en todos sentidos, fue para la sociedad *la buena nueva de salud;* á saber; que *todo poder viene de Dios* (1). Identificándose entonces la autoridad humana con la autoridad de Dios, el poder establecido sobre una base inalterable inspiró respeto y amor. El hombre pudo obedecer sin dejar de ser libre, ó mas bien, fue libre porque obedeció. Y así en efecto lo entendieron los cristianos desde un principio, como lo testifica Tertuliano. Tratábaseles de rebeldes y enemigos del César, porque no querian adorar las imágenes de los emperadores; ¿y qué respondia su apologista? "Los traidores no se de»ben buscar entre nosotros, sino en vuestras »propias filas; esos mismos que prodigan al »emperador las mas bajas adulaciones de la »esclavitud, son los que traman en secreto »las conspiraciones contra él, y no asisten á »las solemnidades que se celebran en su ho»nor, sino para profanar el regocijo y ale»gria pública con votos criminales, mudan-

---

(1) *Non est enim potestas nisi à Deo.* Ep. ad Rom. 13, 1.

»do en su corazon el nombre del Príncipe, »para presagiar la esperanza de otro reinado (1).” “Por lo que respecta á nosotros, »que jamas tuvimos parte en rebelion alguna, si se duda aun de nuestra sumision y »religioso amor, entiéndase que es para nosotros una obligacion religiosa respetar en el »Emperador la eleccion del Dios á quien adoramos, y al mismo Soberano como constituido y puesto por Dios. En cuanto á lo que »se nos manda y exige, consiento en dar al »César el nombre de señor, con tal que no »se me obligue á tenerle por Dios. Fuera de »esto, en lo demas soy libre. No tengo mas »señor que al Dios Todopoderoso y eterno, »que es tambien señor del César (2).”

De esta sublime idea del poder ó auto-

---

(1) *Non ut gaudia publica celebrarent, sed ut vota propria jam edicerent in aliena solemnitate, et exemplum atque imaginem spei suæ inaugurarent, nomen principis in corde mutantes.* Apolog. advers. Gentes, cap. 35.

(2) *Sed quid ego amplius de Religione atque pietate christiana in Imperatorem quem necesse est suspiciamus ut eum quem Dominus noster elegit. Et meritò dixerim, noster est magis Cæsar, ut nostro Deo constitutus. — Dicam plane Imperatorem Dominum: sed quando non cogor ut Dominum, Dei vice, dicam. Cæterum liber sum illi. Dominus enim meus unus est Deus omnipotens et æternus, idem qui et ipsius.* Apologet. adv. Gentes, cap. 33 y 37.

ridad, único fundamento de toda obligacion moral, se ve salir, junto con todos los deberes, el órden conservador de la sociedad. "La autoridad queda justificada, la obedien-»cia ennoblecida, y el hombre debe igual-»mente temer mandar, y honrarse de obede-»cer (1)." La justicia desarma á la fuerza, y el imperio noble de la conciencia reemplaza la tiranía vil de las pasiones escitadas por el interes. ¿Qué digo? La Religion, concentrando los intereses particulares en el comun y general, los hace concurrir todos á la conservacion del órden, uniendo y enlazando la vida futura con la presente, y desasiendo al hombre de los bienes caducos y perecederos que busca con tanto afan. Substituye al ódio que engendran las doctrinas filosóficas, un espíritu general de benevolencia mútua y de amor; y este es el carácter distintivo del Cristianismo. En él todo respira amor de Dios y de los hombres; el amor es la base de todos sus preceptos, y el compendio de la ley. No amar, es lo mismo que no ser cristiano, es escluirse, desterrarse á sí mismo del reino de Jesucristo, sociedad de amor, para entrar en la sociedad del odio, cuyo monarca es el ángel

(1) *Le Divorce considéré au XIX siecle.* Disc. prel. p. 94.

de soberbia. El cristiano no solamente obedece á la autoridad, la ama; porque viene de Dios, y le representa en la sociedad; y este amor, que se eleva desde los súbditos á la cabeza ó al poder, vuelve á descender en cierto modo, bajo la forma de toda suerte de beneficios, desde el poder á los súbditos, y es la prenda mas segura, y la mas sólida garantía de la estabilidad de los gobiernos, y de la felicidad de los pueblos. Unidos entre sí por una confianza poderosa, de la cual nacen la seguridad y un obsequio mútuo, se les puede con toda razon aplicar aquella sentencia profunda del Evangelio: *vuestra fé os ha salvado* (1).

De este modo, para bien y felicidad de los hombres y tranquilidad de los Estados, se establece y conserva el culto sagrado del poder ó autoridad, que Tertuliano, en su lenguage enérgico, llama *la Religion de la segunda magestad.* Y el mismo principio, que pone órden en la sociedad, constituyendo el poder ó autoridad social, ordena tambien las familias constituyendo la autoridad doméstica. Estos dos poderes ó autoridades, semejantes, porque una familia no es otra

---

(1) *Fides tua te salvum fecit.* Marc. 10, 52.

cosa que una pequeña sociedad; y desiguales, porque la sociedad es una gran familia, ó la reunion de todas las familias particulares; no son una ni otra sino el poder mismo de Dios, de quien *toda paternidad trae su nombre* (1), segun la espresion de San Pablo, es decir, su autoridad; porque bajo la ley de la verdad y del órden, nada es arbitrario, ni aun los nombres, porque es preciso que ellos espresen relaciones verdaderas ó falsas; y he aquí porque, observémoslo de paso, el lenguage se muda con las máximas, y se desnaturaliza con las ideas. Así pues como la autoridad paterna es el poder social doméstico, ó de familia, así el poder social es un poder paternal en la sociedad, y esta es la razon de la inmortalidad, y al mismo tiempo de la suavidad del poder en los pueblos Cristianos.

Unir y enlazar al superior con los súbditos, y á los súbditos entre sí, no es mas que el principio de los beneficios del Cristianismo. El espíritu de amor que inspira, no se detiene, permítaseme decirlo así, en

(1) *Hujus rei gratiâ flecto genua mea ad Patrem Domini nostri Jesu Christi, ex quo omnis paternitas in cœlis et in terra nominatur.* Ep. ad Ephes. 3, 14, 15.

la frontera como el esclusivo y duro patriotismo de los antiguos. Jesucristo cuando manda amar al hombre, no distingue al compatricio del estrangero; no esceptua ni aun á los enemigos, ni á los que nos persiguen y maldicen: de modo que por una admirable universalidad de amor, su doctrina no menos se dirige á unir los pueblos entre sí, que á los miembros de una misma sociedad, ó mas bien, quiere formar una sola sociedad de todos los pueblos. "El mundo, de»cia diez y seis siglos ha el autor del *Apo»logético contra los gentiles*, el mundo en»tero no es á nuestra vista mas que una vas»ta república, patria comun del género hu»mano (1)." ¿Nos deberemos ya admirar que unas máximas y sentimientos tan estraños á los gentiles lo hayan mudado todo, derecho político y de guerra, leyes y costumbres?

Y ¿á quién, sino es al Cristianismo, somos deudores de esta admirable civilizacion europea, de que no se encuentra modelo en la antigüedad? Admite esto en verdad tan poca duda, que el autor de la *Historia filosófica de los establecimientos de los euro-*

---

(1) *Unam omnium rempublicam agnoscimus mundum.* Apologet. adv. Gent. cap. 38.

peos en las dos Indias; conviene en ello formalmente, al menos por lo que toca á los pueblos del Norte. Donde quiera que se introduce el Cristianismo, produce los mismos efectos; y tan luego como se retira, entra la barbarie á reemplazarle. Él civilizó en otro tiempo una parte del Africa y del Asia; quince siglos despues convirtió en hombres á los antropófagos del Nuevo-Mundo; y por las maravillas que se le vió obrar en el Paraguay, se puede juzgar de lo que habria sido la América bajo su influjo, si una política falsa y cruel no hubiera arrancado á la Religion estos pueblos niños, digámoslo así, á los que con la autoridad del cielo y la ternura de una madre, conducia al órden por el camino de la verdad. Mientras que la filosofía, armada de la ciencia y de la fuerza, y disponiendo como soberana de veinte y cinco millones de hombres, y de sus bienes, en un pais rico y fértil, no ha podido realizar mas que la anarquía, la indigencia y todos los males, algunos pobres sacerdotes, sin mas armas que una cruz de madera en la mano, penetrando en regiones incultas, habitadas por salvages feroces, crearon en ellas, por solo el poder de la verdad y de la virtud, una República tan

perfecta, que la imaginacion mas risueña no se la pudo figurar jamas semejante en sus alhagüeños desvaríos. Al verlos, se hubiera creido eran algunos afortunados hijos de Adan, que escapados de la maldicion que hirió á toda su descendencia, gozaban en paz de la inocencia y felicidad que sigue á esta, en los jardines deliciosos de Edem. Quiso Dios que al menos una vez la Religion, obrando sin obstáculo sobre un pueblo, le formase por sí sola al estado social, á fin de mostrar con una grande é incontestable prueba, que todas las verdades realmente útiles al hombre, y toda la felicidad de que aquí bajo le permite gozar su condicion, estan encerradas en sus dogmas y preceptos.

Pero considerando al Cristianismo sobre una escena mas vasta, ¿qué fuerza de conservacion no da él á los gobiernos, especialmente en los paises donde, como en la Francia, el principio religioso habia adquirido mas vigor y perfeccion? Este reino *formado por Obispos*, segun la observacion de Gibbon, ha permanecido catorce siglos sin que su forma de gobierno haya sufrido alguna alteracion esencial; y todavía veríamos hoy este antiguo gobierno en pie y floreciente, si para des-

truirle no se hubiese comenzado por arrancarle el apoyo de la Religion, que con tanta solidez lo habia fortalecido. Y ciertamente no se querrá decir, que durante esa dilatada sucesion de reinados, y bajo la autoridad tutelar de setenta y seis Reyes, cuyo cetro pacífico protegió á nuestros antepasados, y los guió por la senda de la civilizacion, hayan tenido los pueblos que gemir de mutaciones obradas en el órden social, ni hayan adquirido el derecho de menospreciar ese magnífico don del poder divinamente constituido, que recibieron del Cristianismo.

Hemos citado poco ha lo que acerca de este dijo el autor del *Emilio*; no es menos formal el testimonio de Montesquieu: "Mientras que los Príncipes mahometanos dan sin »cesar la muerte, y la reciben, la Religion entre los cristianos hace á los Príncipes menos tímidos, y por consiguiente menos crueles. El Príncipe cuenta con sus súbditos, y »los súbditos con el Príncipe. ¡Cosa admirable! La Religion cristiana, que parece no »tiene otro objeto que la felicidad de la otra »vida, nos hace dichosos tambien en esta.

»La Religion cristiana ha sido la que, á »pesar de la grandeza y estension del imperio, y el vicio del clima, ha impedido que

»el despotismo se establezca en Etiopia, y ha »llevado al centro del África las costumbres »y leyes de la Europa.

»Considérense por una parte las carni»cerías contínuas de los Reyes y gefes griegos »y romanos; y por otra la destruccion de pue»blos y ciudades causada por estos mismos »gefes: á Timur y Gengis-kan, que han de»vastado el Asia, y se hallará que debemos al »Cristianismo en el gobierno cierto derecho »político, y en la guerra un derecho de gen»tes, que la naturaleza humana no podrá »agradecer bastantemente.

»Este derecho de gentes es el que hace »que entre nosotros la victoria deje á los pue»blos vencidos la vida, la libertad, las leyes, »los bienes, y siempre la Religion, cuando »el hombre no se ciega á sí mismo (1)."

La Religion cristiana que manda al hombre ver y considerar en todos sus semejantes otros tantos hermanos, es naturalmente incompatible con la esclavitud (*); así es que

---

(1) *Esprit des Loix*, l. 24, c. 3.

(*) No de manera que sea imposible ser cristiano y tener esclavos, ó que el esclavo, en el hecho mismo de hacerse cristiano, quedase libre, y dejase de serlo. Sabemos que Philemon, hombre justo, y amigo del apóstol san Pablo, los tenia; y fuera de Onesimo es muy célebre, entre

donde quiera se ha establecido, ha terminado por abolirla (1). Pero cuando los intereses en union y de acuerdo con las doctrinas, alimentaban entre los pueblos una enemistad implacable, cuando no se reconocia otro dere-

---

otros mil, el nombre de la esclava santa Blandina, en las actas de los Mártires de Leon, para entenderlo así; sino en cuanto la Religion cristiana por su espíritu de mansedumbre inclina á perdonar á los vencidos, se niega á hacer guerras determinadamente para hacer esclavos, &c. &c. y asi en efecto, desde luego se introdujo, donde quiera que reinó el Cristianismo, la laudable costumbre de que no se hiciesen esclavos. Por los mismos principios es constante que el cristiano que tuviese esclavos los trataria como hermanos, y como hermanos redimidos igualmente que él con la sangre de Jesucristo; es decir, con dulzura y mansedumbre, como lo hemos visto practicado en las posesiones españolas de América. Por lo demas sabemos que á Onesimo, esclavo convertido por el apóstol san Pablo entre sus cadenas, el Santo lo envió á su amo, recomendado sí, pero no como *liberto*, sino es en *Jesucristo*. Cada uno, decia tambien á los Corintios (1, cap. 7, v. 20.), permanezca en la vocacion en que ha sido llamado: *Servus vocatus es? non sit tibi curæ*, responde; *esto es*, dice santo Tomás, *ut velis servitutem effugere* (ib. lect. 4.). Véase á santo Tomás en el 4 de las Sent. d. 36, art. 1, donde esplica con su claridad y solidez acostumbradas esta materia. El autor habla de la esclavitud activa, y en este sentido y no en otro el espíritu del Cristianismo es incompatible con la esclavitud.

(1) Plutarco en la *vida de Numa* dice: «que en tiempo »de Saturno no habia ni amos ni esclavos. El Cristianismo »ha renovado entre nosotros esta edad.» *Esprit des Loix*, l. 15, c. 7.

cho de guerra que el derecho terrible del esterminio, reducir á esclavitud era un favor, un beneficio; degollando, se creia obrar en justicia, y la esclavitud era la misericordia pagana, y aun se reputaban felices los vencidos, cuando la avaricia los protegia de la espada aherrojándolos con cadenas.

Despues de una sangrienta victoria alcanzada por Germánico contra los Germanos, algunos de estos infelices trepando á lo alto de los árboles buscaban entre sus ramas un asilo contra el furor de los Romanos; y *se tomó por diversion*, dice con una indiferencia horrorosa el grave Tácito, *atravesarlos con flechas: admotis sagitariis per ludibrium figebantur* (1). El primer libro solo de sus Anales contiene otros muchísimos rasgos no menos atroces, referidos con la misma indiferencia. El ejército romano en medio de la noche cae de improviso sobre los Marsos sepultados en un profundo sueño de resultas de una fiesta, en la cual se habian abandonado á toda suerte de escesos. "César, continúa el historiador, divide en cuatro cuerpos las legiones hambrientas, á fin de ha-

(1) *Annal.* lib. 2, cap. 16.

»cer mayor la devastacion. En el espacio de »cincuenta mil pasos todo es llevado á sangre y fuego; ni edad, ni sexo escitó la menor compasion; se arrasaron hasta el suelo »los edificios sagrados y profanos, entre otros »un templo llamado *Taufana*, muy célebre »entre aquellas naciones. De parte de los romanos ni una sola gota de sangre se derramó, pues el soldado heria á su salvo á enemigos medio dormidos, desarmados, ó errantes á la ventura (1)." El año siguiente se toman de nuevo las armas, y Germánico, dice tambien Tácito, "conjuraba á los soldados á encarnizarse en la matanza: ¿qué necesidad, les decia, tenemos de cautivos? no se »acabará jamas la guerra sino esterminando »á estos pueblos sin dejar un solo hombre »vivo (2)."

No olvidemos jamas que la filosofía antigua, tan fecunda en especulaciones estériles, ni aun soñó en levantar la voz en favor de la humanidad. No se encuentra un solo filósofo que haya tenido siquiera la idea de otro derecho de gentes que el que acaba de repre-

(1) *Annal.* lib. 1, cap. 51.

(2) *Orabatque insisterent cædibus: nil opus captivis, solam internectionem gentis finem bello fore.* Annal. l. 2, c. 21.

sentarnos Tácito, ni que haya reclamado por la abolicion de la esclavitud, ni aun formado de ello el mas simple deseo. La sabiduría humana contemplaba sin conmoverse ni admirarse la opresion del hombre, insensible él mismo por su parte á su degradacion, y estúpidamente sepultado en su infame y deshonrosa miseria. ¡Cosa pasmosa! Fue necesario que la sabiduría misma de Dios descendiese á la tierra, no digo solamente para librar al género humano de las calamidades que le oprimian, sino aun para darle esperanza, é inspirarle el deseo de verse libre.

La guerra ha sido en nuestros dias el tema general de las declamaciones filosóficas, y jamas ha habido mas guerras, ni mas destructoras, que en el siglo en que unos filantrópos necios han declarado que todas las guerras son injustas. El Cristianismo no declama; exhorta á la paz, y la establece por sus máximas, quitando la causa de discordia; y cuando el cuidado de su conservacion obliga á los pueblos á recurrir á las armas, fija por primera ley de los combates la humanidad. La Religion penetra hasta el campo de batalla para desterrar de él el ódio y la inexorable avaricia, para contener el abuso de la fuerza, para dulcificar la victoria, y cubrir al débil con su

proteccion inviolable (1). No pudiendo quitar la espada, embota su punta, y derrama tambien bálsamo en las heridas que ha hecho.

No quiere decir esto que la historia de las naciones Cristianas no esté manchada alguna vez con rasgos horrorosos de barbarie. ¿Pero qué ganaria la filosofía con oponérnoslos? Prueban contra ella, y no con-

(1) La historia ofrece un egemplo singular de la diferencia que hay en este punto entre las doctrinas paganas y la del Evangelio, y nos enseña á bendecir á la Religion, que substituyó á los usos y costumbres atroces, consagrados por el derecho de guerra entre los romanos, un espíritu de dulzura y, si puedo esplicarme así, una delicadeza de humanidad tan tierna y tan sensible que hasta entonces era desconocida. «Se habia visto á Constantino, des-»pues de sus primeras victorias (es decir, antes de ser »cristiano), arrojar á las fieras los gefes enemigos que ha-»bia hecho prisioneros. Los panegiristas paganos celebra-»ron con el mayor encarecimiento esta barbarie, y se com-»placian, y como que se recreaban en pintar este triunfo, »en el cual un Emperador realzaba la magnificencia de los »juegos, y aumentaba la diversion del pueblo con la car-»nicería ó matanza de los enemigos en el circo. Pero lue-»go que el Cristianismo principió á alumbrar su alma, un »orador hizo tambien mencion de estas victorias contra los »Francos; pero nada dice de su suplicio. Lejos de eso Cons-»tantino prometia á los soldados una suma de dinero por »cada enemigo que le trajesen vivo.» *Des changemens opérés dans toutes les parties de l'administration de l'empire romain, sous les regnes de Diocletien, Constantin, et de leurs successeurs, jusque á Julien*, par J. Naudet, t. 1, pág. 54.

tra nosotros; porque siempre fueron efecto ó de un error espresamente condenado por la Religion, ó del menosprecio de sus máximas, desprecio que, como lo haremos ver muy pronto, substancialmente no es otra cosa que una verdadera incredulidad. Ciertamente sería muy estraño que se pidiese cuenta al Cristianismo de los escesos que dimanan del olvido de su doctrina, y que se negase que él hace á los hombres mansos, misericordiosos y compasivos, porque en dejando de ser cristianos, se hacen duros y crueles.

Obsérvese ademas, que las devastaciones y mortandades, de que ofrecen tan frecuentes ejemplos los anales antiguos, eran de esencia del derecho de guerra, tal como ellos le concebian; cuando entre nosotros estos actos de un sumo rigor son una violacion de este mismo derecho: así no se puede negar que en los pueblos cristianos son infinitamente mas raros; y el profundo horror que inspiran, prueba cuanto se ha mudado el espíritu general en esta parte.

No es menos completa y feliz la revolucion que la Religion Cristiana ha obrado en la legislacion, que la causada en el derecho politico, y en el derecho de gentes. La

ley no es ya la espresion de la voluntad del mas fuerte; ni tiene tampoco por objeto el proteger intereses particulares, sino establecer la justicia, que es el interes supremo de todos; y no siendo la justicia otra cosa que el órden mandado por Dios, la ley, bajo el imperio del Cristianismo, es la espresion de la voluntad del poder ó de la potestad, y por consiguiente se debe desde luego someterse á ella como á la voluntad del mismo Dios; porque *el que resiste á la potestad, resiste á Dios* (1).

Así todas las verdades sociales dimanan de esta grande y primera verdad, que *todo poder viene de Dios;* y el principio fundamental del derecho político es tambien el principio fundamental de la legislacion. Se obedece á las leyes por la misma razon que se obedece á la potestad; y la doctrina que afirma y modera el poder, afirma igualmente la autoridad de las leyes, las dulcifica y perfecciona.

No se admira, como se debe, la sabiduría y hermosura de las leyes cristianas. Ellas espresan tan perfectamente las verda-

---

(1) *Qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit.* Ep. ad Rom. 16, 2.

deras relaciones de los seres sociales, que su misma conformidad con nuestra naturaleza hace que ya no nos llamen la atencion. Cuando todas las cosas son lo que deben ser, no se admiran sino haciendo atenta reflexion sobre ellas. La sencillez del órden oculta á nuestros ojos su grandeza. El espíritu se detiene á contemplar los gobiernos artificiales, así como los ojos se fijan sobre las obras complicadas del arte. La vista de un ser vivo no causa en nosotros impresion alguna; pero muéstresenos un autómato, al punto nos llenamos de admiracion. Las antiguas legislaciones se dirigian todas á oprimir al débil; las nuestras no dejan género alguno de debilidad á que no señalen proteccion; y esto no nos sorprende á causa de la armonía perfecta en que estan la conciencia y la ley. Sin embargo es cierto que solo la Religion ha podido dar á las leyes este carácter noble y consolador, y solo ella puede conservarle. En el momento en que se prescinde de su autoridad, todo se conmueve y todo se confunde; las verdades mas claras se hacen problemáticas, y el órden inflexible, é inmutable, es relegado desdeñosamente al dominio indeterminado de las opiniones. ¿Qué cosa hay mas evidente que la igualdad na-

tural de los hombres? Sin embargo la razon, por el espacio de mas de veinte siglos, ha fundado la sociedad sobre la esclavitud de una parte de sus miembros, y ni aun siquiera le ocurrió que fuese posible abolirla. Al Cristianismo es deudora tambien la humanidad de este grande beneficio: y él solo es, el mismo Dios es el que ha querido que el hombre fuese libre; y para que lo lograse, ha sido necesario que tuviese fé en la libertad. El raciocinio, lejos de dársela, hubiera remachado para siempre sus cadenas, puesto que raciocinando sobre el órden social, el mismo Rousseau establece, en un pasage que ya hemos citado, la necesidad de la esclavitud. Y si él pensaba así en Francia en el siglo diez y ocho de la era Cristiana, ¿se podrá creer que en Roma, bajo la república, el paganismo le hubiese inspirado opiniones mas generosas?

Donde no hay familia, no hay Estado; ahora bien, la poligamia, y el divorcio, que es la peor especie de poligamia, destruye las familias, oprime á la madre y al hijo, é introduce la anarquía en la sociedad doméstica. Pues bien, solo la Religion es la que ha proclamado la indisolubilidad del lazo conyugal. ¿Y la razon? la razon filosófica, aun

despues de haber conocido el principio, y observado por largo tiempo sus admirables efectos, ilustrada con las luces del Cristianismo, recusando sin embargo su autoridad, ha juzgado que era mejor convertir el matrimonio en un contrato temporal, en una especie de arrendamiento revocable á su antojo, sin otra condicion que repartir los hijos, como al espirar el término contratado se reparten los animales nacidos en un rebaño habido de mancomun. Y obsérvese que al mismo tiempo que se daba á la muger el derecho de repudiar al marido, ó su cabeza, se concedia á los vasallos el derecho de repudiar su Soberano: ¡tan íntima es la conexion que hay entre el poder doméstico y el político (*)!

Aun mas: ¿puede imaginarse un delito,

(*) El citado Villete, miembro de la Convencion, propuso no solo el *divorcio*, sino la *independencia de la muger al marido*, y que toda viuda y soltera en estado de mayoría que tuviese las condiciones necesarias en el varon para ser ciudadano, fuese admitida á votar y resolver en las asambleas primarias. Se observa en la historia del último siglo, que á proporcion que se iban estendiendo las ideas filosóficas, se aumentaban las causas de divorcio. En el momento de la revolucion habia cuatrocientas causas en apelacion en el parlamento de París, y doble número en el tribunal dicho del *Chatelet*.

un crímen que repugne mas á la naturaleza, que el asesinato de un hijo causado por su padre; ni costumbre mas bárbara que la esposicion de esas inocentes criaturitas, condenadas por las pasiones á nacer, y á no vivir mas? Pues no obstante, las leyes de casi todos los pueblos antiguos (*) permitian la esposicion de los niños, y el infanticidio; y aun hoy dia es universal este uso en una gran parte del globo (**). Dejad á la razon filosófica que pese el *pro* y el *contra* de esta atrocidad, que calcule hasta donde se estienden las obligaciones de los padres, el interes del Estado sobrecargado de una pobla-

(*) Sabido es que los lacedemonios, por ley espresa de su famoso Licurgo, á todos los niños que nacian ó parecian de complexion débil, los arrojaban á la cueva ó sima del monte Taigeto.

(**) En la China, Indias Orientales, &c. Los progresos de la filosofía vinieron tambien á dar este nuevo testimonio de su malhadada influencia: la série progresiva de espósitos iba al nivel de la estension de sus *luces*. En 1670 eran *quinientos doce* los espósitos del Hospicio general de París: bajo la Regencia del duque de Orleans el 1720 se contaban ya *mil cuatrocientos cuarenta y uno*: hácia la mitad del reinado de Luis XV por los años de 1745 *tres mil doscientos veinte y cuatro*; y bajo el gobierno de Luis XVI, en que la filosofía habia llegado á su colmo, ya no tenian número, y hubo que crear nuevos hospicios donde recibirlos. He aquí los grandes beneficios de la filosofía del siglo. *Mr. de La Mennais, melanges.*

cion embarazosa, el interés del mismo niño á quien se le ahorran tantos trabajos, y tal vez delitos, abreviándole una vida tan poco digna de sentirse; y me engaño mucho, si fundada sobre estas consideraciones, y otras mil semejantes á estas, por poco que el interes agite su sutileza sofística, no llega hasta ver en este asesinato monstruoso el egercicio de un derecho legítimo, y aun un acto de humanidad. No se me acuse que recurro á suposiciones odiosas é inverosímiles; porque los razonamientos, que acabo de aplicar á la infancia, pueblos enteros los han aplicado á la vejez, y substancialmente son los mismos con que Rousseau pretende justificar su conducta cruel con los tristes frutos de su disolucion y libertinage. ¡Gracias eternas al Cristianismo, que del niño, *sér* despreciable y vil á los ojos de la política, y frecuentemente carga insoportable á la avaricia, ha hecho un *sér* sagrado á los ojos de la Religion! ¡Cuántos que insultan á esta Religion santa, la deben tal vez la vida (*)!

(*) Uno de estos fue D'Alembert, espuesto en París en la puerta de una Iglesia; contra la cual, con un reconocimiento propiamente filosófico, convirtió despues todos sus tiros.

¿Quién sabe si á no ser por ella, unos padres desnaturalizados no los habrian arrojado luego que nacieron á la corriente de un rio, como lo practican los Indios, ó abandonado por la noche en alguna calle pública, como lo acostumbran los Chinos, para que los devorasen los perros, ó por la mañana los llevasen á un muladar en los mismos carros que van recogiendo la basura é inmundicias de las calles? Entiéndanlo, si no lo saben, esos hombres que se creen sábios porque lo desprecian todo, y profundos, porque no alcanzan las verdades mas sencillas; sí, el Bautismo salva mas niños entre las naciones Cristianas, que hombres destruye la guerra. Y sin embargo la filosofía no verá en el Bautismo mas que una supersticion absurda, y la vereis reirse de esta institucion sublime, que aun considerada bajo un punto de vista puramente político, sería todavia un beneficio inapreciable, y la obra mas perfecta de la humanidad.

La dulzura y equidad de nuestras leyes criminales, su inflexibilidad santa, las precauciones infinitas del legislador para evitar en su aplicacion equivocaciones funestas, son tambien otros tantos efectos del espíritu establecido por el Cristianismo. Él solo ha en-

señado al hombre á respetar al hombre, cuando la filosofía, igualmente que el paganismo, nos enseña mas que á despreciarle; y esto es lo que hizo decir á Tertuliano, reconviniendo y dando en cara á los perseguidores de los Cristianos con el menosprecio feroz que hacian de la humanidad: *¡oh hombre, qué ser, qué nombre tan grande el tuyo, si supieras conocerte* (1)! El hombre en efecto se conocia entonces tan poco, que se valuaba á precio de dinero, se le compraba ó vendia como el ganado mas vil; y para abolir este tráfico infame, fue necesario que el mismo Dios fuese vendido en treinta dineros. Esta venta execrable fue el tratado de nuestro rescate (2).

---

(1) *Tu homo, tantum nomen, si intelligas te!* Apolog. adv. Gentes, c. 48.

(2) En el tiempo de la conquista de América por los españoles la Religion, cubriendo con su manto á los pueblos vencidos, protegió con todo su poder su libertad. Los protestantes y los mismos filósofos no han podido menos de alabar la conducta del Clero católico en esta ocasion (Véase á Robertson, *Histoire de l'Amerique*, y á Mr. de Humbolt.). El solo ✠ en esta época memorable, se interesó por la humanidad, y defendió sus intereses con valerosa constancia contra la avaricia de los conquistadores. Y véase aqui tambien cuán de acuerdo estan los hechos con los principios establecidos en este capítulo y en el precedente. Donde quiera que la política, guiada del interes particu-

Las leyes paganas, no menos bárbaras que las costumbres, se burlaban, y jugaban con la vida de los hombres con una indiferencia que horroriza. Si sucedia en Roma que un ciudadano fuese asesinado, se hacia morir á todos sus esclavos. ¿Era su amo acusado? se les atormentaba. Si la ley habia olvidado, ó no previsto algun capricho del Príncipe, ó de la plebe, se remediaba por

---

lar, obró sola, los infelices naturales, oprimidos, encadenados, fueron destruidos en poco tiempo. Al contrario, donde se les puso en manos de la Religion, recibieron de ella los dos grandes beneficios de la civilizacion y la libertad. Por lo que respeta á la *esclavitud de los negros*, la Iglesia la tolera, mas nunca la aprobó; antes bien esta esclavitud sin duda se opone al espíritu de la Religion cristiana, que la prohibe formalmente por sus leyes. (*Entiéndase esto en el sentido que hemos dicho en la nota de la pág.* 248, *y distíngase bien entre la esclavitud* ó servidumbre legal en comun, *la que san Pablo no reprobó*, *y la esclavitud* ó comercio de los negros, *sin mas fundamento ni causa que el robo* ó plagiato *que se hace de estos infelices*, *y la codicia de los negociantes*; *lo que*, como decia el profundo D. Soto, *es injusto é ilícito.*) Ella, preparando poco á poco la abolicion en nuestras colonias, suavizando la suerte de los esclavos, formándolos para el estado social, y cultivando con esmero en estos niños tardos, menores y pesados, las facultades y virtudes, cuya manifestacion anunciaria para ellos la edad oportuna de la emancipacion. La Religion, asi como la naturaleza, no obra arrebatadamente. Va disponiendo las mutaciones apetecidas, y las verifica por medios suaves y por grados insensibles. Este es el modo de proceder de la sabi-

un duplicado crímen, como la historia lo observa con motivo del asesinato de la hija de Seyano. Convengamos en que esto se parece bien poco á las obligaciones sagradas que la Religion impone á nuestros Reyes. "Yo juro, este es el juramento que exige »de ellos antes de ungir su frente con el óleo »santo: juro guardar, y hacer guardar justi»cia y misericordia en todo juicio, para que

---

duría. La filosofía quiso de golpe turbar esta marcha: proclamó á grandes gritos la libertad de los negros, sin precaucion, ni prevision alguna, sin examinar si estos hombres, á quienes súbitamente daba libertad, eran capaces de ser libres. ¿Y qué sucedió? El incendio de las colonias, el asesinato de los colonos, una anarquía completa, y guerras de esterminio.=* Nuestros Reyes, llevados de los mismos principios de religion, obraron siempre con la mayor humanidad respecto de los indios. A la Reina Católica doña Isabel desagradó tanto que Cristobal Colon trajese algunos pobres indios esclavos, que por un decreto real mandó que fuesen devueltos libres otra vez á su pais, y se declaró y llamaba no tanto Reina, cuanto *Patrona* y *Madre de los Indios*. El Emperador Cárlos V, por su cédula de 1528, ordenó: «que ni los gefes ni los capitanes inferiores hiciesen ni » pudiesen hacer esclavo á ningun natural de aquellas par» tes, por ninguna via ni manera, ni por razon ó condicion » alguna, sino que los dejasen en su libertad, como á vasa» llos suyos libres, y señores de sí mismos y de sus bienes » y hacienda, como lo eran los vecinos y moradores de Cas» tilla.» Toda la legislacion de Indias rebosa los mismos sentimientos. Las imposturas de las *Casas* se sabe hoy bien en el concepto que se deben tener.

» Dios omnipotente y misericordioso haya tam-
» bien misericordia de mí." Todo se encuentra reunido en estas palabras: la equidad severa y la mansedumbre cristiana, la obligacion y la razon de ella, el precepto y su sancion.

Uno de los caractéres de la Religion es no entrar jamas en contestacion con los hombres. Dice á las sociedades, igualmente que á cada uno de sus miembros: *haz esto, y vivirás* (1). Nada mas admirable que este método, pero él conviene solo á Dios. Sola la verdad suprema tiene derecho de prescribir con autoridad lo que hemos de creer, y la soberana justicia el derecho de imponer leyes que obliguen sin examen. Y como los pueblos no viven sino por la Religion (*), ni el órden se sostiene y conserva sino con el auxilio de las leyes, síguese, que ninguna sociedad puede subsistir sin una autoridad ó poder divino, bajo el cual se humillen todos

(1) *Hoc fac, et vives.* Luc. 10, v. 28.

(*) Quien dice pueblos, dice sociedad; sociedad ninguna puede subsistir (que esta es su vida) sin Religion; luego los pueblos no viven sino por la Religion: por consiguiente, quien trata de quitar la Religion, trata de destruir los pueblos. Recuérdense los testimonios de los mismos filósofos, citados en el principio de este capítulo.

los entendimientos y voluntades. El hombre que no tuviese mas medio de conservarse que su facultad de raciocinar ó discurrir, pereceria en breve tiempo: lo mismo acaece con las naciones. El discurso se estravía, se pierde, y titubea luego que la autoridad deja de sostenerle. Las pasiones disponen entonces de él, y le prestan su fuerza enteramente destructiva. ¿Qué sucederia, por ejemplo, si se dejase el derecho de propiedad al arbitrio de la razon? ¿Qué no diria, y qué no ha dicho para probar su nulidad é injusticia? Filósofos, dejémonos ya de frases, y palabras, responded sencillamente. ¿Con qué título querríais mejor poseer vuestras tierras, y qué garantía os parece mas segura para ello, la ley que dice: "No codiciarás la casa de tu prógimo, ni su campo, ni su baca, ni nada que le pertenezca (1);" ó los raciocinios de Raynal, Diderot, y Rousseau sobre el origen y fundamento de la propiedad?

Las buenas costumbres acaban la obra de las buenas leyes. *¿Quid leges sine moribus vanæ proficiunt?* decian los mismos paganos. ¿De qué sirve que se escriban las leyes del órden en un código, si la Religion no graba

---

(1) *Deuteron.* cap. 5, 24.

su amor en los corazones? Por otra parte, las leyes se limitan á proscribir ciertos delitos, y no mandan virtud alguna. La Religion se ha reservado esta parte sublime de la legislacion, que lo arregla todo en el hombre, hasta sus deseos mas secretos, y sus mas ligeros afectos. ¡Cuántos delitos no se ocultan á la justicia humana! ¡Cuántos otros no se vé obligada á tolerar! La Religion no tolera ningun desórden; prohibe hasta el pensar mal; y nos manda aspirar á una perfeccion infinita: *sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial* (1). Y ¡cosa maravillosa! al mismo tiempo que abate el orgullo humano con la sublimidad de sus preceptos, y reprime todo sentimiento de presuncion en el justo, mostrándole incesantemente nuevas virtudes que adquirir, anima la confianza del pecador, abriendo al arrepentimiento el seno inmenso de la misericordia divina. Al contrario en todo de la filosofía, que arranca á la virtud hasta la esperanza, la Religion quita la desesperacion al mismo crímen.

¿Qué hombre habrá de corazon tan empedernido que no se enternezca al contemplar

(1) *Estote ergo vos perfecti, sicut et pater vester cœlestis perfectus est.* Math. cap. 5, 48.

la hermosura de la moral evangélica? ¡Qué pureza, y profundidad en sus preceptos! ¡qué perfeccion en sus consejos! ¡qué amor tan tierno á la humanidad! ¡qué dulzura tan amable, y qué uncion tan penetrante en la sencillez de sus máximas! ¡Oh, y cómo van directamente al corazon, y conmueven la conciencia! Se puede quebrantar esta ley divina; se puede violar, sí, verdad es; ¿pero poner en duda su escelencia, quién, á no haber perdido todo sentimiento de honradez, quién se atreverá? La paz y felicidad son frutos suyos. Ella une, consuela, previene ó repara los males de la naturaleza y de la sociedad. Si los hombres quisiesen, observándola, consentir en ser felices, el cielo descenderia sobre la tierra, ó en ella viviríamos como en el cielo.

¿Y qué hace el Cristianismo para obligarlos á ser felices? ¡Ah! No presenta á su vista una imágen abstracta, un fantasma ideal de virtud, que tal vez admirarian sin resolverse á imitarlo, no; les ofrece á la virtud misma, la perfeccion viva en la persona de Dios-Hombre; y añadiendo despues á sus preceptos una sancion de infinita fuerza, abre á los pies del crímen el abismo tenebroso del infierno, region desolada de dolores y supli-

cios eternos, y muestra á la virtud en lo alto de los cielos el premio inmortal que la espera. Una recompensa y un castigo finito no serían dignos de la justicia y bondad de Dios, ni suficientes tampoco para contener al hombre en el órden; pues que la esperanza misma del soberano bien, y el temor del sumo mal, no alcanzan muchas veces á vencer las ilusiones de los sentidos, y la ciega impetuosidad de las pasiones.

En esto, como en todo lo demas, es incontestable la eminente superioridad del Cristianismo sobre la filosofía. En los labios de esta, la palabra *deber ú obligacion* carece de sentido, no tiene significacion alguna, y desafio á todos los filósofos juntos á que me den una definicion inteligible. Mas aun cuando lo verificasen, aun cuando llegasen á convencer á la razon de la realidad de la virtud; ¿qué vendria á ser esta virtud privada de sancion, sino un vano simulacro? ¿y dónde encontrarian motivos bastante fuertes que me determinasen á seguirla, y me empeñasen á sacrificárselo todo, hasta mi felicidad? Al contrario, atiendo y oigo á la Religion, y la comprendo cuando me habla de penas y premios eternos; veo en ellos un motivo, un interes de infinita consecuencia: mi razon lo apru-

ba, y mi corazon se conmueve..... ¿Pero dónde está el cielo de la filosofía? ¿dónde está su infierno? ¿dónde la palma inmortal y corona inmarcesible que reserva para los que siguen la virtud? que nos la muestre, y entonces puede que me anime á merecerla. Pero que no pretenda seducirme con quimeras. Porque, ¿qué viene á ser ese desprecio con que me amenaza, si me dejo llevar de mis apetitos? ¿Cuál el bien verdadero que me quitará? La opinion de los demas..... y la opinion agena ¿en qué puede perjudicar á mi sér? ¿me quitará ella acaso la salud, las riquezas, la sensacion del deleite, la independencia? no. El desprecio es nada, si yo mismo le desprecio, ó no hago caso de él; y aun cuando fuese tan débil que el desprecio obrase en mí alguna impresion, ¿quién me impide el substraerme de él, como tantos otros lo hacen, ocultando mis acciones y deleites viciosos bajo el velo espeso del misterio? Mas ocultándolos á los otros, no me los podré ocultar á mí mismo; y será necesario comprarlos á costa de remordimientos. = Esto en verdad es algo mas grave; sin embargo veamos aun. Quiero conceder que en los sistemas filosóficos, la conciencia no sea una preocupacion, ó que si lo es, yo no

haya podido vencerla; siempre es cierto, que puesto entre un placer, ó deleite que deseo, y el remordimiento que temo, la eleccion del crímen ó de la virtud es un negocio de pura sensacion. Si el deseo es mayor, sucumbo; y por el contrario, resistiré si el temor es mas vivo que el deseo. Ahora bien, cítenme una pasion, que no teniendo que temer mas castigo que éste, se contenga solo por la simple aprension del pesar de haber violado las leyes abstractas del órden.

No, la filosofía no puede imponer al vicio mas que frenos débiles é insuficientes, así como tampoco puede proponer mas que premios quiméricos á la virtud. En efecto: ¿qué es lo que me promete? Un nombre, que no estoy seguro de gozar; una vana reputacion, que el hombre prudente desprecia, y no puede aliviar un solò infortunio de la vida. Pero y aun esto, ¿quién me lo asegura? ¿quién me afianza que la virtud no atraerá por el contrario sobre mí insultos, desprecio, ódios y persecuciones? ¿Sería yo el primero que ha cogido este aciago fruto de su fidelidad en cumplir obligaciones penosas y difíciles? En este caso se me ofrece por compensacion la alegria que lleva consigo el bien obrar, y acompaña al buen testimonio de sí mismo.

¡Qué irrision! ¡qué alegria, qué gozo el de la pobreza, de la hambre, de la sed, de las enfermedades y tormentos del cuerpo y de los dolores del alma, la alegria de las prisiones y cadalsos, y el símbolo de una miseria sin esperanza! ¡preciosa alegria! yo en verdad no encuentro cosa alguna con que comparar esta alegria estraña, sino es con aquella otra que dicen nos debe hacer esperimentar la estéril contemplacion del órden, que quebranta y contradice todos nuestros apetitos bajo sus leyes inflexibles. ¡Ah! ¿qué importa la hermosura de la máquina al infeliz que es despedazado y deshecho por sus ruedas?

Sin embargo estos son los mas poderosos motivos que ha podido hallar la filosofía para apartar á los hombres del crímen y moverlos á practicar la virtud. No sabiendo sobre qué principio estribar para exigir de ellos el sacrificio de sus intereses, sacrificio que constituye propiamente la virtud, le ha ocurrido sostener que la virtud no es otra cosa que este mismo interes (1). Esto sería

(1) «Todas las cuestiones que dicen relacion á la moral »tienen siempre en nuestro corazon una solucion pronta, »que las pasiones nos impiden seguir alguna vez; pero que

cierto si la práctica y cumplimiento de nuestras obligaciones nos hiciese siempre actualmente felices. Entonces los hombres, que no pueden engañarse sobre lo que sienten, serian virtuosos por la misma necesidad invencible que los obliga á desear su bien estar.

»nunca consiguen destruir, y la solucion de todas estas »cuestiones viene á terminar siempre, con mas ó menos »rodeos, á su centro ó tronco comun, á saber, nuestro in»teres bien entendido, que es principio de todas las obliga»ciones morales. (D'Alembert, *Eclaircissement sur les Elém.* »*des philos.* t. 5, *des Melanges*, p. 6.).» = Me admiro ciertamente de que teniendo talento se puedan decir tan grandes necedades. ¿Cómo mi interes, que solo es relativo á mí, puede imponerme obligaciones para con los demas? No creo que se hayan unido jamas dos ideas menos conciliables. Equivaldria á decir lo que francamente habia dicho Diderot, que nuestra única obligacion es vivir contentos; á lo menos esto se comprende. Pero sea lo que se quiera de la máxima de D'Alembert, considérense sus consecuencias. Y lo primero, ¿quien sale fiador de que la generalidad de los hombres *conocerá bien* su interes, en el sentido en que este interes es el de toda la sociedad, y depende de todas las relaciones que pueden existir entre sus miembros? ¿Cuántos conocimientos, luces y esperiencia; cuántas reflexiones, que profundidad y sagacidad de espíritu no se necesita para abrazar tantos objetos diversos, examinarlos, compararlos, y deducir en cada circunstancia reglas para conducirse debidamente en cada posicion? La moral, pues, no sería sino para los filósofos, cuando mas. En efecto, pues que nuestro interes *bien entendido es el principio de todas las obligaciones morales*, no habria obligacion moral alguna pa-

Pero está muy lejos de suceder así; y la Religion, demasiado rica en verdades para necesitar jamas de la impostura, no teme advertirlo terminantemente á sus discípulos. "Si nuestras esperanzas, dice san Pablo, se »limitan solamente á esta vida, somos en-

---

ra los que, por cualquiera motivo, no pudiesen entender bien su interes. Si se engañasen, sería una desgracia; pero no un delito. Hay mas: el pícaro que cree que robándome, conoce bien su interes, lejos de merecer un castigo es digno de elogio, pues cumple escrupulosamente su obligacion, tal cual la conoce. Dirán que se engaña, y que debia raciocinar mejor. ¿Mas quién os ha dicho que puede? Ademas, ¿qué derecho teneis para pretender que en lo que á él le toca particularmente deba prevalecer vuestro juicio sobre el suyo? ¿Cómo le probareis que entendeis mejor que él sus intereses? Nuestro interes, que no es mas que nuestra felicidad, ¿no depende de nuestro modo de pensar y de sentir? Vos temeis la infamia; él la desprecia. = Le mostrais la horca; pues qué, ¿á todos los ladrones los ahorcan? La probabilidad de robar impunemente es uno de los elementos de su cálculo. = Pero dando este mal egemplo, se espone á que le imiten algun dia á costa suya; es decir, que á él tambien le roben. Sea enhorabuena: hay riesgo, y corre peligro; pero, ¿por qué ha de preferir la certeza de no ser jamas robado por falta de bienes, al peligro hipotético de perder una parte de lo que adquirió por esta via? Lo peor que le puede suceder es volver al estado en que queriais que permaneciese. Entretanto, ya ha disfrutado de algo; y como, mirando solo á la vida presente, este es su *interes bien entendido*, el robo hecho con las debidas precauciones, es evidentemente para él *una obligacion moral.*

»tonces mas miserables que todos los hom»bres (1).”

El interes de un cristiano es ganar el Cielo aunque le sea necesario sufrir penas y trabajos en esta vida; mas el que no espera otra, no tiene mas que un interes, que es hacerse dichoso en esta por cualquier medio que sea. ¿Y qué felicidad mas estraña, ni mas quimérica podria proponerse al hombre, que combatir y contrariar incesantemente sus deseos, sus inclinaciones, hasta las necesidades mismas de la naturaleza; y sacrificarse en toda ocasion por la felicidad agena, sin esperanza alguna de recompensa? ¡Qué! ¿es interes del pobre verse privado de lo necesario, cuando puede apoderarse de una parte de lo que sobra al rico?=Le ahorcarán si roba.=Lo entiendo, y es decir que el interes de vivir debe prevalecer al interes de saciar el hambre. Sea así; pero si el pobre se cree seguro de evitar el suplicio, el segundo interes, siendo ya solo, determinaria una obligacion contraria, le obligaria á robar. Quitad el verdugo y se mudó la moral; él es el

---

(1) *Si in hac vitâ tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus.* Ep. 1. ad Cor. cap. 15, 19.

padre de todas las virtudes. Sin embargo, por mas que se haga, este poderoso moralista no podrá alcanzar á todo. La mayor parte de los vicios que arruinan sordamente la sociedad, ó que turban su armonía; la avaricia, el egoismo, la ingratitud, la dureza de corazon, la envidia, el ódio, la calumnia, el libertinage, no son de su jurisdiccion. No pondrá á cubierto de seduccion á vuestra hija, ni á vuestra esposa. Ahora bien, si en el ardor de una violenta pasion, el hombre es dueño de complacerla en secreto, y con la certeza ó seguridad de no ser jamas descubierto; ¿me podreis persuadir que es mi interes propio el que me manda repeler obstinadamente el deleite que se me ofrece? ¿será tambien mi interes el que me hará renunciar á mis hábitos y costumbres, á mis comodidades, bienes, patria, familia, á todo lo que mas amo por la utilidad de mis semejantes, ó del Estado á que pertenezco? Hasta ahora, á lo menos que yo sepa, no se ha echado de ver, que en semejantes casos las virtudes de los incrédulos, comparadas con las de los Cristianos, hayan tenido un carácter tan relevante de superioridad, que acrediten mucho el principio del interes personal. Ni ¿cómo es posible encontrar

en este interes la razon del mayor sacrificio que la sociedad puede pedir á sus miembros, y que el hombre pueda hacer al hombre el sacrificio de su existencia misma? Todos nuestros presentes intereses se comprenden en el supremo de todos ellos, que es la vida. El que la da, nada se reserva, ni aun la esperanza. Antes pues de aspirar á la virtud, cuyo último grado es este sacrificio, busque la filosofía en el seno de la nada un interes que equivalga por sí solo á todos los otros; que nos muestre en el fondo del sepulcro, enmedio de aquel polvo frio, y aquellos huesos áridos que, segun ella, nunca han de reanimarse, el precio con que ha de pagar el mayor de todos los sacrificios, el desprendimiento mas sublime.

Con sofismas no se destruye la realidad de las cosas. Por mas que se quieran confundir los intereses particulares con el interes comun, siempre habrá entre ellos una oposicion superior á todos los razonamientos del mundo. En mil ocasiones y circunstancias, el interes general exigirá que yo gima y me consuma en la miseria, que gaste mis fuerzas y salud en trabajos penosos, de que otros cogerán el fruto, que sofoque mis deseos é inclinaciones y afectos; en fin, que padezca, su-

fra y muera: é ínterin no se pruebe que la miseria, los trabajos, los padecimientos y la muerte, son bienes preferibles á las riquezas, á los deleites, á la vida, siempre será falso, y evidentemente falso, que el interes particular, separado del temor de los castigos y recompensas eternas, sea la regla de las obligaciones, y el fundamento de la moral. Si se diese un pais donde esta doctrina se hallase universalmente recibida, reinaria en él la mas horrible confusion en vez del órden, y sería preciso huir apresuradamente de esta tierra desventurada, donde el crímen sin remordimientos dominaria arrogantemente con el nombre de virtud.

¿Quereis dividir en bandos y parcialidades á los hombres, escitar entre ellos el ódio, exaltar el egoismo, la avaricia, todas las pasiones? poned en accion el interes personal. Por el contrario ¿deseais unir los miembros de las familias y del Estado, crear una dulce concordia entre ellos, la tierna humanidad? haced que cada uno, olvidándose de sí mismo, se sienta, por decirlo así, existir en los otros, y no conozca mas interes que el interes de todos. Tal es el espíritu del Cristianismo; y desde que hay pueblos, ninguno ha subsistido sino por la participacion mayor ó me-

nor de este espíritu, y de las verdades en que se apoya. Su estincion total en un pueblo sería la entera estincion de la vida de él; así como de su perfecto desenvolvimiento resulta en las naciones la mayor fuerza de vida.

Es una inclinacion natural en el hombre sacrificarlo todo á sí mismo, porque naturalmente se prefiere á todo. Luego el principio del interes particular y el de los deberes y obligaciones son esencialmente opuestos, y la criatura que no tuviese mas regla de ellas que su interes, sería esencialmente insocial; porque en los miembros de cualquiera sociedad el desprendimiento de sí mismo es la primera condicion de la existencia de esta sociedad. Así la Religion, que es una sociedad entre Dios y el hombre, está fundada en el mutuo don ó sacrificio de Dios al hombre, y del hombre á Dios, y la sociedad humana lo está igualmente en el recíproco don ó sacrificio de un hombre á otro, ó de cada hombre á todos los hombres; y el sacrificio es de esencia de toda sociedad verdadera. La doctrina evangélica de la renuncia y abnegacion de sí mismo, tan estraña para los sentidos, no es mas que la espresion de esta verdad, ó la promulgacion de esta grande ley social. He aquí porque en las naciones cristianas se ve uni-

da la idea de *renuncia* ó *abnegacion de sí mismo, y la de consagracion* á toda funcion pública: idea sublime, que la Religion nos ha hecho tan familiar que apenas llama ya nuestra atencion. Gozamos desdeñosamente de los beneficios del Cristianismo, como de los beneficios de la naturaleza; cuanto mas grandes, multiplicados y contínuos son, menos nos admiran, y nos mueven menos.

Sin embargo, si queremos conocer la diferencia de nuestro estado social al que le ha precedido, oigamos al mismo Jesucristo; porque mas verdades hay en una sola de sus palabras, que en los discursos de todos los filósofos juntos.

Jesus, dirigiéndose á sus discípulos, les dice: "sabeis que los que parecen poseer el »poder entre las gentes, los dominan y se en»señorean de ellos; y sus Príncipes tienen po»testad sobre sus personas."

Así, de una parte tenemos la apariencia, y, por decirlo así, la sombra del poder, y en realidad la dominacion de la fuerza, *videntur principari..... dominantur*; y la otra la esclavitud, *potestatem habent ipsorum;* falta de autoridad, violencia ciega, sumision tímida y servil, y nada de obediencia: he aquí la sociedad pagana.

"Ahora pues, añade el Salvador, entre »vosotros no será así: sino que, cualquiera »que quisiere ser mayor ó elevarse sobre los »demas, será vuestro siervo, y el que quisie»re ser el primero entre vosotros, será sier»vo de todos: porque el Hijo del hombre no »ha venido para ser servido, sino para ser»vir y dar su vida por la redencion de mu»chos (1)."

Aquí todo se muda: el poder establecido por el bien é interes de todos, se convierte en un cargo, y la obediencia en un derecho. Reinar, es servir; y el Soberano es el primer servidor de los pueblos (*); cuanto es mas grande que los demas, tanto tiene de mas

---

(1) *Jesus autem vocans eos, ait illis: scitis quia hi qui videntur principari gentibus, dominantur eis; et principes eorum potestatem habent ipsorum. Non ita est autem in vobis, sed quicumque voluerit fieri major, erit vester minister; et quicumque voluerit in vobis primus esse, erit omnium servus: nam et Filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam redemptionem pro multis.* Marc. c. 10, 42, 45.

(*) Pero no en manera alguna el *mandatario* ó ministro que ellos se hayan puesto, dándole la autoridad, sino ministro de Dios, puesto por Dios, que en su nombre y con su autoridad los gobierne y sirva; es decir, mire por su bien y felicidad, aun temporal, para que pasando una vida quieta y tranquila, puedan trabajar sin embarazos y turbacion por la eterna.

laborioso su ministerio; y mientras que no hay un miembro solo de la sociedad que no tenga el derecho de ser *servido*, solo él, despojado del privilegio de la obediencia, y sacrificándose como el Hijo del hombre por la felicidad de los hombres, vive en medio de la libertad general, esclavo del órden y de la felicidad pública. He aquí la sociedad cristiana.

El espíritu de sacrificio ó de amor, combate y pelea en ella sin descanso, y con un éxito proporcionado al grado de fé, contra el principio desastroso del interes particular. El abandono absoluto de este interes es como el alma de nuestras instituciones religiosas y políticas; y nada hay, ni es en los Estados duradero y verdaderamente social, sino lo que descansa y se apoya sobre esta base. La abnegacion de sí mismo es la primera condicion de todas las grandezas cristianas. No todos los hombres saben soportar este peso. La dignidad real, imagen y fuente de todos los poderes conservadores del órden social, comienza en la desnudez del pesebre, se ejercita y crece en los trabajos, fatigas y vigilias, recoge de paso algunas palmas, y algunas aclamaciones pasageras, á que siguen bien pronto gritos de muerte y de maldicion, las

angustias y pavor del huerto, los azotes del Pretorio, y por último, agoviada bajo el peso de la Cruz, y ceñida con una corona de espinas la cabeza, va bendiciendo antes y rogando por sus verdugos á espirar sobre la montaña que corona el valle de Tophet.

Es propio de talentos escasos y genios limitados asombrarse de las debilidades de los individuos, y no pararse en las del espíritu general de las instituciones. Todo cuanto se echa en cara á la nobleza y al clero, no tiene otro principio ni fundamento. Pero muéstrennos en la antigüedad una cosa que sea comparable á esa consagracion hereditaria de ciertas familias, y de ciertas clases de ciudadanos al servicio de la sociedad, en las elevadas funciones del sacerdocio, de la magistratura, de la milicia ó de las armas; consagracion tan completa, sacrificio tan perfecto del hombre á su semejante, que nada esceptua, ni el descanso, ni los gustos y satisfacciones domésticas, ni la hacienda, ni la vida. ¿Se quiere por un solo hecho juzgar de la variacion que en este punto ha obrado la Religion en las ideas? El austero Bruto desangraba á mano armada con usuras horribles las provincias sin que su reputacion padeciese en lo mas mínimo. Entre nosotros, cualquiera hombre pú-

blico que en nuestros dias se hubiera dejado dominar por el vil interes personal, habria cargado con la execracion pública, y se veria despreciado como el mas miserable de los hombres.

Hemos visto á la filosofía, que ha sucedido al Cristianismo, introducir en la sociedad toda especie de desórdenes y delitos, y nadie se ha sorprendido, porque nada es mas fácil, ni mas facilmente se concibe que el tránsito del bien al mal, ó sea la depravacion del corazon humano; porque esta es la propension de la naturaleza. Diez y ocho siglos antes de esta época, el Cristianismo, que vino despues de la filosofía, habia introducido en la sociedad todas las virtudes, y nunca jamas un prodigio tan singular habia asombrado la tierra; porque el paso del mal al bien, el esfuerzo con que los pueblos se elevan desde el seno de la disolucion y de una anarquía universal á la perfeccion del órden, es visiblemente superior á la naturaleza. Así es que los paganos al pronto nada pudieron comprender de la moral cristiana. Contemplaban sorprendidos y casi escandalizados, aquel sublime desinteres, aquella union perfecta y caridad compasiva, aquella suave severidad de costumbres, que contrastaban tan estraordinariamen-

te con sus propios vicios. La virtud era para ellos como un misterio pavoroso. Una inquietud interior los enagenaba de los discípulos de Jesucristo, de aquella sociedad naciente, de que la Escritura nos da en pocas palabras una idea tan maravillosa. "La multitud de los » creyentes no tenia mas que un corazon y » una alma: ninguno llamaba suyo lo que po» seia, sino que todo era comun entre ellos (1)." El mundo absorto y pasmado de un espectáculo semejante, se sobresaltó; y en su inquietud, no pudiendo la razon, destituida de la fé, elevarse á tanta altura; los hombres, que no conocian otro móvil de las acciones humanas que el interes, se vieron precisados á imputar á los cristianos crímenes y delitos secretos, para poder concebir y esplicar sus virtudes públicas. Y en parte, para refutar estas acusaciones indignas, é indicar á los paganos la fuente y orígen de las virtudes que calumniaban, publicó Tertuliano su admirable Apologético.

"¡O Jueces, les decia, que presidís dia» riamente en los tribunales para juzgar á

(1) *Multitudinis autem credentium erat cor unum, et anima una; nec quisquam eorum quæ possidebat aliquid, suum esse dicebat, sed erant illis omnia communia.* Act. c. 4, 32.

»los reos, á vuestros mismos procesos ape»lamos: decidnos, ¿qué cristiano está ins»crito como ladron, asesino, sacrílego, ó se»ductor de la inocencia en vuestros regis»tros? ó si cuando os presentaron algun cris»tiano preso, ¿os lo entregaron como cul»pable de alguno de estos delitos? no, no: »de los vuestros hierven las cárceles, y las »minas; de los vuestros se engordan las fie»ras; y entre los vuestros es donde los em»presarios de asesinatos reclutan incesante»mente esas cuadrillas ó manadas de malhe»chores destinados á vuestros juegos. Allí no »se halla ningun cristiano sino puramente »porque lo es; si entró por otro delito, de»jó en el mismo hecho de serlo bueno.

»¿Con que vosotros solos, nos direis, sois »los inocentes? ¿Qué os admira, si es para »nosotros de necesidad el serlo? Sí, esta ila»cion es entre nosotros necesaria. Enseñados »por Dios, conocemos perfectamente la vir»tud como revelada por tan perfecto maes»tro; y con toda fidelidad la guardamos, »porque lo manda así, y porque tiene con»tínuamente puestos los ojos en nuestras ac»ciones el inexorable juez. Vosotros la apren»deis únicamente de los hombres, y un hom»bre es el que os la manda cumplir. No

» podeis pues ni conocerla tan perfectamente, » como nosotros, ni tan perfectamente prac- » ticarla: os falta todo, la plenitud de la ver- » dad, y la formidable sancion que impone » la obligacion de su observancia; por con- » siguiente ni la enseñanza puede ser llena, » ni la transgresion cumplidamente temida. » ¿Qué prudencia y sabiduría es la del hom- » bre para mostrarnos sin equivocarse lo que » es verdaderamente bueno? ¿Ni cuál tampoco » su autoridad para mandarlo, y obligar á » que se guarde? tan fácilmente se engaña » la una, como se desprecia la otra.

» Y en efecto, ¿cuál ley es mas cumpli- » da, mas llena de perfeccion y de inocen- » cia: la que dice no matarás, ó la que prohi- » be hasta el encolerizarse y enojarse? ¿Qué » es mas perfecto: prohibir el adulterio, ó re- » frenar hasta una simple concupiscencia de los » ojos? ¿prohibir las obras malas, ó prescribir » que ni aun se digan malas palabras? ¿man- » dar no hacer injurias, ó impedir aun el re- » pelerlas y vengarlas? Sabed mas; que eso » poco de virtud que aparece en vuestras le- » yes no nació de vuestra prudencia; lo co- » piaron de una ley aun mas antigua, de la » ley divina.

» Pero en fin; ¿qué es en substancia, ni

»cuánta la autoridad de las leyes humanas, »pues que el hombre la elude ocultando sus »delitos, ó la arrostra voluntariamente, ó por »necesidad? Considerad por otra parte la bre- »vedad del castigo, que por mas grande que »sea, se acaba con la muerte..... Pero noso- »tros, que sabemos hemos de ser juzgados »por un Dios que todo lo ve, hasta los mas »ocultos secretos del pecho, y siempre nos es- »tá mirando, y que antevemos que la pena »con que castiga es eterna; no tenemos otro »refugio, sino acudir á la inocencia de la »vida; abrazamos la virtud, porque la co- »nocemos perfectamente, y porque no hay »sombras, ni lugar por retirado que sea, »donde podamos ocultarle el delito, y tam- »bien porque el castigo con que amenaza no »solo es largo, sino eterno: tememos, en »una palabra, no al juez que juzga á los »que temen á Dios, sino á su juez mismo; »á Dios, no al Procónsul (1)."

Si la filosofía conoce otros motivos mas poderosos, que los indique. Si no los halla, retírese, y deje á la Religion reinar pacíficamente en la sociedad, en la cual sola ella establece y mantiene el órden. Diga el or-

(1) *Tertul. apolog. adv. Gent. c. 45.*

gullo lo que quiera, es muy flaca la mano del hombre para sostener el cetro del mundo moral. Nunca jamas, ni á la voz de la razon, ni bajo el imperio de las leyes humanas, se viéron hacer virtudes semejantes á las que nos pinta Tertuliano en el siguiente cuadro.

"Obramos el bien sin acepcion de per-»sonas, porque le obramos por nosotros mis-»mos, sin esperar recompensa de los hom-»bres, cuyas alabanzas y gratitud no aten-»demos, sino de Dios que nos manda ame-»mos á todos universalmente. Toda accion, »y palabra que pueda perjudicar á otro, has-»ta el deseo y simple pensamiento del mal, »nos está igualmente prohibido. ¿A quién »pueden aborrecer los que deben amar á »sus enemigos? Si ni aun tomar venganza »debemos de los que nos ofenden, porque »esto sería hacernos igualmente culpables »que ellos, ¿á quién podríamos ofender?..... »Sed vosotros mismos los jueces. ¿Cuántas »veces os ensangrentais contra los cristia-»nos, ó por seguir vuestra inclinacion feroz »y cruel, ó con pretesto de dar cumpli-»miento á las leyes? ¿Cuántas veces el po-»pulacho enemigo, sin aguardar siquiera »vuestras órdenes, y sin mas derecho que

»su rabia, ha incendiado nuestras casas, y »nos ha abrumado con piedras? En el fu»ror de las bacanales, ni aun se ha perdo»nado á los muertos, arrancándolos de los »sepulcros donde reposaban, arrebatándolos »del asilo sagrado de la muerte, aunque des»hechos por la putrefaccion, se les ultraja, mu»tila, despedaza, arrastra y dispersan sus res»tos:... ¿Y qué? ¿en tan inhumanos tratamien»tos se nos ha visto usar jamas de represalias »contra ese ódio frenético y furioso que nos »perseguia aun mas allá de la muerte? Una »sola noche, y algunas teas encendidas bas»tarian para tomar una completa venganza, »abrasando la ciudad, si fuera lícito al cris»tiano pagar un agravio con otro. Pero no »plegue á Dios que nosotros recurramos á »medios humanos para vengar de sus enemi»gos una Religion divina, ni que ella se afli»ja de verse probada por toda clase de tor»mentos.

»Indiferentes á la gloria y á los hono»res, vuestras asambleas públicas no tienen »para nosotros atractivo alguno. Renuncia»mos á vuestros espectáculos, á causa de su »origen supersticioso. Nada comun, ni que »se le parezca tenemos con las estravagancias »del circo, con las obscenidades del teatro,

»la barbarie y atrocidades de la arena, ni »con la futilidad de los gimnasios. No formamos mas que un cuerpo, unido por los »vínculos de una misma fé, una misma dis»ciplina, una misma esperanza. Nos junta»mos en una congregacion; pero es para ha»cer, como de comun, una santa violencia »á Dios con nuestras oraciones. Esta violen»cia le es sumamente agradable. Allí roga»mos por los Emperadores, por sus minis»tros, por todas las potestades, por el esta»do presente del mundo, por la paz y por »la retardacion del fin del universo. Nos reu»nimos para leer las Escrituras, y segun las »circunstancias, se dan las luces y adver»tencias de que tenemos necesidad. Esta pa»labra divina alimenta nuestra fé, anima »nuestra esperanza, arraiga la confianza, y »estrecha los vínculos de la disciplina incul»cando los preceptos.

»Presiden presbíteros ancianos, que al»canzaron esta honra no por dinero, sino por »el testimonio de sus virtudes, que aquí el »honor no se compra sino con costumbres. »El dinero no influye en nada en las cosas »de Dios. Si se halla una especie de tesoro, »su orígen es muy puro, y no tenemos que »avergonzarnos de haber vendido la Reli-

»gion. Cada uno da una monedilla al mes, »ó cuando quiere, y de la manera que quie- »re, ó puede; sin que á nadie se obligue, »pues las ofrendas son enteramente volun- »tarias. Es como un depósito de piedad, del »que no se saca para disiparlo en banque- »tes y glotonerías desordenadas, sino para »sustentar los pobres, enterrar los cuerpos »de los indigentes, alimentar niños y niñas »huérfanos, sostener domésticos encorvados »de la vejez, aliviar desgraciados que pade- »cieron naufragio; y si por la causa de Dios »hay cristianos condenados á las minas, ó »presos en las cárceles, ó desterrados á las »islas, la Religion abre sus maternales en- »trañas en favor de los que la han confe- »sado.

»Sin embargo, á pesar de esto, aun hay »quien nos censure estas obras de caridad. »*Ved*, dicen, *como se aman*: como nuestros »enemigos se aborrecen recíprocamente, se ad- »miran de nuestro modo de obrar: *mirad co- »mo estan prontos á morir unos por otros*; ¡ah! »ellos lo estan para degollarse mútuamente. »Nos calumnian y difaman hasta por el »nombre de hermanos con que nos trata- »mos; porque entre ellos, y creo es la úni- »ca razon, todos los nombres de parentesco

» son, no demostraciones de amor, sino vo-
» ces de cumplimientos afectados. Hermanos
» vuestros somos tambien nosotros por dere-
» cho de la naturaleza, que es madre comun
» de todos los hombres; aunque vosotros no
» pareceis hermanos de hombres, siendo co-
» mo sois hombres sin humanidad. ¿Cuánto
» mas dignamente se llaman y son hermanos
» aquellos que reconocen por padre á un mis-
» mo Dios; que bebieron un mismo espíritu
» de santidad; que esperan una misma heren-
» cia; y que habiendo salido del seno de una
» misma ignorancia, han contemplado enage-
» nados y llenos de un justo pavor, la luz
» de la verdad? Pero acaso se tenga nues-
» tra fraternidad por ilegítima, porque no ha
» dado ocasion aun á que resuenen los tea-
» tros con trágicas escenas, ó porque la ha-
» cienda que entre vosotros deshace la her-
» mandad, entre nosotros la establece y cor-
» robora. Mas cuando los sentimientos y los
» corazones estan unidos, ¿cómo podian los
» bienes estar separados? Escepto las mugeres,
» todo lo demas es comun entre nosotros. La
» única cosa que nos reservamos como pro-
» pia y peculiar, es la sola que los otros hom-
» bres miran y tienen como comun; pues ha-
» cen entre sí un como cambio y permuta

» de los derechos que les da el matrimonio, » á egemplo sin duda de sus sábios, Sócrates » entre los griegos, y un Caton entre los ro- » manos, que brindaban con sus mugeres á sus » amigos, para tener en ellas hijos de quienes » no se reconociesen por padres. No puedo de- » cir si era con repugnancia de ellas: pero » ¿qué estimacion podian hacer de la fidelidad » conyugal unas mugeres que á cada paso se » veian entregadas á otros hombres por sus » maridos mismos? ¡Qué ejemplo tan mara- » villoso de la sabiduria de Atenas, y de la » gravedad romana! ¡un filósofo, y un cen- » sor ministros é instrumentos de prostitu- » cion (1)!"

Tertuliano al pintar como hemos visto las virtudes cristianas, tan sublimes, tan humildes, tan puras y tiernas, apela á cada instante al testimonio de los mismos paganos. Los provoca intrépidamente, y desafia á que le desmientan, si afirma alguna cosa que no esté públicamente averiguada (2). En nues-

(1) *Apolog. adv. Gent.* cap. 36, 37, 38, 39.

(2) La idea que tenian los gentiles de la pureza de las costumbres cristianas forma una contraposicion singular con la depravacion de las suyas en las actas del martirio de santa Afra, que fue quemada viva el año de 304 en Ausbourg, en la Rhetia, durante la persecucion de Diocleciа-

tros mismos dias, la filosofía, no atreviéndose á poner en duda una verdad de hecho que atestigua toda la historia, ha procurado servirse de ella para esplicar naturalmente la propagacion rápida del Evangelio. Por no confesar que el establecimiento del Cristianismo ha sido obra de Dios, se ha visto obli-

---

no. El juez llamado Gayo, sabedor de que Afra habia vivido hasta entonces desordenadamente, le dijo: «Sacrifica á »los dioses; vale mas vivir que morir entre los tormen»tos. = *Afra.* He sido una gran pecadora antes de conocer »á Dios, y no añadiré nuevos crímenes á los que tuve la »desgracia de cometer, haciendo lo que exiges de mí. = »*Gayo.* Ve al templo, y sacrifica. = *Afra.* Jesucristo es mi »Dios, y siempre le tengo delante de mis ojos. Sin cesar le »confieso mis pecados; y porque soy indigna de ofrecerle »un sacrificio (*Los pecadores, durante la penitencia canóni»ca, no podian asistir á la celebracion de los santos miste»rios. Permanecian á la puerta de la Iglesia, á la parte es»terior, orando mientras se decia la misa.*), deseo sacrifi»carme á mí misma por la gloria de su nombre, á fin de »que este cuerpo, que tantas veces he manchado con mis »culpas, se purifique por los tormentos. = *Gayo.* Ya sé que »eres una prostituta. Sacrifica, pues, *porque tú no puedes »aspirar á la amistad del Dios de los cristianos.* = *Afra.* »Nuestro Señor Jesucristo ha dicho que habia bajado del »cielo para salvar á los pecadores; y el Evangelio refiere »que permitió á una muger pecadora como yo, que le be»sase los pies y regase con sus lágrimas, y que la perdonó »sus pecados. Lejos de desechar á los pecadores, hablaba »familiarmente con ellos, y se sentaba á comer á su me»sa. = *Gayo.* Sacrifica, y *tendras muchos amantes que te lle»naran de riquezas.* = *Afra.* Renuncio para siempre á se-

gada á reconocer y confesar que produce y practíca virtudes divinas (1).

Por el espacio de treinta siglos, el hombre testigo de las miserias inseparables de la condicion humana, no habia soñado siquiera en el alivio de sus hermanos afligidos. En efecto, no se encuentra en toda la antigüedad ni aun sombra de una institucion á favor de los desgraciados: ni la filosofía ni el paganismo enjugaron jamas una sola lágrima. Aunque la compasion sea un sentimiento natural, acaso por este mismo motivo la razon la separa, la aleja de sí. Séneca tuvo valor para llamarla *vicio de una alma débil. No llorar con*

» mejante ganancia. Me he desecho de todos los bienes que » habia adquirido de esa suerte. Ni aun los pobres de entre » nuestros hermanos han querido recibirlos, aun cuando » se los daba para que rogasen á Dios por mí (*La Iglesia,* » *segun el rigor de la antigua disciplina, no queria recibir, ni* » *aun para el socorro de los pobres, las ofrendas de los peca-* » *dores públicos, ó el dinero adquirido por medios ilícitos.*). = » *Gayo. Jesucristo no te puede mirar como suya. En vano es* » *que le mires como tu Dios: una mala muger no pudo jamas* » *llamarse Cristiana.* = *Afra.* Confieso que no merezco lle- » var este nombre; pero Jesucristo me ha hecho la gracia » de admitirme en el número de los que creen en él, &c.» *Vies des Saints, trad. de l'angl. par Godescard,* t. 7, p. 121, 122, edit. de Versailles.

(*) Véase la *histoire de la Decad. de l'Empire rom.* par Gibbon.

los que lloran, era uno de los preceptos de Marco Aurelio, y la doctrina comun de los Estóicos. *El sabio,* dice Virgilio, *no se compadece de la indigencia agena: neque ille, aut doluit miserans inopem, aut invidit habenti.* ¿Cuánto dista este frio egoismo de la caridad cristiana? ¡Qué! ¿tan sensible es el hombre á los males de los otros, que sea necesario endurecerle, empapando su alma en bárbaras doctrinas? Por el contrario, el milagro mayor del Cristianismo es hacerle sensible á los males agenos; y este al menos no se negará, porque salta á los ojos de todos, aun cuando no mueva todos los corazones. Venid pues, seguid los pasos de esta Religion de amor; contad, si es posible, los beneficios que á manos llenas derráma sobre las criaturas, las obras de misericordia que inspira, y que ella sola puede recompensar. En una peste, que en el siglo tercero desoló una parte del imperio, los paganos, abandonando á sus amigos y parientes, no pensaron mas que en preservarse del contagio por medio de la fuga. Los cristianos, entonces tan cruelmente perseguidos, tomaron sobre sí el cuidado de todos los enfermos, así idólatras como fieles, y se vengaron de sus enemigos, como se vengan los cristianos, sacrificándose por ellos. ¿Cuán-

tos ejemplos semejantes, no nos ofrece la historia de la Iglesia? Los discípulos de Jesucristo fatigaban con la profusion de sus beneficios á sus mismos destructores. "¿No es »una vergüenza para nosotros, escribia el em»perador Juliano Apóstata á Arsacio, Pon»tífice de Asia, que los galileos, ademas de »sus pobres, sostengan tambien los nuestros?"

El Cristianismo no degenera con los siglos. Sus anales estan llenos de toda especie de servicios, que ha hecho en todas épocas á la humanidad. El mismo espíritu de amor que produjo tantos prodigios de amor en los primeros tiempos, los produce semejantes é iguales todos los dias entre nosotros. ¿Quién no recuerda con una tierna emocion aquellos religiosos españoles, que tocando una campanilla, corrian las calles de una ciudad apestada (*), avisando por este medio á todos los vecinos de su venida, para que pudiesen reclamar sus socorros? ¡Ah! casi todos murieron mártires de su caridad.

(*) Málaga. * Tampoco olvidará Tortosa la caridad generosa de las Hijas de la Caridad y de los Jóvenes Jesuitas, que se consagraron últimamente á la asistencia de los apestados en los años mismos de nuestros trastornos revolucionarios. Asi se vengaban los institutos religiosos de la persecucion sangrienta y vilipendiosa, que entonces mismo les hacia la filosofía de la revolucion.

Pero dejemos hechos particulares con que podríamos llenar innumerables volúmenes: pasemos en silencio los Borromeos, los Belsunces, y aquel Vicente à Paul, que en tiempos de calamidad alimentaba provincias enteras, cuya inmensa caridad se dilataba mas allá de los mares, hasta las playas de Madagascar, y los bosques de la Nueva-Francia, y que parecia haber tomado á su cargo aliviar por sí solo todas las miserias humanas; hombre prodigioso, que ha forzado á nuestro siglo á creer en la virtud: dejemos á estos y otros mil, y consideremos únicamente los establecimientos perpétuos, los beneficios generales y permanentes de la Religion. ¿A quién sino á ella se deben esos asilos solitarios de la inocencia y del arrepentimiento, que los pueblos echarán de menos cada dia mas? ¿Quién sino ella levantó esos pacíficos recogimientos de la desgracia, esos suntuosos palacios de la indigencia? La filosofía en el momento que dominó, no supo mas que destruirlos. La razon humana nada perdonó de cuanto habia creado la fé en favor de la humanidad. ¿Y con cuanta profusion no habia multiplicado el Cristianismo los institutos de caridad tan eminentemente sociales? Su número casi infinito igualaba al de nuestras necesidades. Aquí

la *Hija de san Vicente à Paul* visitaba al anciano enfermo, y al mismo tiempo que le hablaba del cielo curaba sus llagas asquerosas; ó transformada por la ternura de su caridad en madre sin dejar de ser vírgen, fomentaba y acariciaba en su regazo al niño espósito. Allí la *Hermana hospitalaria* asistia y consolaba al enfermo, y se olvidaba de sí misma para prodigarle dia y noche los servicios mas penosos y repugnantes. Allá el *religioso de san Bernardo* estableciendo su morada en medio de las nieves (*), acortaba su vida para salvar la del viagero estraviado y perdido en las montañas de los Alpes. En otras partes hubiérais visto al *Agonizante* cerca del lecho del moribundo, ocupado en hacerle mas dulce el último paso de la vida; ó al hermano de la *buena muerte* (**), llevando en sus hom-

(*) Los monasterios establecidos en las cimas de los Alpes para el amparo de los viageros.

(**) En la antigüedad eclesiástica son muy conocidos los nombres de los *Copiatas y Fossarios*, que se empleaban por instituto en dar sepultura á los difuntos. En varias ciudades de España hay otras congregaciones semejantes de piadosos Tobías, que se ocupan en hacer este último servicio á sus hermanos en Religion. En Madrid es muy nombrada la piadosa congregacion de la *Paz y Caridad* para dar sepultura á los delincuentes: no sabemos el nombre de las destinadas á esta obra de caridad entre los estrangeros, y por eso hemos espresado así la idea del autor.

bros y dando tierra á su ya frio y yerto cadáver de los indigentes. Al lado de aquellos *caballeros* valientes, hijos y hermanos del santo Abad de Fitero (*), de aquellos *soldados rezadores*, que casi solos protegieron por largo tiempo la Europa contra la barbarie musulmana, se descubria al *P. Mercenario*, rodeado como un triunfador, de los cautivos que habia, no encadenado, sino redimido de sus cadenas, esponiéndose á mil peligros y á fatigas increibles. Sacerdotes y religiosos de todas las Órdenes, rompiendo por una virtud sobrehumana los vínculos de su mas tierno amor, iban con indecible gozo á regar con su sangre regiones lejanas y salvages, sin otra esperanza ni deseo que la de arrancar á la ignorancia, al crímen y á la infelicidad hombres no conocidos. El laborioso *Benedictino*, despues de haber fecundado con su sudor nuestras colinas incultas, y nuestros estériles desiertos, retirado en su celdilla desmontaba el campo no menos árido de nuestras antiguas leyes é historia. Ni la educacion, ni el púlpito, ni las misiones, ninguna obra

(*) Los caballeros de las órdenes militares, á cuyas proezas se debió por tanto tiempo el enfrenamiento de la morisma en España, de que dió el primer egemplo san Raimundo, Abad de Fitero.

útil era estraña al *Jesuita.* Su zelo lo abrazaba todo, y bastaba para todo. El *Capuchino* humilde recorria sin cesar las aldeas y los campos para ayudar á los pastores en sus santas funciones, bajaba al interior de los calabozos mas profundos para hacer oir palabras de paz á las víctimas de la justicia humana; y semejante á la esperanza, cuyo ministro era, acompañando hasta el último suspiro al infeliz que iba á morir, participaba de sus angustias, reanimaba su valor abatido, y le confortaba á un tiempo contra los terrores del suplicio, y los del remordimiento. Sus manos compasivas no se desasian, digámoslo así, del desventurado que habian recibido al pie del tribunal inflexible del hombre, hasta haberle depositado al pie del tribunal del Dios clemente y misericordioso.

¿Quereis detener vuestros ojos contristados por esta escena dolorosa sobre un espectáculo mas dùlce y alhagüeño? Contemplad al *Hermano de las escuelas cristianas* (*), ense-

(*) El instituto de los *Hermanos* de las *Escuelas Cristianas* es fundacion del P. La Salle: ellos son los que en Francia tienen á su cargo en gran parte la educacion de la niñez, viéndose con placer á los Consejos de los distritos pedir incesantemente que se ponga la educacion en manos de éstos, y otras personas religiosas, y se quiten las *Escue-*

ñando á los niños los elementos de las letras, la doctrina de las ciencias, y la más preciosa de las obligaciones, hablándoles de Dios con uncion, y preparándolos para la felicidad, formándolos en la virtud. Nunca olvidemos esto, la Religion es la educacion única del pueblo. Sin la Religion nada sabria, nada especialmente de lo que mas importa á la sociedad que sepa, y que á él mismo mas le interesa saber. Sin ella ignoraria no menos sus obligaciones que su fin; en medio de tantas academias, universidades y gimnasios, vegetaria en un embrutecimiento feroz, cien veces peor que el estado salvage. La Religion le civiliza; ella alimenta al pobre no menos con la verdad, que le sustenta con el pan; ilustra, engrandece su inteligencia, y el menor de los niños enseñados

---

las Lancasterianas, ó de *enseñanza mútua.* La esperiencia les ha abierto los ojos, y hecho ver que una institucion de un *Quakaro* inglés, é introducida en Francia por Buonaparte para afirmar con la generacion naciente su despotismo y dinastía, no podia menos de ser nociva á su felicidad. Luego que se han visto y palpado las consecuencias, no se ha dudado en la preferencia: ¿qué mucho? «la cuestion »era muy sencilla: se trataba nada mas, dice el Ab. La »Mennais (*Melanges*, fol. 370.), de escoger entre la socie»dad y la anarquía.» Llámanse tambien los *Hermanos de Sant Yon.* Entre nosotros hay los PP. de las Escuelas Pias.

en su escuela, mas verdadero filósofo que esos pretendidos sabios que no conocen otra guia que su razon, con el catecismo en la mano, confundiria su altivez por la sublimidad de sus doctrinas. Era digno de una filosofía materialista creer perfeccionar la educacion del pueblo, substituyendo evoluciones á instrucciones, y poniendo en sus manos una pizarra muda en lugar del libro en donde bebia estas profundas é importantes lecciones (*).

(*) Hace alusion á las Escuelas de *Enseñanza mútua* ó *Lancasterianas*, tan preconizadas en estos últimos tiempos. Este método, salido de la cabeza de un Quákaro inglés, pedido por el regicida Carnot, é introducido en Francia por Buonaparte durante el reinado de los *Cien dias*, si pudo por algun tiempo engañar la buena fé de algunas personas bien intencionadas, hoy ya está demostrativamente reconocido no como quiera por un *procedimiento*, sino como un *medio* de propagacion liberal. Él no es otra cosa que una aplicacion de la vergonzosa definicion del hombre dada por Saint-Lambert; que el *hombre es una masa organizada, que recibe las impresiones de todo lo que le rodea.* Haciendo de la educacion un puro mecanismo, es de una parte nulo para el fomento de las buenas costumbres, y de otra singularmente acomodado para sembrar las ideas de independencia en la juventud. En Francia desde luego se observó que estas Escuelas tiraban todas á favorecer las nuevas doctrinas; y los pueblos enseñados por la esperiencia, en vista del aumento progresivamente espantoso de desórdenes que se iba notando en los niños y jóvenes criados en

No acabaria si hubiese de recordar aun en compendio todos los servicios hechos á la sociedad por el Clero católico. ¡Oh! ¡qué hermoso pensamiento fue colocar al lado de los ministros inexorables de las leyes los ministros sagrados de la humanidad y de las costumbres, y hacer que la misericordia fuese

---

ellas, se han apresurado á desecharlas, y pedir al gobierno las substituyan, y substituir los Hermanos de las Escuelas Cristianas (Véase la cita de la pág. 302). El zelo de nuestros mas fogosos constitucionales para establecerlas aun en los cuerpos militares en los dias de su dominacion, confirma la idea de Mr. Dubois-Bergeron, de que estaban secretamente dirigidas por los propagandistas de las nuevas luces. ¿Qué nos causamos? Cítese un solo enemigo de la Religion y de la monarquía, que no sea amigo del nuevo sistema de Enseñanza mútua ó Lancasteriana. Ya en Alemania los *niveladores* de la educacion pública, con el objeto de sacar al gobierno austriaco del embarazo en que se hallaba para suplir el vacío que habia quedado en la educacion general por la supresion de los Jesuitas, habian inventado unos cincuenta años antes un sistema semejante; y contaban tanto con él, que para que no se desconociese ni su orígen ni su fin, afectaron designarlas por el instrumento simbólico mas usual y comun en las logias de los iluminados, dándolas el nombre de *normales*, de la palabra *norma*, esto es, escuadra ó nivel, que es su adorno favorito. ¡Cuánto mejor es para los pueblos que sus hijos se formen cristianos que charlatanes ó filósofos! Véanse *La Verité sur l'enseignement mutuel considerée dans la nature, son origine, et ses effets.* = *Les nouvelles Ecoles à la Lancaster cités au tribunal de l'opinion publique*: par Mr. Dubois-Bergeron.

un cargo, una funcion pública! Entrad en el seno de las familias, preguntad á sus individuos, y ellos os dirán lo que deben á esta admirable institucion. ¡Cuántas enemistades terminadas! ¡cuántos esposos, parientes y conciudadanos reconciliados! ¡cuántas víctimas arrancadas al vicio, cuántos agravios reparados, cuántas iniquidades prevenidas, penas consoladas, miserias secretas redimidas! O vosotros, á quienes el nombre solo de eclesiástico, de clérigo, ó de fraile os irrita, ó hace reir de menosprecio, ¿sabeis bien lo que es un sacerdote? ¡Ah! un sacerdote por obligacion, por su estado, es el amigo del menesteroso, la providencia viva de todos los infelices y desgraciados, el consolador de los afligidos, el defensor nato de todo el que carece de defensa, el apoyo de la viuda, el padre del huérfano, el reparador de todos los desórdenes y males, que engendran vuestras pasiones y doctrinas funestas. Su vida toda no es otra cosa que un dilatado y heróico sacrificio por la felicidad de sus semejantes. ¿Quién de vosotros consentiria en trocar como él todos los consuelos y satisfacciones domésticas, todos los bienes que con tanta ansia buscan los hombres, por unos trabajos obscuros y obligaciones penosas, por funciones cuyo ejercicio

lastíma, y quiebra el corazon, repugna y molesta á los sentidos, sin haber de recoger frecuentemente otro fruto de tantos sacrificios que el desprecio, la ingratitud, el insulto? Aun estais vosotros sepultados en un profundo sueño, y ya este hombre caritativo anticipándose á la aurora, ha vuelto á dar principio otra vez á sus obras de misericordia. Ya ha consolado al pobre, visitado al enfermo, enjugado las lágrimas del desdichado, ó hecho correr las del arrepentimiento, instruido al ignorante, alentado al débil y afirmado en la virtud á muchas almas turbadas por el tumulto de las pasiones. Despues de un dia ocupado en tales obras, empleado todo en hacer tales beneficios, llega la noche, pero no viene para él el descanso. A la hora misma en que el placer os convida, y os llama á vosotros á los espectáculos y diversiones, vienen á toda prisa buscando al ministro sagrado. Un cristiano está cercano á su último instante, va á morir, y acaso de una enfermedad contagiosa: no importa, el buen pastor lo deja todo, vuela al momento; no, no permitirá espire su pobrecita oveja sin aliviar sus congojas, sin dulcificar su agonía, sin prestarle todos los consuelos de la esperanza y de la fé, sin orar á su lado al

Dios que murió por ella, y que en este mismo instante la da, en el Sacramento de su amor, una prenda segura de la inmortalidad.

Ved ahí el sacerdote; miradlo bien; he ahí lo que es: nó cual, juzgándole por algunas escepciones escandalosas (que vuestro trato y doctrinas han producido), se complace vuestra aversion en figurársele; sino como real y verdaderamente existe en medio de nosotros. Sí, la Religion es la misma hoy que lo fue en su orígen. Hay menos cristianos; pero los verdaderos cristianos no se han mudado. Las virtudes mas puras, virtudes dignas de los primeros siglos, honran todavia al Cristianismo. No quiero alegar otra prueba que esas Congregaciones piadosas, esos establecimientos útiles, que un zelo tan vivo como ilustrado forma todos los dias á nuestra vista. ¡Cuántos hombres y mugeres de todas clases y condiciones, y aun cuántos jóvenes, recatándose de todos para obrar el bien, conforme al precepto del Evangelio, dedican y consagran á buscar la infelicidad y remediarla, el tiempo que vosotros perdeis en diversiones frívolas, ó que tal vez empleais en insultar la Religion santa que les inspira este maravilloso desprendimiento! No los cono-

ceis, ya lo sé; pero son bien conocidos en los hospitales, en las cárceles, en esos aposentillos y rincones obscuros, donde la indigencia que han socorrido los bendice. La *Hija de la caridad* no ha olvidado el camino que conduce á la choza del pobre, y si vosotros no la encontrais jamas, preguntaos á vosotros mismos la razon.

Mas no, la diré yo, porque importa mucho que llegue á conocimiento de todos; es porque vuestros frios discursos y apática *filantropía* no tiran sino á estinguir hasta el mas pequeño gérmen y sentimiento de humanidad. Cuando el Cristianismo empieza á entibiarse en un pueblo, bien presto se ve á este mismo pueblo sumergido, y hecho presa de la desgracia, conspirar contra todos los infelices. Se inventan mil pretestos para escusarse de socorrerlos. Dar limosna á un mendigo, es fomentar la ociosidad y holgazanería: ¿el otro infeliz se muere de hambre? ¿no tiene con que cubrir su desnudez? ¿se le vé yerto en carnes vivas? = Que trabaje. = Es un anciano encorvado por la vejez. = En toda edad, si se quiere, no falta ocupacion. = Es un niño. = ¡Ah! guardaos de criarlo en la ociosidad; desde un principio se deben combatir los malos hábitos. = Es una pobre madre cargada

con una numerosa familia, rodeada de un enjambre de hijuelos. = Lo dice; pero será ó no será así: antes de gratificarla magníficamente con una *blanca*, es necesario informarse; pero no hay tiempo. = Aquel otro busca trabajo, y no lo halla. = Porque no quiere; si quisiera de veras, no lo dejaria de hallar: en fin, se verá, lo pensaremos; y en el ínterin no se le da, ni se socorre por temor de dar mal ejemplo. Regla general. Todo el que pide, es sospechoso: dar oidos á los pobres, es invertir el buen órden, y pensando hacerles bien, perjudicarles á ellos mismos; es fomentar su perdicion.

De este modo la filosofía, sin recurrir al mismo espediente que Galerio, que mandó reunir en barcos y sumergir á todos los mendigos de su imperio, la dulce filosofía logra con corta diferencia el mismo fin con sus sabios sistemas y benéficas instituciones. Ella llama en su auxilio á todas las ciencias físicas, para arrancar á la naturaleza el secreto de algun alimento tan vil, que la avaricia le pueda ofrecer sin pena á los necesitados, y para calcular con precision la medida de padecimiento, y el grado de necesidad en que el hombre muere si no es socorrido: ¡tanto teme el lujo de la conmisera-

cion! Feliz aún, y muy feliz el indigente, si no tiene que gemir mas que de este favor irrisorio; pero por lo comun no se para aquí. A fin de evitar á los afortunados del siglo la vista importuna de los miserables, se les *retira* de la sociedad, se levantan gruesas murallas entre los suspiros del pobre y los oidos del rico; se arrebata la libertad á los que han perdido todos los otros bienes; se trata como delincuentes á los que no tienen mas delito que el ser miserables y padecer; y sin embargo, ¿aun se nos celebrará esta horrible inhumanidad como una obra perfecta de administracion? ¡Ah! si sois indiferentes, al menos no seais bárbaros: abrid vuestros calabozos filantrópicos; no temais, los desventurados Lázaros que encierran no os pedirán las migajas de pan que caen de vuestras espléndidas mesas, no: tampoco la vida, que esto sería mucho; lo que os piden es, que les dejeis morir echando sus últimas miradas sobre los lugares que los vieron nacer, sobre los campos que cultivaron para vosotros, y no los alimentaron á ellos; lo que únicamente os piden es lo que concede la naturaleza á todos los seres, y vosotros mismos no negais á los animales.

Entre tanto oidlo de boca del gran Maes-

tro: por mas que hagais, *habrá siempre pobres entre vosotros* (1). Sí, habrá siempre pobres, para estorbar que el hombre se endurezca; para turbar el funesto reposo de la opulencia, y despertar en el fondo de los corazones la piedad y misericordia: habrá siempre pobres, á fin de que siempre haya virtudes: habrá pobres y dolientes, para representar al linage humano tan doliente, y tan pobre y miserable, el mismo; que un solo movimiento de orgullo en un hijo de Adan es un prodigio eternamente inesplicable á la razon.

Mas si siempre ha de haber pobres, tambien habrá siempre una Religion que los consuele. He recordado solo una parte de sus beneficios, que son tan grandes, como conocidos é indisputables. Pues ¿cómo es que una Religion que tanto favorece á la humanidad, tenga enemigos entre los hombres? ¿Es posible que tanto amor no haya de desarmar su ódio? ¡Ay! este odio lo escita la hermosura, la misma perfeccion de la ley Evangélica. Las severas obligaciones que impone, aterran las pasiones, y se le disputa, y no se quiere conocer el bien que hace,

---

(*) *Semper pauperes habetis vobiscum.* Math. c. 26, 11.

por no practicar el bien que manda obrar.

No hay sofisma mas comun que el que quiere hacer responsable al Cristianismo de todos los delitos que se cometen entre los pueblos cristianos. Ha habido guerras de Religion; luego la Religion manda derramar la sangre. Hay latrocinios, asesinatos; luego la Religion no reprime unos ni otros. Hay malos sacerdotes; luego la Religion no es mas que una capa con que el Clero cubre sus desórdenes. Pero, decidme: ¿pensais que la moral es una quimera, un orígen y manantial de calamidades? Si así lo creeis, ya concibo la causa de vuestras acusaciones contra la Religion. Pero si no lo pensais así, responded vosotros mismos á vuestra objecion; en otro caso, yo la haré valer con mucha mayor fuerza contra la moral.

Seguramente es acreditar una pequeñez bien rara de talento, repetir con tanta simplicidad aquellas añejas declamaciones que hacian reir de lástima y compasion á Montesquieu. Recordad con qué desdeñoso desprecio confunde al sofista Bayle. "Decir que la
» Religion no reprime y contiene el mal, por-
» que no lo contiene y reprime siempre, es de-
» cir que las leyes civiles no son tampoco
» un motivo que reprime. Es discurrir muy

»mal contra la Religion reunir en una »grande obra una larga enumeracion de los »males que ha producido, sin hacer otro »tanto de los bienes que ha hecho. Si yo »quisiera contar todos los males que han pro»ducido en el mundo las leyes civiles, la »monarquía y el gobierno republicano, diria »cosas horrorosas (1)."

¿Qué cosa hay de que no abusen los hombres? Abusan de los alimentos destinados á sustentarlos, de las fuerzas que se les dieron para obrar y conservarse; abusan de la palabra, del pensamiento, de las ciencias, de la libertad, de la vida; abusan del mismo Dios. ¿Habremos de decir por esto que estas son cosas perniciosas? ¿Habremos de decir que no hay bueno mas que la nada?

Las guerras, muertes, y las maldades todas, á que sirvió de pretesto el Cristianismo, están tan lejos de poder atribuírsele, que para impedirlas, hubiera bastado aumentar su energía y fervor. Con algunos grados mas de fé, la virtud hubiera triunfado con la Religion.

En efecto, ¿qué viene á ser un ladron, un asesino, un avaro, un sacerdote desapiadado,

---

(1) *Esprit des Loix*, lib. 24, ch. II.

ó de perversas costumbres? Un hombre sin fé, ó de una fé débil y flaca, pues que ella cede á la pasion que deberia domar, es un rebelde, que la Religion condena á muerte, si él no se condena á sí mismo por el arrepentimiento: es un incrédulo ó especulativo ó práctico, un ateo consecuente, ó un inconsecuente cristiano. No se comete pues en el mundo ni un solo delito, del que no tengamos derecho para pedir cuenta á la incredulidad. Ella sola es la que los produce todos, aun los mismos que con tanta arrogancia echa en cara al Cristianismo: ella es la que abortó la matanza *de san Bartolomé* (*), y movió el puñal de Ravaillac (**).

En poniendo á un lado las preocupaciones y sofismas, no queda en propiedad á la Religion mas que sus beneficios. Ella sola establece el órden en la sociedad, dando la razon de la potestad y de las obligaciones, perfeccionando las leyes, purificando las costumbres, uniendo todos los miembros del cuerpo social con vínculos de amor. ¿Habrá pues quien niegue la importancia de una institucion tan benéfica y necesaria? Y si es-

(*) Sobre esta hablaremos á su tiempo.
(**) Asesino de Henrique IV de Francia.

ta se conoce y confiesa, ¿con qué motivos se justificará la indiferencia apática, en que muchos afectan mantenerse respecto á una doctrina de la cual dependen la felicidad del hombre en particular y la de los pueblos, y aun lo diré tambien, la gloria esterior de Dios? Porque suponiendo la existencia de una Religion verdadera, esta Religion, único medio de sociedad entre Dios y el hombre, es tambien, como probarémos en el capítulo siguiente, el medio que Dios ha elegido para manifestar esteriormente sus perfecciones ó su gloria, y para establecer el órden en la sociedad de los seres inteligentes y racionales, de los que él es el Monarca. Violar pues este órden, es uno de los mayores delitos que un ser racional puede cometer; y esponerse á violarlo, no queriendo asegurarse de su existencia, es una locura tan estraña, que no encuentro términos para calificar la criatura que fuese capaz de ello.

Ahora bien, pueblos, oid. Desde el abismo de desgracias, á donde os ha precipitado vuestra crédula confianza en una falsa sabiduría, madre del desórden y de la muerte, escuchad á la Religion que os dice: ¡Oh vosotros todos los que infructuosamente trabajais para renacer, los que sucumbís bajo el peso

de las instituciones humanas, y de las doctrinas materialistas, venid á mí: naciones moribundas, venid; abandonad á esos empíricos falsos y engañadores que os prometen la fuerza, y no saben mas que acabar con la poca que os queda en convulsiones dolorosas. Venid, apresuraos, mirad que el tiempo insta: cada dia se debilita mas la vida en vosotras; la corrupcion cunde, la gangrena se estiende, y la disolucion va á consumarse: bien pronto ya no sereis mas que un cadaver hediondo y podrido: venid á mí, y os aliviaré: *venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos* (1).

CAPÍTULO XII.

Importancia de la Religion con respecto á Dios.

Supuesto ya que hay una Religion verdadera, quiero hacer ver cuán injurioso es á Dios, y cuán criminal en el hombre el desprecio de sus dogmas y la violacion de sus preceptos.

(1) *Math.* 11, 28.

Elevémonos sobre el imperio de los sentidos, cerremos los ojos y apartemos por un instante nuestra alma de las impresiones de los objetos esteriores, que llenándola de vanos fantasmas la distraen de la contemplacion de las realidades intelectuales, y la hacen olvidar hasta su propia naturaleza, estraviándola en el mundo corpóreo, patria fugitiva de las ilusiones que nos engañan sobre nuestro verdadero sér, obligaciones y destino. Comprendamos que los órganos no son el hombre, que la creacion material no es mas que la sombra de una creacion mas noble, que las sociedades de la tierra solo son una imágen débil, una dependencia relativa á nuestro estado presente, de la grande sociedad de todos los seres inteligentes, cuyo Monarca es Dios: sociedad perfecta, y eterna, á la cual el hombre debe pertenecer, y en parte pertenece desde este mundo; pero en la cual no se le señalará fija é irrevocablemente el asiento, que en calidad de *ser libre* ha de escoger por sí mismo, hasta tanto que despojado ya de la librea mortal, haya dejado de pertenecer á la sociedad mista, en la cual el órden exige que sea probado temporalmente. Comprendamos que esta última sociedad no consiste tampoco en

la reunion de los cuerpos y combinacion de intereses materiales; que ella no es sociedad verdadera sino cuando sus miembros, unidos por leyes relativas á su naturaleza inteligente, obedecen al poder Supremo, que rige y gobierna todos los seres inteligentes; porque no hay verdadera sociedad sino entre ellos; y esta es una de las razones porque la sociedad humana se disuelve cuando el hombre, materializándose, no pone, digamoslo así, en la sociedad mas que su cuerpo, su accion, y sus necesidades físicas. Comprendamos en fin, que si el Criador ha establecido un órden lleno de sabiduría y de magestad en la coleccion de los seres materiales; si los ha sometido á leyes acomodadas á su naturaleza, y de las que depende su conservacion; es un absurdo pensar que no hay ni existe órden alguno determinado por Dios en la sociedad de las inteligencias, que estarán abandonadas sin regla y sin leyes al destino que se formen ellas mismas. Esto repugna á las luces mismas de la razon. Todo cuanto es, y existe, está ordenado. La existencia simultánea de muchos seres semejantes encierra en su nocion la de ciertas relaciones naturales entre sí, y por consiguiente la idea del ór-

den; y de aqui viene que destruyendo el órden natural entre los seres, se destruyen los seres mismos.

Pero para concebir aun mejor la importancia del órden en la sociedad de las inteligencias, y el delito que se comete violándole, es preciso saber que desde la eternidad el Ser soberanamente perfecto, amándose con un amor infinito, gozaba en su inmenso reposo de una felicidad infinita; y que cuando resolvió crear, no debiendo nada á nadie fuera de sí, pues que no existia sino él, no pudo proponerse mas que un fin relativo á sí mismo, es decir, su gloria, ó la manifestacion de sus perfecciones infinitas.

Ahora pues, manifestar sus perfecciones, era manifestar su Ser, produciendo esteriormente una viva imagen suya, y el hombre en efecto, fue criado á la *imagen y semejanza de Dios*. Participando, aunque en un grado finito y limitado de todo su Ser, fue y tuvo, como Dios, poder, entendimiento y voluntad: pudo conocer la verdad, amar el bien, y realizarlo esteriormente por sus obras.

Y á fin de que su semejanza con el Ser supremo fuese mas perfecta, quiso Dios que el hombre, concurriendo libremente á sus designios, se hiciese en cierto modo volun-

tariamente su imagen, arreglando el uso de las facultades con que le habia enriquecido, sobre las relaciones inmutables ó leyes eternas, que ponen, si es lícito decirlo así, el órden en Dios mismo.

Le reveló pues todo lo que era necesario que conociese de estas leyes; y la Religion, vínculo de union entre Dios y el hombre, como su nombre mismo lo indica, no es otra cosa que esta inmortal y sublime legislacion.

Cualquiera pues que la quebranta, en cuanto está de su parte degrada al Ser eterno, le priva de una parte de su gloria, introduce el desórden en la sociedad de las inteligencias, se rebela contra la autoridad y poder que la gobierna: crímen tan grande que solo Dios podria no juzgarlo inespiable.

Mas es indispensablemente necesario que este crímen ó se espie, ó sea castigado; porque así es como, á pesar de la culpable oposicion del hombre, los designios de Dios se cumplen, y se restablece el órden. "La pe»na rectifica el órden: el pecado es un des»órden; castigar cuando se ha pecado, es »la regla. Pues por la pena se vuelve uno »al órden de que se habia separado por la »culpa ó falta cometida. Pecar impunemen-

»te es lo sumo del desórden; porque sería »desórden, no del hombre que peca, sino »de Dios que no castiga. Pero este desórden »nunca se verificará, porque Dios no puede »estar desarreglado en nada, siendo el mis»mo como lo es la regla. Y como esta re»gla es perfecta, y perfectamente recta, y en »ningun modo ni sentido torcida, todo lo »que no está conforme á ella se rompe, quie»bra, y sentirá el esfuerzo de la invencible »é inmutable rectitud de la regla (1)."

Antes pues de desechar desdeñosamente la Religion, aprenda el hombre á conocerla. El despreciar es muy fácil, es un placer que la ignorancia procura á poca costa al orgullo; pero estendiendo la vista mas lejos, convendria aún mirar á las consecuencias de este desprecio, y pensar en lo que se ha de responder al supremo Legislador cuando llegue la hora de pedirnos cuenta. No basta sonreirse; Dios tambien se reirá, dice la Escritura: *ridebit et subsannabit eos* (2). Pero en aquel dia formidable, que será el dia de su justicia, la criatura rebelde contemplando, y viendo con toda claridad el órden que

---

(1) *Medit. sur l'Evangile*, t. 1, pág. 51, edit. in 12.
(2) Psalm. II, 4.

ha violado y turbado, y admirándole desesperada, le sentirá de tal modo conforme á su naturaleza, que será para ella menos tormento concurrir á él por su suplicio, que turbarle, si posible fuese, por el goce injusto de la felicidad que mereció perder.

¿Para qué es engañarnos? ¿Qué ventaja nos resulta de ello? ¿Qué es, ¡ay! qué vale ese corto adormecimiento, que se procura á favor de algunos sofismas encantadores, qué es, repito, comparado con aquel pervigilio terrible que le sucede, y al cual eternamente nada sucederá? Sin embargo hay quien se tranquilice sobre motivos tan frívolos, que me avergüenzo de referirlos. Una criatura soberbia, envileciéndose por orgullo, buscará la independencia en el fondo de la abyeccion, y lisonjeándose de escapar, á fuerza de su profunda bajeza, de la vista del Ser supremo, intentará atravesar clandestinamente el mundo moral, como aquellos vagamundos miserables y obscuros que la policía ó no conoce, ó desprecia. Hasta en la humildad hipócrita de su lenguage se reconoce el espíritu de rebelion, y la aversion á la regla. "¿Qué es el hombre, dice, respecto de Dios? ¿Cómo á la infinita distancia que los separa, podria la criatura ofen-

»der al Criador? ¿Qué le importan al Eter-»no los estériles homenages, ó los locos in-»sultos de un Ser de un dia? ¿Qué sus pen-»samientos, sentimientos y acciones? Débiles »mortales, dejad de atribuir al Altísimo vues-»tras ideas mezquinas. Dios, no lo dudeis, »es demasiado grande para bajarse hasta el »hombre, y el hombre es demasiado peque-»ño para elevarse hasta Dios."

Inteligencia degradada, ¿es esa tu escusa? ¿Es este el fundamento de tu estúpida seguridad en el olvido de tus obligaciones? ¡El Ser que te ha criado es muy grande para haberte criado para sí! ¡Es muy perfecto para que se ocupe en la perfeccion de su obra! ¡Dios es muy superior á tí, para irritarse de que tú te prefieras á él, y de que tu voluntad se oponga á su voluntad soberana! ¡Dios es muy sábio para haber establecido órden alguno entre sus criaturas inteligentes, y haberles prescrito leyes, y exigir de ellas que las observen! Al darte el ser te ha dicho: Yo te crio para que me adores, ó me ultrages, como mejor te parezca: para que me ames, ó me aborrezcas, segun se antojare á tus caprichos: la verdad, el error, el bien, el mal, todo en tí me es indiferente: tu existencia aislada con nadie tiene co-

nexion en mis consejos: vil produccion de mis manos, no mereces fije en tí mis miradas: quítate de mi vista, sal de mi pensamiento, y el tuyo sea tu ley, tu regla, tu Dios!

¡Qué asombro! ¡que el hombre se desentienda de todas sus obligaciones para con su Criador por las razones mismas que prueban mas ineluctablemente la importancia de estas obligaciones, y su criminalidad en violarlas! Te niegas á adorar á Dios, y ¿por qué? porque es muy grande y perfectísimo es decir, porque es dignísimo de que se le adore. Reusas obedecer á Dios, y ¿por qué? porque es todopoderoso é infinitamente sábio; es decir, porque tiene muchos derechos á que se le obedezca. No quieres amar á Dios, y ¿por qué? porque es infinitamente bueno, justo, santo; es decir, porque es muy amable. No me espanto ya que habiendo preparado respuestas tan perentorias, espereis tranquilamente el juicio formidable que decidirá de vuestra suerte eterna.

Ciertamente es una prueba grande de la degradacion y caida original del hombre, el que estas estravagancias puedan hallar lugar en su espíritu. Pero, aun cuando fuesen otras tantas verdades incontestables, es ne-

cesario hacerle ver que no podria deducir de aquí ningun motivo sólido para tranquilizarse en el estado de independencia absoluta en que procura colocarse; porque la Religion nos enseña que entre Dios y el hombre hay un Mediador, que uniendo en sí la naturaleza divina y la naturaleza humana, llena el espacio inmenso que nos separa del primer Sér, y da á nuestros homenages unidos con los suyos, á nuestras obras unidas con las suyas, un valor infinito. Desde entonces todos los pretestos fundados sobre la nada del hombre para dispensarse de dar á Dios el culto que exige de nosotros, se desvanecen como sombra. Nuestra flaqueza natural, que parecia desterrarnos para siempre lejos del Sér infinito, sirve aun para hacernos comprender la enormidad del crímen que cometemos violando las leyes de una sociedad, que Dios ha establecido por medios y caminos tan maravillosos.

Sabemos que existe, y la analogía sola bastaria para hacernos juzgar que deben existir Inteligencias puras mas perfectas que el hombre, y miembros como él de esta escelsa sociedad, cuyo vínculo y lazo es el Mediador. Pero no nos es dado conocer plenamente la vasta gerarquía de seres espiritua-

les, ni el conjunto de leyes que los gobiernan. Hay entre ellas algunas únicamente relativas á un estado muy diferente del nuestro, para que Dios haya querido descubrírnoslas. Nos ha dispensado la medida precisa de luz de que teníamos necesidad en nuestra condicion y situacion actual; pero nada mas. Concediendo al hombre todo lo que le es necesario para llegar á su fin, le niega lo que solo le serviria para satisfacer su vana curiosidad; porque ademas de que la fé para ser meritoria debe estar mezclada de obscuridad, y parecerse, segun la espresion de un Apóstol, á *una lámpara que alumbra en un lugar obscuro* (1), hay un órden de conocimientos que nuestra naturaleza no puede comportar aquí abajo; y en los mismos conocimientos á que podemos alcanzar, hay un cierto grado de claridad, que léjos de sernos útil, sería peligrosísimo, y desconcertaria enteramente la economía de los designios de Dios respecto de nosotros. Nuestra libertad y nuestra existencia misma dependen de esta mezcla de luces y obscuridad. Si percibiésemos toda la grandeza del alma humana, sin descubrir al mismo tiempo las

---

(1) *B. Petri.* Ep. II, cap. I, 19.

perfecciones infinitamente mas elevadas y escelsas del Sér Supremo, arrebatados, sin poderlo resistir, de una admiracion desordenada de nosotros mismos, caeríamos al instante por la sobervia como el ángel rebelde. Y si Dios, descorriendo repentinamente el velo que le cubre, nos permitiese contemplar una pequeña parte de su gloria, el alma transportada y fuera de sí, romperia los lazos que la detienen, y quebraria sus órganos, cuya fragilidad no podria resistir á la impetuosidad de sentimientos que esta vista escitaria en ella.

Se ve pues que las leyes generales de la Religion se modifican segun la naturaleza de los diferentes seres que une, y conforme á los diferentes estados en que ellos pueden encontrarse. Así el hombre, sér misto ó compuesto de alma y cuerpo, tiene obligaciones relativas á su doble naturaleza y á su condicion presente; y como no se conserva, ni sus potencias se desenvuelven sino en el estado de sociedad, Dios tuvo cuidado de establecer una sociedad depositaria de las leyes destinadas á arreglar el uso de estas facultades, ó á poner órden en todo el hombre, tanto en sus pensamientos, como en sus deseos y obras: sociedad *espiritual* y á un

mismo tiempo *visible*, porque el hombre es espíritu y cuerpo: sociedad *una*, porque la Religion es una; sociedad *universal*, porque la Religion es universal; sociedad *perpétua*, porque la Religion es perpétua; sociedad *santa*, ó perfecta, porque está regida y gobernada por leyes perfectas, bajo la autoridad de un Monarca perfecto.

Cualquiera que se separa de esta sociedad fundada por el Mediador, y gobernada por él, no poseyendo, ni conservando ya ningun derecho al beneficio de la mediacion, se priva (cuanto es de su parte) de todo medio de comunicar con Dios. Le usurpa la gloria que él queria sacar de los homenages de su criatura, divinizados por su union con los del Mediador, y se declara demasiado grande para necesitar de la mediacion del hombre-Dios para unirse al Sér infinito. Se hace él mismo un Dios, oponiendo su razon á la razon Divina, que ha juzgado necesaria la Encarnacion para establecer esta admirable y asombrosa sociedad del hombre y de su Hacedor. Desecha y desprecia la señal mas grande de amor, que ha podido darle el Todopoderoso. Desdeña sus beneficios, se rebela contra sus voluntades, turba la armonía de la Creacion, y donde el Eterno,

principio inmutable de todo bien; habia querido realizar una imágen de sus perfecciones, le obliga á contemplar el mal. Ciertamente, se forman una idea bien estraña de Dios los que le suponen insensible á tal ultrage. Cuanto mas perfecto es, tanto mas opuesta es la indiferencia á su naturaleza. Odia soberanamente el desórden; lo aborrece, como el hombre su destruccion, con la diferencia, de que este aborrecimiento en el hombre es un sentimiento ciego y limitado, y el ódio del desórden, reglado en Dios, prescripto, ordenado por su sabiduría infinita, es tan infinito como ella.

Ahora bien, siendo indudable que la Religion comprende y abraza en sí todas las leyes á que el hombre debe obedecer; desechar la Religion, es desechar, es desaprobar de una vez todas las obligaciones; es romper á un tiempo todos los vínculos de la sociedad de los seres inteligentes, y constituirse en el estado mas completo y horroroso de desórden, en que una criatura libre se puede hallar. El *cielo* y *la tierra pasarán* antes que un delito tan enorme llegase á quedar impune; porque el trastorno de la naturaleza física, y la aniquilacion misma del universo, serian un mal infinitamente menor que

la violacion de una regla sola de la justicia.

La poca importancia y estimacion que se afecta hacer de la Religion, proviene de que no se la conoce; y la mayor desgracia es que se cree conocerla, porque se ha oido hablar mucho de ella, y porque cada uno por su parte ha hablado tambien, sin tener de ella otra idea que la que por casualidad se ha formado bajo la influencia de mil preocupaciones, y de tantos intereses opuestos á la verdad, cuantas eran sus pasiones. Si se comprendiese solamente que la Religion es en el mundo moral el único medio de establecer y conservar el órden, se podria aborrecerla sin duda, como se puede aborrecer á Dios; pero no se menospreciaria. El delito de los que la quebrantan, no sería menos enorme, pero sería menos estúpido. Escogerian á la manera que Luzbel, entre el bien y el mal, con conocimiento. La perversion de la voluntad no se estenderia hasta la razon. Asombrarian al mundo por su audacia desesperada, pero no escitarian esa compasion humillante, que inspira su desden fátuo é imbécil.

Entiendan pues que Dios al criar al hombre á su imágen, es decir, capaz de conocer, de amar y obrar con libertad, no habiendo tenido otro designio que manifestar

sus perfecciones, ha querido que las leyes inmutables de su sabiduría fuesen la regla de sus potencias, de su entendimiento y voluntad, ó lo que es una misma cosa, quiso establecer en el hombre, imágen suya, el mismo órden que en sí mismo.

Esto supuesto, no hay duda que la Religion llena eminentemente este importante fin; y desde luego lo primero: ella ordena los pensamientos del hombre, arreglándolos por la ley eterna de la verdad. Le enseña á conocerse á sí mismo, á conocer al Mediador que le une á Dios, y á conocer al mismo Dios; de suerte que posee implícitamente todas las verdades, pues que posee á Dios, que es el principio de ellas. Esto no es decir que abrazando por todas partes al sumo Ser, se pueda formar de él una nocion exenta de obscuridades; no, porque este conocimiento comprensivo es peculiar del mismo Dios. Viéndose por un solo acto de su poderosa inteligencia cual es en sí, y segun todo lo que es, no es para sí mismo sino un gran pensamiento; y confundiéndose en algun modo todas sus perfecciones en la idea inmensa del Ser, que es la mas positiva de todas las ideas, no puede él mismo definirse sino por esta sublime afirmacion: *yo soy el que soy.*

Mas la inteligencia humana, por el hecho mismo de ser limitada, nada percibe con esta perfecta claridad. Lo que ignora obscurece mas ó menos lo que conoce; porque teniendo cada parte relaciones necesarias con el todo, es preciso conocer el todo para conocer perfectamente la menor de sus partes. De donde nace, que la razon nada comprende perfectamente. Una débil y vacilante luz señala apenas algunos perfiles esteriores, algunos ligeros rasgos de los objetos que considera. Pero luego que quiere penetrar lo íntimo de su naturaleza, densas y espesas sombras detienen sus miradas, y la repelen hácia la ignorancia de que pretendia salir. He aquí su condicion tan triste como irremediable, cuando está reducida á buscar la verdad por sus propias fuerzas. Incapaz de afirmar y de negar, fluctuando perpetuamente á merced de probabilidades contrarias en el vasto mar de la duda, no podrá jamas fortalecer y corroborar el pensamiento del hombre hasta hacerle tan firme é inalterable como el pensamiento de Dios (*): y sin embargo esto es indispensable para que nuestra inteligencia sea verdaderamente la imágen de la inteligencia divina,

(*) Tengamos presente que todas las comparaciones y

tan infinita en certidumbre como en estension. ¿Quién vendrá pues al socorro de esta débil inteligencia? ¿Qué mano poderosa la levantará hasta esta altura? ¡Ó hombre! ¿quién pondrá en tus labios trémulos aquella palabra que debes pronunciar con igual firmeza y seguridad que Dios mismo: *El es el que es*? La Religion. ¿Y cómo? No pienses que ella vaya locamente á cargar la razon con el peso de la verdad infinita que no podria soportar. No: suplirá la flaqueza de la inteligencia con la fé. Despues de haber probado su autoridad divina, mandará al hombre que crea lo que no puede comprender, y pondrá en sus creencias, infinitas en su objeto, é infinitamente ciertas, porque se apoyan en un testimonio divino, el mismo órden que existe en las ideas de Dios; y como unas mismas verdades son conocidas por la misma fé de todos los seres inteligentes, hay sociedad entre ellos y el supremo Ser que las ha criado para sí.

El Mediador es el vínculo esencial de es-

---

semejanzas que se toman de las cosas humanas respecto de las divinas: *plus habent dissimilitudinis quam similitudinis*. El hombre es ciertamente hecho á la imágen y semejanza de Dios; pero no es una imágen perfecta que lo esprese todo: esto está reservado al Verbo, que es la verdadera imágen de su Substancia.

ta sociedad; pues por él es por quien conocemos á Dios. *Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo* (1). Ciertamente en nosotros mismos no podríamos encontrar esta sublime idea, que encierra el infinito. ¿Qué digo esta? no hallamos en nosotros mismos ni una verdad sola (*); todas nos vienen de fuera: la razon no es mas

---

(1) *Nemo novit Patrem, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare.* Math. 11, 27.

(*) Suponemos que Mr. de La Mennais habla de las verdades sobrenaturales, como lo indica en varias partes del capítulo, y en este único sentido es cierto que la razon no es *mas que la capacidad de recibirlas, de reconocerlas y combinarlas*; pero si quisiese estender este principio á las verdades naturales, no podemos convenir en principios, ni en sus consecuencias. En esta hipótesi, el entendimiento, la mas noble de todas las potencias, sería la única criada por Dios, sin medios, sin virtud *propia* para conseguir su objeto *proporcionado y connatural*; y por consiguiente un hombre, criado en los bosques, no teniendo quien le comunicase la verdad, obraria sin libertad, y sin pecado aun en las acciones de suyo mas criminales, y viviria en la imposibilidad de conocer á Dios. No creemos que para negar á la razon la soberanía en orden á la verdad, sea justo privarla de la mas noble de sus atribuciones, cual es, *inquirir*, *investigar* y *hallar* la verdad proporcionada á su capacidad. De lo contrario todas las ciencias son inútiles, y con solo formar la *historia* de las poquísimas verdades que contienen, nos veríamos libres de aquella terrible verdad, que forma gran parte de la pena del pecado original: *qui addit scientiam, addit et laborem.*

que la capacidad de recibirlas, reconocerlas y combinarlas; y á causa de nuestra doble naturaleza, para que se nos hagan perceptibles, es preciso que se revistan de una forma sensible, y por decirlo así, que se encarnen. La palabra es como el cuerpo, que nos hace visibles las ideas, las cuales se borran de nuestro espíritu con su espresion. No debe pues sorprendernos que no conozcamos á Dios mismo (*) sino por su *Palabra* ó su *Verbo*; ni que esta palabra inmaterial, queriendo comunicarse á nosotros, sin alterar nuestra naturaleza, se haya revestido de ella: *y el Verbo se hizo Carne, y habitó entre nosotros* (1); porque en el órden establecido era preciso que tomase cuerpo para *hablar* á nuestro entendimiento. La Sabiduría eterna, sin dejar de ser lo que era, se ha puesto en relacion con el hombre, quedando tambien él lo que es; y la union de la Divinidad con la humanidad en la Persona del Verbo representa rigorosamente la union que vino á establecer entre Dios y el linage humano. *Yo he venido*, dice

---

(*) Como autor sobrenatural. Véase la nota 3 de la página 248 del t. I.

(1) *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* Joan. I, 14.

el mismo Hombre-Dios, *á traer al mundo la verdad*, ó segun la espresion admirable del Evangelio, *para darla testimonio;* es decir, no para hacerla comprender al hombre perfectamente, lo que es imposible, sino para declararle que ella es, y lo que es ella misma; ó para manifestarle sin equivocacion la verdad, y su verdadero carácter: *el que ama la verdad, me oye* (1). De este modo, la certidumbre del testimonio reemplazando á la certeza de la evidencia, el hombre ha podido sin mudar de naturaleza poseer plenamente la verdad infinita; *ha podido hacerse hijo de Dios*, ó entrar en sociedad con él, porque la familia es la imágen y elemento de toda sociedad; y todo esto libremente, porque si el entendimiento no es libre para dejar de asentir á la evidencia, la voluntad lo es siempre para *escuchar* ó no un *testimonio*, para admitirle ó desecharle, y así es como el hombre creyendo, sin ser forzado á ello, por una evidencia intrínseca é invencible, rinde voluntariamente á Dios un homenage digno de él: verdadera adoracion en es-

(1) *Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: omnis qui est ex veritate, audit vocem meam.* Joan. 18, 37.

píritu y en verdad, que consiste en reconocer la dependencia infinita en que está nuestra razon de la razon divina por una sumision perfecta á su palabra.

No bastaba sin embargo haber promulgado la verdad, era tambien necesario proveer á su conservacion, porque su reino debe ser eterno; era necesario preservarla de todo vicio ó mezcla de error, y hacerla accesible y de fácil conocimiento á todos los hombres por un medio ó camino análogo á su naturaleza. Jesucristo, ó el Mediador, llenó maravillosamente este grande objeto; y en el medio que escogió, se admira á un tiempo un tan profundo conocimiento del hombre, que no podia pertenecer sino á un Sér sobrehumano, y aquel hermoso carácter de unidad tan particularmente propio de las obras de Dios. Y en efecto, ¿qué hace? ¿Escribe su doctrina en un libro? ¿Procura circunvalarla de tantas pruebas de razon que el entendimiento no pueda menos de adherir á ella? Esto es sin duda lo que hubiera tratado de hacer un filósofo. ¿Pero quién no ve que atendida la debilidad de nuestro entendimiento, esto hubiera sido abrir un campo mas vasto á las dificultades, y que dirigiéndose de este modo á la razon del hom-

bre, y por el hecho mismo autorizándole á no admitir sino lo que concibiese plenamente, se habria levantado entre él y el Sér incomprensible una barrera insuperable? Jesucristo, desdeñando todos los vanos apoyos de las opiniones, desciende hasta el fondo de nuestra naturaleza para sentar en ella y cimentar el fundamento de la perpetuidad de la Religion. Conserva la verdad en el pensamiento del hombre, como el pensamiento mismo se conserva, por la palabra transmitida (*); y para asegurar su transmision, une con vínculos esteriores é indisolubles á los que ha unido interiormente por la misma fé; los constituye en sociedad bajo un gobierno de que él es cabeza; en una palabra, funda su Iglesia. Enviado por su Padre, envia él tambien á su tiempo pastores á quienes reviste de su autoridad: *Id y enseñad á todas las naciones, y sabed, que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos* (1). Y así como él decia de sí mismo: *el que me ha enviado es veraz, y yo*

(*) La tradicion.

(1) *Euntes docete omnes gentes... et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque adconsummationem sæculi.* Math. 27, 19, 20.

digo al mundo lo que le oí (1); así estos pastores dirán tambien: *El que nos ha enviado es veraz; y nosotros decimos al mundo lo que hemos oido de él.* Simples testigos, deponen de lo que han oido á su Maestro, y su testimonio no es otro que el de Jesucristo, *que ha prometido estar con ellos todos los dias*, sin interrupcion alguna; asi como el testimonio de Jesucristo es el testimonio de Dios que le ha enviado, y dice de él: *ese es mi hijo muy amado;* oidle. (2). Por esta razon añade Jesucristo: *el que á vosotros oye, á mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia; quien á mí me desprecia, desprecia al que me envió* (3). Para entrar en sociedad con Dios, ó segun la espresion del Evangelio, *para hacerse hijo suyo*, es necesario recibir la verdad de la Iglesia *docente*, asi como ella la recibió de Jesucristo, y Jesucristo la recibió de su Padre: recibirla con toda seguridad y

---

(1) *Qui me misit, verax est; et ego quæ audivi ab eo hæc loquor in mundo.* Joan. 8, 26.

(2) *Hic est Filius meus charissimus: audite illum.* Marc. 9, 6.

(3) *Qui vos audit, me audit: et qui vos spernit, me spernit. Qui autem vos spernit, spernit eum qui misit me.* Luc. 10, 16.

fé, *fide*, porque este es en la tierra el único medio de poseerla; y la mas pequeña duda sería una injuria á la autoridad infinita que la atestigua. Salid de aquí, haced intervenir á la razon para juzgar si debe admitir ó no, ó si ha de desechar los dogmas que Dios nos ha revelado, y al punto el magnífico é inmenso edificio de la Religion transportado fuera de su cimiento, y estribando sobre esta frágil base, se desploma por todas partes, y oprime bajo sus ruinas á la presuntuosa razon, que se habia creido capaz de sostenerle.

Obligados pues á oir á la Iglesia, y apoyándose el órden de la sociedad espiritual sobre su testimonio, el de Jesucristo, y el de Dios, hay tres grados correspondientes de desórden, ó tres grandes crímenes contra la verdad: porque se la puede atacar negando el testimonio de la Iglesia, ó el testimonio de Jesucristo, ó el del mismo Dios; negaciones que constituyen los tres sistemas generales de error espuestos é impugnados en el principio de esta obra.

El primero, que es la *heregía*, consiste segun la significacion misma de la palabra, en *escoger* ó *elegir* entre las verdades reveladas las que mas contentan á la razon, des-

echando las otras ó como inútiles, ó como dudosas, ó como errores ciertos. Pero luego que se reusa escuchar á la Iglesia sobre un punto, ya no hay razon, ni motivos para oirla ó escucharla sobre ninguno. Su autoridad es indivisible como su testimonio; el que le recusa en parte, le recusa todo entero. Esto ó aquello que se dice creer, nada importa, nada vale: desde el momento en que se desecha una verdad, la fé se apaga, no hay verdadera fé; porque en lugar de someter su juicio á la ley de la verdad, somete la verdad á su propio juicio. Por lo mismo trastorna todas las relaciones de la sociedad espiritual; se hace de la razon que debe obedecer, la autoridad que debe mandar; se trabaja por substituir la certidumbre de la evidencia á la certidumbre del testimonio; y transformando por este medio la Religion en una pura opinion, se destruye el fundamento de las mismas verdades que se conservan, lo que hizo decir á un Apóstol: *el que viola un solo punto de la ley, quebranta toda la ley* (1); principio verdadero, ya se aplique á las costumbres, ó á la doctrina.

---

(1) *Quicumque autem totam legem servaverit, offendat autem in uno, factus est omnium reus.* Ep. B. Jacob. II, 10.

La *heregía*, pues, trastorna toda la economía de la mediacion. El herege negándose á creer por el testimonio de los enviados de Jesucristo, niega su autoridad, y su mision. Se erige en juez árbitro del medio que el Mediador ha debido escoger para hablarle, y por una consecuencia inevitable se constituye juez de su palabra. Sobreponiéndose á la Iglesia, se sobrepone igualmente sobre su cabeza, y sobre el Hombre-Dios. Y como realmente todo cuanto sabe de él, no lo ha podido aprender sino de la Iglesia, por su tradicion y sus monumentos escritos; de ahí es, que dejando de creer á la Iglesia, en breve, si es consiguiente, llega á no creer al Mediador mismo, á negar su autoridad, su mision, su existencia; y es el *segundo sistema* general de error, ó el Deismo.

El deista, asi como el herege, desechando la intermediacion del cuerpo de pastores, que forma la Iglesía *docente*, quiere establecerse en relacion inmediata con el Mediador; asi él, desechando la intermediacion del Verbo encarnado, quiere establecerse en inmediata relacion con Dios: tal es el carácter esencial de su doctrina. Niega el testimonio del Mediador por quien únicamente conocemos á Dios, así como el herege niega el

testimonio de la Iglesia, por la cual sola conocemos al Mediador. De este modo el desórden va creciendo en el pensamiento del hombre, y esta imágen infiel de la Divinidad, dejando de reflejar sus perfecciones, se desfigura mas y mas: porque pretender conocer á Dios por otro medio que por su Verbo, es querer conocerle como él mismo no se conoce; es querer, separándole de su sabiduría substancial, mutilar su esencia, y trasladar á él nuestra tenebrosa razon para aclarar y ver los restos de su Sér. Así es como desde entonces todo se nos convierte en una duda inmensa. Lo vemos rodeado de misterios tan impenetrables, que ni sabemos lo que es, ni aun si existe. "No es poco, »dice Rousseau, llegar en fin á conocer que »le hay (Dios); mas cuando hemos llegado á »este punto, cuando nos preguntamos ¿cuál »es? ¿dónde está? ¡nuestro espíritu se con»funde, se estravia, y ya no sabemos qué »pensar (1)!"

Mas para que se comprenda mejor cuán insensata es la pretension de quererse unir á Dios, y conocerle por la pura razon (*),

(1) *Emile*, t. 2, p. 341.

(*) Véase la nota 3 de la pág. 248 del t. 1 para escusar repetirnos aquí.

obsérvese que nosotros no conocemos así á ningun sér espiritual. ¿Cómo nos aseguramos de la existencia del alma en los otros hombres, sino por la comunicacion de los pensamientos? ¿y el pensamiento de los otros no nos sería enteramente desconocido, si no nos lo manifestase por la palabra? Sin esta manifestacion ó revelacion, nuestra alma eternamente solitaria, viviria en una ignorancia absoluta de los seres que la son semejantes. Ahora pues, si es necesario que el hombre hable al hombre para ser de él conocido, ¿cómo conoceria el hombre á Dios, si Dios no le hablase? Buscando vanamente al Sér infinito en su razon, incapaz de formar por sí sola esta idea inmensa, el Deista acaba por negar á Dios, á quien no comprende: y he aqui ya el *tercer sistema* general de error, ó el *ateismo.*

Hasta aqui el hombre conservaba algunos, aunque débiles rasgos, de semejanza con su autor: el *ateismo* acaba de borrarlos. Todos los fundamentos de la certidumbre conmovidos á la vez, todos se desploman, y hunden. Una noche profunda cubre el entendimiento; la razon, titubeando entre las tinieblas, no sabe á qué atenerse, y se sepulta en el escepticismo absoluto. Perdiendo

á Dios, pierde el hombre todas las verdades. Tal es el último término del desórden en el Sér inteligente.

Temblemos á la vista de este desórden, mas horroroso en verdad que podria serlo el caos de la naturaleza, si apagándose el astro del dia, se hallase repentinamente sepultada en una obscuridad impenetrable.

¿Quién podrá concebir la desgracia de una criatura sin Religion y sin Dios? pero sobre todo, ¿quién formará una verdadera idea de su crímen? Sectarios, deistas, ateos, no digais: ¿cómo, ó por qué hemos de ser culpables en engañarnos, buscando sinceramente la verdad? por que esto mismo es acusar á Dios, y suponer en él voluntades contradictorias; á saber: que mandando al hombre creer la verdad, le niega los medios de conocerla. Ni la ignorancia, ni el error son un crímen en sí, porque aquélla y éste pueden ser involuntarios. Ninguno pues es culpable precisamente, porque ignora, ó porque se engaña; y aun por esto mismo, porque el hombre ignora naturalmente, y se engaña con una facilidad tan lastimosa, no ha querido Dios hacer depender de su razon, sino de su voluntad, el conocimiento de las cosas necesarias. Él lo ha concertado y dispuesto to-

do de manera, que en todos los tiempos le fuesen atestiguadas por un testimonio de una autoridad infinita. Por tanto su voluntad, desechándolas, se hace culpable, y sin escusa alguna de un crímen infinito, cuyo principio es un orgullo sin límites.

Calvino, dinos: ¿con qué fundamento niegas la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, que la Iglesia toda cree y atestigua? = Fundado en mi razon, que no puede comprender este misterio. = Luego el testimonio de los Apóstoles, y de sus sucesores, con quienes Jesucristo ha prometido *estar todos los dias hasta la consumacion de los siglos*, deberá ceder á tu razon individual; y será necesario que la Iglesia, aquella Iglesia á la cual san Pablo llama *fundamento de la verdad* (1), haya mentido, porque tú no comprendes.

Rousseau, ¿con qué fundamento, di, niegas la Revelacion y el Mediador? tú que digiste que "los hechos de Sócrates, en los »que nadie pone duda, estan menos atesti»guados que los de Jesucristo (2)." = Fun-

(1) *Ecclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis.* Ep. I. ad Timoth. 3, 15.

(2) *Emile*, t. 3, p. 182.

dado en mi razon, que no puede comprender la necesidad de la revelacion, ni los dogmas revelados por el Mediador (1).=¡Segun eso, el testimonio de tantos millones de cristianos, que han creido con pruebas de hecho, el testimonio mismo *del Hijo de María, cuya vida y muerte son de un Dios* (2), deberia ceder á tu razon individual; y será necesario que Jesucristo, el Verbo encarnado haya mentido (3), porque tú no comprendes!

Diderot, ¿con qué fundamento niegas la existencia de Dios, comprobada por la tradicion universal del género humano?=Fundado en mi razon, que no puede comprender á Dios.=¡Segun eso el testimonio unánime de los pueblos, que atestigua de siglo en siglo un hecho revelado anteriormente, deberá ceder á tu razon individual; y será necesario que todo el género humano, y el mismo Dios hayan mentido, porque tú no comprendes!

El orgullo, sí, un orgullo desmedido,

---

(1) *Ibid.* p. 183.

(2) *Emile*, t. 3, p. 182.

(3) *Qui credit in Filium Dei, habet testimonium Dei in se. Qui non credit Filio, mendacem facit eum: quia non credit in testimonium quod testificatus est Deus de Filio suo.* Ep. 1. Joan. 5, 10.

que por nada se amedrenta, es el pecado, el delito, el crímen del ateo, del deista y del herege. Todos tres, implícitamente al menos, niegan el testimonio de Dios, se declaran mas grandes y mas perfectos que él, erigiéndose en jueces de su palabra: verdadera idolatría de la razon humana, cuya última declaracion y confesion pública hemos visto en el culto de la Diosa Razon (*).

En desconociendo la regla que dirige, es indispensable llegar hasta este estremo: no hay cosa que detenga: el principio arrastra hasta allí, y cuanto mas vigor y rectitud (**) hay en el espíritu, tanto mas se pierde y estravia. Una de las maravillas del Cristianismo es el que no solo nos ofrece la verdad, sino que nos asegura su posesion, y la defiende en el hombre contra el hombre mismo. Esto solo bastaria para probar la divinidad de la Religion Cristiana; porque el hombre no tiene en sí medio alguno de resistirse á sí mismo, pues lo que remedia la

(*) Véase la nota de la pág. 188 del t. 1.

(**) No moral, sino lógica, porque deduciendo consecuencias é ilaciones de una en otra, se precipita en este abismo. No hay duda, cuando un caminante se ha apartado del camino, cuanto mas veloz ande mas se estraviará.

flaqueza de la naturaleza es evidentemente superior á ella.

Pero Dios no se ha acercado al hombre por medios y caminos tan admirables, para dejarle luego en la libertad libre de separarse y alejarse de él. Si sus dones son sin arrepentimiento, es porque admitidos ó despreciados, sabe sacar siempre de ellos su gloria, ó bien sea coronándolos con el último don, que es el de la bienaventuranza eterna, ó sea arrojando de sí á los que los han desechado y despreciado. La recompensa de haber amado aqui abajo la luz, será el poseerla eternamente en su misma fuente: *in lumine tuo videbimus lumen* (1). Mas á los que la aborrecen, y se complacen en las tinieblas de su entendimiento ó inteligencia, ¡oh Dios mio! ¿qué les reservais, sino aquellas tinieblas horrorosas, de las cuales está escrito que *allí habrá llanto y rechinar de dientes* (2)?

En segundo lugar, la Religion ordena los afectos del hombre, arreglando su voluntad del mismo modo que su entendi-

---

(1) *Psalm.* 35, 10.

(2) *Ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus et stridor dentium.* Math. 8, 12; et ibid. 22, 13.

miento, su amor como su inteligencia, enseñándole á proporcionarle al grado de perfeccion de los seres; y de este modo viniendo á ser bajo un nuevo respecto imágen de Dios, acaba de formar en sí aquella maravillosa semejanza, para la cual resolvió criarle el Todopoderoso.

Aquí tambien el Cristianismo se eleva sobre las doctrinas humanas tanto, cuanto la sabiduría Divina es superior á la nuestra. En efecto ¡qué grandeza, qué profundidad no se encuentra en aquel precepto al parecer tan simple y tan sencillo: "Amarás »al Señor tu Dios de todo tu corazon, con »toda tu alma y con todas tus fuerzas: este »es el primero, y el máximo y principal man»damiento. El segundo le es semejante á él: »amarás á tu prógimo como á tí mismo (1)." El hombre semejante á Dios, debe ser amado con un amor semejante al que debemos á Dios; pero no igual: debe entre estos dos amores reinar la misma distancia que hay

---

(1) *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex totâ animâ tuâ, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tuâ*, Luc. 10, 27. = *Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum sicut te ipsum.* Math. 22, 38, 39.

entre una imágen y su prototipo. Con una palabra sola nos lo enseñó Jesucristo, recordándonos nuestro orígen, cuya grandeza es el título mismo de nuestra dependencia: "En »estos dos preceptos se encierran la ley y »los Profetas (1);" es decir, que abrazan á un tiempo la sociedad presente, y la sociedad eterna, cuya puerta ó entrada vino á abrirnos el Mediador anunciado por los Profetas.

Dios como infinitamente perfecto, ó soberanamente amable, se ama á sí mismo con un amor infinito; esta es la ley del órden que debe regir al hombre, como dirige al mismo Dios. Todo amor infinito y limitado es indigno de él. Es el bien por escelencia, el bien sumo, el único bien, y por consiguiente el fin único á donde deben dirigirse todos nuestros afectos y deseos. Debemos amarle sobre todas las cosas, mas que á todas ellas, y mas que á nosotros mismos, ya por causa de nuestra imperfeccion, y ya tambien porque no siendo nosotros nuestro bien para nosotros mismos, el amor bien entendido de nosotros debe dirigirse hácia

(1) *In his duobus mandatis universa lex pendet, et Prophetæ.* Math. 22, 40.

Dios, y fijarse alli por nuestro propio interes. Es necesario que nos amemos en él, como él se ama en nosotros; que nada amemos sino por él, y que le amemos como él mismo se ama. ¡Insondable misterio! porque ¿dónde hallará el hombre flaco y miserable el amor infinito que debe á Dios? ¿cómo satisfará esta deuda inmensa? La naturaleza desfallecida conoce su impotencia. Sin embargo ¡oh hombre! aliéntate: *lo que te es imposible á tí, es fácil á Dios* (1). ¿No te hallabas naturalmente en igual impotencia de conocerle (*)? El te ha enviado á su Hijo, y tú le conoces plenamente por la fé. Este Hijo divino, unido á su Padre, te enviará al Espíritu que los une, para remediar tu flaqueza (2); y así como tú conoces á Dios

(1) *Quæ impossibilia sunt apud homines, possibilia sunt apud Deum.* Luc. 18, 27.

(*) Entiéndase siempre en el mismo sentido en que hemos dado á entender en las notas anteriores. Suponemos que el autor habla de un Dios sobrenatural, como se ve por el conocimiento de la Trinidad que inmediatamente espresa, y que solo por la fé sabemos; pues aunque las criaturas nos lleven al conocimiento de un Dios Criador, como el relox nos lleva al conocimiento de un relojero que lo formó, pero no al conocimiento de un Dios Trino y Uno, que es el primero de los misterios.

(2) *Spiritus adjuvat infirmitatem nostram.* Ep. ad Rom. 8, 26.

por su Verbo, le amarás por su amor. Uniéndose á ti este Amor substancial (*), divinizará tu amor, le revestirá del carácter de infinito, que es solo el que puede hacerle digno de Dios. De este modo entrarás en la sociedad inmortal *de los verdaderos adoradores, que adorán al Padre en espíritu y en verdad* (1): es decir, por su Verbo, que es la verdad (2), y por su Espíritu, que es amor: porque *la verdad ha sido efectuada por Jesus* (3), *y el amor de Dios se ha difundido en nuestros corazones por su Espíritu que se nos ha dado* (4).

El segundo mandamiento es semejante al primero: *Amarás á tu prógimo como á ti mismo.* Siendo todos los hombres iguales por naturaleza, ó igualmente perfectos, tienen derecho á un amor igual. La preferencia que cualquiera de ellos se tomase sobre los otros, no estando fundada en ningu-

---

(*) Por su gracia y dones.

(1) *Venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate.* Joan. 4, 23.

(2) *Christus est veritas.* Ep. 1. Joan. 5. 6.

(3) *Gratia et veritas per Jesum Christum facta est.* Joan. 1, 17.

(4) *Charitas Dei diffussa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis.* Ep. ad Rom. 5, 5.

na superioridad de naturaleza, sería una violacion del órden. Y he aquí el principio de aquel sentimiento sublime que se llama *humanidad*, sentimiento nacido del Cristianismo, y que estiende á todo el género humano el amor que cada hombre se tiene á sí.

No quiere decir esto que la Religion destruya los afectos de familia, ni el noble amor de la patria; al contrario, convierte en obligacion esta inclinacion natural, la fortalece y corrobora arreglándola, é impide que degenere en pasion esclusiva, azarosa é infausta, subordinándola á esta gran ley general; á saber, la preferencia de todos á algunos, de la patria á la familia, de el género humano á la patria, de la sociedad eterna á la sociedad presente ó temporal.

"El órden, dice Bossuet, será perfecto, » si el hombre ama á Dios mas que á sí mis» mo, á sí mismo por Dios, al prógimo no » por sí mismo, sino, como á sí mismo por » Dios. En esto está toda la virtud (1)."

El amor sin regla es *egoismo*, esto es, una preferencia absoluta de sí á sus semejantes y á Dios. El amor arreglado únicamente por las leyes de la sociedad presente, es *hu-*

(1) *Medit. sur l'Evangile*, t. 1, p. 475 in 12.

manidad, ó amor igual de todos los hombres, á causa de la igualdad de la naturaleza. El amor arreglado por las leyes de la sociedad eterna, es *caridad*; sentimiento enteramente divino, pues que no es otra cosa que el amor mismo de Dios al hombre.

Ahora bien, *Dios ha amado al hombre hasta el estremo de darle su Hijo único, para adquirirle la vida eterna* (1). El hombre pues debe amar al hombre hasta sacrificarlo todo, y aun la misma vida, para procurarle esta vida inmortal.

Y como ella no es otra cosa que la posesion de Dios, ó del Sumo bien, el hombre nada debe amar, ni amarse á sí mismo, sino en órden, y con respecto á este último fin. Todo cuanto le aparta de él, es un mal, y debe aborrecerlo; lo que no tiene relacion sino á una existencia pasagera y transitoria, no es un bien verdadero, y el órden siempre inflexible le prohibe fijar en él su corazon. El tiempo es corto, dice el Apóstol; y la naturaleza nos lo repite todos los dias; y todos los dias la muerte, con mano de hierro graba sobre millares

(1) *Sic enim Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret: ut omnis, qui credit in eum, non pereat, sed habeat vitam æternam*. Joan. 3, 16.

de féretros, esta grande leccion: El tiempo es corto, el tiempo es breve; los que tienen mugeres, vivan como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se regocijan, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo, como si no usasen; porque pasa la figura de este mundo (1)." ¡Infeliz de aquel que viciase su amor, y lo dejase estraviar y encenagarse en este mundo que pasa! porque, cuando dentro de poco se haya pasado, ¿qué quedará á esta miserable alma sino un vacío infinito, y en una separacion eterna de Dios, la imposibilidad eterna de amarle?

El mismo principio que introduce el desórden en nuestro entendimiento, desarregla tambien nuestra voluntad. El orgullo ó desconcierto de la razon, por el cual nos queremos sobreponer y hacer superiores á todo, produce la concupiscencia, ó el desarreglo del amor, por el cual nos amamos á nosotros

---

(1) *Tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint: et qui flent, tanquam non flentes: et qui gaudent, tanquam non gaudentes: et qui emunt, tanquam non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur: præterit enim figura hujus mundi.* Ep. 1. ad Corint. 7, 29, 31.

mismos mas que á todas las cosas; primero, mas que á nuestros prógimos, y luego mas que á Dios. ¡Esceso estraño! Pero ello es así. El hombre llega á tributarse un culto esclusivo de amor, y un culto no menos esclusivo de admiracion: enamorado de su propia escelencia, se ama sin regla y sin medida; y al punto, juzgando de los bienes y de los males con respecto á su naturaleza corrompida, llama *bien* á todo lo que lisongea su orgullo y sus sentidos, y *mal* á todo lo que los lastima y ofende. La gloria, las riquezas, los deleites, aun los mas vergonzosos, he aquí lo que esta criatura inmortal buscará como su fin; y con los ojos fijos sobre un vil metal, y el oido ansiosamente atento á un vano rumor de reputacion, decidirá interiormente que hay mas perfeccion, ó *bien* real y efectivo en este rumor que le embriaga, ó en aquella pieza de oro que codicia, que en el Criador del mundo, fuente eterna y perenne de todo bien. ¡Y qué! ¿Dios podria ser insensible á tal ultrage? Aquel, á quien el órden obliga á querer ser amado como él se ama, ¿aceptará los derechos de amor que las pasiones saciadas le abandonan con desden, ó la indiferencia ó el ódio? No: sería alucinarse demasiado. El que desprecia al Soberano Bien, no debe prome-

terse sino el sumo, el último mal. No hay gracia ni perdon para este crímen que los encierra todos. *Al que habla contra el Hijo del Hombre, puede perdonársele su culpa*, porque puede volver todavía á la verdad por el amor; *pero al que habla contra el Espíritu Santo;* al que se endurece obstinadamente contra el mismo amor, este no tiene remedio, ni esperanza (1); porque ¿quién podrá hacerle volver en sí, habiendo resistido juntamente á la luz de la verdad y á las inspiraciones del amor? Dios mismo nada mas puede hacer por él; ha agotado el poder y la misericordia del Ser infinito; y su pecado, como que envuelve en sí una oposicion total de la voluntad al órden, *no le será perdonado, ni en este siglo ni en el futuro* (2).

Finalmente, la Religion ordena las accio-

---

(1) Se entiende habla al autor de la *impenitencia final* que es consecuencia necesaria de la dureza del corazon en el orden regular. Solo un milagro de la gracia puede evitarla. En el mismo sentido se entienden las siguientes palabras de que no le será *perdonado ni en este siglo ni en el futuro.*

(2) *Quicumque dixerit verbum contra Filium hominis remittetur ei, qui autem dixerit contra Spiritum Sanctum, non remittetur ei, neque in hoc sæculo, neque in futuro.* Math. 12, 32.

nes del hombre, y por eso prescribe ciertos deberes y obligaciones esteriores, y prohibe los actos contrarios. Ahora bien: el hombre está en relacion con sus semejantes y con Dios. El órden, en las acciones que dicen relacion á Dios, se llama *culto*; y en las que dicen relacion á nuestros semejantes, se llama *moral* ó *virtud.*

Las acciones son determinadas por el amor, y este por el conocimiento del bien ó de la verdad. He aquí la razon porque la moral y el culto toman entre los sectarios un carácter vago como su fé y creencia, y propenden como ella á su destruccion: á los ojos del Deista uno y otro (culto y moral) son indiferentes, pues no sabiendo lo que cree, permite no creer nada, y por consiguiente no amar cosa alguna; y á los del Ateo, que no cree mas que en sí mismo, ni ama á nadie sino á sí, se convierten en la moral horrorosa del interes personal, y en el culto monstruoso del orgullo y de la voluptuosidad.

El hombre, como compuesto de dos substancias, debe á Dios el homenage entero de su ser; ó hablando con el lenguage profundamente filosófico del *Catecismo*, debe conocer á Dios, amarle y servirle; conocerle con su entendimiento, amarle con su voluntad,

y servirle con sus sentidos. La necesidad pues de un culto esterior se deriva de la naturaleza del hombre, ser inteligente y físico. Un culto puramente espiritual es el culto de los puros espíritus; es el culto de los ángeles, pero no el del hombre, que por un efecto de la union íntima del alma con el cuerpo, no puede entrar en sociedad sea con Dios, sea con sus semejantes, sino por medio de los órganos de sus sentidos.=“El culto que Dios » pide, dicen (1) es el del corazon.” ¿Quién quita ya decir del mismo modo: “que las vir» tudes que Dios exige son las del corazon;” y de aquí concluir que amando interiormente al prógimo, se cumple toda justicia? ¡Qué miseria! ¡qué compasion! como si el amor no se manifestase necesariamente con actos esternos. El que de veras ama al hombre, le sirve; y del mismo modo, el que ama á Dios, sirve á Dios. El culto, lo mismo que la virtud, consiste en obras y acciones; y así como cada uno debe concurrir con su accion ú obrar en las sociedades políticas á la conservacion del órden, de donde resulta la felicidad del hombre, así tambien en la sociedad religiosa debe

---

(1) Rousseau (*Emile*, t. 3, p. 134), y tambien los jansenistas, disimulando así su ódio á las prácticas esteriores.

concurrir por su accion á la conservacion del órden, de que resulta la gloria de Dios: y á la manera que el *culto esterior* es una relacion que dimana y procede de la naturaleza del hombre, el *culto público* es una relacion que procede y dimana de la naturaleza de la sociedad.

Sin embargo, la ignorancia dejará entreveer una sonrisa de desprecio á solo el nombre de Culto, sin advertir que éste conserva la fé, y alimenta la caridad. Ella no descubre mas que prácticas molestas y pueriles, y ceremonias estravagantes en esta sublime manifestacion de la fé. Filósofo, ríete cuanto quieras de nuestras *genuflexiones*, y de nuestras *ceremonias* (1); pero despues de haber reido, dinos: ¿qué hubiera sido del género humano, si no se hubiera arrodillado delante de la Cruz? Compara con tu culto interior, que consiste en *egercitarse en contemplaciones sublimes* (2), el culto cristiano, que consiste en egercitarse en sublimes sacrificios; cuenta las virtudes que han producido tus coloquios solitarios con el Eterno (3), y las que produce todos los dias una

(1) *Ibid.* p. 135.
(2) *Emile*, t. 3, p. 126.
(3) *Ibid.*

sola mirada echada sobre la imagen de su Hijo.

Mas la Religion nos manda elevar nuestro espíritu á consideraciones aún mas sublimes. No basta admirar esta maravillosa unidad de plan, esa íntima correspondencia que enlaza los dogmas y el culto tan estrechamente como el alma humana está unida con el cuerpo; de manera que habiéndosenos comunicado la verdad por un medio esterior, ó por la palabra, la gracia, ó la caridad, se nos dé y comunique tambien por medios esteriores, ó por los Sacramentos: es preciso ademas concebir que el Culto, en su conjunto magnífico, no es mas que la realizacion esterior de la verdad infinita y del amor infinito, el mútuo don, el sacrificio efectivo de Dios al hombre, y del hombre á Dios, ó la consumacion y complemento de su sociedad. Y en efecto, yo veo sobre nuestros altares á la Verdad infinita realmente presente en la persona del Verbo Encarnado, aunque oculta bajo las apariencias ó especie de pan, símbolo de la vida que nos comunica, así como el mismo Verbo estaba oculto bajo el velo de la naturaleza humana: veo á este Verbo hecho carne, dándose al hombre á quien redimió con su sangre, y

alimentándole al mismo tiempo con su cuerpo inmolado por él, con su verdad, con su amor, con su divinidad toda entera, para divinizarle á él mismo, y prepararle á una union, mas real no, pero sí mas íntima, mas deliciosa, y mas durable. Asi el amor infinito de Dios se manifiesta por una accion infinita, y la Religion sin este misterio, me sería mas incomprensible que lo es el misterio mismo.

Por su parte el hombre asociado al Sacerdocio eterno de Jesucristo (1), el Hombre-Pontífice, ministro é imágen del Pontífice-Dios, realiza esteriormente la verdad y el amor infinito, por la produccion del Verbo Encarnado sobre los altares; produccion prodigiosa, que nos hace participantes de la Omnipotencia divina, y que la Iglesia en su lenguage tan asombrosamente profundo, espresa por la palabra absoluta de *Accion*, porque en efecto, ninguna otra accion puede compararse con está accion infinita que se egerce sobre el mismo Dios.

El hombre realiza tambien la Verdad infinita por la profesion pública de la fé, y el

---

(1) *Tu es Sacerdos in æternum secundùm ordinem Melchisedech.* Ps. 109, 4. *Vide et Joan.* 12, 34. *Ep. ad Hæbr.* 5, 6, 7, 17. = *Pontifex factus in æternum.* Ibid. 6, 20.

amor infinito que el Espíritu Santo le inspira, por los actos públicos de adoracion, obediencia y anonadamiento; por el sacrificio entero de su sér, y de su razon por la fé; de su corazon, por el desapropio de los bienes temporales y perecederos; de sus sentidos, por las prácticas de mortificacion que la ley manda ó aconseja. Así es como cumple el precepto, y *ama á Dios con todo su entendimiento, con todo su corazon, y con todas sus fuerzas*; porque su fuerza, ó sus sentidos, no obran sino para manifestar su amor. Ahora bien, "el mayor esfuerzo de el amor es dar su vida por aquel á quien se ama (1):" este es el último, el perfecto sacrificio, y tambien el medio necesario para llegar á una union perfecta con Dios. Y hé aqui lo que es la muerte para el cristiano, el último acto del culto que debe al Sér Supremo. Aquí tambien se nota la estrecha correspondencia del órden de la naturaleza y el sobrenatural. Pero ¿se quiere ver á la Religion triunfar de la naturaleza misma, y subordinarse el órden de la sociedad presente al órden de la sociedad eterna? ¿Se quie-

(1) *Majorem hâc dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* Joan, 15, 13.

re ver una redencion, si me es permitido decirlo así, mas asombrosa que la del linage humano? contemplad á los Mártires. Dios ha muerto para salvar al hombre; y cuando es preciso ó que el hombre perezca, ó que la verdad, la caridad, en una palabra, Dios perezca en él, el hombre á su vez muere por salvar á Dios.

Espíritus débiles, que venis á estrellaros contra las piedras del altar, comprended ahora esta sentencia: *adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás* (1). Los homenages esteriores, la oracion, todos los actos del culto son inseparables de la adoracion del espíritu. El amor por necesidad se ha de manifestar esteriormente; y en vano es que *sacudiendo el yugo de Dios, y rompiendo los vínculos* de su sociedad, os atrevais á decir: *non serviam!* ¡A pesar vuestro será preciso servir: *servireis á vuestros deseos y pasiones* (2); hareis de ellas otros tantos Dioses (3); porque todo lo que anteponemos á Dios es Dios para nosotros: les tributareis

(1) *Dominum tuum adorabis, et illi soli servies.* Luc. 4, 8.

(2) *Servientes desideriis et voluptatibus variis.* Ep. ad Titum 3, 3.

(3) *Quorum Deus venter est.* Ep. ad Philip. III. 12.

el culto que negais al Todopoderoso. Os adorareis á vosotros mismos en vuestra altanera razon, y en vuestro orgullo insensato, *in omni colle sublimi*; os postrareis delante de vuestros vicios; erigireis en templos las obscuras guaridas de la prostitucion, *sub omni ligno frondoso, tu prosternebaris meretrix* (1): servireis vilmente, como un pueblo envilecido sirve al tirano que casualmente lo domina, hasta que inopinadamente arrebatados por *el torrente impetuoso de la justicia* (2), vayais tambien y para siempre, lejos de la fuente eterna del amor y del sumo bien, á servir, sin esperanza, en las regiones desoladas del ódio, y en el imperio del sumo mal.

Del precepto de amar al prógimo como á sí mismo por Dios, dimanan todas las leyes de la moral y de la sociedad. Este solo precepto pone órden en las familias, en el Estado, y entre los pueblos; porque los pueblos tienen entre sí las mismas relaciones y

---

(1) *A sæculo confregisti jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: non serviam. In omni enim colle sublimi, et sub omni ligno frondoso, tu prosternebaris meretrix.* Jerem. 2, 20.

(2) *Et revelabitur quasi aqua judicium, et justitia quasi torrens fortis.* Amos 5, 24.

estan sometidos á las mismas obligaciones que los individuos. La perfecta observancia de este precepto haria de la sociedad presente una imágen perfecta de aquella sociedad eterna, de la cual un dia hemos de ser miembros. Observad que en efecto esta plena observancia no es mas que el sacrificio completo que hacemos de nosotros mismos por los otros; sacrificio que constituye propiamente la virtud, como sacrificar los otros á sí mismo constituye el crímen. La virtud misma es pues un verdadero culto que el hombre rinde á Dios en su imágen; y como Jesucristo *venido* en calidad de *Rey* (1), *no para ser servido*, *sino para servir* (2), Jesucristo, *inmolado desde el principio del mundo* (3), es á un tiempo en su sacerdocio eterno sacerdote y víctima; cada miembro del cuerpo de que es cabeza, ó de la sociedad espiritual que él ha establecido, asociado á su *reinado* para servir á su *sacerdocio* para inmolarse, es del mismo modo sacerdote y víc-

---

(1) *Dixit itaque ei Pilatus : Ergo Rex es tu? Respondit Jesus : Tu dicis, quia Rex ego sum.* Joan. 18, 37.

(2) *Filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam redemptionem pro multis.* Marc. 10, 45.

(3) *Qui occisus est ab origine mundi.* Apoc. 13, 8.

tima: *vos regale sacerdotium* (1). Mas si la virtud es un culto real, el crímen es una verdadera idolatría, ó una adoracion sacrílega que el hombre se tributa á sí, inmolando el órden á sus pasiones, y declarando que ellas deben ser *servidas* por seres semejantes á Dios: y asi como el mayor acto de virtud, ó el último esfuerzo de amor hácia los otros, es sacrificar su vida por ellos, así tambien el mayor crímen, ó el último esceso del amor desarreglado de sí mismo es sacrificar en beneficio de sí mismo la vida de los otros; y sino en vano el Verbo encarnado quiso que se dijera de él: *He aquí el hombre*; todo asesinato en cierto sentido es un Deicidio.

Aplíquense estas consideraciones al pormenor de las obligaciones domésticas, ó sociales, y se verá que sin la Religion todo es desórden; porque todo órden es relativo á Dios. El órden en nuestros pensamientos es conocerlo; en nuestros afectos y voluntad, amarle; en nuestras acciones, servirle: bien sea inmediatamente por el egercicio del culto establecido por el Mediador en la sociedad religiosa; ó bien sea mediatamente por el

(1) *Ep. 1. Petr.* 2, 9.

egercicio de las virtudes morales, ó del culto que tributamos á su imágen en la sociedad política. Porque nosotros nada debemos al hombre en cuanto tal; y Dios es el principio y término de todas las obligaciones. Esto se ve claramente en el Evangelio, cuando anunciando aquel dia formidable en que todo el linage humano comparecerá delante de él para oir su sentencia final, el Hombre-Dios promete recompensar las obras de caridad y amor, y castigar las contrarias, no precisamente porque se habrá hecho bien ó mal al hombre, sino porque sirviendo ú oprimiendo al hombre, se habrá servido ú oprimido al mismo Dios: *quamdiù fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis..... quamdiù non fecistis uni de minoribus his, nec mihi fecistis* (1). Fuera de esto, no veo ni crímen, ni virtud; y nada menos se necesita que estas palabras para esplicarme las que siguen: "Venid, benditos »de mi Padre..... apartáos de mí, malditos..... »y estos iran á las penas eternas, y los jus»tos á la vida eterna (2)."

(1) *Math.* 25, 40, 45.

(2) *Venite, benedicti Patris mei... discedite à me, maledicti... et ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.* Math. 25, 34, 41, 46.

He aqui lo que es la Religion por respecto á Dios, y lo que es con respecto al hombre. Mas no nos engañemos: no pensemos que ella es un sistema sometido á nuestro juicio: no es un sistema; es una ley, á la cual debemos someter nuestros corazones. Asi es que la primera voz que se hace oir en la aparicion del Hombre-Dios sobre la tierra, impone silencio al sentido humano, revelando el secreto del órden que el Mediador viene á establecer: *Gloria á Dios en las alturas de los cielos, y paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad* (1). Oigamos con atencion: *Gloria á Dios*: este es el objeto principal, la causa primera de la Encarnacion, porque Dios no obra sino por sí mismo. Si envia á su Hijo al mundo, es para hacer resplandecer su gloria, para manifestar su ser, dar testimonio á la verdad, y estender el reino del amor: hé aqui la mision del Verbo hecho carne. Mas acaso, ¿él se dirigirá á la razon? no, sino á la voluntad, porque no depende de la razon el comprender, pero sí depende siempre de la voluntad el

(1) *Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.* Luc. 2, 14.

creer (*) lo que está atestiguado por el tes-
timonio de una autoridad suficiente; depen-
de de la voluntad amar el bien, y obedecer
las leyes del órden. *Paz á los hombres de
buena voluntad.* Aquellos escucharán á Dios
en su Enviado, y le glorificarán por su fé,
por su amor y sus obras, cuya voluntad se-
rá buena, exenta de la corrupcion del orgu-
llo, principio de todo mal, y que inclinarán
su corazon á creer, á amar y obedecer, en
lugar de atormentar su razon con el deseo
de comprender; ó mas bien, aquellos cuya
razon ilustrada comprenderá que es sumamen-
te racional creer sin comprender, cuando Dios
habla para revelarnos verdades tan elevadas,
que solo él es capaz de comprenderlas per-
fectamente. *Paz á los hombres de buena vo-
luntad*; paz, es decir, sociedad, union con
Dios, fuera del cual no hay paz para nin-
gun ser inteligente: *paz sobre la tierra*, por
el goce íntimo del órden que la Religion es-
tablece en sus pensamientos, en sus afectos,
obras y acciones. Lo que turba la paz de la
inteligencia es el combate del error contra
la verdad, del error que nace de la razon or-

---

(1) Aunque el creer es acto del entendimiento, le acompaña la *pia mocion* de la voluntad.

gullosa, contra la verdad que no es conocida por el testimonio del Verbo: la voluntad obligando á la razon á someterse, y dándola la fé por regla, termina este combate. Lo que turba la paz del corazon, es la *lucha de la carne contra el espíritu* (1), del amor desarreglado de nosotros mismos contra el amor de Dios, que su espíritu escita en nosotros: la voluntad, cediendo á sus impresiones, y consumando el sacrificio de todo nuestro sér á su Autor, pone término á esta lucha. Lo que turba la paz de la sociedad, es el combate perpétuo de el interes individual contra el interes general, y de todos en comun: la voluntad tambien, sometiendo las pasiones á la obligacion, ó á la ley que manda sacrificarse por sus hermanos, pone fin á este combate. Digamos pues otra vez: *paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*, y en el cielo hartura eterna de gloria: *satiabor cum apparuerit gloria tua* (2).

Pero á los hombres, cuya voluntad pervertida reusa oir la palabra divina, y no quie-

---

(1) *Caro enim concupiscit adversus spiritum: spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur* Ep. ad Gal. 5, 17.

(2) *Ps.* 26, 15.

re amar al bien infinito, ni obedecer al órden inmutable; guerra, guerra eterna. Guerra primero consigo mismos; todos sus pensamientos, armados los unos contra los otros, se atacan, chocan y se destruyen hasta no quedar uno; y su inteligencia devastada se asemeja en su espantosa soledad á una ciudad silenciosa, sombría y ensangrentada, en la cual bandos encarnizados y furiosos no dejaron ser á vida. Guerra en su corazon, atormentado de inquietudes, devorado por deseos, corroido de remordimientos. Guerra en las familias, en el Estado, hecho presa miserable de las disensiones y anarquía, agitado, trastornado, desecho por continuas conmociones. Guerra entre los pueblos, que unos á otros se devorarán *como se devora un pedazo de pan* (1). Guerra en fin con Dios, separacion de su compañía, odio mútuo, rebelion impía del hombre contra su Hacedor, á quien intentará aniquilar para ponerse en su lugar. Guerra hasta el dia señalado para el triunfo del órden, en el cual el Eterno, estendiendo su brazo, y apoderándose de sus débiles enemigos, sentirán

---

(1) *Devorant plebem meam sicut escam panis.* Ps. 13, 14.

en su profunda consternacion la espantosa verdad de esta palabra, que se ha de cumplir como todas las suyas: ¡*Cuán horrible cosa es caer en las manos de Dios vivo* (1)!

Basta. Hemos hecho ver que la Religion, si hay una verdadera, es de una importancia infinita para el hombre, para la sociedad, para el mismo Dios; y con esto hemos destruido uno de los fundamentos de la Indiferencia dogmática. Para acabar de destruir la base sobre que se apoya, probaremos que efectivamente hay una Religion verdadera, que no hay mas que una, que esta es para todos los hombres el único medio de salvacion, y que todos tambien pueden facilmente discernirla de las Religiones falsas. Pero antes conviene investigar como en nuestra presente condicion llegamos á tener un conocimiento cierto de la verdad. En el entretanto, procuremos escitar en nosotros el amor de esta verdad santa; porque solo el amor da precio á la verdad. Aun cuando á fuerza de trabajo llegásemos á descubrirla, si no la amásemos, no sería para nosotros mas que una esteril

---

(1) *Horrendum est incidere in manus Dei viventis.* Ad Hæbr. 10, 31.

opinion filosófica. Mas nosotros, como Pascal, "pensamos que toda la filosofía junta no vale ni merece una hora de trabajo (1)."

O. S. C. S. R. E.

Hemos concluido el tomo primero de Mr. de La Mennais sobre la Indiferencia *en materia de Religion, y en él se halla reunido todo cuanto bueno puede decirse en un asunto de la mayor importancia, y cuanto creemos conveniente al estado de nuestra ilustracion, y de nuestras costumbres religiosas. El lector instruido no podrá menos de admirarse al ver un triunfo completo de la Religion sobre los tres sistemas generales de error, ó de la Indiferencia dogmática, presentado de un modo admirable, y con unas pruebas tan sólidas, que si los indiferentistas se tomasen el pequeño trabajo de leerlas con una mediana atencion, libres de la tiranía de las pasiones, creemos que esta sola obra daria fin al Protestantismo, Deismo y Ateismo, y la Religion Católica apareceria en todo su esplendor rodeada como de gloriosos trofeos, de los prosélitos de todas las sectas. Esta demostracion de la verdad de la Religion Católica, aunque presentada por un medio al parecer indirecto, abre un vasto campo, nos descubre como un mundo nuevo de conocimientos, y fija la idea vaga que teníamos del Pro-*

---

(1) *Pensées de Pascal*, *t.* 2, *p.* 233. Edit. de 1803.

testantismo, en un solo punto de vista bajo su verdadero aspecto. El es el primer paso para el Deismo y Ateismo; pero paso tan resvaladizo que, como la esperiencia de no pocas naciones nos manifiesta, ser protestantes, deistas ó ateistas, *parecen* sinónomos; *y hé aqui la verdadera causa y el fin de los violentos esfuerzos de los impíos para autorizar la* toleran-cia, *mal llamada de cultos, siendo una verdadera superstición todo culto que se tributa á Dios fuera de su Religion, y de aqui ese feroz prurito de nuevas* constituciones, *ó como las llama el mismo La Mennais*, dislocaciones *ó destrucciones de los Gobiernos, el anhelo de fijar la base de los imperios en la proteccion, mas bien que tolerancia, de todas las que se llaman religiones, porque es el único medio de abrir la puerta á la impiedad, á la incredulidad y á las revoluciones; y esta es otra incalculable ventaja de esta obra, que al mismo tiempo que arranca de raiz los cimientos de la incredulidad, establece las bases sólidas de la Sociedad, y presenta de un modo espantoso el peligro inminente de las naciones que han dado entrada al* pacto social, *y con él á la irreligion, su compañera inseparable. Creemos por lo mismo haber hecho un gran servicio á nuestros compatriotas, presentándoles este primer tomo de Mr. La Mennais como un* preámbulo *ó introduccion á las obras que vamos á dar á luz. Por esta primera, única que en nuestro plan, y atendidas todas las circunstancias de la Nacion Española, creemos utilísima, podemos conocer las clases de enemigos de la Religion, sus ataques, sus arterías, y sus fines para detestarlos. Sin embargo, como las obras de Mr. La Mennais son muchas, á su tiempo haremos uso de ellas. Ahora debemos dedicarnos á vindicar la Religion de los atentados sacrílegos de los protestantes, deistas y ateistas. Parecerian in-*

creibles si no los viésemos estampados en sus mismas obras, y autorizadas por ellos mismos. No hay medio, por ridículo, por estravagante que sea, de que no se hayan servido para propagar la incredulidad y la impiedad, para destruir la Religion, y al mismo Dios si les fuese posible. Sofismas pueriles, suposiciones arbitrarias, relaciones falsas, imputaciones calumniosas, al Evangelio, á la Iglesia, al Culto y á sus Ministros: la materia, los cuerpos, su organizacion y enfermedades; la tierra, las labas ocultas en su seno: el flujo y reflujo del mar, el cielo, los planetas, el sol con sus eclipses, la física, la química, los microscopios y telescopios, la estructura del cráneo, los sueños, la vida y la muerte misma que no pueden evitar, todo ha dado pábulo á la incredulidad y á su propagacion. Por lo mismo presentaremos en los siguientes tomos obras maestras, trabajadas al intento en los mismos tiempos en que la incredulidad ha abortado tan impíos, tan monstruosos sofismas; pero que por desgracia han pervertido á no pocos. No deseamos ni ser gravosos, ni molestos: por lo mismo haremos eleccion de obras poco voluminosas; de otras daremos cuanto juzguemos conveniente al desengaño de los alucinados, y de preservativo á los incautos, y todos hallarán medios para conocer la futilidad de los sofismas de los incrédulos y de sus ridículas paradoxas. En los siguientes tomos presentaremos al público el justamente acreditado Catecismo anti-filosófico *del célebre* Feller, *y no dudamos merecerá el aprecio de todos los buenos.*

ÍNDICE DEL TOMO II.

Capítulo viii. *Observaciones sobre la locura de los Indiferentistas por descuido é indolencia*........................ pág. 3
Esposicion de los únicos principios en que se puede fundar la indiferencia que se dice nacida de reflexion......... ibid.
Noticia sobre Marat, *y contraste suyo con san Vicente à Paulo* (nota)...... 7
Capítulo ix. *Importancia de la Religion mirada con respecto al hombre*.. 38
Diversas acepciones de la palabra inteligencia (nota)................................ 45
Cómo se entiende que el error *ó la* ignorancia *disminuyan el ser* (nota). 47
Noticia sobre el impío Deleyre (nota). 71
Id. sobre Condorcet (nota)...................... 73
Número grande de impíos que se han retractado, y el nombre de varios de ellos (nota).. 76
Muerte funesta de Barther, médico de Buonaparte (nota)................................ 79
El orgullo y los placeres, y máximas horrendamente escandalosas de los

modernos sobre esto, señales distintivas y móvil de los impíos (nota). 83
Jansenismo: *Definicion que da de él Mr. La Mennais* (nota)...................... 95
CAPÍTULO X. *Importancia de la Religion con respecto á la Sociedad*........ 109
España: *Concepto formado por Mr. La-Mennais de la* (nota)........................ 115
Ostracismo *de Arístides* (nota)............. 137
Multitud de esclavos en las repúblicas griegas (nota)...................................... ibid.
Castigo de los romanos y republicanos franceses (nota)................................. 143
Proscripciones horrorosas de Syla *y* Mario (nota).. 144
Carlos Stuardo, *Rey de Inglaterra, doctrinas que le llevan al cadahalso* (nota)... 148
Humanidad *republicana de los romanos con los vencidos* (nota)............. 153
Noticia sobre Montesquieu, *y su muerte* (nota).. 166
Noticia de Espinosa (nota)..................... 175
Brisot: *sus obras en defensa del robo y* antropophagia (nota)...................... 181
La filosofía irreligiosa siempre cruel (nota)... 189
Atrocidad de los revolucionarios filóso-

fos de Francia (nota)........................ 190
Suicidios *en los paises inficionados del espíritu filosófico* (nota)...................... 193
Furores de los revolucionarios contra los objetos religiosos y científicos (nota). 206
Jansenistas: *por consecuencia de su doctrina gerárquica, republicanos* (nota). 210
Panteon nacional frances, llamado muladar nacional (nota)................... 213
Recompensas y premios dados á las prostitutas por los revolucionarios (nota).. 216
Columna de asesinos pedida contra los Reyes por los revolucionarios (nota).. 217
Capítulo xi. *Sigue la misma materia.* 219
Noticia sobre el impío Hume (nota)... 221
Cálculo de las víctimas de la revolucion filosófica francesa (nota)......... 224
Esclavitud: *si es incompatible con la Religion, y en qué sentido* (nota). 248
Constantino M.: su conducta diversa despues de convertido (nota)............. 253
Divorcios: *A proporcion que se estendian las doctrinas filosóficas se aumentaban aquellos en Francia* (nota). 258
Espósitos: *Aumento progresivo de estos en proporcion del espíritu filosófi-*

co (id.).. 259

Indios: *El Clero y los Reyes católicos los han protegido siempre* (nota).... 262

Interes: *En qué para la moral cuando se la da á este por base* (nota)....... 272

Pureza *de las costumbres de los antiguos cristianos* (nota)........................ 294

Órdenes Religiosas *empleadas en obras de caridad*.. 299

Enseñanza mútua: *Escuelas de... qué concepto ha hecho formar de ellas la esperiencia* (nota)........................... 302

Capítulo xii. *Importancia de la Religion con respecto á Dios*..................... 317.

ERRATAS.

Pág. 214, nota 2, lín. 1: dice pág. 89 y 90, *léase* 189 y 190.

Pág. 301, lín. 2, dice: *dando tierra á su ya frio y yerto cadáver de los indigentes*, bórrese *de los indigentes.*

Pág. 352, lín. 15, dice *infinito*, debe decir *finito.*

En el tomo 1, pág. 283, en la *nota*, se omitió el núm. de la pág. que cita, es la 50.

LISTA DE LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.

Serenisimo señor infante Don Francisco de Paula.
Serenisima señora Princesa de Beira.
Eminentísimo y Escelentísimo señor Nuncio de S. S. Obispo de Imola.
Eminentísimo y Escelentísimo señor Arzobispo de Toledo.
Eminentísimo y Escelentísimo señor Arzobispo de Sevilla.
Escelentísimo é Ilustrísimo señor Arzobispo de Santiago.
Escelentísimo é Ilustrísimo señor Arzobispo de Burgos, por dos egemplares.
Ilustrísimo señor Arzobispo de Granada.
Ilustrísimo señor Arzobispo de Tarragona.
Escelentísimo é Ilustrísimo señor Obispo de Oviedo, por cuatro egemplares.
Escelentísimo é Ilustrísimo señor Obispo de Tortosa, por dos egemplares.
Escelentísimo é Ilustrísimo señor Obispo de Leon.
Escelentísimo é Ilustrísimo señor Obispo de Cuenca.
Ilustrísimo señor Obispo de Murcia, por ocho egemplares.
Ilustrísimo señor Obispo de Jaen.
Ilustrísimo señor Obispo de Malaga.
Ilustrísimo señor Obispo de Cádiz.
Ilustrísimo señor Obispo de Teruel, electo de Cuenca.
Ilustrísimo señor Obispo de Albarracin.
Ilustrísimo señor Obispo de Lérida.
Ilustrísimo señor Obispo de Vich, por tres egemplares.
Ilustrísimo señor Obispo Auxiliar de Santiago.
Escelentísimo é Ilustrísimo señor Obispo de Cervia.

Ilustrísimo señor Obispo de Urgel.

Ilustrísimo señor Obispo de la Paz y electo Abad de Alcalá la Real.

Escelentisimo señor Capitan General de los Reales egércitos Don Francisco Javier Castaños.

Escelentísimo señor Teniente General Conde del Venadito.

Escelentísimo señor Marques de Silva.

Escelentisimo señor Don Pascual de Liñan, Gobernador militar de la plaza de Madrid.

Señor Don Manuel Jimenez Guazo, Consejero de Indias.

Don Juan José de Beratarrechea, oficial de la secretaría de Gracia y Justicia.

Dr. Don Raymundo Etenhard y Salinas, arcediano de Huete en la santa Iglesia de Cuenca.

Don Serapio Serrano, arcediano de Trasancos, ayo del Serenísimo señor Infante Don Sebastian, y predicador de S. M.

Don Bartolomé Garcimartin, canónigo de Cuenca y capellan de honor de S. M.

Don Juan Guillen, de la órden de Alcántara, capellan de honor de S. M. y confesor del Serenísimo señor Infante Don Cárlos.

Don Alfonso Jimenez de Cisneros, capellan de honor de S. M.

Don Crisanto García Maroto, cura de san Sebastian de Madrid.

Don Blas Marquez, capellan de Altar de su Magestad.

Escelentísimo y Reverendísimo P. General del órden de predicadores.

Escelentísimo y Reverendísimo P. Vicario General del órden de los Menores de san Francisco.

Reverendísimo P. Vicario General de los Clérigos Regulares Menores.

Reverendísimo P. Vicario General de Agustinos Calzados, predicador de S. M.

Reverendísimo P. Fr. Miguel Godos, ex-general de los Benedictinos.

Reverendísimo P. Fr. Clemente Barbajero, ex-general de los Bernardos.

Reverendísimo P. Fr. Ramon Guerrero, ex-vicario general del órden de Predicadores, y predicador de número de S. M.

Reverendísimo P. Provincial de la Compañía de Jesus.

El Colegio Imperial de la Compañía de Jesus.

El Colegio general militar de Segovia.

El Brigadier Don Juan Salcedo, coronel del tercer regimiento de la Guardia Real.

D. Vicente Marzal, estuquista de cámara de S. M.

R. P. Presentado Fr. José Narayo, en santo Tomás de Madrid.

R. P. Presentado Fr. Sebastian Cáceres Leon, lector de Teología en idem.

R. P. Presentado Fr. Juan Maestre, sub-prior en el convento de la Pasion.

R. P. Presentado Fr. Cándido Antonio Heras, en idem.

R. P. Fr. Andres de la Cruz, definidor primero de Castilla la Nueva, carmelita descalzo, por tres egemplares.

R. P. Mtro. Fr. Rafael Serra, procurador general de la provincia de dominicos de Filipinas, por doce egemplares.

R. P. M. Fr. Francisco Villacorta, procurador general de Agustinos Calzados en Filipinas, por doce egemplares.

R. P. Fr. Lorenzo de San Miguel, consultor del colegio de carmelitas descalzos de Alcalá de Henares.

El P. Abad de Samos Fr. Agustin Sanz.

Don Patricio Mangan, presbítero rector del Real colegio de Nobles Irlandeses de Salamanca.

Don José Ramon Moreno, canónigo de Sigüenza.

Don Eugenio Oñate Gamarra, presbítero.

Don Pascual Madriga.

Don José Joaquin Saenz, canónigo de Sigüenza.

El Dr. Don Ramon Costa, dignidad de tesorero de la santa Iglesia de Teruel.

Don Rafael Perez, prior del capítulo general de Teruel.

Don Ignacio Perez, racionero de san Andres de Teruel.

Don Pascual Vicente, cura párroco de Baracroche.

El P. Prepósito de la congregacion de san Felipe Neri de Molina de Aragon.

Don Vicente Carrera.

El Dr. Don Joaquin Barbajero, doctoral de Sigüenza.

Don Isidoro Bartolomé, conductor de correos.

Don Antonio Eugenio Calvo.

Don Isidoro Gabriel Diaz.

Don Juan Francisco Peiroteo, cura de Yebra.

Don Francisco Manxon.

Don Francisco Gonzalez del Campillo.

Don Plácido Hernandez Dominguez, dignidad de tesorero de la Iglesia de Santa Fé de Bogotá.

Don Julian Riquero, canónigo de Palencia.

Don Clemente Moreno, canónigo de id.

Don Valdomero Berrocal.

Don Raimundo Ruiz Agudo.

Don Ignacio Rufino Fernandez.

Fr. Juan Clavellina, provincial de Mínimos de la provincia de Granada.

El Dr. Don Juan de la Cruz de Errasquin, dean de la santa Iglesia Catedral de Arequipa.

Don Manuel Waldo de Aguirre.

Don Juan Fernandez Jardon.

Don Sabino Sanchez Illescas, cura párroco de Fuencarral.

Don Pablo Brozont y Ochoa.

Don Pedro Aguado Sevilla.

Don Manuel de Furundarena, rector de la villa de Azpeitia.

Don Antonio Ribera, oficial mayor de correos de Andujar.

El P. Fr. Benito Carballo, monge cisterciense.
El M. R. P. Fr. Mariano Barrera.
Don Francisco Melgarejo.
El R. P. Mtro. Fr. Rodulfo Millana.
Don Fernando Beruti.
Don Mariano Moreno, cura de Almonacid de Zorita.
Don Antonio Salazar, presbítero de Ateca.
El R. P. Fr. Juan Cano Izquierdo, lector de Teología, en el colegio de la Purísima Concepcion de Murcia.
El R. P. Fr. Leandro Florez, monge benedictino.
Don Gerónimo Mendoza, Arcipreste y canonigo de la colegiata de Talavera de la Reina.
El Dr. Don Pedro Esteban y Gomez, canónigo de Jaen.
Don Vicente Giraldo, canónigo de id.
Don Francisco María de Aranguren, presbítero y vicario perpétuo de santa María de Tolosa en Guipúzcoa.
El P. Mariano Puyal.
El Abad de la colegial de Medina del Campo.
Don José Angel Gonzalez, médico de cámara del Rey N. Sr.
Don Antonio Rufino de Castro.
Don Miguel Perez.
Don Pedro Lopez, magistral de Santander.
Don Juan Ruiz Aguilar, cura párroco de Mazcarraque.
El R. P. Abad de Villanueva.
Don Serafin Pinto, cura de Morata.
Don Joaquin Nuñez Céspedes, cura de Perales de Tajuña.
El P. Fr. Nicolas García, monge bernardo.
Don Benito Fernandez de Navarrete, dean de la santa Iglesia metropolitana de Zaragoza.
Don Roman de Mesas, presbítero.
Don Agustin Gallardo, fiscal eclesiástico de rentas decimales de Toledo, por dos egemplares.
Don Francisco Gonzalez.

Don Juan Bautista de Pineda.
Don Juan Antonio Lopez.
Don Vicente Lopez Estables, cura de Checa, en el señorío de Molina de Aragon.
Don Eugenio Rosado y Ribero, cura párroco de la villa de Villaconejos.
El R. P. M. Fr. Eugenio Romeral, predicador de S. M.
Don Victoriano Romo de Arce.
Don Juan Francisco Berrueco, cura de san Pedro de Almazan.
Don Juan Batanero, cura de santa María de Almazan.
Don Vicente García Santos.
El Dr. Don José Manzano del Corral, cura párroco de Garganta, en el Arzobispado de Toledo.
Don Marcelino Perez, cura párroco de Buitrago.
Don Angel Sainz, cura párroco de las Navas.
Don Policarpo Perez, cura párroco de Canencia.
Don Pedro Barcina, cura párroco de Mangiron.
Don Alejo Camporry.
El Dr. Don Andres Abendaño, cura propio de Camarma de Esteruelas.
El Dr. Don Tomás Alfajene, presbítero.
El R. P. Mtro. Fr. Rafael Raimundo Gonzalez, prior del Cármen Calzado de Madrid.
El R. P. Fr. Cristobal de Miguel Turra, definidor honorario en su convento de san Francisco de Consuegra.
Don Antolin García Lozano, dean de Segovia.
El Dean y Cabildo de la santa Iglesia de Segovia.
Don José Joaquin de Valenzuela.
Don Francisco Telesforo Peña, capellan de honor de S. M.
Don Pedro José Ruiz, cura de Cabanillas del Campo.
Don Francisco Ortigosa.
Don Francisco Ruiz y Veguer.
Don Antonio Lopez de Maturena.
Don Fernando García.
Don Juan Antonio Salazar y Palacios.

Don Juan Villaronte.
Don Dionisio Perez.
Don Antonio Lopez.
El P. Fr. Tomás de la Cámara, benedictino.
Don Juan de la Canda.
Don Manuel Bermudez, cura párroco de la parroquia de san Miguel de Navia.
Fr. Juan Tendero.
Fr. Lorenzo Chico.
Don Juan Gomez.
El P. Fr. Hilarion de Zollo, capuchino.
Don Lucas Ignacio Dieguez.
Don Juan Miguel Listiaga.
Don Gerónimo Calzada, secretario del señor Obispo de Palencia.
Don Luis Media Villa, del comercio de libros de id.
Don José Rueta y Aracil.
Don Francisco de Antuñano.
Don Mariano Sanz, cura de Duron, en la provincia de Guadalajara.
El Dr. Fr. Ignacio del Puente.
Don Cayetano Sabatel.
El P. Fr. Felix Camina, monge benedictino.
Don Manuel Rodriguez de la Torre.
Don Crisanto García Maroto, cura de san Sebastian.
Don Lucas Pedro Calvo, presbítero y teniente de Perales de Tajuña.
El R. P. Mtro., Abad del monasterio de Huerta.
Don Antonio Arias Tejeiro.
Don Y. de R.
El Dr. Don Juan García Gomez, canónigo doctoral de la santa Iglesia Catedral del Burgo de Osma.
Don Juan Rodriguez Trelles.
El Bachiller Don Manuel de Herran, presidente del cabildo de Orduña.
Don José Maza Pedrueca, canónigo de Toledo.
Don Juan Manuel Tellería.
El Dr. Don Nicolás Martinez de Tejada, presbítero y

dignidad de Maestre-escuela de la santa Iglesia de Granada.

Don José Alvarez Vazquez, Cura de Móstoles.

Don Juan Antonio de Guilisasti, Rector de la Iglesia parroquial de la Universidad de Aya.

El M. R. P. Fr. Juan María Hinojosa, Lector jubilado y Comisario de la Curia Romana, por dos ejemplares.

El R. P. Fr. Baltasar Cuevas, Procurador de Jerusalen, en san Francisco el Grande.

Don Rafael Haedo, presbítero.

Doña Dorotea Moreno de los Arados.

Don Manuel Delgado, presbítero.

Doña Rafaela de Torres de Tablada.

Don Manuel Ibarra, presbítero.

El R. P. Fr. Pablo García, ex-lector de Artes, y predicador mayor en san Francisco de Huete.

Don Antonio Cuesta, cura del Verdelpino.

R. P. Provincial Fr. Antonio de san Miguel, de Trinitarios descalzos.

El R. P. Blas Barba, vicario general de los clerigos Regulares Menores.

Don Juan Antonio Oter.

El R. P. Fr. Fernando García Carrillo, sacristan mayor de Mínimos de la Victoria.

El R. P. Fr. Bonifacio Gonzalez, definidor general en san Francisco de Zafra.

El Seminario Conciliar de Sigüenza.

Don Andres de Flores, presbítero.

El R. P. Fr. Manuel de Dos-Barrios, guardian de san Gil.

Don Joaquin Norberto Hernandez.

El R. P. Fr. Pedro de Dios, mercenario calzado.

Don Rafael Varona, tesorero de S. M. en Granada.

Don Esteban Sanchez de Leon, cura párroco de santa María del Prado en Ciudad Real.

El R. P. definidor Fr. Alfonso de la Paz, trinitario descalzo.

El R. P. Ministro Fr. Vicente de san Esteban, Trinitario descalzo.

Don Juan Antonio de Arguene y Omaña.

Don Jacinto Hernandez, por doce egemplares.

Don Vicente Carrascon.

Don Pedro Bailin.

Don Remigio Nuñez.

El R. P. lector de Teología Fr. Angel Rodriguez, dominico.

Don Juan Antonio Espino, cura de Alameda del Valle.

El R. P. Fr. Justo Barbastro, maestro de estudiantes de Capuchinos del Prado.

Don Cayetano de Campos y Jerez, capellan de honor y cura del Palacio.

Don Saturnino Mercado, teniente cura del Buen-Retiro.

Dr. Don José Duazo, capellan de honor.

Don Manuel Marqués.

El R. P. Fr. Alonso de Valdepeñas, presidente de Descalzos de Velada.

El R. P. Fr. Antonio de Dos-Barrios, Francisco Descalzo.

El R. P. Fr. Julian Jaime, presidente del convento del Rosario de esta corte.

Don Manuel Victoriano Lozano.

El R. P. Fr. Juan José de Villacañas, ex-definidor general de san Francisco.

El R. P. Fr. Julian de Fuensalida, guardian de Franciscos Descalzos de Yepes.

Don Manuel Godos.

El R. P. Fr. José de Lillo, religioso de san Gil.

El R. P. Fr. Máximo de la Seca, maestro de estudiantes, capuchino.

El R. P. Fr. Teodoro del Espíritu Santo, secretario general delcalzo del órden de san Francisco.

El R. P. Fr. Máximo Muñoz, secretario general del órden de san Francisco.

El R. P. Fr. Luis de Consuegra, guardian en san Pascual de Aranjuez.

El R. P. Fr. Juan del Escorial, predicador de S. M.

El R. P. Fr. Domingo Hoyoquesedo, definidor de Franciscos descalzos.

El R. P. Fr. Julian de Piedralaves, lector de Teología de Franciscos descalzos.

El R. P. Fr. Nicolás de Madrid, procurador de Franciscos descalzos.

El R. P. Fr. Eulogio de Tronchon, religioso capuchino en Bilbao.

El R. P. Fr. Rafael Casas, religioso Francisco.

Don Ramon Martinez Sanchez, presbítero.

Don Vicente Hena.

Don Mauricio García Puente.

Dr. Don Vicente Arcadio Benito, magistral de Sigüenza.

Dr. Don Salvador Sanz, lectoral de idem.

Dr. Don José Maza, dignidad de maestre-escuela de Toledo.

Dr. Don Juan Barragan, doctoral de Toledo.

Dr. Don Gregorio Urda, lectoral de idem.

Dr. Don Antonio Sanz y Sanz, arcediano de Borriol en Tortosa.

Don Juan Fernandez Gaitan, rector de Escalona.

(Se continuará.)


278
RELIGION
2
156


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm